PECARÁS CONMIGO

EL SÉPTIMO CÍRCULO

INEVITABLE

ELEANOR RIGBY

EL SÉPTIMO CÍRCULO

INEVITABLE

© 2023, Eleanor Rigby
Título: *INEVITABLE: El Séptimo Círculo VI*
Primera edición: mayo de 2023
ISBN: 9798370973239
Sello: *Independently published*
Diseño de portada: Mireya Murillo Menéndez

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Prefacio

No había poder superior al de la Magna.

Diosa del mundo. Señora de la naturaleza. Protectora de los hombres. Se hizo a sí misma y desarrolló su poder a través de la creación de una Idea de lo Perfecto que ya anidaba en su cabeza, que ya representaba con su mero existir. La Magna quería descartar los misterios del universo y construir sobre él un reflejo de lo que Ella misma era. Una sustancia eterna, omnisciente y que todo lo podía. Una materia sin taras… Y todo solo para satisfacer su gran deseo: el de acabar con la soledad, lo único capaz de hacerle sombra.

Pero este poder, encarnado en una raza inferior de seres dotados de vida gracias a su magia —los humanos—, se volvió contra ella. Quiso que la creación heredara cada una de sus cualidades esenciales, pero estas se desvirtuaron al transmitirse. El hombre demostró su ambición desde la tiranía; su confianza, desde un fuerte sentimiento de superioridad; hacía gala de su poder sometiendo a sus congéneres. Y el amor que la Magna había intentado inculcar en sus mundanales súbditos cruzó el límite de la moderación para convertirse en odio. No poseían la virtud de la mesura. No vivían el amor como debía ser. Ahora eran poderosos… Pero también terroríficos, y suponían una amenaza para los demás.

Hubiera sido imposible corregir la desviación a la que tendían los humanos. Ese Bien, tomado como un propósito de justicia individual, ya proliferaba a lo largo y ancho de La Tierra y se acercaba peligrosamente a algo que la Magna conocía y respetaba como némesis: el tentador Mal. Para poner solución al problema solo pudo recurrir a una vía: los protegería de sí mismos.

Desesperada, creó dos razas superiores a la humana pero inferiores a ella misma; dos razas a caballo entre la divinidad y el libre albedrío de fácil corrupción de los mortales. Esta vez, la Magna procuró agregarles debilidades para evitar su rebelión. Se dividirían en *seráficos* y *empíreos*. Los primeros arrojarían luz sobre la faz terrestre y evitarían en la medida de lo posible que la decadente condición humana empeorase notablemente. Los segundos, humanos elegidos por su lealtad y renacidos en el Autem como inmortales, se encargarían de protegerla a Ella, de acompañarla en forma de séquito que *nunca*, mientras el Mal estuviera controlado, volvería a poner los

pies en tierra firme.

Los seráficos demostraron su obediencia cumpliendo con el cometido providencial… pero hubo un grupo de empíreos que la defraudaron. Hubo un grupo de criaturas que sucumbió a alguno de los pecados de los hombres. Y contra estos, herida en el alma, la Magna tuvo que aplicar un castigo.

Los arrojó lejos de su seno, a las inmediaciones de los peores rincones del mundo, donde para ganarse el perdón y restaurar la confianza de la diosa tendrían que cosechar una serie de hazañas con las que demostrar su lealtad infinita. Pero el daño ya estaba hecho: antes del Pacto de Paz, los seráficos odiarían a los pecadores, entendiéndolos como enemigos de su creadora, y los penitentes, como ahora se llamarían esas criaturas empíreas debido a su cambio de condición y evolución al margen de la voluntad divina, se alimentarían de ese desprecio para crear el suyo propio.

Aunque los penitentes estaban en La Tierra para hacer el Bien y así regresar junto a su diosa, ya habían sido condenados. Su destino era fracasar en el camino hacia la redención.

Necesitarían la oportunidad de un alma pura y desinteresada para que la diosa decidiera si merecían el rescate, el perdón definitivo. Necesitarían la llegada de un alma pura que pasara desapercibida y recordase al penitente la belleza del virtuosismo. Y solo una cosa podría lograr eso: solo alguien podía limpiar la negrura de sus almas y elevarlos al Autem, hogar de la Magna… Y esa era la Magna en sí misma, incomparable, inigualable.

La diosa fragmentó su alma y repartió los pedazos por el mundo. Dejó que vagaran a lo largo de los siglos y encontrasen cobijo en cuerpos mortales que los penitentes habrían de hallar por obra del destino en el momento adecuado. Mientras tanto, vivirían a la sombra de un dolor inimaginable, de una maldición individual y cruel que les mantendría vivos en contra de su voluntad.

Ellas, las almas puras, los extractos de la Magna, *las anandhas,* estaban en algún punto del planeta, esperando y reencarnándose sin saber que lo hacían. Eran quienes debían descubrir la forma de llegar a su pecador particular. Y lo harían, eventualmente. Pero mientras tanto los penitentes deberían honrar a la Magna protegiendo La Tierra junto a sus enemigos ancestrales, los seráficos, desde una serie de organizaciones que se encargarían de la protección del mundo conocido. Una de ellas se llamaría El Séptimo Círculo, y estaría compuesta al comienzo de esta historia por siete corazones malditos que aguardan el momento de su iluminación.

Valthessar. Luvart. Abraxas. Xaphan. Samael. Dagon. Renyi.

Guerreros históricos preparados para matar. Para odiar. Guerreros invencibles y temidos incluso por la propia Magna.

Guerreros listos para afrontar cualquier cosa.

Puede que haya llegado la hora de la verdad: el momento de la guerra real. La del corazón. Todos quieren el alivio y la redención, pero un penitente es dueño de una voluntad férrea y no alberga ni una chispa de luz en su alma. Solo rencor. Dolor. ¿Sería capaz de dejarlo atrás y rendirse?

Estando acostumbrado a vivir en la oscuridad, ¿te atreverías a abrir los ojos?

Capítulo I

Para llegar a la oficina de correos donde recogía los artículos de lujo que compraba en subasta, Samael tomaba la línea veintidós. Podía hacer el trayecto a pie o guiar uno de los monovolúmenes de Dagon hasta el punto de recogida, pero ni siquiera un paseo por el corazón de Praga podía compararse con el encanto de viajar en un modelo Tatra T3, el tranvía que databa de la década de los sesenta. Samael solía esperar en la parada a que llegara uno de los modelos *vintage*, que, a pesar de los años transcurridos desde que fueran incorporados a la vía, funcionaban a la perfección.

Con su paquete bajo el brazo, y controlando a duras penas el deseo de hacer añicos el papel en que venía envuelto para disfrutar de su lectura, subió al Tatra T3. Iba a acomodarse en uno de los primeros asientos para disfrutar del recorrido, que pasaba por algunos de los lugares turísticos más atractivos de la ciudad, cuando nada más pagar su billete percibió un extraño aroma flotando en el aire.

Alzó la barbilla de golpe. Aun concentrado en localizar al mortal que estuviera impregnando sus fosas nasales con un olor exquisito, se percató de que al entusiasmo de haber recibido el paquete se sumaba una emoción tan intensa que podría haberlo paralizado.

Las ansias por encontrar el origen del perfume le instaban a salir en su busca de inmediato, pero la certeza de saber a qué se debía le partió como un rayo, inmovilizándolo en el acto.

Por la diosa… Ella había llegado por fin. Su *anandha* estaba allí, subida en aquel tranvía. ¿Qué habría provocado en él un hambre repentina, si no? La sequedad en la garganta, la debilidad en las articulaciones… Samael reconocería los síntomas en cualquier parte. Había leído al respecto en los textos divulgativos sobre el poder de la mujer prometida, y se había codeado con suficientes penitentes a lo largo de su vida para familiarizarse con los efectos de los que eran víctimas en cuanto ella se hacía notar por primera vez.

Reaccionó sin pensar en las consecuencias. Soltó el paquete y se abrió paso a brazadas entre el grupo de turistas de viaje de estudios que ocupaba el pasillo. Empujó sin querer con el hombro al cónyuge de la pareja que estaba en su segunda visita a la ciudad y buscó desesperadamente con la mirada a la mujer que le robaría el aliento con su mera contemplación.

No podía estar lejos. Apenas había veinte pasajeros en el tranvía. Se

dejó llevar por lo que su olfato le sugería, y entonces el T3 se puso en marcha. El arranque le pilló desprevenido y tropezó con la mochila que un estudiante había dejado a sus pies. Estaba tan desorientado como un ciervo al que los faros de un coche hubieran deslumbrado, y no encontró el equilibrio a tiempo.

Al caer sobre el regazo de una muchacha, halló, sin embargo, lo que estaba buscando.

Su mirada estableció contacto con los ojos más azules que hubiera visto jamás, tan vívidos y despiertos que se quedó fascinado. Emitían destellos que delataban su diversión, pero se reprimía para no soltar una carcajada ante el humillante traspié del que tardó en recuperarse.

Por un momento, Samael pensó que había arruinado su entrada. Ya no podría cambiar la percepción que ella tendría de él en un futuro, la del hombre poderoso e inigualable. Pero en cuanto deslizó la mirada por el resto de sus rasgos, haciendo un análisis concienzudo de su rostro, sediento por memorizar a la que habría de ser su mujer, cayó en la cuenta de que no tenía por qué avergonzarse delante de algo tan mediocre.

Tenía la nariz demasiado pequeña en comparación con los ojos, los labios finos y apenas visibles, la barbilla afilada, y un pelo fino y teñido de un negro azulado que no favorecía en absoluto la palidez vampírica de su piel; si acaso le daba el aspecto de una pobre enferma. Que estuviera tan delgada que sus muslos no se rozaban ni siquiera con las rodillas juntas no ayudaba a desmentir la primera teoría que se formó sobre su aspecto.

Por favor… ¡Si parecía tener un pie en la tumba!

Samael se desinfló. Se le tuvo que reflejar la decepción en el rostro, porque ella, apiadándose de su tropiezo, dijo con una voz en extremo aguda:

—No te preocupes por haber estado a punto de aplastarme, no es la primera vez que me pasa. Esta línea siempre se llena y la gente se disputa los asientos como si fueran la última Coca-Cola del desierto.

Samael no pudo sino quedarse mirándola con fijeza, como si deseando para sus adentros que tuviera otra clase de físico —uno más parecido a las modelos bronceadas de los 2000, por ejemplo— pudiera agrandar el volumen de sus labios o afinar las curvas de su cuerpo, embutido en un vestido ceñido color medianoche. Lo combinaba con unas medias negras con dibujos de lunas y estrellas, una chaqueta de cuero holgada que bien podía haber pertenecido a su padre y unas botas de piel de borrego.

La combinación no podía ser más desastrosa.

—¿Nos conocemos? —preguntó ella, observándolo a su vez con curiosidad. Pestañeaba a cámara lenta, como si a sus propios párpados les costara soportar el peso de sus ojos.

A primera vista le habían parecido extraordinarios, pero ahora que los veía en su conjunto, pensó que eran inquietantes.

—No. Y tampoco nos vamos a conocer, eso que te quede claro —soltó de golpe, tan indignado porque le hubiera dirigido la palabra que empezó a temblar de frustración.

Se había equivocado, estaba seguro.

No podía ser ella la que desprendía el olor de su *anandha*.

—Debe de haber un error —murmuró, mirando a su alrededor con gesto desamparado. No tardó en localizar a una mujer mirando por la ventanilla del extremo derecho del pasillo. Tenía el pelo rubio y rizado retirado de la cara con una felpa de tela, se notaba que acababa de volver de unas vacaciones en la costa amalfitana y vestía como una *influencer* parisina.

Samael decidió que se trataba de ella y se aproximó con una sonrisa ladina. Ignoró el hecho de que, conforme más se acercaba a la preciosa extranjera, más se iba alejando del olor que le había golpeado con la fuerza de un batallón.

—Buenos días —dijo, manteniendo la sonrisa en los labios. Se agarró al pasamanos del tranvía para no volver a cometer el error de tropezar. La turista se giró hacia él y, después de darle un repaso de arriba abajo, le devolvió el gesto y se retiró un rizo de la cara con coquetería.

—*Bonjour* —le respondió, ladeando la cabeza.

Un saludo y ya la tenía en el bote, pensó Samael; tal y como había sido informado de que su *anandha* reaccionaría en cuanto lo viera. No ya por el asuntillo de la predestinación, que ayudaba a la tarea de producir el flechazo, sino porque para eso llevaba siglos rindiendo culto a su cuerpo. Su mujer aparecería en cualquier momento, y era su obligación estar presentable. Pero incluso si hubiera sido tan incómodo a la vista como lo era la chica que había confundido con su esposa eterna, ella habría sentido la misma atracción, porque así lo disponían las leyes divinas. O así solían disponerlo hasta que entró el siglo XXI y las *anandhas* comenzaron a habitar el cuerpo de mujeres contemporáneas; mujeres que fueron educadas para ser independientes y no caer prisioneras de una relación desigual.

O eso decía Mara cada vez que se le presentaba la ocasión.

—¿Puedo sentarme a tu lado? —le preguntó en un francés perfecto, manteniendo la sonrisa intacta. Le pareció que alguien bufaba con desdén a su espalda, pero no quiso girarse para confirmar o desmentir que se trataba de la versión gótica y cutre de Alexis Bledel—. ¿Qué haces aquí? ¿Visitas Praga por negocios, o por placer…?

—Disculpa —oyó que lo llamaba la misma voz femenina. Y demasiado aguda para su gusto, pero eso ya lo había mencionado, ¿no?—, creo que se te ha caído esto en tu precipitada búsqueda de la

mujer a la que tirarle los tejos en el tranvía.

Samael estaba a punto de sentarse cuando observó que el esperpento se había puesto en pie para acercarle su anhelado paquete, el cual sacudía con una sonrisita condescendiente que decía «tengo algo que tú quieres».

Le dirigió una mirada desdeñosa, molesto porque se hubiera atrevido a dirigirse a él, y fue a levantarse para arrebatárselo de la mano. Sin embargo, en ese momento el tranvía dio un frenazo para evitar atropellar a un borracho que cruzaba las vías sin mirar.

Samael vio pasar la vida de la muchacha por delante. El frenazo estuvo a punto de lanzarla por los aires, tal era su fragilidad. Procuró evitarlo agarrándola por la cintura antes de que volcara contra el borde del respaldo, diciéndose que el acto reflejo le había venido dado por mera preocupación hacia el estado de su paquete, cuyo contenido se había convertido en los últimos tiempos en su único pasatiempo emocionante.

Pero no pudo seguir engañándose después de tocarla. El perfume con el que se había rociado, porque de ninguna manera podía haber nacido con él, impregnó sus fosas nasales y le nubló los sentidos como si de una droga de diseño se tratara. Al rodearla con el brazo sintió lo menuda y delicada que era, y un ramalazo de ternura le dejó instantáneamente aturdido.

«¿Ternura?», pensó con horror, buscando su mirada para comprobar que no había salido herida. ¡Pero si era fea! ¡Su *anandha* no podía ser fea, por la diosa! ¡No llevaba diez siglos esperando un milagro para toparse con un maldito adefesio!

Y, sin embargo, por más que sintiera rechazo hacia ella, no pudo soltarla enseguida. Tuvo que ser la joven quien se recuperara de la sacudida y esperase a que los pasajeros dejaran de barbotar insultos contra el borracho para poner el paquete entre los dos.

—Sea lo que sea que te haya turbado tanto como para olvidar tu paquete, estoy segura de que no era para tanto —le comentó con desenfado—. Nada merece que sueltes un ejemplar de la edición original del primer cómic de Thor.

Con un tirón indignado, Samael recuperó su pequeña reliquia, por la que había llegado a pagar una cantidad indecente de dinero. No se preguntó ni por un momento cómo habría averiguado el contenido del paquete, puesto que iba protegido en un sobre con papel de burbujas y sellado con el mimo que una edición de coleccionista requería.

Le irritó tanto pensar que pudiera compartir gustos con aquella mujer, que solo pudo dar media vuelta y salir del tranvía aprovechando que había llegado a la siguiente parada.

¿Para qué pedirle el número o preguntarle dónde podría volver a verla? Total, no la llamaría ni le interesaba en absoluto tropezarse de

nuevo con ella. Se negaba en rotundo a que esa mujer fuera su *anandha*, y si era cierto que el libre albedrío tenía cabida en su mundo de héroes y villanos, algún poder tendría su decisión para cambiar los hechos.

Capítulo II

Y, sin embargo, aunque claramente no era su *anandha*, Samael regresó a la mansión donde El Séptimo Círculo residía con las manos temblorosas y la garganta seca, igual que si hubiera presenciado un milagro sobrecogedor. Aunque más que un milagro, era una tragedia.

Pretendía darle la espalda a los recuerdos que tenía de los textos sagrados sobre los síntomas flagrantes del encuentro con la mujer prometida, pero una insidiosa voz en su cabeza insistía en recordárselos y provocarle pequeñas punzadas en las zonas más sensibles: en el pecho y en el estómago, en el centro del cuello. Incluso se había manifestado con un insoportable dolor de cabeza que lo tenía cada vez más aturdido.

A lo mejor él tampoco era un penitente, como la mayoría de sus compañeros, y su reacción se debía a otras causas. No podía negar que hubiera soñado con que La Magna lo citaba en el Autem y le anunciaba que, al igual que Luvart o Dagon, carecía de *anandha* porque en realidad era una criatura peligrosa y con dones sin parangón a la que debía mantener bajo control atribuyéndole un talón de Aquiles más pernicioso que una simple mujercita.

—¡Hombre! ¡Por fin nos honras con tu presencia! —celebró Valthessar en cuanto lo oyó entrar, aplaudiendo despacio con una sonrisa cansada.

Los demás se giraron hacia él para mirarlo de hito en hito.

En otro momento, Samael se habría apresurado a esconder en su dormitorio el cómic de Thor, uno de los muchos números originales que se había propuesto coleccionar. No le cabía la menor duda de que sus compañeros se mofarían de su dedicación a los personajes creados por Stan Lee, en especial al dios nórdico al que rindió culto antes de que llegara la diosa Magna. No obstante, estaba tan sumido en sus perturbadores pensamientos que se limitó a acercarse a la isla de la cocina arrastrando los pies, cargando con el paquete sin miedo a que se lo arrebataran de las manos para hacerle burla.

Aquella era la única parte de la casa que no había sido decorada al estilo victoriano. De ello daba fe el silestone de la encimera y las puertas oponibles de los muebles que se erigían hasta el zócalo superior de la pared.

—¿Qué? —Luvart le dio un codazo en cuanto ocupó un sitio a su

lado, en torno a la amplia isla donde Xaphan había acomodado el cadáver que todos estudiaban con aprensión—. ¿Ya has ido a por tu revista Playboy del año cincuenta?

—En realidad, la revista Playboy se inauguró en el año cincuenta y tres —corrigió Samael—, así que es improbable que nadie pudiera adquirir un número de un trienio anterior.

Una vez más había caído en la provocación de Luvart. Lo supo cuando vio que una sonrisa lobuna le iluminaba la cara. Por alguna razón que no comprendía, el príncipe de los ángeles encontraba muy entretenido —más incluso que los demás— buscarle las cosquillas.

—Mira qué controlado lo tiene —señaló con diversión. Apuntó el paquete con un gesto de barbilla—. Esta noche te vas a dar un festín, ¿eh? Te dejaré un rollo de papel higiénico en la puerta, no vaya a ser que…

Luvart se calló de forma abrupta y frunció el ceño, como si un pensamiento desagradable hubiera irrumpido en su cabeza. Lo más probable era que así hubiera sido. Cuando torcía el gesto de pronto, solía deberse a que Reyyan le había trasladado su irritación con un comentario que a él le parecía fuera de lugar.

—¿Qué te ha dicho la parienta esta vez? —inquirió Dagon, al que la relación entre Luvart y su querida hechicera le tenía extasiado.

Hasta hacía poco, había estado torturándolos con un sinfín de preguntas impertinentes a las que sin embargo Samael pegaba la oreja, interesado en información que de ningún otro modo obtendría: «¿Cómo tenéis sexo?», «Si te masturbas, ¿Reyyan también lo disfruta?», «¿De verdad no puedes ocultarle ni un solo pensamiento?», «¿Discutís si ves a una tía buena y te viene a la cabeza la duda de cómo sería enrollarte con ella? A fin de cuentas, es como si hubieras dicho “yo le daba” delante de tu novia».

—Nada… —El ceño de Luvart se acentuó—. Por la diosa, vale, vale, maldita sea. Dice que cuando no expreso en voz alta lo que ella dice con el fin de participar en la conversación, la estoy silenciando. Perdonad, ha dicho «coartando» —se desdijo él mismo con retintín, poniendo los ojos en blanco—. Me ha preguntado por qué ando provocando a Samael a la menor oportunidad, y ha planteado la posibilidad de que esté enamorado del menda en secreto y esta sea mi forma de expresarlo.

—Reyyan, ¿has estado leyendo a Freud? —se carcajeó Dagon, aferrado a la encimera de la isla y balanceándose adelante y hacia atrás—. Porque eso de los deseos mal gestionados me recuerda a *Lo inconsciente*.

—¿Y por qué no querías decirnos lo que opina Reyyan? —intervino Abraxas, cruzándose de brazos—. ¿Acaso tiene su parte de verdad?

—¿Seguro que ha sido Reyyan quien te ha transmitido eso, y no

eres tú el que lo ha pensado? —meditó Valthessar, mesándose la barba. Incluso él cedía a veces a participar en un rato de camaradería para desahogar la tensión que le mantenía en estado de hipervigilancia las veinticuatro horas del día—. Porque no veo a la Sehara haciendo ese tipo de comentarios.

—Dice que se está adaptando al sentido del humor masculino. Como pasa tanto tiempo con nosotros de forma inevitable, se fija en el tipo de bromas que hacemos e intenta replicarlas para sentirse parte del grupo —explicó Luvart con el gesto torcido—. Un hombre espera a una mujer durante un milenio y aun así se atreven a dudar de sus sentimientos de esta manera. Es inadmisible.

—No eras tan quejica durante ese milenio que has mencionado —le recordó Xaphan, sonriendo apaciguador desde el extremo de la isla.

Como siempre ocurría en casos que involucraban la necesidad de un especialista médico, presidía la mesa. Tenía las manos apoyadas a cada lado de la cabeza de la criatura a la que con toda probabilidad le practicaría una autopsia en cuanto Valthessar diera la orden.

—¿Qué opinas tú, Samael? —preguntó Dagon, redirigiendo la atención al foco de las burlas.

Él apenas se había dado cuenta de lo que estaba sucediendo a su alrededor. Seguía pensando en su patético tropiezo en el tranvía, en el adictivo olor a galán de noche y jazmín que flotaba en el aire y que se le había pegado a la ropa, a la piel, a la memoria sensible; en los ojos de ese insólito azul purpúreo que le habían seguido en su camino hasta la turista francesa y en su precipitada huida.

Porque había huido…, ¿verdad?

«No, claro que no», decidió con orgullo. Los hombres como él no huían, y ni mucho menos de una mujer vestida como la profesora de inglés de una escuela para adultos. Y aun así, cuando Valthessar cambió el tono por uno inquisitivo y casi acusador para preguntarle de dónde venía, las palabras prohibidas salieron de sus labios con claridad cristalina.

—De encontrarme con mi *anandha*.

Hubo un breve instante de silencio en la cocina. Solo se oyeron las cadenas del pantalón oscuro de Valthessar cuando cambió el peso de pierna, el carraspeo de Abraxas y la exclamación ahogada de un entusiasmado Dagon.

Unos segundos después, Luvart chasqueó la lengua.

—Lo siento por ella.

—Oye, amigo, estás en la cuerda floja después de la acusación de Reyyan —le pinchó Dagon. La risa bailaba en sus ojos ambarinos—. Yo que tú no seguiría por ese camino. Al menos hasta que se nos olvide que es probable que tengas un *crush* con el vikingo.

—Porque seguro que a un puñado de seres sobrenaturales con

talentos fuera de lo común y una memoria privilegiada se les olvida un comentario tan aparentemente suculento —rezongó el aludido, bizqueando.

—Bueno, ya está bien —zanjó Valthessar, palmeando la superficie blanca y alzando la mirada hacia Xaphan. Los dos se enfrentaban, cada uno desde una punta de la amplia isla—. Va siendo hora de que nos centremos en lo que toca.

—Que es interrogar a Samael sobre quién es la elegida, ¿verdad? —se apresuró a apostillar Dagon, que se había aferrado con fuerza al borde de la encimera del mismo modo en que se habría agarrado al chisme de haber podido—. ¡Necesito datos!

—Las características de la *anandha* de cada uno y la relación que se tenga con ella es un asunto personal en el que no tenemos por qué involucrarnos —aclaró el *rex*, mirando de reojo a Samael—. Concentrémonos en el tema que nos ocupa, y en vuestro tiempo libre ya interrogaréis a quien os plazca.

Samael no escuchó la defensa de Valthessar. Sacudió la cabeza, y como si así hubiera podido deshacerse de sus prejuicios iniciales, decidió que era una ridiculez estar allí de pie, escuchando cómo sus compañeros bromeaban sobre Luvart o sobre él cuando la mujer que habría de salvarlo y hacerle feliz estaba en algún punto de la ciudad.

En contra de sus principios y de su canon de belleza, fue a girar sobre sus talones para salir corriendo en su busca, pero justo entonces oyó su voz aguda.

Y, por sorprendente que pareciera, no provenía de su mente, sino de su derecha.

—¡Esa es una idea estupenda! ¡Veo que he llegado justo a tiempo!

Todos se giraron hacia ella, en su mayoría anonadados porque sus sentidos no hubieran captado la entrada de una intrusa. Samael pensó que se debía a su tamaño y a que las suelas de sus botas no emitían sonido alguno, pero cuando la joven pasó por su lado, levantando una brisa impregnada del olor dulzón que ya le había abrumado una vez, se olvidó del curso de sus propias meditaciones y solo tuvo ojos para el brioso paseo que dio en torno a la mesa.

Además de una bandolera que no destacaba respecto del resto de su atuendo por razones precisamente halagadoras, de su frágil muñeca colgaba una bolsa de plástico blanca con el logo de un supermercado de barrio. De esta fue sacando una serie de refrigerios, que fue repartiendo conforme se presentaba ella misma a los mudos penitentes.

—Tú debes de ser Abraxas, ¿verdad? Te reconocería en cualquier parte.

—¿Nos conocemos? —fue lo primero que preguntó el aludido, aun cuando había dudas más urgentes por resolver.

Como, por ejemplo, cómo diablos había entrado allí.

—¿De forma oficial? No. Pero te vi de lejos durante la ceremonia en honor a la que fue tu esposa, Astaroth. Pronunciaste unas palabras preciosas. Siento muchísimo tu pérdida. —Y se atrevió a ponerle una mano en el brazo para transmitirle sus condolencias. ¡Una mano en el brazo! ¡A Abraxas! ¡A quien acababa de conocer! ¿Había perdido la cabeza, acaso? La última vez que Samael rozó sin querer el brazo del guerrero, estuvo a punto de morir fruto del arranque colérico que le sobrevino—. No dudes que he venido para ayudarte, a ti y al resto de El Séptimo Círculo, para acabar con los miserables que te la arrebataron. Por cierto, te gustaba la cerveza, ¿no? Toma.

Sacó de la bolsa una Staropramen de botellín, todavía fría a juzgar por la humedad que la empañaba. Vacilante, Abraxas la aceptó, debatiéndose entre la perplejidad y el agradecimiento.

Acto seguido, la muchacha encaró a Luvart.

—Este hombre tan guapo solo puede ser el príncipe de los ángeles… y la grandiosa hechicera Sehara, por supuesto. —Acompañó su reconocimiento con un respetuoso cabeceo—. Tengo entendido que combatiste en la guerra de los Cien Años y que te consideras parisino de corazón. No podía conseguir un borgoña con tan poco tiempo de margen, así que me he arriesgado trayéndote un café.

—Gra… ¿cias? —Luvart curvó los labios en una sonrisita interesada en el espécimen que tenía delante—. Lo cierto es que me viene bien para estar despierto toda la noche. La Sehara es insaciable, y, por supuesto, eso habría preferido que esto no lo dijera en voz alta, pero no seré yo quien se coarte ahora. —Luego posó una mirada dudosa en el *rex*, manteniendo la sonrisa incrédula en los labios—. No sabía que hubiéramos contratado a una empleada del hogar. ¿O es que ahora El Séptimo Círculo tiene secretaria? ¿Nos hemos registrado como sociedad anónima y nos corresponde una recepcionista?

Samael observó que la joven no se detenía a dar explicaciones y continuaba repartiendo los regalos de una Navidad anticipada. El siguiente fue Dagon, que había estado mirándola a caballo entre el pasmo y la fascinación.

—Contigo estoy segura de haber acertado.

—¿Me has traído un Nestea de maracuyá? —Ella se encogió de hombros, haciéndose la misteriosa, y le ofreció la bolsa para que metiera la mano. Dagon lo hizo moviendo la cabeza de un lado a otro con alegría, y dio un saltito al saber que había acertado—. ¡Bingo! Muchísimas gracias, pequeño duende de las bebidas energéticas.

—¿Qué demonios…? —masculló Samael por lo bajini. Se calló al ver que la joven, después de chocarle los cinco a Dagon, se presentaba ante Renyi.

«A él no se lo va a meter en el bolsillo», se dijo, convencido. «Es

imposible complacerlo».

Y, sin embargo, el antiguo samurái aguardó con paciencia y sin disimular su curiosidad a que la recién llegada le tendiera su refrigerio.

—Sé que la última vez que estuviste en Japón no había nada de esto, pero vi una botellita de licor de arroz dulce en una tienda de productos asiáticos y pensé que podría gustarte.

—Gracias —dijo con la voz ronca. Tomó su bebida y le reconoció el esfuerzo con un cabeceo.

Samael no pudo controlar un jadeo de pasmo absoluto.

—Si tuvieras problemas conciliando el sueño, te habría traído una manzanilla —proseguía la joven, después de sonreírle con simpatía a Xaphan y ponerle una mano amable en el hombro—, pero como eres así y no hay caso en arreglarlo…

—Me has sorprendido con mi clásico té matcha con hielo —completó él—. Tienes una memoria privilegiada, Citlali.

—O a lo mejor es que me divertía tanto desayunando contigo allí arriba que ahora el té matcha es un recordatorio sagrado de los ratos que hemos pasado juntos —replicó ella, guiñándole un ojo.

Ni siquiera lograba disimular lo ansiosa que estaba por rodear la mesa y conocer al *rex*. Le había estado lanzando miradas fugaces, como si ansiara averiguar cuál era su opinión sobre el generoso gesto con el que había marcado su aparición.

—¿Os conocisteis en el Autem? —preguntó Valthessar, viendo que era su turno e iba siendo hora de poner fin al misterio—. ¿Eres una sacerdotisa de la Orden?

—Me temo que me gustan demasiado los hombres atractivos para ser una sacerdotisa como la diosa manda —se lamentó, parándose delante de él con una sonrisa esmerada. Sacó de la bolsa una pequeña caja y se la tendió sin decir nada más, como si con eso debiera darse por satisfecho y también por aludido.

Valthessar enarcó la ceja al leer la etiqueta.

—¿Té de tila con sabor a frutos silvestres?

—No es ningún secreto que tenéis problemas para apaciguar los nervios. Es una bebida muy efectiva para calmar los pensamientos tormentosos y conciliar el sueño. En cuanto a los frutos silvestres… Siempre he pensado que es un sabor que le gusta a todo el mundo.

—Soy más de relajarme con un buche de whisky, pero te agradezco tu consideración… Citlali, ¿verdad? —completó, devolviéndole la mirada con el mismo agradecimiento receloso que Samael había percibido en Abraxas, con la diferencia de que en la expresión del *rex* había algo más. Una curiosidad positiva que, conducida por el camino adecuado, podría desembocar en un problema para él.

De pronto sobrepasado por un ramalazo de ira, Samael se envaró y

espetó:

—¿Qué hay de mí?

Ella pareció caer en la cuenta de que estaba allí en ese preciso momento. Le habría molestado menos que su impertinencia la hubiera irritado que lo que en realidad dio a entender su reacción: que, en efecto, lo había eliminado de la escena como si fuera irrelevante.

—¡Claro! Perdona, perdona…

Se aproximó con una disculpa en lo absoluto sentida, y sin molestarse en mirarlo a los ojos o dedicarle unas palabras personalizadas, le hizo entrega de la bolsa de plástico después de sacar su propia bebida: un Red Bull más grande que su brazo.

Samael se quedó pasmado. Aún sujetaba la bolsa, tan ocupado observando cómo regresaba al lado de Valthessar con un entusiasmo que se le antojó excesivo que olvidó echar un vistazo al interior. Tenía el corazón en un puño cuando hundió la mano en el fondo y rescató un refresco.

Solo atinó a jadear, indignado.

—¿Una puta Coca-Cola? ¡Odio la Coca-Cola! —gruñó en voz alta.

Todos se giraron hacia él con las frentes arrugadas, pero solo uno se atrevió a reprenderlo.

—Deberías ser más agradecido —dijo Renyi con su inexpresividad habitual—. Citlali no tenía por qué traerte nada, y, aun así, se ha tomado la molestia.

—¡Para ti es fácil decirlo! ¡Te ha traído no sé qué licor de arroz a la cubana!

«¿En serio?», siguió refunfuñando para sus adentros, mirando la lata como si le hubiera insultado. «Tampoco era tan difícil. Me habría servido un Lipton, o una bebida con gas y sabor naranja o limón, u otra cerveza… Pero no. Ha traído una jodida Coca-Cola».

A su pesar, abrió la lata y le dio un sorbo. Tuvo que contenerse para no escupirla en el acto. Luvart lo estaba mirando al borde del ataque de risa, pero no se controló por él. Ni siquiera para no herir los sentimientos de Citlali, quien, por supuesto, no le estaba prestando atención. El *rex* la había maravillado con el poderío que exudaba y con su aspecto de guerrero asirio.

«Qué asco», pensó, tragando el líquido con dificultad. Sabía a óxido. «Encima está calentorra. Parece que lo ha hecho adrede. ¿Y qué clase de nombre es “Citlali”? ¡Ni siquiera sería capaz de pronunciarlo!».

—Bueno… Ahora que ya estamos todos servidos —retomó ella, ajena a sus pensamientos. La vio apoyar los dedos huesudos sobre la isla y barrer a la concurrencia con una mirada panorámica antes de concentrarse en Valthessar, al que le sonrió con el especial interés que llevaba mostrándole desde que había entrado—. ¿Qué nos traemos

entre manos?

Capítulo III

Citlali ardía de emoción. Llevaba meses preparándose en el Autem para ese momento; años si se paraba a pensar en su época adolescente, cuando fantaseaba con encontrarse algún día con los inmortales ficticios sobre los que acostumbraba a leer.

Como era natural, había llovido bastante desde aquellos tiempos en los que solo podía imaginarse a las criaturas como las que la rodeaban con expectación. A diferencia de antaño, cuando el entusiasmo habría bloqueado su capacidad de reacción, ahora estaba preparada para lidiar con ellos. Habían sido su destino desde el principio. Ya no era una joven soñadora, sino una guerrera y estratega con todas las de la ley, y apenas cabía en sí de la ilusión ante la idea de poner en práctica su aprendizaje; de asombrarlos no solo a ellos, sino a La Magna y a sí misma con sus progresos.

—Primero tendrías que decirnos a qué vienes —repuso una voz desagradable, sacándola de su ensoñación—. Por ejemplo, podrías empezar explicando cómo es que hace un rato estabas en el tranvía de Praga, paseándote en la línea veintidós como una vulgar turista, y ahora pareces con la intención de unirte al club.

—No tengo la intención —repuso Citlali, refiriéndole su explicación al *rex*—, sino la obligación. La Magna me ha mandado a colaborar con El Séptimo Círculo. Para ello he sido informada al detalle de la situación que estáis enfrentando ahora. Me he preparado en todos los aspectos: he ejercitado mi cuerpo, he estudiado la magia en la medida de lo posible, pues los sacerdotes son criaturas muy celosas del Libro de la Sehara y no permiten que cualquiera se inmiscuya en sus prácticas, y me he sentado con la misma diosa Magna para que me pusiera al corriente de los últimos acontecimientos en la Subrealidad.

—Eso sigue sin explicar qué hacías en el tranvía —insistió el mismo penitente. No era otro que el rubio con aspecto de vikingo que se había tropezado con ella en el Tatra T3.

A desgana y sin preocuparse por lo que sugería su tono acusador, Citlali posó en él una mirada que pretendía apaciguar sus ánimos turbulentos.

—Daba un paseo por la ciudad que me vio nacer. —Se encogió de hombros—. Escogí esa línea en concreto porque recorre Vršovice, Vinohrady, la Ciudad Nueva, la Ciudad Vieja, Malá Strana y la zona

del Castillo de Praga, que son mis lugares turísticos preferidos. No creo que sea un delito. Como te podrás imaginar, en el Autem no se puede disfrutar de un paseo por la cultura europea, ni tampoco de una Coca-Cola sentada en el parque. Lo echaba de menos y quería volver a conectar con mi tierra.

—¿Eres natural de Praga? —inquirió Valthessar, que no había dejado de mirarla con la dosis justa de curiosidad y cautela—. Qué casualidad.

Citlali se ruborizó furiosamente.

—Ignorad que he dicho eso, por favor —rogó con las manos en alto—. La Magna me dio instrucciones de no revelar información sobre mi pasado mortal. Según dice, podría sembrar discordia o alejarnos del objetivo primordial, y yo solo he venido a ayudar.

—La diosa no me informó de esto —explicó el *rex*, acariciando de forma distraída el borde de la mesa—. Me resulta bastante extraño. Cuando tiene la gentileza de socorrernos, procura recalcar que seremos capaces de sortear nuestros futuros problemas gracias a su generosidad. Pero supongo que no puedes ser un polizón, si es que conoces la ubicación de la casa y has entrado sin ejercer la fuerza.

—Oh, lo de entrar en la casa sin llamar ha sido gracias al descuido de alguno de vosotros. La puerta estaba abierta. —Le restó importancia con un gesto. Luego le guiñó un ojo a Valthessar—. Me reservo trucos mucho más interesantes bajo la manga. Y con esto quiero decir que estoy a vuestra absoluta disposición. Sois una leyenda allí arriba, *rex*. Se ha escrito mucho en la *Sagrada Crónica* sobre vos. He leído todos los pasajes una y otra vez porque me resultaba fascinante…

—Aquí no tratamos de «vos» al *rex* —interrumpió Samael de nuevo, con cada vez más aspereza—. No es así como está establecido el protocolo, y no le conviene que le bailemos el agua, no vaya a ser que se le suban los humos y acabe creyéndose lo que no es.

—¿Que me crea lo que no soy? —repitió Valthessar, ladeándose hacia el atrevido con el gesto sombrío—. ¿El cabeza de la pirámide jerárquica, te refieres? ¿El penitente al frente de El Séptimo Círculo? ¿El tipo que te dice con exactitud qué órdenes ejecutar, dado que es el comandante de tu tropa y sabe más que tú por experiencia y por méritos propios?

Citlali asistió al intercambio sin ocultar su asombro.

La misma diosa Magna hablaba del *rex* Valthessar como el guerrero imbatible y el ejemplo a seguir que era. Había sido sometido a una serie de torturas inimaginables a manos de los seráficos cuando aún no se había pactado la paz entre las razas; había participado en batallas mundanas determinantes para la historia de la humanidad, desde la caída del Imperio romano de Occidente, de la mano de los

ostrogodos, hasta la Segunda Guerra Mundial en el bando de los Aliados, pasando por la conquista otomana de Bizancio o el conflicto entre Estados Unidos y Vietnam. Era lo más parecido a los héroes literarios que Citlali había admirado en su adorada literatura romántico-fantástica, y no solo porque tuviera unos impresionantes ojos de un azul profundo como el corazón del mar, sino porque su historia de amor y ruptura con la empírea Nurielle había dado lugar a los poemas más hermosos de Pravuil El Nuevo y a las canciones que los bardos entonaban a petición popular en los últimos tiempos.

Había fantaseado tanto con él sin haberlo conocido que descubrir el trato que le prodigaban no solo le chocó, sino que no le gustó un pelo.

—¿Qué es lo que sabes? —inquirió Valthessar, apoyando la mano junto a la de ella y dirigiéndole una mirada insondable. Así de rápido había acabado con Samael.

Citlali inspiró hondo en un llamado a la calma, a fin de alejar el persistente cosquilleo que amenazaba con convertirla en una fanática adolescente. En cuanto encontró las palabras adecuadas para expresarse, el nerviosismo desapareció.

Un problema más acuciante se cernía sobre ellos.

—Si no me equivoco —empezó, fijándose en el cuerpo que había estado descansando sobre la isla durante el intercambio. Habían convertido la cocina en una improvisada sala de autopsias: las alacenas y el resto del mobiliario estaban cubiertos por una gruesa capa de plástico, y delante de Xaphan se encontraba la bandeja de metal con el instrumental necesario para llevar a cabo la prueba definitiva—, el cadáver que tenemos delante fue encontrado en los laboratorios del parque natural, el mismo lugar del que se rescataron los restos de Astaroth y de otras tantas criaturas inmortales que aún no se han podido identificar. Se cree que el Enclave los secuestró y experimentó con ellos con un propósito por determinar, pero se desconoce de dónde los sustrajeron, dado que ninguno de los seráficos pertenecen a La Sociedad. No a La Sociedad praguense, al menos.

—Así es —confirmó Valthessar con un cabeceo complacido—. En la semana que ha transcurrido desde que dimos sepultura con honores a Astaroth, el regente Aladiah nos ha visitado para confirmar que no reconoce los cuerpos. Asimismo lo han hecho algunos de los miembros más antiguos de La Sociedad, cuya inclusión data de siglos tempranos, para asegurarnos que tampoco pertenecieron a las primeras órdenes.

—¿Cabe la posibilidad de que el mismo Enclave creara a estas criaturas a partir de un hechizo, o utilizando el ADN de algún miembro de La Sociedad, o con su misma sangre…? —inquirió Dagon, observando con los ojos entornados los rasgos físicos del cadáver. Como sucedía con la inmensa mayoría de los seráficos, era difícil determinar el género de la víctima.

—No —resolvió Citlali enseguida—. Todavía no se ha creado un hechizo dador de vida. La Sehara estuvo trabajando en uno hace milenios, pero incluso ella llegó a la conclusión de que desafiaba las leyes divinas, era una auténtica aberración y causaría el caos si caía en manos inadecuadas.

Un silencio aprobador reinó en la cocina durante unos instantes.

—Es verdad —reconoció Dagon, rascándose la nuca—. No sé cómo se me ha podido pasar. Estaba allí cuando ocurrió todo aquello de los súcubos.

—Estabas allí, sí, babeando por Darda'il —se mofó Samael—, y para nada.

—Igual que tú babeaste por mi novia para nada —le espetó Dagon.

—¿Podéis comportaros como dos adultos, aunque sea delante de la visita? —sugirió un hastiado Luvart.

—Pues vaya —comentó Valthessar, ladeando la cabeza hacia ella con una media sonrisa satisfecha—. Es todo un orgullo y un alivio contar con una ayuda externa que se ha informado sobre lo que acontece.

—Es lo mínimo que puedo hacer. —Se frotó las manos, que todavía tenía heladas a pesar de haberse puesto guantes mientras paseaba por la ciudad—. Aun así, el problema más apremiante no es identificar a estas criaturas, para lo que estoy convencida de que deberíamos contactar a todos los clanes de seráficos de los que tengamos constancia y pedirles que nos ayuden a ponerles nombre a las víctimas, sino el hecho de que todo apunta a que ninguna de ellas ha encontrado la paz. No han pasado a través del portal terrenal, ¿verdad? Porque estoy mirando su rostro y yo, que soy el portal superior, no lo reconozco.

—¿El portal superior? —repitió Samael con incredulidad.

—No me constaba que hubiera dos portales —admitió Abraxas, observándola con fijeza.

—El portal terrenal ayuda a los fallecidos a cruzar de la dimensión humana a la dimensión extrasensorial; al punto del Autem entre la segunda oportunidad para la vida eterna y el Fatem, a donde van a parar todas las almas que han estado en contacto con el Gran Grimorio de una manera u otra —explicó Luvart—. Reyyan cree que me lo está chivando, pero esto lo sabía… —Hizo una pausa para suspirar, exasperado. Controló a tiempo una sonrisilla tierna—. Sí, vale, de acuerdo, lo sé gracias a que ella me lo contó en otra vida.

—Exacto —señaló Citlali, feliz porque alguien estuviera al corriente de su existencia. No eran muchos los protectores de la Tierra que se informaban de las labores concretas de los ocultistas que operaban sobre sus cabezas—. El portal terrenal las ayuda a desprenderse de su cuerpo y a elevarse a la próxima dimensión. Yo los pongo a descansar

por fin, por decirlo de alguna manera.

—¿Y qué tienes que hacer para ser el portal… superior?

—El nombre oficial es «portal extraterrenal» —le explicó con una sonrisa a Abraxas—. Lo que tienes que hacer es… ser un portal terrenal en tu forma humana y morir. Tan simple como eso. —Se encogió de hombros.

—Pero eres una empírea —repuso Dagon, enarcando una ceja—, ¿no?

—Así es. Todos los que se han sacrificado por alguien que marcaría un antes y un después en la historia del mundo o por un bien mayor lo son. Yo no habría muerto si no hubiera intentado proteger a un ser querido. —Devolvió la mirada a la víctima antes de hablar más de la cuenta sobre su pasado mortal—. Lo que quería señalar al revelar mi condición de portal es que a él o a ella no le conozco, y atesoro los rostros de mis criaturas como lo que son, seres que han muerto conmigo.

—Es una bonita forma de verlo —comentó Dagon, meditabundo—. Y muy distinta a la que tiene Mara, que odia su condición de portal terrenal con todas sus fuerzas. ¡Aunque como para no! Se queda hecha polvo después de oír los últimos deseos de los fallecidos. Es un don que solo mola cuando ves *Entre fantasmas*.

El corazón de Citlali se aceleró al oír el nombre de su hermana, pero se obligó a serenarse teniendo muy presente las advertencias de La Magna.

Le había dado permiso para reunirse con ella. De hecho, no había ocultado que parte de su deber para con la humanidad era convencer a Mara de regresar a El Séptimo Círculo y desempeñar su labor como portal. Esa era su primera obligación. Después, una vez Mara hubiera aportado su granito de arena a la organización, Citlali podría ponerse al día con ella.

Durante su estancia en el Autem, La Magna le había facilitado contenido de toda clase para estudiar en profundidad las dos razas, pero le había prohibido terminantemente pegar la oreja a rumores sobre Mara o asomarse a los pozos donde podría haber visto con sus propios ojos qué hacía su hermana; esa hermana que perdió cuando aún eran demasiado jóvenes y de la que no había sabido nada hasta que utilizó el telescopio del Observatorio para confirmar que estaba herida.

—Mara es el portal terrenal, ¿no es así? —inquirió cuando estuvo convencida de que no le temblaría la voz.

—No se encuentra entre nosotros —le explicó Valthessar con cierta incomodidad, como si lamentara tener que admitir que se le había escapado un cabo suelto—. Como todos los ocultistas con dones fuera de lo común, posee el libre albedrío, y ella optó por la deserción.

«Suena como Mara», pensó Citlali con pesar.

No podía estar más en desacuerdo con el egoísmo de su decisión.

—Pues tenemos que convencerla de ayudarnos una última vez con este asunto, porque ella es la pieza central —explicó Citlali—. Que las almas inmortales no estén cruzando los portales no quiere decir que no vayan a parar a alguna parte del universo donde nosotros no tenemos control. Cabe la posibilidad de que ahora mismo se encuentren vagando sin rumbo por solo la diosa sabe dónde. En cualquiera de los casos, Mara debe volver a El Séptimo Círculo y colaborar para averiguar qué está pasando.

Valthessar se cruzó de brazos y la miró con un amago de sonrisa exasperada.

—Me gustaría ver cómo lo intentas —admitió con simpatía—. No parece haber nacido hombre o mujer con el poder para convencerla de hacer algo distinto a su venerable voluntad.

—Eso no es problema —desestimó Citlali, haciendo un aspaviento—. Yo no soy ni un hombre, ni una mujer. Soy una empírea con un don a la que además se le dan de maravilla las artes marciales… y siempre tengo un as bajo la manga.

»Apuesto lo que sea a que a mí no se me resiste.

Capítulo IV

Aunque los penitentes se disgregaron por la casa después de la reunión de emergencia, Samael decidió quedarse donde estaba. Hacía un buen rato que no sabía qué se suponía que debía hacer y prefería permanecer en el sitio antes de dar un paso en falso. Se sentía sobrepasado por una extraña y poderosa sensación de orfandad, como si le hubieran arrebatado algo hermoso en lugar de haberlo encontrado por fin.

La conmoción después de haber conocido a Citlali aún prevalecía sobre el resto de emociones contradictorias que luchaban por hacerse con el control de su razón, y esta le había provocado una incómoda parálisis generalizada.

—No tienes buena cara —comentó Xaphan. Por fin blandía el bisturí para realizar la primera incisión en el cuerpo del seráfico. Lo miraba como si comprendiera su agitación, y lo más probable era que así fuese; para algo había nacido con el don de la clarividencia.

—Querrás decir que el curso de mis pensamientos no augura nada positivo —refunfuñó por lo bajini. Le lanzó una mirada conminatoria —. Sal de mi cabeza, capullo.

—No es algo que esté en mi mano conseguir —se lamentó el penitente.

Dio un sorbo al té que Citlali le había traído de buen grado, un detalle que le recordó a Samael su soberana miseria. Para conseguir una bebida japonesa habría tenido que pasarse por un supermercado especializado en alimentación asiática, y para comprar un té matcha habría visitado una cafetería o tetería; a él, en cambio le habría comprado la Coca-Cola en cualquier bazar.

—¿Necesitas que te ayude en algo, o es que quieres ver cómo practico la autopsia?

—Simplemente estoy sentado en la cocina, X —se quejó entre suspiros, dejando caer la cabeza entre las manos—. No es mi culpa que hayas convertido esta zona común en una jodida morgue. ¿Es que no podías llevarte tus muertos a otro sitio?

—Estos muertos son de todos, no solo míos —replicó con sorprendente paciencia—. Y, como tú comprenderás, no los iba a amontonar en mi dormitorio.

—No será porque te dé miedo que sus almas te persigan mientras

duermes, porque no es una actividad que realices con frecuencia.

Samael se dio cuenta de que aquel comentario referente a su insomnio no le hacía ninguna gracia, pero tratándose de Xaphan, no tomaría medidas. Tampoco era para tanto, pensó Samael. Disponía de más horas al día para disfrutar de sus aficiones, y no corría el riesgo de llevar a cabo una guardia penosa por culpa de la falta de descanso.

Desde su punto de vista, Xaphan era imbatible por un sinfín de razones. No tenía derecho a quejarse. Al menos, no por el insomnio ni porque hubiera sido bendecido con el talento de leer mentes. El hecho de que no pudiera acostarse con mujeres ya le apenaba algo más, sí, pero por algún motivo que Samael no entendía, a Xaphan le dolían todas sus privaciones por igual, como si fuera lo mismo no calmar el ardor de vez en cuando y no poder echarse una siesta.

—La cocina tiene la mejor luz, tanto natural como artificial —resolvió con sencillez, devolviendo la vista al misterioso fallecido—. Ninguna de las habitaciones de la planta superior cuenta con focos fluorescentes, y la mejor iluminación para este tipo de procesos es la blanca. Arriba tenéis lamparillas ambarinas.

—Qué tiquismiquis —refunfuñó Samael.

Iba a decir algo más, pero la mención de las luces hizo que Samael se fijara en los ventanales que daban al patio trasero, y más concretamente en la escena que estaba teniendo lugar entre los árboles antiguos.

Al acabar la reunión, Citlali había seguido al *rex* como un perrito faldero para bombardearlo con preguntas sobre la organización, aun cuando ya había demostrado que estaba al corriente de hasta el más nimio detalle. Valthessar, aliviado porque por fin alguien le pusiera a la misión toda la atención que requería, se había mostrado entusiasmado con el hecho de tener una pupila a la que enterrar en datos.

Si se concentraba y aguzaba el oído, uno de sus sentidos hiperdesarrollados, podía oír con claridad la conversación que estaban manteniendo.

—Solo me gustan las cosas bien hechas —se defendió Xaphan con simplicidad.

Samael no lo escuchó porque había focalizado su atención en la charla que tenía lugar al otro lado de las ventanas.

—No me digas entonces que también te han preparado para la batalla —decía Valthessar. Tenía los brazos cruzados y la observaba desde su altura con orgullo e incredulidad. Le costaba creer que hubiera llegado al clan una joven como ella—. No nos vendría mal una ayuda durante las guardias, pero antes de exponerte al peligro deberás demostrarme que sabes lo que haces.

—¿Y por dónde os gustaría que empezara? —Citlali puso los brazos

en jarras y alzó su barbilla puntiaguda en un amistoso desafío—. Os aseguro que no hay práctica que se me escape ni movimiento que quede fuera de mis habilidades.

«Y dale con el trato formal», pensó Samael. «Dirigirte a él como a tu señor feudal no va a conquistarlo, idiota».

—¿Cuál es tu arma?

—Me manejo con todas. Dadme la que más os guste.

Valthessar sonrió con la misma mezcla de sentimientos encontrados que el propio Samael. La diferencia era que el *rex* no perdía la simpatía con la que se refería a ella, y todo lo que opinaba sobre la recién llegada era positivo.

Él no podía decir lo mismo.

«Me manejo con todas», le dieron ganas de repetir en voz alta, imitando su tonillo repipi. «Sobre todo con la suya, ¿no? No sé por qué no le pides directamente que se la saque, y así le enseñas lo bien que se te da manipular maquinaria pesada».

No se dio cuenta de que Xaphan lo miraba de soslayo con una sombra de espanto.

—Ay, Samael… —musitó, sacudiendo la cabeza con discreción.

—Te llevaré a la sala de armas para que puedas escoger aquella con la que más cómoda te sientas. Eres pequeña y ágil, y eso puede suponer una variación provechosa en nuestra forma de enfrentarnos al Enclave. Los engendros están acostumbrados a combatir armatostes revestidos con piezas antiguas.

—¿Cuál es la estrategia? —preguntaba ella—. El posicionamiento, la jerarquía… ¿A quién se debe proteger primero si todos resultan heridos? ¿Luchamos por parejas, cubriéndonos las espaldas el uno al otro?, ¿o es más una intervención individual, cada uno pelea por lo suyo?

—Desde que somos seis los que asistimos a las guardias, procuramos formar parejas que se echan a suertes para no dejar descuidado al compañero. La prioridad siempre es el mortal que hayan conseguido arrastrar consigo; si no, no hay orden de importancia. Si todos salimos heridos, todos habremos de ser curados por igual.

—Es un lema encomiable, *rex* —decía ella, sosteniéndole la mirada con una sonrisa encantadora—. No creo que nadie os juzgara si os proclamarais la prioridad dentro y fuera del combate. Así es como debería ser, en realidad. Sois la ficha más importante del tablero.

—No es así como yo entiendo el mando —repuso con suavidad—. Y más allá de que sea un tanto impertinente, Samael tenía razón. En El Séptimo Círculo no se estila el trato formal que se ve en las comunidades seráficas…

—Hombre, hasta que por fin lo dice —refunfuñó Samael desde la

cocina, sin darse cuenta de que apretaba tanto los puños que, de haber tenido las uñas largas, se habría abierto heridas en las palmas.

—… Puedes llamarme Valthessar, igual que yo te llamo a ti por tu nombre. Que, por cierto, es muy curioso. Citlali —paladeó, pensativo—. ¿De dónde sale? ¿La Magna lo eligió para ti?

—¡Encima me ha robado la pregunta! —jadeó Samael, ofendido—. ¡Debería haber sido yo quien le hubiera preguntado por su nombre raro!

—Menos mal que no lo has hecho —musitó Xaphan, concentrado en revisar las pupilas y la dentadura del cuerpo con los guantes ya ceñidos a los dedos—. «Curioso nombre» y «nombre raro» no suenan igual.

—Sí y no. —La joven entrelazó las manos a la espalda y se balanceó con aire juguetón—. Es una palabra náhuatl que significa «estrella». Cualquiera que me viera pensaría que fue una decisión aislada, pero, en realidad, tiene su razón de ser. Mi abuela por parte de padre era mexicana, y a mí siempre me llamó la atención su cultura… Además de que siempre me han encantado los fenómenos espaciales. Cuando era adolescente me pasaba el día pegada a mi telescopio, y… Debería parar aquí. —Se rio—. Estoy desobedeciendo órdenes directas al hablar de mi pasado.

—No te preocupes. Por aquí nadie es muy obediente. Ni siquiera yo —bromeó Valthessar.

—Manda narices —mascullaba Samael, que no pudo soportar la camaradería entre los dos ni un segundo más y tuvo que levantarse del taburete. Pero una vez estuvo en pie, su determinación a interrumpir se desinfló, a sabiendas de que no sabría cómo cortar de raíz la conversación sin que ambos lo tomaran por un insolente, o peor: como un envidioso—. Debería ser yo quien estuviera ahí, debería ser yo el tío al que le cuenta su historia. No, no, espera… —Sacudió la cabeza—. Más bien debería ser ella la que se hubiera acercado a mí. ¡Tendría que estar sonriéndome A MÍ!

—Es una empírea recién llegada y, para variar, comprometida con su trabajo. Lo lógico es que le pida instrucciones al *rex*. Estoy seguro de que ahora van a tramar el modo de llegar a Mara. Y si quieres mi opinión… —Xaphan lanzó una mirada pensativa a la ventana—, lo que crees que se está forjando entre los dos, esa complicidad, no durará mucho. Se acabará en cuanto Mara aparezca, si es que consiguen atraerla.

Samael no lo escuchaba. Estaba furioso.

—No entiendo por qué se están dando así las cosas —mascullaba, frotándose los muslos y rascándose el cuello de forma intermitente. Ya empezaban a aflorar las rojeces de un sarpullido en la zona que maltrataba de forma inconsciente—. No es… No es como lo habría

imaginado, y no es como debería ser. Se suponía que ella iba a caer rendida ante mí en cuanto nos cruzáramos. Se suponía que yo iba a sufrir un flechazo, y que mi *anandha* también, y que el descubrimiento del otro tendría lugar en un escenario estético, y que nuestro primer intercambio sería glorioso, y…

—Con esas expectativas, no me extraña que te sientas decepcionado —comentó Xaphan, que ni siquiera lo miraba. Intervenía con voz suave, como si se encontrara en pleno servicio dominical y fuera irrespetuoso alzar el tono. Estaba concentrado retirando con unas pinzas lo que iba encontrando bajo las uñas del fallecido y colocándolo en una placa de petri con sumo cuidado—. De todos modos, no sé por qué te sorprende que tu historia de amor no se haya dado como un cuento de hadas. Solo en esta casa tienes cinco ejemplos de que la predestinación solo sirve para volverse loco si das por hecho los afectos de tu querida y no le pones empeño al cortejo.

—Los únicos predestinados eran Valthessar y Mara —replicó—, y mira cómo salió eso.

—Eso es justo lo que te estoy diciendo —explicó Xaphan, alzando por fin la mirada. Parecía cansado, pero eso no era nada nuevo—. Estaban destinados y son los únicos que se han separado. El resto de las relaciones no contaban con el componente magnánimo que las hace inevitables y, a pesar de ello, han prosperado. Es obvio que el amor se trabaja, no sucede sin más. No es una cosa que ocurra, sino que *haces* que ocurra, ¿comprendes?

Aunque una parte de sí mismo era consciente de que debería escuchar su sabio consejo, al sostenerle la mirada a Xaphan, Samael solo pudo pensar en que el mediocre aspecto físico del penitente aliviaba su malestar general. Solía retorcerse de envidia en presencia de cualquiera de sus compañeros, pues casi todos eran más poderosos que él; tanto así que podían permitirse desafiar a La Magna y salir más o menos indemnes. Abraxas contaba con milenios de dedicación a la guerra, era uno de los soldados vivos más antiguos de la historia; Valthessar ostentaba el título de *rex* desde hacía siglos por méritos propios; Luvart había conocido el amor físico de mano de la propia diosa y la mismísima hechicera Sehara convivía en su cuerpo, fusionados en un solo ser; Dagon tenía el don de meterse en el bolsillo a quienquiera que deseara deslumbrar gracias a un carisma arrollador; Renyi hacía y deshacía a su antojo, se permitía faltar a reuniones y cumplir con su deber sin esforzarse en el proceso y sin recibir reprimendas, tal era la confianza en la precisión maquiavélica de su trabajo. Pero Xaphan, a pesar de poseer dones y tolerar con estoicismo castigos que Samael no había visto padecer a nadie más, era el único que podía ofrecerle consuelo con su simple presencia. Por lo menos no era especialmente alto, ni atractivo según el canon —ni mucho menos

por comparación con los demás—, ni se preocupaba de su aspecto, y, además, le compadecía por no poder acostarse con las mujeres. Era un compañero del que no tendría que preocuparse si Citlali decidía flirtear con los penitentes igual que estaba coqueteando con el *rex*, porque dudaba que lo encontrara apetecible.

Samael observó que Xaphan agachaba la cabeza con gesto inexpresivo, y supo que había oído alto y claro lo que acababa de meditar para sus adentros. Una punzada de culpabilidad le instó a disculparse, pero ¿con qué fin, más allá de sentirse bien consigo mismo? Xaphan sabía que lo pensaba de corazón, y pedirle perdón no cambiaría su forma de percibirlo.

—Samael —lo llamó Valthessar.

Acababa de entrar en la casa acompañado de su fiel perrito faldero, una Citlali que miraba al *rex* con los ojos como luceros sin preocuparse de ver por dónde iba. Ni siquiera se molestaba en disimular que estaba deslumbrada.

«Por la diosa… ¿cuál es su problema?», quiso aullar Samael. «¡Estoy aquí! ¡Yo soy su hombre! ¡Yo, no el jodido Valthessar!».

Samael respondió con un gruñido que el *rex* decidió pasar por alto.

—Tu compañero de guardia esta noche será Abraxas… Que supongo que ya se ha marchado. —Barrió el salón desierto con la mirada. Luego le explicó a Citlali—: Abraxas se ha mudado a un piso en Praga para mantener a su mujer a salvo. No quiere cometer de nuevo el error de permanecer con El Séptimo Círculo más allá de noches puntuales o durante las guardias; no cuando al Enclave le resultaría tan fácil interceptar a Ruth como fue pillar a Astaroth con la guardia baja. Abraxas pasa el día entero con ella, no la deja sola, y por las noches, cuando le toca proteger las zonas limítrofes, la trae aquí para que el penitente de turno la vigile.

—Vaya… Tengo entendido que Ruth es una mujer de carácter fuerte —meditó Citlali—. ¿Está satisfecha con el modo en que Abraxas le ha organizado la vida?

—Sorprendentemente, sí —contestó el *rex*. Su expresión adquirió un aire melancólico, sin duda relacionado con la tristeza de no haber podido compenetrarse tan bien con Mara como Abraxas sí lo había logrado con su pareja—. Es una mujer dura de pelar y no le tiene miedo a nada, pero también le gusta que la quieran y la cuiden. Puede tolerar el sufrimiento, pero si puede evitar exponerse a él, mucho mejor.

—¿Y quién forma pareja con Citlali? —quiso saber Samael, cortando de raíz la conversación entre los dos antes de que tomara derroteros más personales.

Los dos lo miraron como si le hubiera salido una segunda cabeza, extrañados con su tono exigente.

—Yo —dijo el *rex*, encogiéndose de hombros—. Es lo más lógico. Así le enseño cómo funciona y tengo un ojo puesto sobre ella durante…

—Cualquiera de nosotros puede enseñarle cómo funcionan las guardias —espetó Samael. Por el modo en que frunció los labios, supo que al *rex* no le gustó que lo interrumpiera de golpe, pero lo dejó hablar—. Y si no he entendido mal, la chica sabe luchar. No necesita que seas condescendiente con ella diciendo que vas a enseñarle todo lo que debe saber.

—También es condescendiente llamarla «la chica» —comentó Xaphan por lo bajini.

Samael no lo escuchó, tan concentrado como estaba en romper la pareja que tenía delante.

—Sabe luchar —le concedió Valthessar—, pero no está al tanto de nuestra estrategia.

«Coño, sí que estás desesperado por una nueva novia», estuvo a punto de espetarle Samael, pero sabía que se estaría metiendo en un grave problema si mencionaba a Mara por activa o por pasiva. Ya lo había hecho en previas ocasiones y no había salido bien parado.

De un tiempo a esa parte, en concreto desde que el *rex* fue puesto al corriente de que Mara había iniciado una nueva vida con un sinfín de parejas distintas, el nombre de la *anandha* de Valthessar se había convertido en un tabú. Por suerte para todos, con la decisión de borrar a la joven de su vida, la actitud con la que había estado aterrorizando a El Séptimo Círculo había mutado. Ya no estaba irascible como al principio de la ruptura, sino concentrado en la misión y tan amable que resultaba inquietante.

Aunque todo apuntaba a que el *rex* había silenciado sus emociones, seguía sin ser idiota. En un primer momento no había comprendido por qué Samael se mostraba particularmente mordaz en lo relativo a Citlali, y alternó una mirada entre el uno y el otro para intentar averiguar cuál podría ser el problema. Samael no supo qué conexiones neuronales le condujeron a la conclusión obvia, relacionada con el anuncio que había hecho al principio de la tarde —«me he encontrado a mi *anandha*»— y la mención al hecho de haberse topado con Citlali en el tranvía, pero supo que había descubierto el pastel en cuanto su rostro se iluminó.

—Ya veo —acotó con voz queda. Se giró hacia Citlali, que se había apartado de los dos para examinar el trabajo de Xaphan, y dijo—: Yo todavía no he formado equipo con Abraxas por… motivos personales. Creo que esta noche se dará la ocasión perfecta para terminar con la rotación de las parejas, y ya la semana que viene empezar de nuevo con las primeras que hicimos. Samael es un buen guerrero. Te enseñará lo mismo que yo o cualquiera de nosotros, pero si no estás

convencida o él quiere practicar antes la estrategia, tenéis el gimnasio despejado. El gimnasio —recalcó con una mirada de advertencia—. No quiero puñetazos ni patadas en el salón de armas. La última vez que se practicó allí, Dagon rompió una vitrina, y no son baratas.

Samael sintió un cosquilleo excitado recorriéndole el cuerpo.

Si Citlali se mostraba receptiva para cuadrar la estrategia, podría disponer de ella a solas con la excusa de enseñarle unos cuantos movimientos. Con suerte, también la deslumbraría con su impresionante fuerza física y por fin conseguiría que se fijara en él.

Por un lado, estaba emocionado. Por otro, no entendía por qué diablos tenía que hacer malabares para que Citlali se diera cuenta de que existía. Debería haber sentido algo nada más verlo, atracción como mínimo, amor incondicional en el mejor de los casos, y a Samael le resultaba cuanto menos humillante tener que esforzarse para que una mujer con su aspecto y su desagradable voz chillona se enamorase de él.

¿Siquiera pretendía que lo amara? ¿Qué haría con el amor de una mujer tan mediocre, aparte de sentirse abochornado?

«Los caminos de la diosa son inescrutables», pensó con resignación. «A lo mejor, cuando estemos juntos, me permite hacerle una recomendación sobre su estilo de vestir. Tal vez acepte una dieta rica en proteínas… Por los bardos de Coriander, ¡si hasta incomoda mirarla!», meditó, torciendo el gesto al comprobar una vez más su extrema delgadez.

«En fin… Supongo que nadie es perfecto».

Capítulo V

Citlali debería estar tramando una estrategia para convencer a Mara de acudir a El Séptimo Círculo sin pedírselo abiertamente, no a punto de demostrarle a Samael sus habilidades de lucha. La Magna había sido clara al darle directrices: tendría que ser sutil a la hora de atraer a Mara de nuevo al mundo extraterrenal, de modo que no se sintiera manipulada ni prestara su ayuda porque la hubieran exhortado.

Tenía que salir de ella, o de lo contrario la ahuyentarían de manera definitiva, y la necesitaban de su parte.

El modo en que la diosa había planteado su labor demostraba que Mara no había cambiado un ápice desde que eran adolescentes, y Citlali no sabía si se alegraba de ello o lo lamentaba.

Valthessar no estaba seguro de que fuera buena idea recurrir a ella, pero Citlali había conseguido que diera su brazo a torcer y por fin se había mostrado dispuesto a darle una pensada a aquella opción una vez cubrieran la guardia nocturna, el que era el siguiente paso. Le había mencionado que Mara no estaba en su mejor momento, que aún se recuperaba de las heridas que le produjo el esbirro del Gran Grimorio y no convenía sobresaltarla.

El corazón de Citlali se había estremecido al recordar sus lesiones. Mara siempre había sido aprensiva. Odiaba las analíticas periódicas, los poco favorecedores batines de los pacientes ingresados, el olor a desinfectante y enfermedad que flotaba en los hospitales y, sobre todo, tener que guardar reposo. No quería ni imaginarse cuánto la habría afectado verse de pronto confinada en una silla de ruedas.

Citlali siguió a Samael al gimnasio de la mansión aún con su hermana en el pensamiento. La Magna le había explicado muy grosso modo por qué había abandonado El Séptimo Círculo. Deseaba recuperar su vida humana, disfrutar de todas las opciones que se extenderían ante ella una vez se alejara de las restrictivas obligaciones de la organización.

Citlali siempre había pensado que Mara era demasiado egoísta. Estaba deseando reencontrarse con ella por numerosas razones, pero uno de sus objetivos era reprenderla por haberle dado la espalda a su don y al rol para el que había sido elegida. No comprendía cómo había podido ser capaz de traicionar no ya a La Magna, sino de abandonar a su suerte a la raza humana y de haber permitido que su

familia muriera en vano.

En cuanto llegaron al gimnasio, un amplio espacio remodelado para uso y disfrute del clan, Samael extrajo una espada bastarda del cubo donde se amontonaban para la práctica y se la arrojó. Citlali la cogió al vuelo y procuró concentrarse en él, pero no se sacaba de la cabeza los planes para con su hermana.

—Tenemos que llegar hasta Mara como sea —meditó en voz alta—. ¿Por qué parece que nadie tiene ni la más remota idea de cómo convencerla de volver?

—Si lo supiéramos, ya habríamos puesto la idea en práctica. Al menos el *rex* se habría tomado la molestia. Yo no, te lo aseguro. Mara es una caprichosa y una egocéntrica de cojones, y su don tampoco es la gran cosa. —Se encogió de hombros mientras limpiaba la longitud de la hoja con un paño de lino—. No creo que ella sea la clave del éxito, la verdad. Más bien nos acabará llevando a la ruina.

Citlali se envaró al oírle hablar de la parentela que le quedaba en términos despectivos. Estaba conforme con la descripción que había dado. De hecho, la suscribía al dedillo, pero la ley de la hermandad establecía una única norma, y era la de impedir que ningún personaje ajeno a la unidad familiar se atreviera a verter acusaciones sobre la propia sangre.

—¿No crees que los portales sean importantes? —inquirió Citlali, clavando la punta de la espada en el linóleo beis. Procuró modular el tono de manera que sonara como una duda genuina y no como un reproche. Su voz resonó entre el gimnasio, cubierto por espejos desde todos los flancos—. ¿No te parece que sea necesario que las almas regresen con su creadora y puedan hallar la paz definitiva, o bien gozar de una segunda oportunidad?

—Claro que es importante —repuso él con el ceño fruncido, como si le molestara la torpeza mental de Citlali; como si hubiera sido ella la que había malinterpretado un comentario que no daba lugar a dudas—, pero Mara no puede ser el único portal del mundo entero. Si hay cinco más, o si solo hay uno más, ¿por qué preocuparnos por la que no quiere formar parte del equipo? Ya se encargará otro de su labor. —Se encogió de hombros.

—Eso no funciona así —repuso Citlali con paciencia. Se preguntó si había realizado un análisis tan simplón de la situación porque era incapaz de razonar o si solo evitaba profundizar en cuestiones que le eran ajenas porque no le importaban. En cualquiera de los casos, su actitud le pareció lamentable—. El número de portales está restringido al número de inmortales que pueblan La Tierra. Si uno ignora su deber, estamos perdidos.

—Pues más que perdido, yo estoy muy contento desde que Mara se largó. Es una impertinente que no respeta la autoridad… —Hizo una

pausa para torcer el gesto—. Aunque tampoco es que me parezca bien la actitud contraria. Los lameculos me parecen peores que los rebeldes. Pero no estamos aquí para compartir opiniones —apostilló, girando la espada con agilidad.

—Ah, ¿eso era una opinión? Porque ha sonado a recriminación —replicó ella, procurando mantener su carácter bajo control—. A lo mejor el interés y el respeto de algunos miembros se percibe como «lameculismo» porque El Séptimo Círculo se ha malacostumbrado a tratar al mandamás como si fuera un miembro cualquiera, cuando no es así.

Samael le dirigió una mirada insondable con la que parecía querer castigarla.

—El *rex* no tiene talentos de los que carezcan los demás. No es especial.

—¿Qué hay de las dotes de liderazgo? —repuso ella—. Esa es una habilidad crucial que no parece compartir con ninguno de sus hombres.

—No somos «sus hombres». Somos sus compañeros. —Inspiró hondo y se esforzó por modular el tono, que había ido adquiriendo crudeza conforme opinaba sobre el *rex*. Acabó bufando—. Da igual. No sé qué te habrán enseñado ahí arriba para combatir al enemigo, pero tengo que familiarizarme con tus puntos débiles y con tus puntos fuertes para, en el caso de atacar conjuntamente, acoplarnos a la perfección. Del mismo modo, tú tendrás que conocer mis movimientos estrella.

—¿Quieres que te los recite?

—Quiero que me los muestres —corrigió—. Como comprenderás, el ego nos impide ver con claridad cuál es nuestra gran virtud, y a menudo la confundimos con la que no es. Seguro que me dices que eres más rápida con la mano izquierda, pero tienes un ataque maestro bajo la manga derecha al que no le das el lugar que merece.

—El ego no ciega a todo el mundo, solo a los obtusos. Yo soy muy consciente de los que son mis puntos fuertes —le aseguró ella en tono amistoso, aun cuando empezaba a molestarle su aire sabiondo.

—Lo dudo. Las mujeres sois inseguras por naturaleza y tenéis una imagen muy distorsionada de vosotras mismas.

—No me digas —comentó Citlali alegremente, curvando los labios en una sonrisa que ocultaba su irritación—. Pensaba que te habías ofrecido a ser mi compañero para evitar que el *rex* fuera condescendiente conmigo. No sé por qué no se me ocurrió que a lo mejor lo que pasaba era que querías ser tú quien me tratara como una niñita que no sabe nada.

Su comentario lo dejó fuera de juego un instante. Antes de que pudiera reaccionar, Citlali llevó a cabo el primer ataque frontal. Tocó

un punto concreto de su brazo izquierdo que hizo que lo levantara por acto reflejo, y al dirigir una mirada incrédula al miembro que se había movido sin que su cerebro diera la orden, a Citlali no le costó desarmarlo golpeando el acero de la espada con su propia arma.

Observó, divertida, que al verse sin protección se ruborizaba hasta que le ardían las orejas.

No llevaba muy bien los desafíos, y ni mucho menos perderlos.

Nada que Citlali no hubiera deducido en cuanto lo miró a la cara.

Era tan transparente, tan poco misterioso, que resultaba aburrido.

—Hace tiempo que el objetivo de las guardias dejó de ser desarmar a los engendros —refunfuñó él, agachándose para recoger la espada—. Lo que hay que hacer ahora es matarlos.

—Ya, pero no me conviene matarte para demostrarte que soy capaz —contestó ella. Aprovechando que se había encorvado para rescatar el arma, colocó la hoja de la suya rozando sutilmente su nuca con un movimiento elegante que bien podría haber ejecutado un señor feudal en un acto de vasallaje—. Ya estarías muerto, de todos modos —canturreó, victoriosa.

—¡No estábamos luchando ahora mismo! —se quejó él, incorporándose con la cara cada vez más roja—. ¡Ni siquiera he dado la señal!

—En las guardias no hay que esperar una señal por parte del enemigo, ¿no? Empiezan a salir de todas partes. Eso es lo único a lo que tenemos que ceñirnos para saber cuándo atacar.

Samael reaccionó lanzando una estocada directa que Citlali frenó justo a tiempo interponiendo la espada delante de su pecho. Repelió el primer ataque, pero el segundo le costó algo más porque, por masa y tamaño, el penitente era más fuerte. Le recordaba a un vikingo, a ese dios Thor que protagonizaba los cómics que parecían gustarle.

Citlali recordó cómo se había ruborizado cuando dedujo el contenido del paquete gracias a su hipervisión y se le escapó una sonrisa tierna mientras retrocedía, parando en seco cada uno de los ataques que él dirigía con la espada.

—¿Qué te hace tanta gracia? —rezongaba, herido en su orgullo.

—Nada, nada.

Se agachó para protegerse de un ataque horizontal, ejecutado para, en teoría, rebanarle la cabeza. Aprovechó que estaba en cuclillas para lanzar un puñetazo directo a una de sus rodillas. Su sonrisa se ensanchó al ver que se doblaba y perdía el equilibrio.

Ella tenía otras muchas habilidades a su favor, como la agilidad, la rapidez y el hecho de ser escurridiza. Samael no pudo alcanzarla cuando quiso agarrarla por el cuello porque, para ese momento, Citlali ya lo había rodeado para dar por concluida la pelea con un jaque mate.

Samael tuvo que alzar los brazos en señal de rendición al sentir la hoja pegada a su garganta.

—Si me aceptas un consejo —comentó ella entre jadeos—, creo que luchas con demasiada rabia, y la rabia ciega. Deberías mantener la cabeza fría para ver con claridad el siguiente movimiento.

—Disculpa si no acepto las recomendaciones de una cría que no llevará ni diez años peleando como es debido —le espetó, furibundo—. Ni siquiera te has enfrentado aún a un enemigo que no fuera ficticio, porque seguro que ahí arriba seguís peleando entre empíreos con palos y flechas iridiscentes que apenas os hacen cosquillas.

El comentario la indignó tanto que no vio que Samael se agachaba para salir del encierro entre la espada y el cuerpo femenino. Soltó su espada, con la mirada clavada en ella, y le dobló contra la espalda el brazo que sujetaba el arma.

Citlali emitió un jadeo más por la sorpresa que el dolor, pues aunque su agarre era fuerte, no llegó a causarle el menor daño. Dicho jadeo se entrecortó al verse de pronto pegada a su pecho y a menos de un palmo de distancia de su nariz.

Alzó la barbilla para mirarlo a los ojos, preguntándole en silencio cuál era el siguiente paso. Tal y como había sucedido en el tranvía, entrar en contacto con su mirada verde le produjo una sensación pulsante en el estómago, un revoltijo de emociones con las que no estaba familiarizada y que ni siquiera sabía si tildar de desagradables o de extremadamente placenteras.

Él no encajaba en la descripción de vampiro melancólico que había definido el canon estético que llevó por bandera durante su enamoradiza adolescencia. No se parecía en lo más remoto a los hombres que forraban sus paredes, a esos pálidos y delgados cantantes de rock y *heavy metal,* a esos actores de expresión triste que encarnaban a seres inmortales en la pequeña y la gran pantalla, con su aspecto poco saludable. Ni siquiera a los chicos de su curso que la atraían, «los anémicos que leían a Edgar Allan Poe y escribían poemas suicidas en clase de Matemáticas», como los describía su hermana menor.

Samael era más bien un modelo de Calvin Klein, un adicto al gimnasio; un Conan el Bárbaro con los músculos inflados, tatuajes en cada centímetro de la piel y un corte de pelo a la moda contemporánea, aunque también propio de su siglo. Llevaba el cabello en un pequeño moño sobre la nuca, que, al igual que los laterales de la cabeza, lucía rapada al uno. Un mechón rubio dorado había escapado del recogido y se interponía entre sus rasgos masculinos y ella, que estaba casi tan cerca de su frente perlada de sudor y su nariz patricia como ese mechón rebelde que le acariciaba la mejilla.

No se dio cuenta de que había contenido el aliento, pero sí de que

él escrutaba su expresión buscando desesperadamente una reacción por su parte. Citlali se obligó a aparentar serenidad y a esperar con paciencia a que decidiera retirarse.

No parecía que eso fuera a suceder enseguida.

—Está claro que, por altura, tú deberías atacar las articulaciones inferiores de los engendros —murmuró él—. A mí me correspondería el tren superior.

—Me parece bien —contestó ella con voz enérgica. Carraspeó—. ¿Podrías soltarme el brazo? Me vas a hacer daño.

—No puedo hacerte daño —repuso Samael, indignado por la mera insinuación—, por eso formamos la pareja de ataque más adecuada. A veces, cuando luchamos en grupos de dos, el fragor de la batalla nos despista o queremos atacar al mismo tiempo y acabamos hiriéndonos. En cuanto a ese orden de ataque… Creo que por experiencia y masa, yo debería llevar la voz cantante, y tú seguirme cuando se dé la ocasión adecuada.

Citlali se vio libre por fin de su agarre. Dio un paso atrás al mismo tiempo que él, con la diferencia de que Samael parecía turulato. Ella solo se llevó la mano al codo que le había doblado y se lo frotó en busca de alguna clase de resentimiento, pero ni siquiera le había provocado una mínima molestia muscular.

Se cuidó de no revelar su fascinación por aquel hecho.

—No me parece justo —replicó con aire distraído—. He venido a luchar igual que tú.

—Ya, bueno… Estás loca si piensas que voy a exponerte así porque sí —bufó, recogiendo la espada para llevarla a su sitio. La miró de reojo—. Tu forma de luchar es suficiente, y solo porque le pones empeño, pero tu técnica no es precisamente formidable. Deberías limitarte a esconderte detrás de mí, o incluso quedarte en casa.

Citlali se envaró. Estuvo a punto de recordarle que lo había reducido en un par de ocasiones, y que no le había dado una oportunidad real para demostrar que se le daba bien el manejo de la espada. Ni siquiera había tenido en cuenta que, a diferencia de él, poseía nociones básicas de magia que podrían convertirla en la estrella de la guardia.

No lo hizo porque empezaba a comprender que arremetiendo contra su amor propio estaría cavando su propia tumba, pues aquel era el punto débil y a la vez fuerte de Samael: que le demostraran de forma irrefutable que no era el tipo más sagaz ni el más mañoso.

El penitente no le gustaba ni un pelo por una serie de razones personales, pero estaba dispuesta a hacer todo lo posible para que su misión fuera sobre ruedas, y comprendía que mantener vivo el espíritu de grupo era crucial. El clan debía fusionarse en un solo ser para triunfar, y para ello debía llevarse bien, en la medida de lo posible,

con cada uno de sus integrantes.

Incluido él, que no se lo ponía nada fácil.

Y, sin embargo, no pudo resistirse a avergonzarlo.

Justo cuando Samael estaba volviendo a colocar la espada entre las otras muchas que descansaban en el interior del bastonero de latón, Citlali alzó la mano y, con el solo gesto de acariciar el aire con cada uno de los dedos, alzó en el aire las siete espadas.

Samael dio un paso atrás.

—¿Qué cojon…?

No pudo decir ni una palabra más. Citlali dibujó una circunferencia con el dedo apuntando al techo, y en cuestión de un instante, los siete aceros rodearon a Samael. Con la misma mano, y sin inmutarse, hizo el gesto de disparar con el índice estirado y el pulgar recogido y acto seguido señaló una de las paredes vacías. Una brisa violenta arrastró a Samael y al resto de las armas hacia el muro. Primero impactó él de espaldas, y después lo hicieron las espadas, que se clavaron a la vez con la precisión de un dardo en torno a él, delimitando su silueta como el hombre de vitruvio: la cabeza, los brazos, la cintura y las caderas y las piernas.

Samael buscó a Citlali con la mirada, paralizado. Ella aún mantenía la mano alzada con la palma apuntando hacia él. Pensó que diría algo, pero se había quedado anonadado.

Incluso llegó a percibir una sombra de temor en su rostro.

—Deberías limitarte a esconderte detrás de mí —parafraseó Citlali—. O incluso quedarte en casa.

Capítulo VI

Samael regresó de la guardia exhausto y francamente avergonzado. Se lo había apostado todo a una carta: a que Citlali lo reconocería como su pareja en cuanto lo viera en el campo de batalla, pues quedaría extasiada con sus habilidades de lucha.

Por desgracia, aquella noche no había podido desenvolverse de forma más penosa.

Citlali no solo había desobedecido los consejos que le refirió durante el breve entrenamiento, sino que se había dedicado a luchar por libre, descubriéndose las espaldas e ignorándolo a él. Y lo peor era que no podía reprochárselo, porque gracias a su decisión de enfrentar a los engendros por su cuenta, habían obtenido una victoria aplastante. Ahora, todos los miembros del cuerpo la felicitaban por sus impresionantes habilidades sin ápice de envidia, y la aludida lo agradecía con humildad mientras ayudaba a los penitentes a curarse los rasguños.

¿Cómo se suponía que iba a impresionarla, si Citlali era más poderosa que él? Una demostración de manejo de la magia había bastado para hacerle consciente de su inferioridad, que quedó confirmada en cuanto se las vieron en campo abierto y ni la cercanía de los engendros ni los nervios propios de un principiante lograron mermar sus capacidades.

—Eres lo mejor que nos ha pasado en mucho tiempo —dijo el *rex*, alzando la barbilla para mirarla con una sonrisa fascinada. Había tomado asiento en uno de los sillones por orden de Citlali, que de inmediato había rescatado los desinfectantes y algodones del botiquín para atenderlo como su enfermera particular.

Samael no pudo verlo desde donde estaba, alejado del resto de los penitentes, pero no le cupo la menor duda de que Citlali le había devuelto el gesto con coquetería. Como medida preventiva, había decidido sentarse en la cocina y desde allí observar la escena, a sabiendas de que acabaría estallando en cuanto le buscaran las cosquillas. Por desgracia, la distancia no bastaba para ahuyentar la inmensa decepción que sentía hacia sí mismo cada vez que Citlali aparecía en su campo de visión, ni para acallar las insidiosas voces que le recordaban que la empírea no estaba de mal ver ahora que se había vestido en condiciones para luchar.

Llevaba unas deportivas de *running*, mallas oscuras y una térmica tan ceñida que, más que una mujer, parecía una sombra. Se había recogido el pelo en una coleta alta que favorecía su rostro anguloso, y Samael sospechaba que también se había maquillado. No para él, eso seguro, ni mucho menos para el enemigo. Con toda seguridad se habría puesto máscara de pestañas y colorete para que el *rex* se fijara en ella justo como hacía en ese momento, como si no existiera otra mujer sobre la faz de La Tierra.

Samael apretó los puños, tan furioso que no le funcionaba el riego sanguíneo. Ni siquiera sentía dolor en las heridas abiertas y aún supurantes.

¿Por qué se ocupaba de las lesiones de Valthessar? No había prestado atención ni a Dagon ni a Renyi, cosa que le habría inquietado menos. Mucho antes preferiría que flirteara con todos excepto con él a que hubiera demostrado una marcada preferencia desde el primer momento por alguien concreto. Samael empezaba a sospechar que Citlali no solo admiraba a Valthessar, sino que le gustaba en serio.

Tenía que contenerse para no apuñalar al jefe de su propio clan.

—Debéis aburriros cada vez que os toca cubrir una guardia —comentaba Citlali en ese momento, atrapada entre las piernas del *rex* para tener un mejor acceso a una herida superficial de la cara. Él dejaba que la atendiera con los ojos cerrados y una pequeña sonrisa placentera dibujada en los labios.

«Hijo de puta», pensaba Samael. «Hijo de puta hijo de puta hijo de puta hijo de puta hijo de mil putas y mil veces hijo de puta también».

—¿Qué te he dicho sobre el trato formal, Citlali? Puedes hablarme como lo que soy, un miembro más de la organización a la que ahora tú también perteneces.

—Lo sé, lo sé… Me acabaré acostumbrando. —Samael se tensó al sentir en sus propias carnes que volvía a sonreír, y odió cómo toda la piel se le puso de gallina—. Con lo de antes quería decir que habiendo participado en conflictos armados más peligrosos, a lo que te dedicas ahora te debe parecer una niñería. Sin ir muy lejos, estuviste presente en la batalla contra los hititas, una de las más cruentas de la historia. Tanto así que te costó la vida…

Valthessar enarcó una ceja.

—¿Cómo sabes qué morí allí, en Qadesh?

—Conozco hasta el último detalle sobre ti. —No debió parecerle mala idea admitir a voz en grito que era una *groupie*. «Lo que me faltaba», estuvo a punto de gemir Samael—. Eres una leyenda allí arriba, un guerrero a la altura de Dantalion.

—¿De Dantalion? —Valthessar se rio con ternura—. Eso son palabras mayores.

—No exagero. Estoy segura de que, llegado el momento, se

establecerá un pedestal para poner tu nombre y tus victorias.

Samael se fijó en que Citlali terminaba de secar a toquecitos el rasguño de la mejilla y, antes de retirar el pañuelo, lo deslizaba por su rostro en una delicada caricia. Se tensó de tal manera que estuvo a punto de ponerse en pie y exigir a voces que lo pararan todo, que nadie se moviera. Si no lo hizo, fue porque supo retirarse a tiempo.

Ni siquiera farfulló una disculpa. Total; no se percatarían de su ausencia. Nunca lo hacían. Se limitó a incorporarse con cuidado de no emitir ni un ruido y marchar a uno de los baños mejor equipados de la planta baja para conseguir un vendaje. Se notó devastado, con los pies pesados y los hombros hundidos.

La guardia había sido un éxito y, sin embargo, se sentía un lamentable fracasado.

Cruzó miradas con su reflejo en cuanto abrió de sopetón la puerta, y si no la esquivó para no ser consciente de su presencia física, fue porque carecía de energía para ignorarse.

Se observó de soslayo mientras trasteaba en uno de los cajones de la vitrina, sacudiendo la cabeza.

Siempre había tenido claro que no era ningún fraude. Era simple y llanamente quien debía ser, un guerrero al servicio de La Magna con las habilidades y poderes necesarios para desempeñar su labor con éxito. En otro clan protector, alguno de los centenares que había repartidos por las capitales del mundo, tal vez habría destacado o solo pasado desapercibido, pero al haberle tocado servir con los más antiguos guerreros y las criaturas más sorprendentes, Samael no podía sino rendirse a la evidencia de que, por comparación, no era nadie.

Él también había formado parte de guerras mundiales y crisis europeas, él también había sacrificado su vida por el porvenir del universo, e incluso participó en la conquista de las islas junto al gran Ragnarr Loðbrók, y hasta ese momento le había parecido un currículum más que suficiente para que su futura *anandha* se sintiera orgullosa de fusionar su alma con la de él.

La llegada de Citlali había puesto de relieve lo que Samael siempre había sabido y nunca se había atrevido a admitir en voz alta, ni siquiera ante sí mismo: que los logros del resto de El Séptimo Círculo le hacían sombra.

Sobre todo los del *rex*, que era en quien la muchacha había ido a fijarse.

Como si la hubiera invocado, la puerta se abrió y Samael tuvo que alzar la mirada del cajón para confirmar que era Citlali quien interrumpía sus turbios pensamientos. La había reconocido mucho antes. Su sola cercanía intensificaba el perfume que le tenía intoxicado desde primera hora de la mañana. Ahora que había sudado, el aroma era incluso más persistente, con un delicioso toque de salitre, y Samael

no tenía fuerzas para disimular lo que eso le producía.

La vio cruzar el umbral con una minúscula sonrisa de disculpa que no expresaba nada salvo forzosa simpatía. Eso era todo lo que sentía por él, pensó Samael, frustrado.

—Vengo a por más algodones y cicatrizante —le informó sin mirarlo—. ¿Me puedes decir dónde lo tenéis?

Samael se retiró del cajón y le hizo un gesto en la dirección de la vitrina. Se retiró unos cuantos pasos hasta apoyar la espalda en la pared de azulejos, desde donde la observó con un nudo en la garganta.

Seguía siendo una escuchimizada con unos ojos que no le cabían en la cara, pero un día entero en contacto con el mismo aire que ella respiraba había bastado para que Samael cediera a los instintos primarios que ni el hombre más disciplinado podría vencer. Bien podía no tener la cara de las modelos brasileñas que le volvían loco, ni el aire exótico que había rezado para que su esposa tuviera, pero la sangre le ardía de igual modo en su presencia, y su indiferencia le escocía como sal en las heridas. Tuvo que tragar saliva cuando ella le dio la espalda y se puso de puntillas, dándole una perspectiva interesante de la curva de su trasero respingón. Pensó que podría abarcar sus caderas casi con una sola mano, y se relamió ante la idea de poseerla allí. Enroscaría la coleta en su muñeca y tiraría de ella para castigarla por haberse atrevido a inmovilizarlo con su magia y volverlo loco de celos con Valthessar.

Como si no hubiera padecido suficiente el terror de la envidia en los últimos siglos.

—No veo que tengas un solo rasguño como para preocuparte de conseguir desinfectante —comentó sin poder resistirse. No reconoció su propia voz, varios tonos más grave.

—Algunos penitentes sí han salido perjudicados —contestó ella, rebuscando de puntillas—, y creo que es de buen nacido preocuparse por los compañeros.

—El *rex* puede encargarse de sus propias heridas, Citlali. Lleva haciéndolo unos cuantos milenios, como tú bien sabes gracias a toda la información que te has molestado en recabar.

No supo si fue el retintín con el que lo dijo o el hecho de que hubiera pronunciado su nombre por primera vez, pero el comentario provocó que, con lentitud, la joven ladeara la cabeza hacia él. Samael se estremeció observando cómo el denso cabello recogido barría su espalda en una caricia que se le antojó erótica.

«¿Qué coño me pasa?», se preguntó, anonadado. «Ni siquiera es guapa. ¡No lo es!».

—No me cabe la menor duda. Ha estado haciéndolo hasta ahora. Pero creo que ayudándolo a sanar estaría dándole las gracias.

—¿Qué es lo que le tienes que agradecer con exactitud? —Se cruzó de brazos, poniéndose a salvo así del impulso de alargarlos hacia ella y tocarla, y enarcó una ceja—. ¿Que te alegre las vistas? Porque no ha hecho nada por ti que merezca el esfuerzo. Es La Magna la que te ha mandado a trabajar; a él no le ha quedado otro remedio que acogerte.

Citlali cerró el cajón con un golpecito del codo, sosteniendo lo que había ido a buscar. Entonces se giró hacia Samael con la misma expresión de relativa amabilidad que empezaba a serle familiar.

—Podría haberme acogido con resentimiento o desdén, como han hecho otros miembros de El Séptimo Círculo, y, sin embargo, ha extendido los brazos para darme la bienvenida. Por supuesto que ha hecho algo por mí. Nunca es fácil llegar de nuevas a un sitio.

—¿Y no deberías preocuparte más por los que no te han acogido con los brazos abiertos? Ya tienes la simpatía del *rex*; ahora te tocaría ganarte la de los demás, ¿o no estás comprometida con tu labor hasta ese punto?

Citlali le sostuvo la mirada a una distancia absurda de él. Samael fue consciente de esto de pronto, y se impulsó desde la pared para dar un paso cauteloso hacia ella.

—No es mi obligación gustarle a la gente a la que no le he entrado por los ojos en un primer momento —determinó Citlali con la tranquilidad de quien estaba orgulloso de sí mismo—. Soy lo que soy, y si eso no les satisface, no puedo cambiarlo. No perderé mi tiempo intentando mejorar su opinión.

—¿Por qué no? ¿No crees que eso podría reportarte beneficios de incalculable valor? Porque de la simpatía del *rex* no te vas a beneficiar en absoluto, Citlali. No en el sentido en el que claramente pretendes que te favorezca.

Ella entornó los párpados. Su mirada adquirió un matiz receloso. Por fin un atisbo de quién era en realidad detrás del trato cordial y el entusiasmo por la misión.

—¿Cómo se supone que quiero que me favorezca?

—Teniendo en cuenta cómo te pavoneas delante de él y aprovechas cualquier excusa para recordarle que podría dominar el mundo si quisiera, creo que es bastante obvio —contestó, procurando que no se notara cómo aquello le hacía sentir.

No lo consiguió, por desgracia. Una nota de resentimiento se filtró en su tono.

—No debe ser tan obvio si me acabo de dar cuenta de que esa es la impresión que traslado.

—Por favor… —Samael puso los ojos en blanco—. Puede que no seamos tan listos como tu querido *rex*, pero no nos caímos de la cuna al nacer. Es tan evidente que te mueres por follártelo que das pena.

Citlali limitó su soberana perplejidad a un pestañeo.

—Que te parezca penoso que una persona se quiera acostar con otra que no le corresponde solo habla mal de ti, Samael, porque no eres el único que mira con ojos golosos a quien no le devuelve la mirada.

Él se envaró. Se había imaginado toda clase de reacciones a su acusación, pero no aquella.

—¿Qué estás insinuando? Muy elegante eso de pasar la pelota al tejado ajeno cuando estábamos hablando de ti —se apresuró a agregar, temeroso de que le respondiera una verdad inasumible—. Por lo menos me consuela que seas consciente de que Valthessar no te corresponde ni lo hará jamás. Tiene el corazón comprometido y no te pareces a su gran amor ni en las letras de su nombre.

—Tampoco guardo parecido con las mujeres que tú acostumbras a frecuentar, pero no tiene pinta de que eso te esté deteniendo a la hora de acorralarme para que me fije en ti. Y dudo bastante que quieras que te preste atención porque estés sediento de reafirmación general. —Sin apartar la mirada de él, Citlali le plantó la mano abierta en la incipiente erección que ya era notable en el pantalón—. Más bien porque deseas mi cuerpo en particular.

Samael se la quedó mirando paralizado, a caballo entre el espanto y la incrédula fascinación. Citlali le había parecido emocional y encantadora desde que apareció, una de esas muchachas simpáticas por naturaleza ante las que se rendía todo el mundo, pero ahora, esa energía suya se había esfumado para dar paso a una frialdad mecánica que asustaba; no ya por el cambio brusco de actitud, de por sí desorientador, sino porque acababa de ganar el control de la situación.

—Eso… —Carraspeó para aclararse la voz—. Eso que estás tocando no tiene nada que ver contigo.

Ella le aguantaba la mirada con estoicismo.

—Entonces parece que te excita la pelea, lo cual no tiene nada de malo viendo a lo que te dedicas… O a lo mejor lo que despierta tu deseo es el sufrimiento de los penitentes, que andan gimiendo de dolor al final del pasillo. En cualquier caso, no creo que seas el más indicado para cuestionar quién o qué es lo que me atrae a mí. Incluso si fuera verdad que siento debilidad por el *rex*, mi interés sería mucho más inocente que el tuyo.

—Parece que te hubieras estudiado la réplica para cuando te hiciera un reproche.

—Que no te sorprenda. No soy tan retorcida como para prever los enfrentamientos, pero algo me decía que tarde o temprano acabarías haciendo un comentario sobre mi amistad con Valthessar.

—Solo pretendía advertirte —se defendió él—. Mientras te conformes con una amistad, no creo que haya problema, pero tu

adorado jefe no va a convertirse en tu príncipe azul.

—Ni falta que me hace. No he venido a La Tierra en busca del amor. He venido para frenarle los pies al Enclave. A lo mejor deberías hacer como yo y concentrarte en tu tarea.

—Si me concentrara en la tarea como tú lo haces, ahora estaría haciéndole una paja al *rex*.

Aguantó la respiración después de hacer el comentario, no sabía si preocupado o excitado por si Citlali lo abofeteaba. Ella solo le aguantó la mirada con aquellos ojos misteriosos que ya delataban su poder sobre la magia. Solo un don sobrenatural justificaría estar en posesión de una mirada tan magnética.

—Eres un grosero —le dijo sin más.

—Puede ser —contestó, envalentonado—, pero yo no soy el que lleva un minuto con la mano sobre la polla de un hombre. Será mejor que la vayas quitando, o no responderé de mis actos. Te parezcas o no a las mujeres que frecuento… —Se inclinó sobre ella para hablarle muy cerca de la nariz—, servirías para quitarme el calentón.

—No sé por qué has pensado que me interesaría saber eso, pero muy bien.

Se encogió de hombros y se apartó.

Samael estuvo a punto de gruñir de rabia cuando la vio alejarse. Se sintió como si le hubieran arrancado de cuajo una extremidad, y perdió momentáneamente el equilibrio al avanzar hacia ella de forma involuntaria en busca de su calor.

Citlali se giró hacia él con el pomo de la puerta en la mano.

—Si lo que querías era que alguien te curase las heridas, solo tenías que pedirlo —dijo en un tono comprensivo que ocultaba su desdén.

—No me rebajaría a rogarte que me tocaras —le rugió sin saber por qué. La deseaba tanto que había dejado de tener dominio sobre sí mismo, y tal era la manera en que se esforzaba por disimularlo que rozaba la crueldad.

Sin acotar nada más, Citlali alargó la mano hacia el dispensador de papel higiénico y cortó un trozo para volver a acercarse a Samael. Él no supo qué quería hasta que lo deslizó por su mejilla, limpiando una lágrima de anhelo insatisfecho que se le había escapado.

Había leído sobre las humillantes reacciones de los penitentes a su *anandha*: el rechazo les dolía de tal manera que, los que no poseían una voluntad inquebrantable, como el *rex*, lloraban sin darse cuenta, pues era una rabia que no podían controlar.

Samael la agarró de la muñeca que había alzado hacia él antes de pensarlo dos veces. El mero contacto con su piel le estremeció e hizo que gimiera con alivio. Apretó su delicado brazo entre los dedos, pero con suavidad, aterrado por si la rompía, y se acercó la mano femenina a los labios para besarla en el nacimiento de las uñas, para presionar

la palma de su mano contra la boca entreabierta, por la que exhalaba con dificultad.

No supo qué vio Citlali en sus ojos, pero tuvo que ser revelador, porque ella tampoco pudo pestañear.

Samael no sabía qué diablos estaba haciendo cuando cerró los ojos y deslizó los labios por su muñeca para sentir su pulso, para acercarse a su piel y a su sangre. Empezó a dolerle todo el cuerpo, y el estómago le rugió, hambriento, en cuanto supo que no se atrevería a darle un mordisco ni a estrellarla contra su pecho.

¿O sí?

Todavía exudaba testosterona después de la lucha, y no podía apartar de su pensamiento el maldito movimiento de sus caderas, sus nalgas bien formadas, su preciosa melena azabache y esos ojos que lo miraban indiferentes.

Samael la atrajo hacia sí con firmeza y la encarceló entre sus dos brazos. Ella lo miraba con incrédula expectación, recelosa de su siguiente movimiento. Al tenerla pegada a él, le sobrevino un mareo y el ritmo cardiaco se le aceleró, como si estuviera en presencia de un peligro tóxico. Pero aun así rodeó su rostro con las manos temblorosas y reconoció su estructura ósea con una caricia torpe.

Citlali no se movía, pero tampoco estaba en contra de su exploración.

—No puede ser que no sientas nada —masculló él, sujetándola por la nuca para acercarla más. Rozó su nariz con los labios—. No es posible que no me necesites cerca de ti.

—A lo mejor no eres mi tipo —contestó con dulzura, como si deseara consolarlo.

—Y una mierda que no, joder —bramó, apretándola más contra él. Ella permanecía impávida.

—¿Ahora es cuando dices que eres el tipo de todo el mundo?

—No seré el tipo de todo el mundo, pero el tuyo ya verás que sí.

Giró con ella entre sus brazos y la empujó hacia la pared hasta tenerla inmovilizada, y entonces no pudo soportarlo más. Se abalanzó sobre sus labios a la espera de una confirmación de que no se equivocaba, de que esa era su *anandha*. Y lo hizo, porque lo que sintió al entrar en contacto con su tierna boca no tuvo comparación con nada previamente experimentado. Notó que su cuerpo entero estallaba en llamas y empezaba a vibrar en pleno ataque al besarla y ser correspondido con una interesante extrañeza; una combinación de curiosidad y determinación. Samael la sujetó por la mandíbula y ladeó la cabeza para saborearla en profundidad, haciendo pausas solo para jadear como si le fuera la vida en ello, tan arrebatado de pasión que no se reconocía, que le aterraba no ser capaz de separarse de Citlali.

La joven lo sujetaba por los brazos y se estiraba sobre los empeines

para facilitarle una inspección que era necesaria, hasta que entró en razón —o eso pareció— y le retiró las manos haciendo uso de una fuerza de la que no aparentaba estar en posesión.

Samael la miró anonadado, sin poder creer que aquello acabara de hacerlo él.

Ella le sostuvo la mirada, ruborizada y sin respiración.

—Espero haberte ayudado con tu herida —dijo en tono inexpresivo. Señaló su dolorosa erección con un gesto de barbilla y se marchó.

Capítulo VII

—No creo que sea buena idea, Mara —vaciló Dagon—. ¿Luego qué? ¿Cómo piensas volver?

—Pues pidiendo un Uber —bufó ella, echando a andar en dirección al Bentley aparcado encima de la acera. Siempre le había resultado curioso, cuando no cómico, que Dagon fuera un coleccionista de coches caros y a pesar de conducirlos con emoción no hubiera aprendido aún a aparcar en condiciones. «No se me puede dar todo bien», se defendía él—. Venga, ¿en serio me vas a prohibir ir de visita a tu casa? Eres mi amigo. Deberías poder sentirte libre de invitarme cuando te apetezca.

—Por supuesto que soy tu amigo, y por supuesto que te invitaría en cualquier momento si viviera solo, pero debes entender que mi casa también es el centro de reunión de El Séptimo Círculo, y permitirte el acceso contraviene las normas de discreción, y… —Dagon puso los brazos en jarras. Aún no se había dignado a rodear el Bentley para ocupar el asiento del piloto, proclamando así cuánto le contrariaba la idea de llevarla a la mansión. Un par de adolescentes que pasaron por su lado disimularon unas risitas coquetas después de echarle una ojeada—. Y, bueno…

—Bueno ¿qué? —se impacientó ella, agarrada a la manija del coche.

—Que tu ex es mi compañero de piso, por decirlo de una manera informal. Él no te menciona ni por casualidad, y dudo que se manifestara en mi contra o me diera una paliza si apareciera contigo agarradita de mi mano, pero me parece de muy mal gusto.

Mara dejó caer la mano con hartazgo.

Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para que no la invadiera una rabia injustificada. Dagon estaba poniendo sobre la mesa un argumento muy razonable.

Huelga decir que era una pésima idea pasearse por el escondrijo de Valthessar como si no hubiera optado por una vida alternativa, una vida solitaria y tan tranquila que empezaba a aburrirse, pero antes se dejaría matar que admitirlo en voz alta. Aún no había olvidado la agresión que sufrió a manos de Leviathan, pero tal parecía que conforme los cardenales iban perdiendo color hasta desvanecerse como si no hubieran existido, su determinación a recordar por qué era

buena idea abandonar El Séptimo Círculo iba desapareciendo junto con el resto de lesiones.

Algo que tampoco confesaría en voz alta. Ni siquiera ante Dagon, el único miembro de la organización que tendría la gentileza de guardarle el secreto y ahorrarse un desagradable «lo sabía». O el aún peor «te lo dije».

Mara respiró hondo y le lanzó a Dagon una mirada entristecida que escondía un ruego manipulador. Que comprendiera su posición no significaba que fuera a respetarla. Mara quería que se la empezara a conocer por su empatía y su consideración, pero había cuestiones que escapaban a su control y que la obligaban a quedar a merced de un instinto furioso y posesivo.

Desde que había vuelto a la mansión para advertir a El Séptimo Círculo del secuestro de Ruth a manos de Abraxas, no había podido borrar de su cabeza la distancia que Valthessar puso entre los dos; la frialdad natural con la que la trató. Se había intentado disuadir de propiciar un encuentro repitiéndose que no podía convertirse en esa mujer que no sabía lo que tenía hasta que lo perdía, y que estaba dispuesta a trastocar la mente de un hombre al que había abandonado regresando a su vida sin ser requerida. Pero no lograba convencerse, porque en el fondo sabía que no era una cuestión de orgullo, ni su propósito era enganchar de nuevo a Valthessar. Lo único que reveló aquella noche a solas con la que fuera su pareja, fue que Mara era débil ante él. Más incluso que cuando disfrutaban de una convivencia relativamente agradable.

Necesitaba verlo. Solo eso. No le importaba si no podía tocarlo o hablar con él, ni siquiera le preocupaba que sus sentimientos salieran heridos en el caso de que volviera a ser víctima de su indiferencia. Llevaba diez noches despertándose entre sudores fríos o con la sangre ardiendo, siempre con el corazón trémulo, pensando que, si no se reencontraban, perdería la cabeza.

¿Cómo explicarle algo así a Dagon sin comprometer su dignidad? ¡Fue ella la que se marchó, por Dios! Y Mara no era la clase de mujer que reconocía sus errores o se permitía cambiar de opinión. No. Desandando el camino recorrido estaría traicionándose a sí misma, y revelando ante los demás que se había equivocado.

—De acuerdo —suspiró Dagon al fin, afectado por la desolación que había reflejado el semblante de su amiga—. Vamos a casa a ver esa peli, pero ya está, ¿vale? Y te marcharás por la puerta de atrás para que no te vea nadie. Y te concedo este deseo solo porque tu apartamento es una mierda, porque es invierno y todavía no te han arreglado la ventana rota.

Mara dio un saltito entusiasta y se refugió del frío praguense en cuanto Dagon utilizó el mando a distancia para desbloquear el coche.

No pudo dejar de estremecerse en todo el camino a las afueras de la ciudad, preguntándose cómo estaría Valthessar; si, muy en el fondo, la ruptura le estaría afectando tanto como a ella.

Dagon le dirigía miradas preocupadas a cada tanto y le preguntaba si quería que subiera la calefacción.

—Pareces a punto de congelarte —señalaba en voz baja, alargando una mano para frotarle el hombro o el muslo. Mara lo tranquilizaba con una sonrisa temblorosa y enseguida devolvía la mirada al otro lado de la ventanilla para protegerse de preguntas indiscretas.

Veía a Dagon dos veces a la semana para ponerse al día sobre las últimas novedades, que solían versar sobre su relación con Qadira, sobre los cursillos que Mara estaba emprendiendo para mantener la mente ocupada, sobre las series que veían en la suscripción a distintas plataformas de visionado que pagaban a medias y, de vez en cuando, también sobre los hombres y mujeres con los que Mara solía quedar, decidida a demostrar que una *anandha* podía pasárselo de maravilla con una persona distinta al penitente al que la destinaron.

Mara se deshacía en halagos sobre sus rollos temporales aun cuando empezaba a temer que ninguna persona pudiera volver a llenarla jamás. Pero ¿acaso Valthessar lo había hecho?, le decía la voz interior.

Con Valthessar también se había sentido desgraciada. Eso era innegable.

Y, aun así, en cuanto Dagon aparcó en la entrada de la casa, Mara estuvo a punto de saltar del asiento y echar a correr hacia el porche para aporrear la puerta con desesperación. Tuvo que echar mano de su talento para el disimulo y esperar que Dagon, tomándose todo el tiempo del mundo, volviera a poner el asiento a la altura que le gustaba al próximo conductor, barriera las pelusas invisibles del respaldo y sacara sus compras del maletero.

Mara le habría gritado que se apresurara, enfurecida, si Dagon no le hubiera permitido adelantarse a él arrojándole las llaves para que las cazara en el aire con la única mano funcional. Aún le quedaba una semana y media con la dichosa escayola que ayudaría a cicatrizar a su clavícula.

Mara abrió la puerta muy despacio; tanto que nadie se dio cuenta de que una invitada se infiltraba en el recibidor. Pensó que no había nadie en el salón, pero enseguida le llegaron una voz femenina y una voz masculina. Desde su posición, reconoció la coronilla de Valthessar, que estaba echado relajadamente en el sillón que daba la espalda a las puertas correderas de acceso, pero no vio a su interlocutora.

—¿En serio? —decía Valthessar entre risas roncas. Aun sin saber de qué iba la conversación y con quién charlaba, Mara se tensó, alertada por el instinto. Raras veces le había oído reír con abandono—. Yo

nunca he sido muy aficionado a la música. Es lo que tiene nacer y crecer en una época en la que no estaba al alcance de todos y tenías que arrimarte a las grandes cortes o a las fiestas privadas de los monarcas para ver en vivo un instrumento. No me he aprendido de memoria una canción hasta estos últimos años, cuando por casualidad escuché a los Arctic Monkeys en la radio y me gustó el ritmo.

Mara frunció el ceño y se quedó donde estaba, con el pomo de la puerta en la mano y el cuerpo rígido. Estaba empleando un tono accesible y más amistoso de la cuenta. Dudaba que estuviese charlando con sus queridos penitentes, o siquiera con otro hombre.

¿Y qué era eso de que le gustaban los Arctic Monkeys? ¿Desde cuándo?

Estaba tan concentrada en confirmar sus pesquisas que no oyó la respuesta de su acompañante, que de todos modos tenía la voz tan fina y aguda que no lograba darse a entender a partir de cierta distancia.

—No me digas… No lo sabía. Nunca he asistido a un concierto. Podría ser una experiencia interesante, aunque no me simpatiza la idea de descuidar el fuerte para salir a despejarme.

—Todo el mundo necesita despejarse de vez en cuando, Valthe —contestó su acompañante. Mara confirmó que se trataba de una mujer al acercarse con lentitud, preocupada de no alertar a ninguno de los dos.

¿Estaban solos en el salón? ¿Le estaría sonriendo? ¿Era humana? ¿De quién diablos se trataba? ¿Por qué lo llamaba Valthe?

Mara se sobresaltó cuando sintió una mano sobre el hombro. Dagon la estaba mirando como si no comprendiera su comportamiento.

—¿No te he dicho que te escabullas a mi dormitorio? —se quejó, aunque sin acritud.

—¿Quién hay ahí? —exigió saber por lo bajo.

—Pues parece que es Valthe y… Oh, claro, se me había olvidado mencionarte que La Magna nos mandó refuerzos. Contamos con una empírea con nociones de magia, ¡una delicia de criatura, te lo juro! Fíjate que se presentó con las bebidas favoritas de cada uno y…

Mara no esperó a la respuesta larga y se encaminó al salón, decidida a romper la complicidad que parecía haber surgido entre los dos. Pensó en Qadira, el último refuerzo que la diosa había mandado a La Tierra, y la inquietud le atenazó la garganta.

Si solo era la mitad de atractiva y hábil que ella, ¿qué podría hacer para evitar que se prendara de sus encantos?

Contraviniendo los principios que se fijó siendo adolescente para cuando se convirtiera en la novia de alguien, que establecían que no arremetería con ninguna pareja nueva o anterior de quien fuera su interés amoroso, Mara sintió que un odio furioso la cegaba y llegaba

incluso a fantasear con la idea de matarla; matarla en cuanto cruzara el umbral y la localizara en el sillón.

Pero cuando irrumpió allí como si esperara cazarlos enredados en un abrazo y se topó con la mirada azul de la empírea, Mara tuvo que frenar igual que si se hubiera topado con una pared invisible. El impacto al reconocer a la joven allí sentada se sintió como una violenta bofetada. Dio un paso atrás, tambaleándose, y se quedó sin respiración.

Ella tampoco reaccionó enseguida. Estaba igual de paralizada ante su imagen.

Aunque Mara no había logrado deshacerse de la inusitada cólera que la invadió, de ese odio injustificado hacia alguien a quien no le había visto la cara siquiera, el sentimiento chocó frontalmente con la oleada de amor incondicional que le inspiró aquella nariz diminuta, aquellos labios finos, aquella barbilla puntiaguda; aquel conjunto de rasgos que componían una réplica exacta de su hermana, y que la instó a alargar una mano temblorosa, anhelando que la visión se mantuviera intacta.

—¿Rebecca? —musitó Mara con la garganta quebrada—. No puede ser. Rebecca…

La empírea se levantó del sofá con lentitud, como si supiera que un paso en falso la ahuyentaría, y curvó los labios en una sonrisa que Mara acogió en su corazón como un milagro. Tuvo que pestañear deprisa para alejar las lágrimas de estupefacción y dolor al mismo tiempo, porque era imposible que aquella mujer fuera Rebecca. Rebecca había muerto antes de terminar de formarse, siendo una adolescente, y la empírea era una mujer hecha y derecha.

Sin embargo, cuando la desconocida que no lo era tanto avanzó un paso y se remangó la camiseta que llevaba para mostrarle la muñeca, Mara comprendió que o bien estaba soñando o bien el mundo de los vivos se había fusionado con el de los perdidos. Reconocería aquel tatuaje borroso de una estrella deformada en cualquier parte, porque se lo hizo ella misma con la máquina de tatuajes del novio mayor de edad que tuvo por aquella época.

Mara se llevó una mano al pecho, convencida de que el corazón le explotaría y no sobreviviría a la visión. Emitió un sonido que se asemejó al llanto de un animal agonizante, y las piernas le fallaron, pero unos brazos fuertes la sostuvieron a tiempo para que no cayera redonda al suelo.

Capítulo VIII

—Mara… ¡Mara! —la llamaba Citlali, tan preocupada por su reacción que no sentía las manos con las que intentaba reanimarla. Con ayuda de un pálido Valthessar y un pasmado Dagon, se había apresurado a tenderla sobre el sofá y a aplicarle paños de agua fría para rebajar el estado febril en el que de pronto se había sumido—. Mara, por favor, dime algo.

Su hermana se debatía en la semiinconsciencia, moviendo la cabeza de un lado a otro.

—¿Estoy soñando? —balbuceó entre sollozos—. Si estoy soñando, no me quiero despertar.

El corazón se le encogió al confirmar lo que a veces había temido: que el duelo de Mara había sido terrible.

Siempre se llevaron relativamente bien, al menos desde el punto de vista de Mara, pero Citlali pasó toda su juventud bajo la impresión de que su hermana no la comprendía y de que, en cierto modo, se avergonzaba de ella. En el instituto se ruborizaba si algún miembro de su grupo de amigos, los populares, mencionaba a «la rarita de Rebecca», y prefería reírles las gracias que defenderla de un apelativo justo pero pronunciado con la finalidad de humillarla. A veces la cazaba observando bajo el umbral de su habitación con extrañeza o bien aprensión cómo ajustaba el telescopio que le regalaron por su décimo sexto cumpleaños. Casi podía escuchar sus pensamientos: ¿por qué a su hermana no podían gustarle las raves, el alcohol, fumarse un porro de vez en cuando, ir al cine para tener la excusa perfecta para manosear a un chico, las faldas de lentejuelas y un maquillaje que no la hiciera parecer Wednesday Addams? Citlali estaba tan segura de que la había decepcionado, de que siempre deseó otra clase de compañera de aventuras, que durante su estancia en el Autem había podido despreocuparse —en la medida de lo posible— de la reacción de Mara a su fallecimiento.

Nunca dudó que la quisiera. Eso por descontado. Mara lo disimulaba con capas de humor negro e inoportunas irreverencias que en el mejor de los casos hacía que pareciera que no se tomaba nada en serio, y en el peor, que era una adolescente cruel y arrogante, pero tenía el corazón abierto y lleno de afecto y sorpresas para quien quisiera tomarlo, y Citlali siempre codició el respeto de su hermana.

Ahora bien… No pensó que reaccionaría de aquella manera, como

si acabara de recuperar lo más valioso.

—¿Cómo que Rebecca? —inquirió Dagon, mirando a Citlali—. ¿Ese era tu nombre humano? Qué curioso que Mara te conociera… ¿Erais amigas en el insti, o algo así?

Citlali alzó la mirada hacia Valthessar para suplicarle que hiciera algo, como si él tuviera poderes sobrenaturales para despertar a una mujer en estado de shock. Fue al toparse con su palidez cuando comprendió que algo iba mal.

—Rebecca —repitió Valthessar, observándola con rigidez—. Eres su hermana, ¿verdad? Tiene sentido. Fuiste un portal en vida y, a tu muerte, seguiste siéndolo en otro plano astral. La Magna te salvó porque en aquel accidente de coche evitaste que el choque la matara interponiéndote entre las dos —dedujo en voz alta, basándose en las explicaciones ambiguas que Citlali le había dado el primer día—, ¿me equivoco?

Aun así, no pudo evitar preguntar, atragantada con la emoción:

—¿Mara me mencionó?

—No tanto como le habría gustado, eso seguro… Ni como me habría gustado a mí —murmuró Valthessar, mirando a Mara con un escrúpulo impostado. Un sentimiento que Citlali no supo catalogar oscurecía su semblante—. Es muy reservada cuando se trata de hablar de sus tragedias, pero me dijo lo suficiente como para reconocerte en cuanto te viera. No me puedo creer que no me diera cuenta. Nunca me enseñó una foto tuya, pero aun así te describió con ahínco, y…

—No te tortures —le cortó Citlali, ofreciéndole una sonrisa. Posó una mano sobre el dorso de la de Mara, que descansaba sobre su pecho como si temiera que el corazón se le fuera volando—. No podía presentarme como Rebecca porque ya no soy Rebecca, y porque La Magna me indicó que Mara tendría que venir hasta mí por su propio pie.

—Pues iba a tardar en llegar, porque todavía me duele el esguince —balbuceó Mara. Acababa de regresar en sí misma. Citlali reconoció en su comentario a la hermana bromista que fue durante la adolescencia y se permitió soltar una carcajada, incluso inclinarse sobre ella y besarla en la mejilla.

Con el único brazo que podía utilizar, Mara la rodeó por la espalda y la apretó contra su pecho a riesgo de que su clavícula aún afectada sufriera las consecuencias.

No supo en qué momento se retiraron Valthessar y Dagon, pero para cuando Mara decidió que un abrazo de veinte minutos era suficiente y estuvo en condiciones de mantener una conversación, Citlali descubrió que las habían dejado solas.

Sostuvo la mano de su hermana con firmeza.

—¿Te encuentras mejor?

—Me encuentro de puta madre, Rebecca. ¿Cómo me voy a encontrar? ¿Cada cuánto tiempo regresa tu hermana de entre los muertos? ¿Siquiera estás aquí de verdad? He oído lo que has hablado con Valthe, pero… Dios mío, no es posible que… —Mara se calló en cuanto Citlali la ayudó a incorporarse y a apoyar la espalda contra los mullidos cojines del sofá. Entonces se percató de que arrugaba el ceño —. ¿Por qué nadie me dijo que estabas en el Autem? ¿Por qué nunca te vi? He estado más de una vez allí arriba, presenciando ceremonias en compañía de los empíreos, y tú…

—La diosa no me permitía asistir a los eventos mientras no hubiera dado por concluida mi formación, aparte de que durante los primeros años me estuvo sometiendo a la experimentación de los sacerdotes y sacerdotisas para que me ayudaran a crecer a pesar de haber perecido en un cuerpo adolescente. Luego empezaron los entrenamientos, el estudio de la magia, mis deberes como portal superior, y… Y no te voy a mentir, Mara —suspiró, mirándola con gesto grave—. La Magna tiene una política muy estricta con respecto al encuentro entre familiares cuando uno de ellos está vivo y el otro ha pasado a formar parte de la Suprarrealidad. Me repetía que coincidir contigo podría resultar… traumático para ti, y que debíamos permanecer separadas mientras no fuera necesario.

—Hija de la gran puta —espetó Mara, anonadada por la crueldad de la diosa. Alzó la barbilla hacia el techo, de donde colgaba una magnífica lámpara de araña—. ¿Me has oído, cabrona? ¡Eres una cerda y me las vas a pagar! ¡Vas a ayudar a los muertos a cruzar el umbral tú con tus cojones, zorra de…!

Citlali le cubrió la boca con la mano antes de que siguiera blasfemando, pasmada con la manera en que se dirigía a la fuerza más poderosa del universo. En su día creyó intuir cierto desdén en el tono de la diosa al mencionarle a su hermana, siempre con vaguedad e incluso irritación, pero se dijo que lo había soñado porque, por más maleducada que Mara fuera a veces, le habría sorprendido que no le cayera bien a los demás.

—Por favor, no insultes a Su Santidad en mi presencia —le rogó con voz aterciopelada. Mara se quedó pasmada al escucharla—. Si estoy aquí, es gracias a Ella.

En cuanto apartó la mano, su hermana empezó a escupir palabras a diestro y siniestro.

—Si estás aquí, es porque eres útil para sus propósitos, y porque te lo ganaste de acuerdo a sus estrictas reglas de quién-merece-vivir-otra-vez-y-quién-no. No me digas que te ha comido tanto la cabeza que la ves como una salvadora y no como una pu… —Se obligó a callar cuando Citlali le rogó con la mirada que no continuara. Mara apretó la mandíbula—. No me puedo creer que… Cierto es que no le pregunté

por ti, que mi cruzada en este mundo empezó porque quería saber quién mató a mamá. Jamás habría imaginado que un accidente de coche pudiera mandarte al Autem, aunque, si es cierto que el coche con el que chocamos lo conducían los golpistas de La Sociedad, y si es verdad que te sacrificaste por mí…

Se quedó sin palabras en cuanto cayó en el detalle que Citlali acababa de mencionarle a Valthessar. Miró a Mara con compasión, solidarizándose con su pasmo y su vergüenza. No solo su hermana había regresado de entre los muertos, sino que acababa de descubrir que, en el segundo que duró el choque mortal, Citlali se las arregló para evitar que sufriera daños irreversibles.

Observó que Mara, a la que apenas había visto llorar en dos ocasiones contadas —y por culpa de un dramático giro argumental en una presunta comedia romántica—, empezaba a sollozar de nuevo.

—¿Cuántas más sorpresas me voy a llevar? —Era una pregunta retórica. La pronunció mirando al techo, dándole a Citlali una perspectiva lateral de su rostro estriado por las lágrimas—. No voy a poder soportar ni una más… Te lo juro. Ni una más.

—Esta por lo menos ha sido agradable, ¿no? —Le apretó la mano afectuosamente.

Mara le lanzó una mirada cargada de remordimientos antes de asentir frenética.

—Pues claro que sí, Rebecca, joder… Claro que sí —balbuceó antes de volver a rodearla con el brazo para aplastarla contra el hombro sano.

Citlali nunca había sido una persona dada al contacto físico, y ni mucho menos con su hermana, que durante la adolescencia fue intratable, pero comprendió que estaba viviendo un momento único y bien merecía la pena hacer una excepción.

Una vocecita inoportuna se infiltró en su cabeza: «Has permitido que Samael te bese, ¿y te vas a mostrar reticente a que Mara te abrace? Eso sería muy injusto».

Tuvo que darle la razón a la insidiosa voz.

—Dios, lo siento, te prometo que pararé de llorar en algún momento —masculló Mara, irritada consigo misma. Se limpió las mejillas a manotazos y se esforzó por ofrecerle una sonrisa entusiasta —. ¿Qué haces aquí? ¿Por qué te han mandado ahora? ¿Quiero saber la respuesta a esas preguntas? Oh, ¡tienes que contármelo todo! Dime qué has hecho ahí arriba en los últimos años, a quién has conocido, qué magia es esa que se supone que sabes obrar…

—Me alegra que me lo preguntes, porque estás implicada en mi misión en La Tierra.

El rostro de Mara se iluminó al escucharla, pero conforme Citlali fue ahondando en el fondo de la cuestión, explicándole que el hecho

de que los seráficos asesinados no hubieran cruzado al Autem a través de ella era un problema que debían abordar juntas, comprendió que lo que la había ilusionado no era la posibilidad de formar parte de la misión; había malinterpretado sus palabras, y Citlali no podría imaginar cómo, porque Mara la escuchó en silencio y con el gesto torcido hasta que terminó.

—¿Puedes confirmarme que las pesquisas de El Séptimo Círculo son ciertas y no has ayudado a cruzar el umbral a ningún alma en las últimas semanas, tal vez meses? —inquirió Citlali.

Mara agachó la mirada a sus manos. Había estado tirándose del borde del jersey.

Se tomó su tiempo para contestar.

—No, no he ayudado a nadie, y me alegro bastante porque nunca me han gustado las despedidas, ni ver muertos, ni tampoco colaborar con la pandilla de capullos que priorizan una misión ridícula a los sentimientos de la gente de carne y hueso —espetó de repente. Clavó en ella una mirada iracunda—. ¿Eso es lo único que tienes que decirme después de años creyéndote muerta? ¿Que necesitas que vuelva a trabajar de sol a sol para La Magna? ¿Por eso te ha elegido a ti como empírea, porque cree que tú darás mi brazo a torcer?

—No se lo pregunté, pero es probable —confesó Citlali con calma.

Mara no daba crédito.

—¿Y no te sientes utilizada? ¿No quieres agarrarla del pescuezo?

—Mi rol como empírea consiste en obedecer las órdenes de mi diosa, nada más y nada menos. Cuando lo acepté, comprendí desde el principio que esto plantearía exigencias dolorosas y sacrificios con los que tal vez no estaría de acuerdo, pero que constituirían un paso más en el camino para alcanzar la paz —explicó Citlali, mirándola a su vez sin comprender su irritación. En vista de que no respondía enseguida, pestañeó y agregó con tranquilidad—: No me extrañaría que un humano cualquiera se echara las manos a la cabeza al conocer la frialdad de la diosa Magna, pero ¿tú? Eres un portal, como yo misma, y ya has convivido con El Séptimo Círculo.

—¿Qué quieres decir con eso? —le increpó, decepcionada—. ¿Que debería haberme resignado a ser una marioneta en las manos de otros? ¿Que tendría que sentirme satisfecha por colaborar para salvar a la humanidad, incluso a costa de sacrificar mi vida?

—No sacrificas tu vida, Mara —replicó pacientemente—. Solo dedicas una parte de tu inmortalidad a garantizar que la historia de los mortales seguirá su curso. Cuando la amenaza del Gran Grimorio toque a su fin, dispondrás del resto de tu vida, que durará cuanto desees, para priorizar tu felicidad. A mi modo de ver, es razonable y está compensado. ¿O acaso los humanos no pasan cuarenta años de su existencia trabajando para solo disfrutar de una década o dos de

jubilación?

Mara se sorprendió al escucharla, y Citlali lo hizo más aún porque no se hubiera planteado la colaboración y la servidumbre a la diosa de aquella manera.

—Bueno, yo daba por hecho que seríamos sus esclavos para siempre —reconoció a regañadientes—. Fíjate en Valthessar. Lleva arrodillándose ante Ella… ¿cuánto? ¿Dos milenios? ¿Cuatro? Parece el cuento de nunca acabar, macho —bufó.

—Pero por supuesto que acabará, Mara. —Le palmeó el muslo con cariño—. Nosotros fuimos creados para defender La Tierra del Enclave. Una vez barramos el Enclave del mapa, ¿qué crees que pasará? ¿Que nos desintegraremos? —se rio—. Seremos libres y dispondremos de todo el tiempo del mundo para darle sentido a nuestra vida.

—Pareces tenerlo muy claro. Yo estoy convencida de que incluso si nos cargamos al Gran Grimorio mañana mismo, La Magna se las arreglará para darnos trabajo para el resto de la eternidad. Pero supongo que tiene sentido lo que dices —admitió a desgana, alisando las arrugas del jersey para tener las manos ocupadas.

—Y con tu ayuda —insinuó Citlali, buscando su mirada—, terminaremos mucho antes.

Mara alzó la barbilla con sentimientos encontrados. Se quedó en silencio un buen rato, escrutando su expresión, esperanzada por solo la diosa sabía qué motivo.

Al final suspiró.

—Rebecca… Abandoné El Séptimo Círculo por razones de peso. Yo nunca quise formar parte de esta guerra, ¿comprendes? Era una chavala perfectamente normal antes de que me transfirieras tu poder… o parte de tu poder, como ahora veo, y lo único que buscaba cuando me infiltré en La Sociedad eran respuestas. Una vez las tuviera, me marcharía, pero otros… asuntos me retuvieron, y… Fue un error permanecer aquí tanto tiempo —zanjó con solemnidad—. No estoy hecha para participar en esta realidad. No soy como tú, que naciste con predisposición a creer en la vida después de la muerte y en todas esas chorradas.

Citlali apartó la mirada un instante para que no viera que la decepción entristecía su semblante. «Era una chavala perfectamente normal», un comentario que acusaba a Citlali entre líneas de ser un bicho raro, un término que no tenía ni tuvo jamás connotaciones positivas, ni siquiera cuando Mara se refería a ella de esa manera en tono cariñoso. «Todas esas chorradas», repitió para sí. El estudio del firmamento, de los fenómenos paranormales, y la creencia en seres superiores a los humanos seguía pareciéndole una ridiculez y no un milagro a pesar de haber comprobado de primera mano la satisfacción

que se sentía después de ayudar a un inocente a alcanzar la vida eterna.

¿Sería posible que Mara fuera egoísta de veras, y quisiera permanecer ciega ante el hecho innegable de que el destino del mundo estaba en manos de unos pocos?

¿Tanto la avergonzaba formar parte de esa élite?

—¿Es eso lo que quieres? —oyó que le preguntaba de pronto.

Citlali pestañeó hacia ella. No se había dado cuenta de que se había sumido en un silencio huraño.

—¿Cómo?

Mara suspiró con cansancio.

—¿Quieres que te ayude? Y te estoy preguntando si quieres tú, no si te ha obligado La Magna a convencerme —la advirtió con las cejas enarcadas y el dedo en alto—. ¿De verdad te haría feliz que me quedara aquí el tiempo suficiente para colaborar, o solo deseas complacer a la diosa?

—¡Claro que me haría feliz! —exclamó, y era cierto. Había soñado con compartir con su hermana las visiones y objetivos que las habían separado de forma irremediable cuando eran mortales. Tal vez así, estando ambas en la misma página, se ganaría su respeto y su admiración y no tendría que conformarse con que Mara la quisiera obligada por un débil vínculo familiar—. Mentiría si dijera que no quiero complacer a Su Santidad —agregó, decidida a mostrarse transparente—, pero servirla no me ha arrebatado la habilidad de razonar por mi cuenta y comprender que esto no solo debe hacerse, sino que deseo hacerlo; que quiero formar parte de ello.

Mara asintió con la cabeza muy despacio, como si necesitara ganar tiempo para encajar el nuevo vuelco que daría su vida. Regresaría al punto de partida.

—En ese caso, no hay nada más que hablar —concluyó después, con un último suspiro. Se animó a sonreír, pero lo hizo con hastío—. A fin de cuentas, me salvaste la vida. Te lo debo, y supongo que no existe mejor manera de devolverte el favor.

»Pero antes de ponernos manos a la obra con eso de salvar el mundo… ¿No podríamos encerrarnos en tu dormitorio y tumbarnos a contarnos confidencias?

Capítulo IX

Samael se estaba preparando para la guardia con los labios fruncidos. Pensaba que había conseguido disimular su irritación, pero descubrió que no era ningún misterio para nadie cuando Valthessar, retrepado en un sillón con un libro entre las manos, rompió el silencio.

—Parece que los cordones te hayan hecho algo. —Señaló con un movimiento de cabeza el pie derecho de Samael, al que pretendía cortarle la circulación apretando los lazos con fuerza desmesurada.

—Y tú parece que te hayas tomado un Valium —le espetó Samael, lanzándole una mirada hostil. Odiaba verlo tan relajado cuando él estaba fuera de sus cabales—. O que te hayan hecho un puto exorcismo, si a esas vamos.

El *rex* reaccionó su salida de tono enarcando una ceja inquisitiva, más sorprendido que contrariado. El gesto bastó para que Samael suspirara y se avergonzara de su actitud. No por Valthessar, cuyos sentimientos dudaba ser capaz de herir, sino por su ya perjudicada reputación en el grupo. Solo le faltaría pasar de ser el pringado a convertirse en el que tenía problemas para gestionar sus arrebatos iracundos.

Se dejó caer sobre el sillón del salón, desierto salvo por su acompañante, que hasta el momento había estado leyendo con los tobillos cruzados sobre la mesilla de café.

—Solo digo que estás muy tranquilito teniendo en cuenta que Mara se encuentra en el piso de arriba, y que es probable que ceda al chantaje emocional de Citlali y se quede un rato más para ayudarnos a nosotros y joderte a ti por el camino. Y no en un buen sentido —apostilló por lo bajini, inclinándose ahora sobre el pie contrario.

Por supuesto, Valthessar oyó su comentario.

—No la dejaría joderme de ninguna manera, descuida —aclaró con serenidad. No sonó resentido, como los primeros días tras la ruptura, ni tampoco resignado al dolor de la pérdida. Parecía tan congraciado con su situación y la promesa implícita de mantener el celibato que cualquiera diría que no le costaría sacarse de encima a Mara si se arrojara a sus brazos.

Samael se incorporó, sorprendido.

—¿Cómo diablos lo haces para estar tan cómodo en tu piel? Me das envidia. Y esperanza —reconoció a desgana. Valthessar esperó a que

se explicara cerrando la novela: *Matar a un ruiseñor*, rescatada de la biblioteca personal de Luvart—. Llevo alrededor de setenta y dos horas compartiendo espacio con mi *anandha* y ya estoy desquiciado. ¿Te puedes creer que me dan ganas de llorar si no me hace caso? ¡Llorar! ¡LÁGRIMAS DE VERDAD! ¡Como PUÑOS! —insistió, mostrándole la mano cerrada con vehemencia—. Por la diosa, esto es bochornoso… —Sacudió la cabeza y volvió a los cordones, que terminó de atar airadamente—. Si tengo que acostumbrarme a este sinvivir, me temo que acabaré entregándome al Gran Grimorio, aunque solo sea para no pasar vergüenza.

—Ni siquiera bromees con eso —le advirtió.

—¿Para qué coño querría la inmortalidad que nos garantiza la diosa? ¿Para ver mi dignidad comprometida a todas horas? —seguía quejándose como si estuviera solo, tan desesperado que poco le importaba hacer reír al *rex* con sus desgracias—. Voy por ahí olisqueando los pasillos como un perro famélico, y el otro día se me puso tan dura con solo mirarle el culo que se me saltaron las lágrimas del dolor —resolló, aún anonadado por los efectos de su cuerpo—. Es una jodida locura.

—Es cuando aparece la *anandha* que el penitente se enfrenta a su verdadero desafío. Es la que nos garantiza el perdón; tiene su lógica que sea difícil obtenerlo —le explicó con paciencia—. Ahora y no antes debes demostrar que has cultivado la paciencia y el autocontrol.

—¿Qué coño quieres decir con la frasecita de monje tibetano? ¿Que estás de lujo porque eres mejor actor que el puto Leonardo DiCaprio, y no porque con el tiempo mermen los efectos? —gimió, desalentado.

Valthessar se encogió de hombros con una leve sonrisa que Samael nunca le había visto y que le hizo sentir… halagado. Incluso entusiasmado. Creyó entender en su afable semblante la compasión hacia él y su pésima situación. Tal vez hasta lo reconociera como un compañero de padecimientos.

Samael no lo habría admitido ni bajo amenaza, pero siempre había ansiado compartir cierta camaradería con el *rex*.

—Aprendes a llevarlo con elegancia —resumió con sencillez—. Te sugiero que te compres vaqueros ceñidos. Si te aprieta la bragueta, la erección es mucho menos notable y dejas de tener de lo que avergonzarte.

—¿A riesgo de que luego me duelan los huevos todo el día?

—Hay que sufrir o el dolor de huevos o la humillación, amigo. —Volvió a encoger el hombro y abrió el libro por la página en la que se había quedado—. Tú decides qué es más importante. Yo, desde luego, lo tengo claro.

Samael suspiró. Estuvo a punto de contarle el truco infalible para evitar el bochorno al que él había estado recurriendo: rehuir al objeto

de sus desvelos como un cobarde.

Por desgracia, no era del todo eficaz, porque seguía enfrentándolo a una encrucijada. Se moría por verla, por tocarla, y mantener las distancias iba contra su naturaleza: le empezaban a doler las articulaciones y se le anquilosaban los huesos cuando se encerraba en el baño para no coincidir con ella en el pasillo.

Y todo para luego pegarse a la puerta como un anormal para olisquearla.

Patético.

—No lo entiendo —gruñó, dejándose caer contra el mullido respaldo. Se cubrió la cara con los antebrazos—. Ni siquiera está buena.

—¿Citlali? —inquirió Valthessar, asombrado. Samael retiró un brazo y abrió un ojo para vigilar su expresión. Lo vio sonreír para su coleto—. Tiene su qué.

—Sí, que es la hermana de Mara, ¿no? —se burló.

—Mara es adoptada, imbécil. No se parecen ni en el blanco de los ojos, y como no tienen sangre común, no existe la posibilidad de olerla en ella. —Bizqueó—. Pero eso no significa que Citlali no sea guapa.

—Tú también te has prendado de ella, ¿no? Como ella de ti —acabó mascullando. La vena cruel resurgió con ímpetu—. Te gusta porque es la primera tía que te mira desde Mara.

—¿Qué mujeres me van a mirar, si no salgo de aquí y tampoco me interesa? —repuso con una lógica aplastante, en absoluto ofendido—. De todos modos, tengo que reconocer que, si no llegas a insinuar que Citlali es tu *anandha*…

—¿Qué? —rugió él.

Valthessar lo miró de reojo.

—Prefiero ahorrarme ese puñetazo que llevas unos días queriendo darme. Simplemente acepta que es tu mujer y que te gusta, y no pongas pegas. Te ahorrarás quebraderos de cabeza y batallas contigo mismo, créeme. Lo sé por experiencia.

—Pero… —Samael se pasó la mano por la cara—. ¡No es justo, joder! ¡Yo quería otra cosa!

Le sorprendió que Valthessar soltara una carcajada.

—¡No te jode! Mira, si lo que buscas es la perfección, olvídalo. No nos enamoramos de ellas por su físico. Mara tampoco era mi tipo, y si me hubieras puesto a Adriana Lima a su lado, ni la habría mirado. ¿Y qué te has creído?, ¿que los demás están cien por cien satisfechos con su chica? Apuesto por que si Luvart pudiera cambiarle algo a Reyyan, se encargaría de que habitara su cuerpo las veinticuatro horas del día y de que no intentara matarlo mientras duerme cuando piensa que alguna chica es atractiva; que Dagon le devolvería la memoria a

Qadira, pero procurando que estuviera en condiciones de enamorarse otra vez, y que Abraxas le cosería por lo menos quince centímetros más de tela a las faldas de Ruth. Aunque, la verdad, yo también se la cosería —agregó, aprovechando que el guerrero no estaba presente—. Me distrae incluso a mí.

—¿Y tú no le cambiarías nada a la tuya?

—Yo estoy soltero. ¿Has captado el mensaje, o no? —insistió—. No sé de qué te quejas, además. ¿A quién no le va a gustar una empírea con nociones mágicas, capaz de defenderse en un cuerpo a cuerpo y con un don para ayudar a los muertos a cruzar al otro lado? ¿una chica comprometida con la causa, simpática, atenta…?

«Pues a un tío sin amor propio», pensó Samael, sintiéndose desgraciado. Pero ¿cómo le explicaba a Valthessar que le enrabietaba que no fuera atractiva porque era el único aspecto con el que podría haberse sentido en igualdad de condiciones? Si hubiera sido una estúpida redomada con las piernas largas, Samael no se habría atrevido a aspirar a nada más. Aquello habría sido exactamente lo que habría merecido, y no le habría temblado el pulso a la hora de tomarlo. Pero tenía que ser más lista y espabilada, más cordial y carismática. Eran rasgos que no podía pagarle con la misma moneda.

—Simpática y atenta será contigo —gruñó.

—Joder, Samael, es que tú no lo pones fácil. Con la cantidad de relaciones que has atestiguado en los últimos tiempos, me deja pasmado que creyeras que Citlali caería a tus pies por arte de magia. —Samael tuvo que controlarse para no arrojarle un puñetazo al verlo reírse de su ingenuidad—. Aprovecha que la atracción ya está ahí, que tienes ese terreno ganado, para ser un caballero y conquistarla.

—A lo mejor no le van los caballeros.

Valthessar le hizo una caída de ojos.

—Lo que seguro que no le va son los capullos.

—No veas con el gurú del amor. —Lo miró con rencor—. Pareces más preparado que yo para entrarle.

—No habría vacilado si no estuvieras en medio, pero la institución de la *anandha* es algo que respeto demasiado como para entrometerme. La verdad, no entiendo por qué a estas alturas priorizas el físico sobre lo demás. Siempre he pensado que, llegado cierto punto, se empieza a valorar más el intelecto o cuán agradable resulta la convivencia que el aspecto de la compañera. ¿Aún no te has dado por satisfecho con todas las mujeres atractivas con las que te habrás acostado a lo largo de estos siglos?

—Teniendo en cuenta que a esta tendré que follármela durante el resto de mi inmortalidad, no me parece descabellado pedir que sea sexy.

—Con esa actitud no va a dejar que te acerques a ella en un radio

de diez metros —se rio Valthessar, cruzando los tobillos a la inversa —. No sé por qué le ves tantos inconvenientes a la muchacha. Tiene una figura bonita y los ojos más preciosos que he visto en mi vida. Y encima es un encanto. Si no la quieres, dámela a mí —bromeó con una sonrisita perversa.

—¡¿Estás de coña?! —rugió una voz femenina, acallando de forma categórica la respuesta de Samael. Este se dio la vuelta a tiempo para ver a Mara bajando las escaleras con la cara congestionada por la indignación—. ¡¿En serio te quieres tirar a mi hermana?!

—Por la diosa… —Valthessar se pellizcó el puente de la nariz, previendo una escena—. ¿Y yo qué sabía? —Extendió los brazos—. ¿Cómo iba a deducir que se trataba de tu hermana?

Mara se detuvo a los pies de la escalera para apuntarlo con el índice.

—¡No has respondido a mi pregunta!

—No tengo por qué contestar —contraatacó en tono cansino—. Lo único que puedo asegurar —esto lo dijo mirando a Samael, como si él fuera el único al que le debía explicaciones— es que lleva aquí solo setenta y dos horas y en tan breve lapso de tiempo no me ha dado pie a dar ningún paso en falso, así que no tienes de lo que preocuparte. Sé que hay a quienes les gusta ir rápido, pero a mí hay que cortejarme.

—No te salgas por la tangente, y no creas que no me he dado cuenta del reproche implícito —le advirtió Mara con el dedo en alto.

—¿Qué reproche? —El *rex* pestañeó con inocencia—. Es un hecho que, quien no corre, vuela, pero yo no me revuelco con la *anandha* de mis compañeros a la primera de cambio.

—¡¿Y por qué me ha dicho que casi la besaste antes de que apareciera?! —le espetó Mara, furiosa. Samael brincó en el asiento al oír aquello y lanzó una mirada hostil al *rex* que no tuvo nada que envidiarle a la de la muchacha—. Ahora no respondes, ¿eh? ¿Va en serio con la venganza? ¿Quieres hacerme daño besuqueándote con MI HERMANA?

—Eso digo yo, cabrón —bramó Samael.

—No la besé al final, ¿de acuerdo? ¡Y no sabía que era tu puñetera hermana! —exclamó, pero sin perder aún los papeles—. ¡No es como si me hubieras enseñado una foto o hablado de ella lo suficiente para que la reconociera a simple vista!

—¿Qué tiene eso que ver? —le espetó Mara—. ¿Por qué cojones te iba yo a hablar de mi hermana muerta?

—Porque es lo que hacen las parejas, tal vez; compartir lo que tienen en la cabeza, lo que les duele y lo que les preocupa —respondió con serenidad, recalcando cada palabra—, y era obvio que tu hermana era algo que tenías presente.

Mara vaciló, mirándolo sin comprender.

—¿A qué viene la clase magistral de asertividad?

—A que has entrado en el salón berreando porque tu hermana me parece atractiva, como si te debiera algo o como si te hubiera engañado. Me ha parecido que vendría al caso señalar que no tienes ningún derecho.

—Y no tengo ningún derecho porque no te hablaba de lo que me dolía o me preocupaba, ¿no?

—Que yo no supiera nada de Rebecca es cosa tuya.

—Yo flipo —jadeó, lanzando una mirada ojiplática al público invisible que colgaba del techo—. Solo te falta decir ahora que es mi culpa que rompiéramos porque no abría mi corazón. ¡El que no hablaba eras tú! ¡Tan poco hablabas que no me dijiste ni que mataron a mi madre por una puta profecía, pedazo de cabrón!

Samael atendía horrorizado a la discusión, tratando de comprender en qué momento había adquirido semejante intensidad.

¿Eso era tener novia? Empezaba a pensar que preferiría la castración química.

El gesto de Valthessar se endureció. Mucho había tardado en reaccionar.

—No me voy a justificar otra vez, pero si la tónica de la relación era evitar mencionar a tu familia a toda costa y actuar como si me estuvieras haciendo un favor al estar conmigo, que no te sorprenda que me adaptara a las exigencias de mi rol, que era callar y otorgar.

—¿Que actuaba como si te estuviera…? —Avanzó hacia él, pasmada—. ¿De qué estás hablando? ¡Manda narices que ahora me responsabilices a mí de tus errores! Y ¿se puede saber por qué no cierras ya el puto libro? —Le arrancó la novela de las manos y la arrojó a su espalda—. ¡Estoy hablando contigo!

Valthessar se miró las palmas vacías, inexpresivo, y luego posó la mirada en la novela de Luvart, que, de acuerdo a la ley de Murphy, había aterrizado abierta y boca abajo.

—Luvart se va a poner hecho un basilisco —murmuró Samael, sacudiendo la cabeza.

—Pensaba que la presencia del libro te trasladaría mi escaso interés hacia la conversación. Pero ya que estamos, Mara —se puso en pie, y aunque no fue su intención, pareció intimidarla con su estatura. Respondió sin alterar el semblante, sin subir el tono. Samael lo observaba con los ojos muy abiertos, deseando empaparse de cada detalle para ponerlo en práctica—, lo que manda narices es que no te pararas a pensar que yo también podría estar descontento con tu actitud hacia mí. Te esforzabas tanto para que la relación fracasara que no sé por qué armas este alboroto insinuando que aún te importa lo que haga. No me hablabas de ti, de lo que pensabas, de lo que no te dejaba dormir. Procurabas mantener el vínculo en la más estricta

superficialidad. Nos saboteaste tú y el asunto de tu madre te dio la excusa que necesitabas —concluyó, mirándola a los ojos por fin—. Así que no vengas a chillarme si me gusta tu hermana. No vuelvas a chillarme nunca más, mejor dicho, o te largaré de la puta casa, ¿me has entendido? Si estás enfadada con el mundo, no es mi problema. Ya no.

Mara se ruborizó por la indignación. Al dar un paso atrás, chocó con el pecho de Luvart, que, junto con el resto de los penitentes había bajado las escaleras para cubrir la guardia. Aunque Citlali no acudiría esa noche, también se había asomado para observar la escena con asombro.

Samael observó que Luvart se agachaba para recoger *Matar a un ruiseñor*.

—¿Quién coño anda tirando mis libros al suelo? —espetó en tono sombrío.

Nadie le contestó. Ni siquiera Mara pronunció palabra. Se dirigió al recibidor, agarró su chaqueta y se largó dando un portazo. Ni Dagon se atrevió a ir detrás de ella. Se estaba rascando la nunca, lamentando haber sido el que la invitó a la casa.

Y pensar que Citlali y Mara se habían criado juntas…

Samael se estremeció.

Esperaba que su chica fuera algo menos respondona y más accesible.

—¿Qué estáis mirando? —preguntó Valthessar después de masajearse el hombro, como si acabara de volver de la guerra—. En marcha, que la noche es muy larga.

Capítulo X

Samael estuvo tan distraído durante la guardia pensando en la conversación con Valthessar que estuvo cerca de que los engendros lo pasaran a cuchillo. Fue una suerte que Luvart se interpusiera entre el enemigo y él y evitara una catástrofe, pero ese breve instante en el que la vida le pasó por delante, llegó a la conclusión de que no podía permitirse dejar su apasionado romance al azar. Si quería que la relación entre *anandha* y penitente con la que siempre había soñado saliera bien, tendría que mancharse las manos.

Así pues, en cuanto regresó a la casa, donde Citlali se había quedado para tranquilizar a una Mara fuera de sus cabales, se aseó con minuciosidad y decidió presentarse en su dormitorio para enterrar el hacha de guerra. Porque, con toda probabilidad, Citlali pensaba que él sentía alguna clase de antipatía por ella cuando la triste realidad era que no, que esa era su manera habitual de dirigirse a los demás. Sobre todo se relacionaba así con aquellos que le hacían sentir amenazado, como Luvart por su exuberante y envidiable atractivo físico, Valthessar por sus aún más envidiables logros bélicos, Dagon por su también envidiable carisma y facilidad para meterse a la gente en el bolsillo y…

En definitiva, a todos los que le rodeaban, pero especialmente Citlali.

Samael se secó el sudor de las palmas en el pantalón vaquero ante la puerta cerrada de la habitación. Sabía que era allí donde dormía porque su olor se concentraba en aquella área de la casa.

Tocó con los nudillos, vacilante, y se preguntó cuál sería la mejor manera de explicarle su presencia allí.

«He venido a disculparme», por ejemplo. «No sé por qué, pero me siento atraído hacia ti». Sí que lo sabía, y encima sonaba inseguro. Descartado. «Eres mi *anandha* y deberíamos empezar a comportarnos el uno con el otro de diferente manera». ¿No sonaba muy pasivo-agresivo? ¿Como un ultimátum? Mejor no.

«Si no me quieres, me moriré. Literalmente».

¡Por la diosa! ¡Un hombre no conquistaba a una mujer mostrándose vulnerable!

Esperaba que Citlali le abriera la puerta, pero solo oyó su voz.

—Adelante, no he echado el pestillo.

Samael abrió y dio un paso receloso hacia delante. A ella le importaba un carajo el visitante, porque no cambió de postura. Se había ataviado con un gracioso camisón azul medianoche con estrellas estampadas que delataba su obsesión con el espacio, y estaba arrodillada sobre el colchón mirando por la ventana a través de un telescopio.

El telescopio de Xaphan.

—No recordaba que la cama estuviera ahí —murmuró Samael, escrutando la habitación. Una desagradable sensación de extrañeza le incitaba a huir por piernas antes de que se torciera.

Saldría mal, estaba seguro. Dijera lo que dijera, metería la pata.

Citlali no se giró al oír su voz. No parecía ni encantada ni molesta con su visita.

—Ah, no… Estaba en el centro de la habitación, de acuerdo a las recomendaciones del *feng-shui*. —¿Qué sentido tenía excitarse con la manera en que pronunciaba *feng-shui*? Estaba empezando a perder el juicio—. Pero si la pego de lado a la ventana estoy más cómoda a la hora de mirar por el telescopio. Además… —Se retiró un instante para hacer una anotación veloz en un cuaderno que descansaba a su lado. Más para sí misma, con aire pensativo, añadió—: Me gusta que las estrellas sean lo último que veo antes de quedarme dormida.

—Vaya cursilería —se le escapó a Samael.

Ella lo miró por encima del hombro.

—¿Qué has dicho? No te he oído.

—Nada, nada… —se apresuró a corregir, agradecido por la segunda oportunidad para desdecirse—. Que es una… alegría, ¿no? Lo de tumbarse en la cama y dormirse mirando la luna.

Observó que Citlali asentía con la cabeza, distraída, y regresaba a su labor.

Samael notó que volvían a sudarle las manos.

«Todo va fatal. Todo se derrumba. Soy lo peor», se lamentaba.

—¿Necesitas algo?

—No, no, no… Lo siento, es muy tarde. Seguro que te estoy molestando.

No esperaba que su arrebato de timidez fuera a ser recompensado. Citlali le demostró que las mujeres se activaban ante los comportamientos más extraños mirándolo con algo de la familia de la amabilidad.

—Solo estaba chequeando la luna. A lo mejor algo había cambiado desde que estuve en La Tierra por última vez, pero ya he leído que no ha ocurrido ningún tipo de fenómeno meteorológico o estelar que merezca la pena observar. Aunque es una gozada entretenerse con este telescopio. —Recorrió el borde de la lente con el dedo índice. Samael se tensó imaginando que acariciaba la línea de su mandíbula con la

misma yema—. Xaphan sabe en qué gastarse el dinero.

«No, no sabe. Si supiera lo que es bueno, se lo gastaría en putas», pensó Samael.

Él nunca había frecuentado la prostitución. De hecho, Luvart le señalaba con frecuencia —y no sin mofa— que el de putero era el único defecto que no tenía, pero pensaba que, para situaciones como la de Xaphan, que no podía ligar, no estaría mal.

—Entonces te interesa la astrología —comentó a fin de entablar conversación.

Era importante buscar intereses comunes, se dijo. Lo había leído en un blog de ligoteo donde en su mayoría comentaban mujeres. Podía fiarse de la palabra de las mujeres en materia de mujeres, de eso estaba seguro.

El sonido de su risa le dejó paralizado en el corazón del dormitorio. Una parte de él se avergonzó de su reacción, pero la otra celebró haberla hecho reír, aun a costa de su ignorancia, como lo hacía con los goles del Manchester United.

Si a Citlali le interesara el fútbol europeo, tendría más fácil la conquista, pensó con tristeza.

—Astronomía —corrigió—. La astrología es un saber con una base científica menos fiable, pensada para conocer y justificar el comportamiento de la gente.

—La astrología es eso del horóscopo, ¿no? Una gilipollez como un castillo.

Se notó que no le había gustado la réplica desdeñosa. Que se gestionara la decepción como pudiera, se dijo Samael. No iba a fingir que le interesaban los signos del Zodiaco por muy *anandha* suya que fuera. Un hombre tenía sus límites.

—A mí me gusta el horóscopo. —Se encogió de hombros—. No creo a ciegas en él, pero acierta detalles íntimos tan a menudo que una se siente inclinada a darle un voto de confianza. Además de que es muy divertido.

—¿Qué tiene de divertido que le digas a una mujer que eres Escorpio, y que acto seguido te deje de hablar porque la ambigua descripción de carácter que da una web del tarot asegura que eres un infiel patológico? —se quejó Samael, cruzándose de brazos.

—Tú no eres Escorpio —repuso Citlali con seguridad, examinándolo de arriba abajo con diversión.

Samael empezaba a dudar de que quisiera hacerla reír a expensas de su estupidez, como su expresión parecía sugerir que estaba ocurriendo.

—No, claro que no —se defendió. Sabía que los escorpianos eran lo peor, no podía hacerle pensar que era uno de ellos—, era un ejemplo.

—Eres Leo —dijo con convicción—. Soberbio, impulsivo y

superficial.

Aun cuando lo había descrito con tono informativo, sin ánimo de ofender, Samael se envaró.

—¿Ves? ¿Ves lo que hacéis? —la acusó, envalentonado—. ¡Ni siquiera me conoces como para asociarme un signo! ¡Y encima lo utilizas de excusa para insultarme!

Ella seguía mirándolo con un brillo travieso que le recordó vagamente a la Mara que se divertía vacilándole. La Mara de siempre; la original, en resumidas cuentas.

—Pero eres Leo, ¿verdad?

—Esa no es la cuestión —rezongó. Por supuesto que era Leo, pero no le iba a dar la satisfacción de confirmárselo—. Es posible que a primera vista parezca tener esos defectos que me atribuyes, pero no soy solo… Es decir, mi carácter es… es más complejo que eso. No puedes ir por ahí reduciendo a la gente a un puñado de características que te chiva la sacacuartos con turbante del programa de las dos de la madrugada.

Citlali disimuló una sonrisa.

—Pero si la descripción encaja con mi experiencia… —Se encogió de hombros.

Empezaba a irritarle su indiferencia, que se mostrara en todo momento serena e incluso afable, con él y con cualquiera, como si a sus ojos nadie mereciera un trato especial; ni siquiera Samael, siendo quien era.

Lo lógico sería que lo odiara por imbécil o que lo amara por ser su hombre, pero nada en su actitud indicaba ningún tipo de inclinación hacia alguno de los lados de la balanza. Y, como resultado, él se sentía desequilibrado, en tierra de nadie.

—Mira, lo siento —le espetó de mala manera—. Justo he venido porque entiendo que mi comportamiento es inadmisible y no te mereces que… Sé que he sido muy desagradable, soberbio, impulsivo y… —Se calló cuando ella le lanzó una mirada elocuente. «Exactamente lo que dice el Zodiaco sobre los Leo», daba a entender. No le dio el gusto de agregar «superficial», aun siendo otro de sus pecados—. Perdón, ¿vale? —concluyó de forma abrupta.

Citlali bajó de la cama para ir hasta el armario, del que sacó un batín negro. Samael observó con la garganta atorada cómo deslizaba los brazos por las delicadas mangas de satén.

—No deberías pedir perdón por ser quien eres —dijo con calma—. Yo, desde luego, no me voy a disculpar por haberte irritado.

—No me has irritado. Es solo que suelo estar a la defensiva y…

Se calló, avergonzado por las explicaciones que pretendía ofrecer. ¿Que estaba a la defensiva porque todo el mundo había tomado por costumbre burlarse de él?, ¿que actuaba como un auténtico capullo

porque era la etiqueta que le habían colgado, y era tan orgulloso que había decidido demostrarles su valía siendo el capullo más capullo entre los capullos de Capullolandia? ¿Qué le importaba eso a ella? No conseguiría excitarla ni enamorarla hablándole de sus ridículas inseguridades

La vio regresar a la cama, a la que se encaramó para rodear la lente del telescopio con la mano.

—Ven, asómate —lo invitó Citlali, no supo si ajena a sus cavilaciones internas o deduciéndolas con una de sus penetrantes miradas.

Samael obedeció, atraído por la serenidad de su rostro y por la recelosa curiosidad que sentía por esos ojos suyos.

Eran aterradores. Grandes, vivos y despiertos; de un azul artificial que la hacía parecer una creación futurista o una supraespecie ya extinta. Valthessar tenía razón. Eran los ojos más preciosos que un hombre pudiera ver en su vida, incluso si su vida era inmortal y había mirado a la cara a miles y miles de enemigos antes de arrebatarles el último aliento, a miles y miles de amantes antes de que se estremecieran en sus brazos.

La belleza que tenían era incuestionable. El problema era que transmitían una astucia que, por mera supervivencia, Samael se había visto obligado a odiar desde el primer momento, pues tuvo la certeza de que veían a través de él. Sentía que ella sabía lo que había debajo de sus capas de presunción, de sus rabietas defensivas, y aunque odiaba cómo y quién era a ojos del resto, aunque detestaba mostrarse así, más le aterraba quedarse desnudo ante una persona que podría juzgarlo. Una cuyo juicio podría afectarle.

A Samael no le importaba que lo despreciaran. Él no era, en realidad, la persona que hacía bromas crueles; ese era su personaje desesperado, el papel que la convivencia en El Séptimo Círculo le había empujado a desempeñar. Él era algo más. Era lo que había debajo, y eso era lo que temía que los ojos de Citlali sacaran a relucir.

O que los ojos de Citlali miraran con decepción.

Cuando ella se retiró del telescopio para hacerle sitio, Samael procuró no rozarla siquiera y contener la respiración para que la pasión no lo cegara de nuevo.

Guiñó un ojo y observó los cráteres de la luna.

—¿Por qué a alguien le gustaría sentirse tan diminuto en comparación con el universo? —preguntó para sí mismo una vez hubo explorado el satélite—. ¿Cuál es el objetivo de observar las estrellas, sino ser consciente de que eres… un granito de arena en el desierto?

Como Citlali no contestaba, pensó que habría vuelto a meter la pata y se separó para mirarla. Ella lo estaba observando a su vez con la cabeza ladeada, de rodillas sobre la cama y con las manos apoyadas

sobre los muslos.

—Tienes un gran talento para ver el lado negativo de las cosas —observó con curiosidad—. ¿Te lo han dicho alguna vez?

—Me han insultado muchas veces, pero no desde ese ángulo —gruñó, dolido por el comentario—. Puedes sentirte orgullosa. Has sido muy original.

Ella alzó una mano, llamando a la paz.

—No era una crítica, es solo que me parece gracioso y a la vez un poco triste. Debe de ser un infierno mirar constantemente el mundo como si todos fueran tus enemigos, como si todo fuera contra ti.

—¿Es que tú no te sientes pequeña mirando por el telescopio? —contraatacó para alejar el tema de su carácter.

—Claro que sí, pero la grandeza del universo me resulta inspiradora. Eso de ahí —señaló la luna— sigue donde está gracias a mí. Y gracias a ti. Si no defendiéramos La Tierra, ¿qué nos garantiza que el Gran Grimorio no la hubiera hecho saltar por los aires? Estoy aquí porque ni quiero ni voy a ser un granito de arena. Soy ambiciosa y creo en mis misiones, y mi misión es que el universo prospere. Es la misión más pura y justa que pueda existir.

—Suenas como una fundamentalista —reconoció con una mezcla de miedo y admiración—, pero supongo que yo tampoco soportaría ser mediocre. Me gustaría pasar a la historia.

—Ah, no, eso no. El deber del héroe es obrar de acuerdo a lo que está bien sin esperar que lo recompensen. Yo no necesito ver mi nombre en un libro. Con saber que hice lo que es debido, que participé en la protección de toda esta belleza y que podré formar parte de ella siempre que quiera, me doy por satisfecha.

—Pues los astros te quedan muy lejos como para poder decir que los disfrutas a diario.

—Lo hago. Lo disfruto todo. —Se dejó caer hacia atrás y se sentó en posición de loto—. Me encanta la humanidad. Es un milagro. Todas esas etnias, diferentes caracteres y estilos de vestir; esas distintas vocaciones, metas vitales… El progreso científico, social y cultural que logran un puñado de mentes a lo largo de la historia, las creaciones que corren de su cuenta… Adoro la pintura, la música, la literatura, el cine, la ciencia, las humanidades; conversar, cantar, bailar, reír… Amo el mundo y por eso lo defenderé hasta la muerte. —Volvió a encogerse de hombros. Un brillo emocionado hacía chispear sus ojos.

A Samael le costó tragar saliva después de escucharla. Había oído hablar de las mentalidades positivas en los libros de autoayuda y en los vídeos de minuto y medio de TikTok y los consejos para llevar una vida sana en Instagram, pero todo esto siempre le había parecido basura; basura manipuladora que Citlali se había tragado enterita.

No podía creerse que fueran tan distintos.

—El mundo es una mierda —replicó, pasmado con su optimismo—. Una mierda pero de verdad de la buena. De acuerdo, La Magna no tiene la culpa de eso; Ella creó una tierra ideal y luego el Gran Grimorio llegó a sembrar discordia, pero… Joder, esto no tiene arreglo. Barremos al Enclave del mapa, y luego ¿qué? ¿La gente mala desaparece? ¿El hambre se disipa? ¿Ya no existe la xenofobia o la desigualdad económica y social? ¿Y qué me dices de las canciones de Ed Sheeran o los libros sobre vampiros cachondos? ¿Es que eso no te da ganas de morirte?

Observó que Citlali sonreía divertida.

—Precisamente son los libros de vampiros los que siempre me han gustado.

Samael estuvo a punto de agarrarse la cabeza para gemir con desesperación. Parecía que estuviera condenado a meter la pata cada vez que intentara acercarse a ella.

—Lo que quiero decir —prosiguió él, ignorando el tema— es que no creo que seas tan ingenua como para pensar que La Tierra es todo luz y color, y que luches por algo más que por salvar tu pellejo.

Ella levantó las cejas, sorprendida.

—No me extraña que El Séptimo Círculo necesite ayuda de arriba para cumplir sus objetivos si todos los miembros «luchan para salvar el propio pellejo», como tú has dicho. Me parece que todos, excepto el *rex*, necesitáis una inyección de optimismo y que os recuerden por qué estáis aquí.

«Ya tenía que mencionar al puto Valthessar», pensó de mal humor.

—Estoy aquí porque la jodí cuando era un empíreo. Y estaba allí arriba antes de eso porque La Magna consideró que era bueno con el hacha. No tiene más. No soy especial.

Se arrepintió de haber empleado un tono tan adusto, de no haberse limitado a darle la razón como a los locos para obtener a cambio su validación, pero ella ni se inmutó.

—Claro que eres especial —repuso con una rotundidad que podría haber sido halagadora, y que sin embargo sonó racional—. Tuviste que demostrar que lo eras, o no te habrían concedido la vida eterna.

»¿Qué hiciste? —inquirió unos instantes después, adoptando una postura cómoda, perfecta para escuchar una historia—. ¿Por quién sacrificaste tu humanidad?

Capítulo XI

Samael pestañeó, ojiplático.

Era la primera vez que le preguntaban por su pasado. No recordaba cuándo, pero en algún momento desde su inclusión en El Séptimo Círculo, Luvart había comentado con desdén que probablemente una torpeza suya hubiera provocado que Ragnarr Loðbrók muriera a manos del rey de los anglos, o que un compañero suyo lo hubiera planeado a conciencia y él le hubiera robado el mérito, y La Magna lo hubiera premiado acto seguido por el resultado. Todos consideraron tan divertido y comprensible que Samael hubiera llegado al Autem de chiripa que decidieron dar por hecho que así fue.

—No sé si debería… —vaciló un instante; lo que Citlali tardó en convencerlo con su mirada genuinamente curiosa. Lo más probable era que le interesara porque le detestaba y deseaba confirmar que su sacrificio fue una ridiculez, y su inclusión en el cuerpo de los empíreos, pura casualidad, pero no importaba. Estaba emocionado porque quisiera saberlo—. Bueno… eh… —Se rascó la nuca rapada—. ¿Has oído hablar del asedio de París del año 845?

—Ajá. Lo lideraba Ragnarr Loðbrók, ¿no?

—Así es. Digamos que a esas alturas de siglo, Ragnarr había acumulado tantas victorias que se le consideraba uno de los mayores caudillos vikingos, y por decirlo de alguna manera… se le subió a la cabeza, y lo que antes era ambición, se convirtió en neurosis. Decidió atacar el imperio franco empezando por la parte occidental con apenas cinco mil hombres. Como no se lo esperaban, el asedio fue una auténtica masacre, y Carlos II acabó pagando un tributo para evitar la devastación que dejó en el Báltico. Pero el tributo no lo detuvo a la hora de atacar otras zonas de Francia, y…

Se frotó las manos.

Sabía que Citlali lo tenía por un arrogante. ¿Cómo podría hablar de lo que le ganó el cielo sin que lo tomara por un engreído?

Decidió que no importaba. A fin de cuentas, él no paró la Segunda Guerra Mundial ni salvó a Ramsés II. No era como para enorgullecerse.

—La esclavitud era una parte importante de la sociedad vikinga. Podíamos tener varias mujeres bajo nuestro techo y que todas ellas hubieran sido tomadas contra su voluntad. Ragnarr no era como los

temibles mongoles, saqueador y violador casi por definición, pero en territorio franco perdió de vista toda moral. Supongo que, de pronto, a mí dejó de parecerme correcto aterrorizar a las mujeres de las aldeas, así que cuando Ragnarr nos contaba las estrategias de asalto de la noche siguiente, me escabullía hacia la villa que sería el próximo blanco y alertaba a los ciudadanos.

»No todos me creyeron, pero quiero pensar que se salvaron unas cuantas vidas. Resultaba que La Magna en persona había decidido encarnarse en un cuerpo humano para vigilar a Ragnarr de cerca antes de tramar una forma de acabar con él, y parece ser que me dirigí a Ella para ponerla a salvo, y… Imagino que le gustó el gesto. Aunque no es como si Ragnarr pudiera haberla matado de no haber sido advertida.

»No participé en la Guerra de los Cien Años, ni fui el médico el renombre del conflicto del Peloponeso que salvó la vida de Pericles, ni fui una pieza clave para fundar la ciudad de Roma antes de Cristo, lo sé —se apresuró a decir, procurando que no se le notara desinflado—, pero la diosa me aprecia. Es más de lo que pueden decir esos cabrones.

Samael se sintió avergonzado al terminar de relatar su historia. Ahora comprendía por qué nunca había sentido el deseo de desmentir el bulo de Luvart. Una vez más, su mediocridad por comparación resultaba devastadora.

Pero ella lo miraba con un atisbo de sonrisa.

—Las vidas humanas también importan —le dijo con voz aterciopelada—. Los civiles desprotegidos (y no las grandes mentes) son, de hecho, a quienes hemos venido a proteger. No me extraña que La Magna decidiera que tenías madera de empíreo.

El halago le produjo una satisfacción tan profunda que infló el pecho. Miró a Citlali a los ojos para asegurarse de que no lo soñaba, de que estaba validando su pasado y su historia, y se abalanzó sobre ella con la intención de besarla.

No lo hizo porque recuperó las riendas justo a tiempo, y entonces se echó violentamente hacia atrás. No se atrevió a mirarla a la cara.

—Perdón —musitó entre dientes, irritado consigo mismo—. Es que no… Es que tú… También había venido para asegurarme de que no estabas resentida porque yo… Discúlpame. No tengo derecho a hacer eso. Lo del otro día…

Ella lo sorprendió agitando la mano.

—No te preocupes. Sé que los penitentes tienen un apetito sexual insaciable y que para el buen desempeño de su trabajo necesitan desfogarse. Solo espero que te quedaras lo bastante satisfecho para afrontar con energía las misiones futuras —prosiguió Citlali, como si estuviera comentando el tiempo atmosférico—. Lo que sí te voy a

pedir es que no me utilices a mí para tales fines. No me importaría prestar mi cuerpo si esto supusiera una inyección revitalizante para vosotros, pero no soy la persona indicada.

«Eres la persona más indicada de todas», estuvo a punto de soltar. No lo hizo porque la respuesta disparó sus alarmas.

—¿Qué se supone que tengo que interpretar con eso de que no te importa prestar tu cuerpo? ¿Que te tirarías a todo El Séptimo Círculo para asegurarte de que combatimos al Enclave en condiciones?

—Si tuviera experiencia en temas íntimos, ¿por qué no? —Se encogió de hombros—. No me avergüenza la desnudez, y he pasado suficientes años en el Autem observando a mis compañeros empíreos, que mantenían relaciones físicas entre ellos, como para comprender que el sexo no es un tema tabú. Que, de hecho, es una necesidad que hay que cubrir para que el guerrero o guerrera pueda concentrarse por entero en sus labores.

Samael no había podido seguir respirando con regularidad. La breve disertación de Citlali había invitado a un sinfín de imágenes sórdidas a tomar asiento en su cabeza, y ahora se desarrollaban ante él toda clase de poses sexuales entre Citlali y el *rex*, Citlali y Dagon, Citlali y Abraxas.

Por la diosa, Abraxas. Menos mal que tenía novia, porque no habría podido competir con él.

—No creo que te suene tan mal —seguía diciendo ella—. Los vikingos creían en la poligamia. Sí, ya, lo que se compartía era al hombre porque tenía varias esposas, pero ahora podría funcionar a la inversa. Estamos en un siglo civilizado, después de todo.

Samael se tuvo que levantar, aturdido.

Ante la curiosa Citlali, que lo observaba sin entender su comportamiento, se llevó las manos a la cabeza.

—Por el amor de… No había esperado que me acusaras de aprovechado por arrojarme sobre ti y besarte, a lo mejor porque tu reacción no me dio a entender que fueras una mujer impresionable, pero… ¡Pero sí una mínima indignación, joder!, ¡no una invitación a montarte cada vez que tema por el buen desempeño de mis funciones! ¿Qué se supone que pretendes? ¿Implantar un burdel en tu dormitorio? ¿Desnudarte ante el primer penitente que te diga que tiene los huevos morados?

—He dicho que no sería una mala opción siempre y cuando todo fuera consensuado. No he visto a ningún hombre feo en la casa —contestó con tranquilidad—. Pero precisamente lo que pretendía transmitirte es que yo no soy la mejor opción para ofrecer ese… alivio, porque nunca me he acostado con nadie y no conozco la mecánica del acto.

El cerebro de Samael sufrió un cortocircuito.

—¿Qué?

—Sufrí un accidente a manos de los golpistas de La Sociedad con apenas dieciocho años. Es verdad que hay adolescentes que a esa edad ya tienen su primer novio serio y cuentan con experiencias sexuales, pero yo estaba en otros asuntos y todos los chicos de mi clase me parecían aburridos. —Se encogió de hombros—. Me comprometí a esperar hasta que apareciera Edward Cullen.

—¿Quién coño es Edward Cullen?

«Me salen competidores por todos lados», estuvo a punto de gimotear.

—Mi ídolo de la infancia, un personaje de… No importa, ahora veo que es una tontería. He renunciado a la idea romántica de que me lleven al mirador abandonado de la costa tinerfeña y me desnuden sobre una manta de picnic plagada de velas aromáticas; no me importa perder la virginidad por el bien de la misión. Pero, a poder ser, preferiría no hacerlo.

—A poder ser, yo también preferiría que no lo hicieras —gruñó con un nudo en la garganta. Samael se llevó allí una mano, aterrorizado por lo que Citlali pudiera hacer movida por la lealtad hacia La Magna, y también impresionado por estar ante la que posiblemente sería la única mujer virgen que había conocido en el último siglo. Quiso pedirle que guardara sus esperanzas románticas, o decirle que su cuerpo era su templo y merecía respeto, pero movido por el espanto, se decantó por la opción menos asertiva—. ¿Te das cuenta de que suenas como una absoluta desquiciada? ¿Cómo vas a poner al servicio de la diosa incluso tu vida sexual? ¿Es que no tienes nada que sea solo tuyo? ¿Algo sobre lo que La Magna no mande?

Ella pestañeó como si no entendiera lo que le estaba diciendo. Se bajó de la cama, tal vez comprendiendo que estaban ante una discusión complicada.

—Nací y crecí con un don sobrenatural que me alejaba de los intereses humanos. No sentía que perteneciera a ninguna parte ni que mi propia familia me entendiera hasta que La Magna apareció ante mí y supe de sus planes. Por supuesto que todo lo que tengo y soy estará a su servicio, porque su objetivo es más grande que todos nosotros, que nuestros cuerpos sensibles, que nuestros sentimientos. Si tengo que ceder mi cuerpo a la causa, sea para el desahogo sexual o como sacrificio, lo haré, pero mientras no me lo pida, me lo reservaré, porque no cumpliría las expectativas, y porque creo que el sexo por placer, recurrente y con el mismo hombre, podría ser una distracción que no podemos permitirnos ahora mismo.

—Estás loca de cojones —jadeó.

Por lo visto, Citlali compartía una característica con el resto de mujeres humanas del mundo, porque esa palabra, «loca», pronunciada

como una acusación, logró irritarla lo suficiente para que frunciera el ceño.

—No estoy loca. Soy fiel a mi diosa. Lo que me temo es que vosotros lleváis tantos siglos alejados de Ella, desamparados porque no os toca con su gracia, que habéis olvidado su grandeza y os permitís ser desobedientes y dejaros tentar por la carne y por los caprichos humanos…

—Nosotros tenemos todo eso presente y algo más —la cortó—, eso que tú has olvidado en tu afán por convertirte en una inquietante fanática religiosa. —Dio un paso hacia ella y la rodeó por la cintura, haciéndola respingar por la sorpresa. Citlali lo miró con los ojos muy abiertos—. La diosa nos ordena que la sirvamos, que protejamos a los seres humanos, que seamos amables entre nosotros, y nos ha dado un cuerpo y una mente para eso; pero también nos ha dado la categoría de seres sintientes porque quiere que tengamos nuestra propia vida y nos empapemos de ella a través de los sentidos. El sexo no es ni un desahogo necesario, como comer o dormir, ni es una distracción. Es un placer en sí mismo… —Se inclinó sobre ella para rozarle la nariz. En voz baja, agregó—: Y tú tienes que saberlo porque respondiste a mi beso guiada por algo más que la curiosidad.

—Produce sensaciones agradables —confesó Citlali, mirando con fijeza los labios de Samael. No se revolvió entre sus brazos, señal de que no le importaba estar ahí.

Aunque no había admitido que él le gustara ni por asomo, Samael sintió que el corazón le explotaba de emoción y estrechó contra su pecho aquel cuerpecito delgado como un junco, flexible y al mismo tiempo nervudo. Su melena le hizo cosquillas en los antebrazos desnudos, tan larga como era. Le asombró una vez más el poder de la *anandha*. Tenía ante él a una mujer extraña y a la que aún ni siquiera conocía, una mujer que, de hecho, parecía haber perdido el juicio, y seguiría entregando su alma a cambio de una simple sonrisa, de un gesto que le concediera su aceptación.

—No puedes negar que el deseo sea un obstáculo —dijo ella con contrariedad—. Estás temblando, te cuesta respirar y apenas mantienes el equilibrio. Tengo la certeza de que podría derribarte ahora mismo usando un par de dedos.

—Pero esto no me lo provoca cualquiera —musitó él, acariciándole el pelo con los dedos.

Citlali cerró los ojos un instante.

—Que exista alguien que te lo provoque ya te convierte en un ser débil —repuso con sequedad. Lo alejó con una sola mano, y él apretó los labios, molesto.

—¿Cómo puedes ser tan fría? ¿Cómo puedes no devolverme el abrazo? ¿Cómo puedes renunciar al afecto de otra persona, de un

hombre que…?

«Un hombre que se muere por ti», había estado a punto de decir. Pero le aterraba la magnitud de sus sentimientos.

—Ya te lo he dicho —respondió con esa regia serenidad tan suya—. No he bajado a La Tierra en busca de distracciones. He venido a cumplir con mi deber, y mi deber pasa por descansar como corresponde, así que te agradecería que te marcharas de mi dormitorio y me dejaras dormir mis ocho horas.

¡Dormir sus ocho horas! ¡Pudiendo abrazar a su penitente! Estaba loca. Estaba loca de remate, o la diosa se había equivocado, o se estaba vengando de él… Pero ¿por qué se vengaría de él? Samael siempre había sido respetuoso, obediente pero sin llegar a bailarle el agua, pues sabía que La Magna tomaba a los lamebotas por idiotas incapaces de usar la cabeza o por cabrones condescendientes.

No se merecía eso. No se merecía ese desaire.

Tendría que hablar con Ella y rogarle una explicación, porque él no había nacido con la paciencia y el autocontrol de Valthessar y dudaba que pudiera ver morir un nuevo día sin la certeza de que Citlali lo anhelaba como él la anhelaba a ella: con una angustia y fijación desconcertantes.

Capítulo XII

A la mañana siguiente, Citlali bajó las escaleras de tres en tres para reunirse con Xaphan en lo que solía ser la cocina. Allí había decidido de manera terminante levantar su pequeña morgue, de la que no había manera humana de sacarlo. No le constaba que se hubiera ido a descansar en los cuatro días que llevaba revisando los cadáveres.

—¡Pero bueno! —exclamó al verlo encorvado sobre el pecho abierto del fallecido—. Que no puedas dormir no significa que tengas que estar ahí todo el santo día. Te mereces un respiro.

—Eso mismo le he dicho yo, pero no hay quien lo convenza —suspiró el *rex*, apareciendo por detrás del concentrado Xaphan con una taza de café en la mano y un cigarrillo en la otra. Antes de que Citlali pudiera hacer un comentario al respecto, él mismo dijo—: Me ayuda a calmar la ansiedad, por sorprendente que parezca. Y esto no tiene cafeína —agregó, levantando la taza—. No hay riesgo de que me ponga como una moto.

Citlali le dedicó una sonrisa cómplice que él le devolvió al instante. Le pareció que estaba muy atractivo con el pantalón del pijama colgando de las caderas y una sencilla camiseta de algodón. Llevaba el flequillo despeinado sobre la frente. Transmitía paz y a la vez cansancio.

Era el único penitente junto con Xaphan que no exhibía su cuerpo desnudo a la mínima de cambio.

—Me alegro de que hayas encontrado algo que te funciona. Aprovecha que para las criaturas de La Magna el humo no sea cancerígeno, ni la nicotina resulte adictiva. —Le lanzó un guiño y pasó por su lado para servirse su propio café.

Observó que Valthessar esbozaba una sonrisa resignada.

—Cuidadito con los guiños, Citlali, que no quiero problemas con los que aún te llaman Rebecca. —Se puso la mano del cigarrillo en el corazón—. Lo nuestro es imposible —clamó con dramatismo.

—Supongo que sí —dijo ella, en absoluto entristecida—, aunque no tendría por qué. Los dos estamos solteros… a no ser que tu corazón siga comprometido. —Se dejó llevar por su espíritu risueño y apostilló —: Pero en ese caso también podría ayudarte.

Citlali rescató una cucharilla y se dedicó a remover el café mientras aguardaba una respuesta del *rex*.

Había dedicado gran parte de la noche anterior a escuchar el relato de su relación con Mara, de la que no tenía constancia y en cuyos sórdidos detalles su hermana había entrado de lleno. Aunque estaba más comprometida con la causa divina que con ningún amorío, Citlali siempre había sido una fanática de los romances paranormales, y tenía ante sí la historia que podría haberla vuelto loca de emoción durante la infancia con un irresistible aditivo: que ella podría intervenir para ayudar a los protagonistas a reconciliarse.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, es obvio que Mara se puso celosa de mí. Podemos seguir por ese camino hasta que espabile. Puede sonar cruel, pero si la conoces, sabrás que es la clase de persona que solo reacciona cuando la situación es límite. Hay que ponerla contra las cuerdas.

Lo cierto era que María se había puesto muchísimo más que celosa. En cuanto se sentaron en la cama del dormitorio de Citlali a intercambiar confidencias sobre sus últimos años en el Autem y las actividades que ocupaban el tiempo libre de Mara, su hermana le preguntó con una sonrisita juguetona cuál era el penitente que más atractivo le parecía. Citlali vaciló, porque, para su desgracia, el que hacía que le temblaran las piernas no era Valthessar, pero optó por este para que Mara no indagara en la naturaleza de sus últimos contactos con Samael.

No tardó en cambiarle el gesto. Mencionó con aparente indiferencia que Valthessar había sido su pareja durante el periodo de tiempo que pasó con El Séptimo Círculo, a lo que Citlali reaccionó confesando entre lamentos —y con una intencionalidad muy clara— que había albergado la esperanza de convertirlo en su príncipe azul una vez la guerra hubiera concluido.

Nunca antes había visto a su hermana tan pálida y fuera de sí, como si la idea de que Citlali saliera con su exnovio fuera incluso más terrorífica que el fin del mundo tal y como lo conocían. Empezó a sonsacarle hasta el último detalle de las conversaciones que había mantenido con él, y le exigió que fuera sincera al preguntarle si se había mostrado cariñoso con ella, si había notado algún tipo de interés carnal o platónico. Citlali no vio inconveniente en confesarle que, durante una de sus charlas, Valthessar se había inclinado sobre ella para robarle un beso inocente. Un beso inocente que él mismo había interrumpido con una sonrisa de disculpa, alegando que no era buena idea.

—¿Y qué querrías tú a cambio? —se rio Valthessar—. ¿Poner histérico a Samael? Él espabilará enseguida, créeme. Los celos que le pueda provocar mi cercanía contigo no tendrán nada que ver con los que pueda sentir Mara. Un penitente pierde la cabeza cuando siente que su mujer tiene a otro hombre. Mara podrá gritar cuanto quiera,

pero Samael sacará fuerzas para matarme… —Le dio un sorbo a su taza. Levantó las cejas una, dos y hasta tres veces, insinuante y rebosando emoción—, y no estoy dispuesto a abandonar La Tierra cuando acabo de comprar entradas para los Arctic Monkeys.

—¿Qué dices? ¡¿En serio?! —jadeó Citlali—. ¿De última hora? ¿Cómo?

Valthessar se sacudió el hombro con vanidad.

—Un mago nunca revela sus trucos.

—¿Los Arctic Monkeys? —inquirió Xaphan, emergiendo de su burbuja de concentración. Con timidez, alzó la cabeza de su minucioso trabajo con la lente de aumento—. Me encantan. ¿Puedo ir con vosotros aunque no tenga a nadie a quien poner celoso?

Citlali y Valthessar soltaron una carcajada.

—Pues claro que sí. —El *rex* le pasó un brazo por los hombros. A juzgar por la reacción de Xaphan, que fue mirarlo con asombro y complacencia mal disimulados, Citlali comprendió que no era costumbre de Valthessar tener gestos cariñosos con los demás—. ¿Tienes algo para mí, cerebrito?

—Pues no mucho —se desesperó, apoyando las manos a cada lado de la cabeza del difunto—. Los únicos detalles en común que he observado en todos los cadáveres es que les han drenado la sangre. Nada más.

—¿Que les han drenado la sangre? —repitió Valthessar. Se peinó el flequillo hacia atrás, pensativo—. ¿Como si fueran a hacerle una transfusión a otra persona?

—Puede ser, aunque lo dudo. La sangre de las razas no es compatible con la humana, ni mucho menos con la de los engendros; si un seráfico necesitara una transfusión, de hecho, ni siquiera un penitente le podría ayudar. Fijaos. —Le hizo un gesto a Citlali para que se acercara. Xaphan tomó el brazo del fallecido y señaló unas pequeñas marcas microscópicas a lo largo de su antebrazo: tuvo que concederles el turno a los dos interesados para que los vieran con claridad gracias a la lente que había usado para observar los detalles —. Son las únicas señales que he encontrado en los cuerpos. No les han extirpado los órganos, como sí hicieron con la criatura de Astaroth, ni hay incisiones de dagas de acero azul. Es como si los hubieran drenado hasta dejarlos secos —insistió con el ceño fruncido —. Nunca he visto nada parecido. Ni siquiera se me ocurre cómo podrían haberlo hecho. No hay rastro de magia. Todo esto ha debido realizarse en laboratorios o clínicas llevadas por humanos.

»Me estoy temiendo que no voy a poder averiguar nada estudiando los cuerpos —lamentó Xaphan, frotándose la cara con las manos—. Llevo aquí cuatro días ininterrumpidos. Les he abierto en canal, he mirado incluso debajo de las uñas, he buscado algún rastro de ADN

ajeno, y… Nada.

—No te preocupes. Siempre haces más por El Séptimo Círculo de lo que podríamos agradecerte —lo tranquilizó Valthessar—. ¿Qué conclusión sacas, aun así? ¿Qué te dice el instinto? ¿Para qué querrían la sangre de un seráfico?

—Para estudiarla desde un punto de vista genético, tal vez —meditó Xaphan. Se dejó caer en el asiento más cercano, exhausto—. Pero no se necesitan los casi seis litros que un adulto tiene en el cuerpo para realizar un buen estudio, y aunque la sangre es una excelente fuente de ADN, el material genético se puede extraer de otras maneras. Con saliva, con una muestra de tejido… Métodos mucho menos invasivos y que casan bastante más con los estrictos principios morales que rigen un laboratorio humano. No todo vale allí. Un buen especialista, como la doctora Vaccari, se habría extrañado al ver tanta sangre y habría exigido saber de dónde se ha obtenido y si se consiguió de forma legal. Por eso dudo de su implicación en el complejo que saltó por los aires.

—¿Quién es la doctora Vaccari? —preguntó Citlali, interesada por la manera en que Xaphan la había mencionado, como si fuera una eminencia veneradísima.

—La chica que le gusta —bromeó Valthessar con ternura. Le palmeó el hombro al débil y cansado Xaphan, que se limitó a sonreír, desinflado—. Hay que ver… Quién te ha visto y quién te ve. ¿Conseguiste sonsacarle más información sobre ella a Abraxas?

—No. Lo único que sabe es lo que nos contó a todos a raíz de su sesión de espionaje: que la doctora estaba trabajando en la investigación de los laboratorios que estallaron. No quiero involucrarla porque me huelo que es peligroso y sigue siendo una humana; va contra las reglas, además, pero es el hilo del que debemos tirar, *rex* —le dijo Xaphan, alzando la mirada hacia él con seriedad—. No tenemos nada más.

—No la he encontrado en el hospital. Fui a preguntar y me dijeron que se había marchado de viaje —le recordó. Viendo que Citlali no lograba incorporarse a la conversación, agregó—: La doctora Vaccari está implicada en el asunto de los laboratorios. El carácter secreto de nuestra organización nos impide involucrar a seres humanos en nuestras investigaciones, por eso no hemos recurrido a ella con anterioridad. Por eso y porque confiamos a ciegas en la habilidad de Xaphan para dar con el quid de la cuestión.

—La Magna no desea que me acerque demasiado a la doctora —suspiró Xaphan, cuidándose de trasladar cómo le hacía sentir la prohibición. Si en algún momento llegar a estar descontento con la diosa, Citlali sabía que no lo expresaría en voz alta. Quizá ni siquiera la soledad de su habitación. Por lo que había podido comprobar, era el

único penitente que de veras servía con devoción a La Magna.

—Pero lo haremos —decidió Valthessar—. Averiguaré donde vive y le prestaremos una visita. Y si es verdad que se ha ido de viaje, echaremos una ojeada a sus redes sociales para enterarnos de dónde diablos se ha metido. Confío en que La Magna nos perdonará la desobediencia. Si no me falla la intuición, la doctora Vaccari no es una simple humana, sino la pareja de Xaphan, y eso perdonará que hayamos incumplido las reglas de implicar a una mortal.

»Pero si no te sientes cómodo desoyendo las exigencias de la diosa —prosiguió, mirando al otro penitente—, siempre puedes quedarte aquí mientras nosotros llamamos a la puerta de su casa.

—Si me quieres allí, allí estaré —repuso él.

—Por supuesto que te quiero allí. Necesito tu sensibilidad especial para barrer el perímetro…

—¿Qué perímetro? —interrumpió una voz femenina, aún ronca y soñolienta por el sueño.

Citlali siguió la mirada de Valthessar para toparse con el rostro despejado de su hermana.

Después de haberse marchado por la puerta grande el día anterior, incapaz de soportar más reproches, Mara había regresado para cumplir con sus obligaciones. Tiraba de una maleta con ruedas, señal de que había llegado para quedarse. Aunque se había peinado y maquillado con esmero, como si fuera a asistir a una gala, no había logrado disimular las profundas ojeras.

—No hace falta que os sigáis cortando en mi presencia —se quejó ella, soltando el equipaje a los pies del cadáver. Lo miró un instante con una mueca de repugnancia antes de concentrarse en el *rex*—. Le he prometido a mi hermana que voy a colaborar mientras mi ayuda sea necesaria.

—Xaphan te pondrá al día con respecto a sus avances —resumió Valthessar. Dejó la taza vacía en el fregadero y emprendió la marcha hacia el piso de arriba—. Bienvenida a bordo —le dijo con amabilidad. Luego pasó por delante de Citlali y le revolvió la melena —. Acuérdate de dejar libre la noche del jueves, y no te me vayas a lesionar antes en la guardia, ¿eh?

Ella le sonrió y sacudió la cabeza, prometiéndole estar visible para el concierto. El suyo solo fue uno de los tres pares de ojos que siguieron la subida de Valthessar por la escalera principal, que hizo tarareando por lo bajo la melodía de *Why'd You Only Call Me When You're High?*.

Citlali retuvo la mirada allí unos segundos, como si así pudiera escapar de la censura de su hermana y la pregunta hosca que no se hizo de rogar.

—¿Qué pasa la noche del jueves?

Capítulo XIII

—Vamos a ir a ver a los Arctic Monkeys en concierto —contestó Citlali con naturalidad.

No había nada de lo que avergonzarse. De hecho, pensaba que Mara debería alegrarse de que su hermana hubiera entrado a formar parte de El Séptimo Círculo y en apenas unos días hubiera congeniado lo suficiente con sus integrantes como para hacer un plan ocioso con ellos.

—¿A los Arctic Monkeys? ¿Ha sido idea tuya? Sé que siempre te han gustado, pero ¿desde cuándo le interesan a él? —rezongó Mara, dirigiéndose a la alacena para tomar una taza y servirse café. Tuvo que esquivar los cachivaches que Xaphan, aun siendo ordenado, había tenido que dejar por medio—. Dejas a un hombre y de pronto le salen aficiones nuevas por las orejas.

—Por lo que me contó, le ha gustado el grupo desde que surgió —señaló Citlali con tranquilidad.

—Y una mierda —espetó su hermana, pasmada y empezando a ruborizarse—. Eso es postureo, hombre. O lo habrá dicho para impresionarte, ya que está obsesionado contigo. —No consiguió disimular el rencor que le tenía por aquel hecho. Un hecho que Citlali no podía controlar, y que estaba segura de que no era tan grave—. No me ha hablado de los Arctic Monkeys en su vida, vaya.

—Escucha música sobre todo por la noche, cuando le visita el insomnio —intervino Xaphan con tiento, vigilando la reacción de Mara. Le ofreció una sonrisa que parecía disculparse por saber más del *rex* que ella, quien había sido su novia—. Es lógico que escapara a tu conocimiento, que tienes un horario de sueño normal y corriente. Los dos nos sentamos a veces en el salón a charlar con algún álbum de fondo, generalmente de los Arctic Monkeys.

—Eso no es posible —insistía Mara, cada vez más colorada—. Si le gustara, yo lo sabría. Estoy segura de que no me lo ha mencionado nunca, y encima tiene luego los santos cojones de decir que la ruptura es mi culpa, y que el hambre en el mundo es mi culpa, y que la castración química es mi culpa, cuando es él quien no mencionó un solo interés personal… —Se calló de golpe en cuanto comprendió que empezaba a incomodar a Xaphan, lo que ya tenía mérito. Se giró hacia Citlali—. ¿Tú te lo puedes creer?

—¿La discusión? No estuve presente hasta el final, así que no puedo tomar partido.

—Claro que puedes tomar partido. Tomarás partido por mí, que para eso eres mi hermana y has visto que anda coqueteando con otras, concretamente con el único familiar vivo de su ex, para tocar las narices —rugió ella, sujetando el asa de la taza con furia.

A Citlali le sorprendió que hubieran conservado aquella pieza de porcelana que sin duda pertenecía a Mara. Rezaba: *«I'm not a morning person… Nor an afternoon person»*.

—Mara, Valthe no sabía que eras mi hermana —repuso, empezando a impacientarse. Había dedicado gran parte de la noche anterior a apaciguar su neurosis, a escuchar con la mente abierta las quejas de Mara, incluso si no casaban con lo que ella conocía del *rex*, y después del encontronazo con Samael, que la había dejado sin energía para seguir fingiendo una calma que no sentía, no tenía ganas de seguir escuchando tonterías—. Y en cuanto lo ha sabido, me ha dejado claro que el flirteo se tiene que acabar, a pesar de que era totalmente inocente.

—¿Por qué lo defiendes? —se quejó Mara, mirándola pasmada.

—Porque no se merece que lo trates así, y porque tus quejas no tienen razón de ser. Puedo entender que sería un problema que empezara a salir con alguien cercano a ti, pero ya no es tu pareja. ¿Qué problema hay con que se vea con otra mujer?

—¿Cómo que qué problema…? —Mara pestañeó—. Madre mía, Rebecca, los años que has pasado en el Autem te han desconectado de la realidad humana de una forma increíble. ¿En serio tengo que hacerte un croquis para que captes por qué es de coña que mi ex se quiera liar con mi hermana?

—No es lo más divertido en lo que puedo pensar, vale, pero más descabellado es que tú lo dejaras por una mentira piadosa cuando literalmente estáis destinados y os adoráis, ¿no?

Citlali observó que Xaphan se envaraba y le lanzaba una mirada que gritaba a las claras «aborta misión de inmediato». Era consciente de que estaba tirándole de la lengua a su hermana, y que si no le habría convenido tentar su carácter explosivo cuando era una adolescente, ahora que se había convertido en una mujer temperamental, menos todavía.

También cayó en la cuenta de que estaba pagando con Mara su frustración personal. No era ningún misterio que empatizaba más con Valthessar porque, en su propia historia, Citlali ejercía el papel de rechazada.

—¿Una mentira piadosa? Estás de coña, ¿no?

—Entiendo que te doliera muchísimo. Pero si lo ves desde una perspectiva objetiva…

—¿Sabes cuántas veces has dicho «objetiva» u «objetividad» en las últimas veinticuatro horas? —la interrumpió, sondeándola con una mirada cargada de crispación—. Te recordaba un poco rarita, Rebecca, pero no sabía que no tuvieras corazón.

La acusación, entonada con retintín, colmó su paciencia.

—Yo también te recordaba más emocional de la cuenta, pero tanto papá y mamá como yo siempre pensamos que el tiempo y la madurez suavizarían tu carácter y comenzarías a ver más allá de tus intereses propios. Veo que nos equivocábamos.

Mara palideció al escucharla, y luego empezó a enrojecer a un ritmo alarmante.

—No me puedo creer que me acabes de decir eso —pronunció con voz de ultratumba.

Su mirada intencionada le exigía que retirara lo dicho o que se disculpara, pero Citlali no se calló.

—¿Por qué? ¿Tú puedes insultarme lo que quieras y yo no me puedo defender? Aquí todos tenemos sentimientos y estamos dolidos, Mara, pero no por eso vamos por la vida gritándole a quien no corresponde, por razones de lo más absurdas, y haciendo todo el ruido que podemos para que nos compadezcan, llegando incluso a intentar manipular a la gente para que nos dé la razón.

Mara entrecerró los ojos y empleó un tono frío y beligerante al responder.

—No sabía que en una ruptura hubiera una parte que tuviera la razón y otra que no. Creía que todo el mundo tenía derecho a sentir con plenitud las emociones que le hubiera provocado el problema.

—No, no sabes que en una ruptura nadie tiene la razón, porque piensas que él es un cabrón y que tú eres perfecta. Y no te lo digo porque me hayáis dado ambos vuestro punto de vista y yo me haya puesto de su parte. Te lo digo porque te he escuchado solo a ti y me ha chirriado cada palabra que has pronunciado.

—Chicas… —empezó Xaphan, que por primera vez en su vida estaba demostrando un leve nerviosismo—. Creo que deberíais dejar la conversación aquí antes de que derive en algo…

—¡¿Y tú qué coño sabes para ir por ahí sentando cátedra sobre relaciones románticas?! —bramó Mara—. ¡La última vez que te vi, seguías siendo virgen y no te interesaba nada más que los vampiros de tus libros de Stephanie Meyer y Claudia Gray! Seguro que te resulta muy fácil criticarme desde tu trono de hielo, pero luego la que sale a la calle y se expone al dolor soy yo. Así que la cagaré, claro que la cagaré, pero por lo menos cuando hable lo haré con conocimiento de causa, no basándome en argumentos manidos de la terapia asertiva tras los que me refugio como una puta cobarde.

Citlali apartó la mirada, no tan avergonzada por la verdad que

rezumaban sus palabras como entristecida al confirmar que su hermana la había querido a pesar de sus defectos y no porque encontrara adorables sus rarezas. No pensaba en Citlali como una persona única y especial, como su madre había tratado de convencerla durante años para apaciguar los arrebatos de inseguridad que sufría a raíz del trato que Mara le prodigaba fuera de casa; pensaba en Citlali como un bicho raro del que avergonzarse, cuya opinión no importaba en ningún caso.

La cocina se quedó en silencio después del último reproche. Mara seguía mirándola con cierto desafío, a la espera de que replicara. Seguía tomándose las discusiones como una pelea en el ring, un combate en el que uno debía alzarse con la victoria y el otro debía acabar tan perjudicado como para pasar por el hospital después. En eso no había cambiado.

Xaphan no se atrevía a moverse, quizá preocupado por si el movimiento avivaba otra ráfaga de rabia.

—Yo también voy al concierto —dijo en un momento dado, mirando a Mara con la esperanza de que eso la apaciguara—. Lo que pretendo decir es que no se trata de una cita a dos, sino de una quedada de amigos, por ponerlo de alguna manera. Si quieres unirte…

—Por supuesto que me voy a unir —espetó, vigilando a Citlali con una mirada perdonavidas—. No vas a follarte a Valthe mientras yo pueda impedirlo, Rebecca. Que lo sepas.

—Creo que harías bien en recordar que fuiste tú quien lo dejó —repuso con calma, aunque en el fondo estaba horrorizada por el monstruo en el que Mara se había convertido de pronto—, y que no te corresponde tomar decisiones por él ni quejarte ahora de que rehaga su vida.

—¡Que lo dejara no significa que no lo quiera! —rugió a un palmo de su cara.

Citlali alzó la barbilla en su dirección, anonadada por la rabia en carne viva que destilaban sus palabras. No reconoció a su hermana en la mujer que la fulminaba con la mirada, una mujer con los ojos inyectados en sangre, los puños crispados y a punto de perder el conocimiento por la tensión a la que la sometían los propios celos. No reconoció ni siquiera a la joven de la noche anterior, y entonces recordó todo lo que había leído sobre la figura de la *anandha* en los volúmenes que secuestraba de la biblioteca del templo, los efectos que la separación voluntaria podía causar en ambas partes, en concreto en la que hubiera tomado la decisión de irse.

Cabía esperar que el que saliera más perjudicado de la ruptura fuera el que se quedó con el corazón en la mano, no el que emprendió la marcha, pero no era así como lo disponía la institución. La Magna decidió en su día castigar al que desafiara el amor inmortal que se

profesarían ambas partes con una serie de síntomas atroces: comenzaba con el dolor físico, con la bajada de las defensas y la tendencia a pillar virus o infecciones, con un frío en los huesos que provocaba tiritonas. Seguía con unos celos capaces de deformar el carácter de la víctima, de volverse contra los suyos.

Citlali recordaba haberse quedado helada al leer el último estadio del duelo, que indicaba que el penitente o la *anandha* podría llegar a hacerse daño a sí mismo para soportar el dolor.

—Espero que no te acerques a él —prosiguió entre dientes—, porque solo vas a sufrir, Rebecca. No podrá quererte como me quiere a mí. Yo soy la mujer que le destinaron. Tú no podrías significar ni en mil años lo que yo soy para él.

—La Magna ha decidido dejar de dedicar sus energías a la institución de la *anandha* y, de hecho, le ha retirado su apoyo a los romances impuestos —replicó Citlali—. Y yo, si te soy sincera, estoy de acuerdo con Ella y con las razones que ha aportado para justificar su cambio de parecer. Creo que ser la *anandha* de un hombre no es indicativo de nada. Y a juzgar por todo lo que me contaste ayer, tú eres la primera que asegura que la voluntad de la mujer es más poderosa que la intervención del destino.

Citlali solo estaba desahogándose con respecto a un asunto que llevaba trastocándole la mente desde que bajó a La Tierra, confesando, a su manera tímida, que elegía creer que, como *anandha,* podía tener la última palabra. Pero Mara lo interpretó como que desoiría sus órdenes y buscaría los brazos de Valthessar; solo eso pudo justificar su reacción.

Aunque ya había comprendido que no le convenía provocarla, no la vio venir. Mara emitió un gruñido que no parecía humano y tampoco animal, y se arrojó sobre Citlali. La derribó al suelo y, furiosa, empezó a abofetearla con una energía sobrehumana que ni siquiera un subidón de adrenalina podría haberle conferido. Citlali se defendió como pudo, demasiado pasmada para reaccionar y consciente de que, si se defendía, estaría haciéndolo a costa de herir a su hermana.

Tuvo que ser Xaphan quien las separara con una facilidad sorprendente viniendo de un penitente cuya naturaleza sobrenatural pasaría desapercibida fácilmente.

Citlali abrió la boca para hablar, pero las palabras se le quedaron atascadas al ver a Mara con los ojos rojos. Ya no inyectados en sangre, sino cubiertos por una fina lámina escarlata que denotaba que una fuerza superior a ella acababa de poseerla.

Paralizada en el sitio, observó sus siguientes movimientos: apresada por los brazos de Xaphan como si fueran una camisa de fuerza, Mara fue pestañeando hasta que sus ojos volvieron a su tonalidad natural. El rubor de su rostro fue desapareciendo y se quedó pálida como una

muerta.

Citlali reconoció el exacto momento en el que regresó en sí misma y fue consciente de lo que acababa de suceder. Se le torció el gesto como resultado de un sollozo, y acto seguido rompió a llorar desconsolada.

—¿Qué me pasa? —hipaba, dejándose sostener por Xaphan. Las fuerzas la habían abandonado—. ¿Qué…? ¿Por qué…? ¿Por qué soy así ahora?

—No pasa nada, Mara —susurró él, soltándola muy despacio para acariciarle el pelo—. Estamos contigo.

Citlali se incorporó con el cuerpo resentido por el duro impacto y fue a abrazar a la temblorosa Mara, que enseguida le devolvió el gesto con desesperación. Fue un abrazo con el que le pedía disculpas y proclamaba su vulnerabilidad, la necesidad de que alguien la protegiera.

—No sé por qué he dicho todo eso, yo te juro que… Sabes que puedo ser cruel, pero eso que… Rebecca —balbuceaba entrecortada. Se aferró a la camiseta que Citlali llevaba, reacia a dejarla ir—. Lo siento muchísimo. Tú sabes que te quiero, ¿verdad? Y que nada podría hacer que yo te dijera esas cosas, y que… que todavía no me puedo creer que estés aquí, y…

—Lo sé, cariño —susurró Citlali, estrechándola—. Solo estás pasándolo mal.

—Si en realidad tienes razón. Tienes razón tú. Tú ganas.

—Esto no va de ganar o de perder. Nada en esta vida va de ganar o de perder, Mara.

—No sé qué hacer —sollozaba con desesperación. A Citlali se le encogió el corazón y se enrabietó por no poder ayudarla. Nadie podía echarle una mano cuando su mayor enemiga era ella misma—. Me duele todo. Me duele la cabeza, y los huesos, y el pecho, como si alguien me estuviera pisando con todo el peso de su cuerpo, y me duele… me duele respirar, y caminar. Siento que estoy enferma, y ahora me paso el día furiosa y sin control sobre mí misma. Pero no quiero volver —susurró, pegando los labios al cuello de su hermana—. No quiero volver aquí. Aquí tampoco soy feliz. ¿Es que no seré feliz nunca? ¿No puedo serlo?

Citlali compartió una mirada triste con Xaphan, de pie a la espalda de Mara. Observó que él le ponía una mano en el hombro y se lo frotaba con suavidad.

—Mara… —la llamó con dulzura—. Has sufrido una serie de pérdidas muy traumáticas en un período de tiempo muy breve y eres especialista tapando el sufrimiento bajo capas de humor negro. El asunto de Valthe no ayuda nada, porque por más que desees negarlo, todo lo que envuelve a la *anandha* es una cuestión de magia, y con la

magia no se debe jugar. En definitiva, es normal que todo el sufrimiento salga a relucir ahora y que la desesperanza te haga ver el futuro con pesimismo. Eres un ser humano excepcionalmente fuerte, pero un ser humano, a fin de cuentas. No te exijas superar los problemas como nosotros, y recuerda que nosotros no tenemos pérdidas como las tuyas a nuestras espaldas.

—Precisamente… —sollozó Mara, separándose lo justo para mirar a Citlali con los ojos inundados. Empezaba a hincharse como resultado del llanto, y no parecía que fuera a parar en un buen rato, pero se secó las mejillas con las manos—. Precisamente venía a sugerirte… No te lo dije ayer, pero tengo las llaves de casa. Los chicos la arreglaron… Nuestra casa, quiero decir. Tu cuarto está intacto. A lo mejor querías ir a verlo, a lo mejor… podíamos ir juntas.

Citlali se mordió el labio inferior, avergonzada de antemano por la respuesta que iba a darle. Le retiró un mechón rubio y húmedo de la cara y se preparó para decirle que no le hacía la menor ilusión, pero viendo que estaba fuera de sí, no pudo negárselo y acabó curvando los labios en una sonrisa comprometida.

—De acuerdo. Iremos en cuanto hayamos resuelto el asunto del paradero de la doctora Vaccari, ¿te parece bien?

Observó que a Mara no le hacía gracia esperar, que la juzgaba por anteponer la misión al reencuentro con una familia de la que ya solo quedaban ellas dos —y ni siquiera eran las mismas—, pero no hizo ningún comentario, sabiendo que había cubierto el cupo de insultos y reproches por el día presente.

Se limitó a asentir con la cabeza y, disculpándose con un murmullo, se encaminó al baño de la planta baja para lavarse la cara.

Citlali se quedó a solas con Xaphan, que también parecía afectado por lo sucedido. Podrían haber permanecido allí en silencio durante horas, incluso días, pero justo entonces Samael y Valthessar bajaron las escaleras. Fue el *rex* quien, ya vestido y terminando de ajustarse las esclavas de las muñecas, preguntó:

—¿Me he perdido algo?

Capítulo XIV

—¿En serio no ves el problema en que pases tiempo a solas con ella? Me niego. Es que me niego en rotundo a que vayáis los dos a la casa de la doctora Vaccari. ¿No has visto a la neuróloga, acaso? ¿No has visto los ojos golosos con los que miraba a Abraxas? Es una viciosa. Lo sé —insistía con seguridad—. Seguro que Citlali y tú os encontráis una cama de cuatro postes con sábanas de satén rojo y todo tipo de juguetes sexuales esparcidos por la alfombra, y yo aquí, pensando en que la mera visión os habrá seducido y habréis respondido a la llamada ancestral arrojándoos sobre el colchón, desnudos y…

Valthessar no pudo aguantarlo más y soltó una potente carcajada que corearon los demás. Xaphan era el único que había palidecido y agachado la cabeza hacia las páginas del cuaderno donde estaba anotando sus impresiones sobre los cadáveres, seguramente avergonzado por el comentario sobre las intimidades de la doctora.

—Sabía que se te desarrollaban los sentidos cuando encontrabas a tu *anandha*, pero no que se te disparaba la imaginación —se reía Valthessar, encantado.

La imaginación no, pensó Samael, pero el instinto asesino, el sexto sentido que advertía de peligros y el deseo sexual desde luego que sí. Si había podido proporcionar un relato detallado de lo que podría pasar si Citlali y el *rex* se veían a solas, era porque las fantasías no dejaban de bombardear su mente.

—Yo no le veo la gracia —repuso con cara agria.

—Vamos a ver, Samael… —Suspiró, incorporándose del sillón. Lo miró con solemnidad—. No voy a intentar nada con Citlali, ¿de acuerdo? Y es impensable que ella lo intente conmigo si de verdad es tu mujer.

Él se envaró.

—¿Qué quieres decir con eso de «si de verdad es mi mujer»? No va a ser mi mujer de mentira. ¿O es que te crees que estoy tonto y no diferencio entre una tía de por ahí y mi mujer? Claro que es mi mujer. Mi mujer a secas. ¿Por qué lo dudas? —Se acercó con el corazón en un puño—. ¿Te ha dicho algo? ¿Te ha dicho algo MI MUJER?

Valthessar se quedó pasmado.

—Joder… Ayer estabas diciendo que era más fea que picio, que

debe tratarse de un error, y ahora te enfureces si insinúo sin querer que a lo mejor puedes estar equivocado.

—¿Por qué no le dices que es tu *anandha* y ya está? —inquirió Luvart, que se había estado manteniendo al margen por mero aburrimiento hacia el tema. Por una vez, Samael agradecía que alguien no estuviera pendiente de su desgracia—. Así, si por alguna casualidad no se ha dado cuenta, se empieza a aplicar el cuento.

—¿«Si por alguna casualidad no se ha dado cuenta»? —repitió Dagon, curioso—. ¿Qué casualidad podría justificar su ignorancia?

—Que fuera imbécil —resolvió Luvart—. Cosa que Citlali no es ni por asomo, lo que nos lleva a la conclusión obvia: que lo sabe y lo ignora porque Samael es el verdadero imbécil.

—Ya tardabas en meter cizaña —suspiró Valthessar—. ¿No puede un hombre disfrutar de un período de tranquilidad?

Samael apretó los puños. Justo cuando creía que había aprendido a sortear los ataques de Luvart, el príncipe de los ángeles salía por la tangente con una nueva acusación que le dejaba abochornado.

En este caso no fue vergüenza lo que sintió, sino un arrebato de rabia. Por una vez no estaba furioso porque hubiera inventado un bulo injusto, sino porque acababa de ponerle voz a la gran preocupación que llevaba días rondándolo.

—¿Cuál es tu jodido problema? —le espetó. Todos los presentes se sobresaltaron, desacostumbrados a que Samael le plantara cara—. ¿Por qué no puedes cerrar la puta boca de vez en cuando? ¿Por qué tienes que comportarte como un pobre infeliz a mi alrededor? ¿Qué cojones te he hecho?

Samael estuvo a punto de ruborizarse. Estaba fuera de sus casillas desde la aparición de Citlali, y la comezón respecto a su *anandha* había empezado a sacar a la luz otras cuestiones que le tenían en un sinvivir, como lo era su incomprensible enemistad con Luvart.

Samael devolvía sus comentarios desagradables por mera supervivencia, y porque a veces —las de menos— era divertido, pero en realidad no entendía por qué la tomaba con él y estaba francamente hastiado.

—Nada, hombre, nada —contestó Luvart al fin, descruzando las piernas y volviéndolas a cruzar para disimular su incomodidad. Encogió un hombro—. Es solo que eres el único lameculos de La Magna de la sala y eso siempre me ha tocado bastante las narices.

—¿El único lame…? —jadeó, ofendido—. La trato con el respeto que merece, querrás decir. Y Xaphan, Renyi y Abraxas también lo hacen.

—No es lo mismo. Tú eres su pequeño bebé. Es repugnante veros interactuar. —Torció el gesto—. No le busques los tres pies al gato, Samael. Odio a La Magna y todo aquel que la adore será digno de mi

desprecio… —Puso los ojos en blanco—. Y sí, sé que es infantil e irracional, y sí, sé que va siendo hora de madurar, pero para lo que me queda en el convento, me voy a resignar a odiar todo lo relacionado con Ella.

—¿Reyyan poniéndote en tu sitio? —se rio Dagon.

Luvart asintió con la cara de un condenado a muerte.

Samael apartó la mirada, desentendiéndose de la conversación. Si intervenía, acabaría acusándolo de ridículo o algo peor, y no necesitaba reforzarlo como su enemigo.

—¿Puedo ir con vosotros, o no? —le preguntó al *rex* en tono cansino.

—Samael, de todos los penitentes posibles, tú eres el último que debería participar en la misión. Junto con Renyi, eres el único al que aún le quema el sol, y vamos a salir a plena luz del día. En quince minutos, de hecho.

—Me da igual. Me pondré guantes y una gorra —se apresuró a decir—. Además, estaremos a cubierto. ¿O acaso Vaccari vive en un descampado sin sombrilla?

Valthessar suspiró y se puso en pie como si le doliera el cuerpo entero.

—Tú mismo. No me voy a pelear. Total; para una vez que alguien muestra una mínima iniciativa…

Luvart bizqueó.

—Ya tenía que soltarla.

Capítulo XV

Basándose en lo poco que Samael sabía de la doctora Vaccari, se había tomado la libertad de hacerse una vaga idea de cómo sería su apartamento. Nada más poner un pie en el recibidor de su edificio, comprendió que se había equivocado con rotundidad al asociar su frialdad y profesionalidad laboral con un bloque nuevo de pisos unifamiliares en una zona de crecimiento inmobiliario, la decoración minimalista de Ikea y el absoluto desprecio hacia sus vecinos.

Según habían podido averiguar gracias a su ficha de cirujana en el hospital de Na Františku, al que Samael pudo acceder con facilidad insinuándosele a la chica de recepción, residía en un luminoso aunque antiguo apartamento cercano al castillo de Praga. Y según había descubierto a posteriori, en cuanto se tropezaron con la señora de edad que vivía justo en el piso de enfrente, Irving era la clase de inquilina que gustosamente prestaba una pizca de sal, un paquete entero de pasta e incluso un poco de su valioso tiempo, que no le importaba dedicar a cuidar de los hijos de la familia que residía en el bajo.

—Con lo mal que me cae, y resulta que es un encanto —señaló Valthessar, mirando a un lado y a otro antes de forzar con sutileza la cerradura de la puerta—. Ya decía yo que Xaphan tenía que verle algo… Todo lo que esconde en sus pensamientos, sin ir muy lejos.

Las bisagras cedieron y el *rex* les hizo un gesto galante para que pasaran.

—Vaya, parece que le gusta la madera —comentó Samael por lo bajo, paseándose hacia el salón—. ¡Hostia! ¡Menudo sofá! ¿Es piel de verdad? ¡Es piel! Y el mobiliario parece de Ligne Roset… —Cuando se giró, se dio cuenta de que su arrebato había captado la atención de Valthessar y de Citlali, que se habían quedado atrás empezando a rebuscar en el buró del recibidor. Ambos lo miraban con una sonrisilla divertida—. ¿Qué? ¿No puede a un hombre interesarle la decoración? Nunca he tenido mi propio piso y me he obsesionado tanto con la privacidad que ahora fantaseo mirando el catálogo de Maisons Du Monde y viendo subastas de Sotheby's en línea.

Valthessar alzó las manos.

—Yo no he dicho nada, fiera.

—A mí me parece entrañable —reconoció Citlali, encogiendo un hombro. Antes de que Samael pudiera regocijarse en el comentario, siguió relatando la información que había recabado gracias a la vecina. Había confiado en la encantadora Citlali, que no tenía aspecto de luchador de artes mixtas ni de exconvicto, para explayarse sobre Vaccari—: Me ha comentado que no vive de alquiler, sino que tiene el piso en propiedad y unos cuantos más repartidos por la ciudad. Por lo visto, sus antepasados pertenecieron a la casta siciliana, y su padre adoptivo, que emigró a Estados Unidos, se hizo millonario no se sabe cómo. La señora no entiende por qué trabaja cuando puede vivir del cuento, o, mejor dicho, por qué trabaja *tanto*. —Citlali se adentró en la estancia cerrando la puerta tras ella—. No la oye volver a casa desde hace más o menos dos semanas.

—¿Le has preguntado si tenía pareja? —preguntó Samael, husmeando por el salón. Un puñado de revistas de National Geographic descansaban sobre la amplia mesilla; también un cenicero de cristal que ejercía de elemento decorativo gracias a su forma de escultura moderna, y una pila de libros de John Grisham—. Y si viene alguna asistenta regularmente. Porque si vienen a limpiar tanto si está ella como si no, no vamos a encontrar pistas, sangre o señales de forcejeo. Aunque en una novela de estas que, por lo visto, le gusta leer, la asistenta sería justo la asesina —meditó en voz alta, acariciando los lomos de los clásicos de Ágatha Christie que coleccionaba en la imponente biblioteca empotrada. Sacó uno solo para sonreír, lobuno, al comprobar que estaban llenos de polvo. Acababa de confirmar su teoría—. ¡Ja! ¡Esto no lo ha tocado en su vida! Es mero interiorismo.

—La señora Novotná ha dicho que no se le conoce novio —respondió Citlali a su espalda—, pero que no siempre duerme en casa y que algunas veces la ha oído llegar a las seis de la mañana para ducharse, ponerse la ropa del trabajo y marcharse al hospital.

—Yo creo que procura acostarse con quien corresponda en la casa de tipo, así se puede ir cuando le apetezca sin dramas lacrimógenos de «me has echado» o «no me has echado». ¿Cómo es que te ha contado todo eso, de todos modos?

—Le he dicho que estoy preocupada por mi compañera de trabajo porque no viene al hospital desde hace un par de semanas. —Se encogió de hombros. Sonrió con ternura mientras retiraba la faja que cubría un libro de tapa dura y mostraba el título de una novela: *Tender is the Storm*—. No es tan fría como me la habíais pintado. Le gusta leer a Johanna Lindsey. Y en inglés, así que tiene que ser verdad lo de la migración de su padre a Estados Unidos.

—Dejad de husmear entre los libros. Ahí no creo que encontréis nada. ¿Por qué no nos repartimos las habitaciones? Id vosotros al

despacho; yo husmearé en el dormitorio y la cocina.

A Samael le pareció de maravilla que Valthessar hubiera dividido así el trabajo. Le agradeció el favor con una mirada, a lo que él simplemente cabeceó —«a tu servicio», parecía querer decir— y desapareció de nuevo en la cocina, bajo la que había asomado la cabeza para reprenderlos por su curiosidad.

Samael le hizo un tímido gesto caballeroso a Citlali para que se adelantara hacia la oficina de Vaccari, y a continuación la siguió notando el pulso en la garganta.

Quedarse a solas con ella le producía la misma adrenalina que un combate cuerpo a cuerpo. Sobre todo cuando se había vestido a conciencia para que a los vecinos no les cupiera la menor duda de que podía ser amiga de la doctora Vaccari. La había oído soltar una mentira de proporciones épicas mientras subía las escaleras hacia el piso: se había presentado como la dermatóloga Alanna Fiala del hospital Na Františku, para lo que se había plantado una elegante blusa blanca, una americana azul marino y unos discretos stilettos. Los pantalones estilo príncipe de Gales se ajustaban a sus piernas nervudas como una segunda piel.

Tragó saliva y merodeó alrededor del escritorio, pensando en la mejor manera de sacar el tema. Las insinuaciones de Luvart no habían dejado de ametrallarle la cabeza desde que comenzó el día. No podía dejar que pasara un solo día sin plantear su duda.

—Oye… —Carraspeó y dejó el pisapapeles de cristal con forma de pirámide donde estaba para girarse hacia ella.

Citlali examinaba unas analíticas impresas con el apoyo de la luz de la ventana.

—¿Mm?

—Oí parte de la discusión que tuviste con Mara. Parecía que… Bueno, me dio la impresión de que estabas interesada en iniciar una relación del tipo que sea con Valthessar. ¿Estás…? Ya sabes. —Se rascó la nuca con incomodidad—. ¿Te gusta, o algo?

Ella lo miró por encima del hombro. Los rayos de sol se filtraron a través de sus pestañas oscuras. Samael había tenido que ponerse la gorra y las gafas pertinentes, un cuello vuelto, una manga larga y uno de los pocos vaqueros que no presentaban desgarros.

—¿Ahora me lo preguntas? Llevas días dándolo por hecho. —Suspiró, quizá cansada del tema, quizá decidida a acabar cuanto antes con la agonía de Samael—. No, no me interesa. Es atractivo y me gusta estar con él porque tenemos muchas cosas en común. Es el único con el que se puede hablar largo y tendido de la misión…, pero nada más.

Se alegró de que le hubiera dado la respuesta larga.

—¿Y otro? ¿Te interesa algún otro? —Citlali se giró, extrañada por

la pregunta. El objetivo era encaminar la conversación de manera que Samuel pudiera confesar quién era él, quién era ella y por qué debían estar juntos, pero la cobardía le instó a justificarse, dando un paso atrás—. Lo digo por la conversación que mantuvimos. Ya sabes, esa sobre la satisfacción sexual. Cualquiera habría llegado a la conclusión de que es la mentira que te cuentas para poder acercarte algún penitente en concreto.

Citlali dejó la carpeta de los informes médicos de Vaccari sobre el escritorio y lo enfrentó con gesto exasperado. Supo que estaba apunto de quejarse, de espetarle que no la escuchaba, que había entendido lo que le había dado la gana, pero al final procuró modular su tono al devolverle la pregunta.

—¿A qué se debe el interrogatorio, Samael?

Él se estremeció al oír su nombre. Tuvo que frotarse los brazos para relajar la piel de gallina.

Todo en ella le llamaba. Era una sirena irresistible.

—Lo pregunto porque tú… Escucha, es que… No sé si te habrás percatado, pero… Estoy muy pendiente de ti.

—Sí, me he dado cuenta —respondió sin mover una sola pestaña—. ¿Y?

—Pues que… hay una razón por la que yo… —Tragó saliva—. Hay una razón por la que me angustia que tú no reacciones a mis acercamientos.

—Ah, que estabas tratando de acercarte de mí.

Samael arrugó el ceño.

—Pues claro. ¿No es evidente? No voy por ahí hablando del horóscopo con cualquiera, ni le he contado a todo el mundo por qué La Magna me dio la oportunidad de servir como su guerrero, ni… ni me abalanzo sobre todas las mujeres que me encuentro.

—Supongo que no, que no te abalanzas sobre todas las mujeres feas que te encuentras —dijo por lo bajini, agachándose para rebuscar en los cajones del flamante escritorio de madera oscura—. Qué afortunada soy.

Samael pestañeó repetidas veces. No entendía su actitud. ¿Tanto le molestaba que abordara cuestiones íntimas? Ya no se molestaba en forzar amabilidad alguna, como en los momentos en los que él la había ofendido; se la veía exasperada, a punto de poner los ojos en blanco.

—¿Qué has murmurado?

—¿A dónde quieres llegar? —contraatacó sin mirarlo, sacando otra pila de papeles.

—Quiero llegar a que tú y yo… tú y yo deberíamos dejar esta… —Hizo un aspaviento rápido—. Ya sabes, esta extraña relación que tenemos e ir más allá porque…

Citlali cerró el cajón de un golpe y se incorporó para lanzarle una mirada insondable.

—Porque eres mi penitente y yo soy tu *anandha*, ¿no? —completó, inexpresiva—. Eso es lo que quieres decirme, ¿verdad? Lo siento si ha sonado brusco —continuó, como si supiera que Samael necesitaba tiempo para organizar sus ideas y reaccionar—, pero estoy conforme con tu decisión de poner las cartas sobre la mesa. Así nos ahorramos tonterías que puedan interferir en la consecución de nuestros objetivos magnos.

Samael se quedó pasmado al escucharla. No solo porque hubiera regresado la fanática religiosa —«¿"La consecución de nuestros objetivos magnos"? ¿En serio?»—, sino porque le vino a la cabeza el comentario malintencionado de Luvart y comprendió que, en efecto, Citlali había estado evitándolo porque se avergonzaba de él… Tal y como él mismo se había temido antes de que el príncipe de los ángeles lo mencionara.

Aun así, no pudo evitar preguntar:

—¿Por qué no me lo has dicho antes? ¿Por qué no has dado a entender que te habías dado cuenta, que yo…?

Citlali ladeó la cabeza con genuina curiosidad, sin comprender cómo tenía el valor de hacer esa pregunta.

—Por el mismo motivo por el que no lo comentaste tú. —Hizo una pausa, y no para tomar aliento, por lo que la frase salió de sus labios en voz baja, sin fuerza—. Porque te avergüenzas de mí.

Aquellas cinco palabras provocaron un eco hostil entre las paredes del despacho.

—¿Cómo? Eso no es… —empezó a balbucear.

Ella lo interrumpió alzando la mano.

—Por favor, Samael, no me tomes por tonta —repuso con determinación—. Sé que no te atraigo, que no te gusto, que no me comprendes, que no me respetas y que ni mucho menos me aprecias, así que, al igual que tú, he procurado ignorar lo evidente a la espera de que se tratara de un error. Es obvio que tú mereces alguien a tu medida, y que yo debería ir a parar, como mínimo, con un hombre que no huya en el sentido contrario en cuanto me conozca.

—¡No he corrido en el sentido contrario! ¡Estoy aquí!

Citlali esbozó una sonrisa entristecida.

—Te quedaste horrorizado al verme, Samael.

—¿Horrorizado al verte? —repitió, anonadado—. ¡Si apenas puedo despegar mis ojos de…!

—Sí, horrorizado al verme —le cortó de pronto. Samael no supo cómo actuar al reconocer la intensa emoción que Citlali trataba de reprimir para no pecar de sensiblera. Luchaba contra el dolor, porque era dolor y no bochorno, para mantener la conversación en terreno

neutro. Sintió que por primera vez la veía tal cual era en realidad: como una mujer susceptible al rechazo—. Estaba allí cuando dejaste caer tu cómic, emocionado porque oliste a tu *anandha* en el tranvía, y también cuando sacudiste la cabeza nada más hacer contacto visual, prácticamente rogando en voz alta para que se tratara de una broma macabra. Estaba allí cuando *renegabas* de mí —recalcó la palabra como si fuera menester que la entendiera en toda su definición—, dabas media vuelta y saludabas a una turista francesa. Estaba allí cuando te fastidió que entrara en tu casa, porque eso significaba que no había sido una pesadilla y que nuestros destinos están de verdad entrelazados. Estaba allí cuando dijiste que, ya que iba a ser la mujer a la que te follarías el resto de tu vida, no exigías demasiado cuando pedías que al menos estuviera buena. O a lo mejor te he parafraseado mal, pero tendrás que disculparme, porque has dicho que no estoy a la altura tantas veces y de maneras tan originales que no sabría repetir la oración exacta.

Samael pensó que la vergüenza lo mataría allí mismo si el soberano asombro no lo hacía antes. Habría jurado que Citlali no había reparado en su existencia siquiera, que lo trataba con fría cortesía o solo amabilidad porque era como su carácter complaciente le exigía que se dirigiera a los penitentes, incluso a los que le parecían imbéciles. Ni se le habría pasado por la cabeza que en el fondo estaría fingiendo indiferencia para camuflar el dolor del rechazo, que intentaría demostrarse a sí misma que estaba muy por encima de la decepción o la tristeza anteponiendo el bienestar general del grupo por el futuro de la misión.

Samael no supo si admirarla por su esfuerzo, si odiarla por haberle hecho pensar que no le importaba, o si compadecerla. Sabía lo mucho que le afectaba que su *anandha* lo ignorara, porque lo había vivido en sus propias carnes, pero si Citlali hubiera reaccionado como lo hizo él, le habría partido el corazón.

—Es verdad que he sido muy desagradable —se disculpó, abochornado—, pero eso era al principio, y por razones que… Bueno, las razones no importan ya. Es innegable que ahora te deseo, y que quiero que tú y yo estemos…

Citlali lo interrumpió con una carcajada desganada.

—Ya, quieres que tú y yo estemos juntos porque ya has aceptado que es lo que toca. Te has resignado porque no te queda otro remedio.

—¿Qué? No es… —Pero no pudo terminar la frase, porque tenía la sospecha de que podría estar en lo cierto.

—Oye, a mí me habría encantado vivir esto, ¿sabes? —reconoció con timidez, retirándose un mechón de la cara. Samael sintió una presión a la altura del pecho al ver que le temblaban los labios al sonreír—. Lo único bueno o interesante de mi vida humana era leer

sobre amores predestinados, hombres magníficos que se desvivían por su pareja. No he olvidado lo que eso me hacía sentir, quizá porque ya entonces estaba destinada a ti y mi corazón me estaba preparando para lo que me esperaba… —Agachó la mirada con el labio inferior atrapado entre los dientes—. No lo sé, supongo que no importa. Solo sé que cuando te vi entrar en el tranvía, el corazón me dio un vuelco. Te vi tan… Yo me sentí tan… Tú eras tan… —Sacudió la cabeza.

—¿Tan? —insistió él, desesperado por un halago que cambiara el curso de la conversación. «Dime algo bonito», le rogó con la mirada. «Aunque sea una tontería, y te juro que lo arreglaré; le daré un giro al tono de esta… despedida».

—Yo no renegué de ti —contestó con llaneza, encogiendo un hombro. Bastaba como explicación—. No te he rechazado cuando has querido besarme, ni cuando has querido acercarte, a pesar de que mi orgullo me exigía que te girara la cara. —Apartó la mirada hacia el ventanal—. Cuando apareciste, sentí que eras un milagro, ¿entiendes? Mi milagro. A nadie le habría gustado más que a mí que me correspondieras, y que conforme te fuera conociendo mi opinión sobre ti fuera mejorando, y que fueras esa persona a la que podría confiarle mis secretos, mis inquietudes, todas esas aspiraciones de… fundamentalista religiosa por la que siempre he sido una friki. —Su sonrisa desinflada lo desarmó—. Pensé que se iba a acabar mi soledad, pero es obvio que esto de las *anandhas* ya no es lo que era. Solo tienes que ver a mi hermana.

«Mi milagro», repitió para sus adentros.

Samael pensó que podría romper a llorar al verla tan frágil y al mismo tiempo valerosa, porque a diferencia de él, a quien se le amontonaban las excusas y las disculpas, no tuvo miedo a admitir su debilidad. Deseó con todas sus fuerzas viajar a ese primer día y hacer las cosas de otra manera; dedicarle una enorme sonrisa al encontrarla y sentarse a su lado, o incluso besarla sin más dilación, sellando así su destino. Pero no podía, y ahora Citlali lo miraba como si fuera la mayor decepción de su vida.

—Me siento atraído por ti —se apresuró a asegurarle, adelantándose un paso para cogerla de las manos. Ella las dejó muertas entre las suyas—. Te lo juro. Pienso en besarte a todas horas, y en abrazarte, y en estar a tu lado, y… No lo entiendo, y claro que me enfada, y claro que reniego de ello, porque no estoy acostumbrado a depender de que estés en la misma habitación para sentirme entero, porque hasta ahora mi sentimiento más profundo había sido el aburrimiento, pero…

—Eso que describes lo ha provocado la química. La magia entre nosotros. Pero en realidad, Samael, si la diosa no hubiera intervenido, nunca me habrías mirado dos veces —simplificó con los brazos

extendidos—. Por eso no me interesa lo que me puedes ofrecer. Yo no quiero sexo desenfrenado, ni quedarme contigo porque es lo que toca. No es así como yo quería que fuera mi primer amor, y ni mucho menos el que se suponía que iba a ser el último. Quiero que me adoren y que me aprecien por lo que soy, aunque sea un bicho raro que juzga desde su trono de cristal… —El nudo en la garganta la interrumpió. Cuando retomó la palabra, lo hizo con una nueva determinación—. Esta segunda oportunidad que la diosa me ha dado para vivir de nuevo es demasiado valiosa. No he resucitado para que me hagan de menos, ¿entiendes?

—Bueno, si a esas vamos, tú también me estás haciendo de menos a mí —se quejó él, en vista de que no encontraría defensa posible—. Has dicho que te has mantenido callada por la misma razón que yo: porque te avergonzabas del penitente que te había tocado.

Citlali levantó las cejas, sorprendida.

—No me has comprendido. No guardé silencio porque me avergonzara de ti, sino porque *tú* te avergonzabas de *mí* —recalcó, señalándolo con el dedo—. Me plegué a tus deseos. Y aunque me hubiera callado sin razón, ¿podrías juzgarme? Una chica tiene su orgullo. ¿Cómo iba a acercarme a ti, tocarte el hombro y decirte «hola, aquí estoy», cuando tú lo sabías perfectamente y preferías darme la espalda? Yo no maldigo al cielo porque La Magna te escogiera para mí. Ni siquiera porque seas… soberbio, impulsivo y superficial —recitó con una sonrisa desinflada—. Y tampoco puedo odiarte porque no me quieras. No tienes la culpa de que yo no te guste. Cada uno tiene sus preferencias, supongo.

—Y seguro que yo tampoco encajo en tu canon —agregó él, sin saber muy bien qué esperaba que ella le respondiera. Quizá que asintiera, aunque con ello arrasara el escaso orgullo que aún le quedaba; aunque le partiera el alma. Sería lo mínimo que merecía por haberla hecho sentir así.

Pero Citlali le sostuvo la mirada con una mezcla de tristeza resignada y vergüenza. Vergüenza porque no podía negar que reaccionara a su cercanía, como indicó el rubor traicionero que se extendió por sus mejillas. Samael suspendió la respiración sin darse cuenta.

—No encajo, ¿verdad? No soy tu tipo.

Ella fue a apartar la mirada, pero él la tomó de la barbilla antes para obligarla a mirarlo a los ojos, esperando que en estos viera la verdad: que estaba desesperado por darle un giro a la conversación, y que se aferraría a aquella emoción que hacía vibrar su cuerpo para mantener la esperanza.

—Samael… —le dijo en tono de advertencia, poniéndole las manos en los antebrazos para que se apartara. Él habría hincado los talones

en la tierra si hubiera sido posible.

Acunó su rostro entre las manos y se inclinó sobre ella hasta que sus labios se rozaron. Pensó en decirle que lo sentía, pero una disculpa no abarcaría todo lo que había provocado la discusión, ni le pondría palabras a la ilusión que había renacido dentro de él al ver que era incapaz de mirarlo a la cara y decirle que era inmune a su presencia.

—No. —Citlali giró la cara—. Ni se te ocurra besarme —le amenazó con voz temblorosa.

—Ya sé que no me lo merezco, pero… Vamos, joder, puedo seguir siendo tu milagro.

—Los milagros solo ocurren una vez.

—También se supone que solo se tiene una vida, y míranos. Aquí todo es posible —insistió, esperanzado—. Seguro que puedo compensarte.

Citlali lo miró a los ojos, y aunque lo hizo con severidad, él se sintió como si hubiera dado un paso hacia el sol.

—Si existe compensación, no se dará bajo tus términos.

Se apartó de él, dejándolo destrozado con su rechazo. Torció el gesto, herido, avergonzado y, sobre todo, asustado. La situación se le presentaba como un problema sin arreglo. Citlali se estaba despidiendo de él antes incluso de darle la bienvenida a su vida, y lo peor de todo no era que quisiera quitárselo de encima, sino que él se la había querido quitar de encima a ella, y por eso le estaba haciendo el favor.

Abrió la boca para pedirle disculpas, pero Citlali decidió que la conversación había terminado y salió del despacho.

—No hemos encontrado nada sospechoso —oyó que decía desde el salón—. Tampoco signos de forcejeo.

—En su dormitorio ni siquiera falta ropa interior. A no ser que tenga más de diez sujetadores y más de veinticinco bragas, lo cual dudo incluso viniendo de una mujer tan coqueta —respondió el *rex*—. No es nada apropiado decirle esto a una señorita, pero, joder, Samael tenía razón. A la mujer le encantan los conjuntos. Me siento un asqueroso después de haber revuelto su lencería.

—¿Has mirado en el armario también? A lo mejor falta un abrigo o hay perchas vacías.

—Nada de nada. Vaccari no se ha ido de viaje, estoy seguro. Hay una lavadora sin tender en la cocina, un par de tazas sin fregar y en el calendario de la nevera tenía subrayados un par de días de esta semana: el martes tenía una cirugía muy delicada en el hospital donde trabaja de jefa de planta y ayer iba a ir al dentista para una revisión. ¿Quién se va de viaje la semana que tiene asuntos que atender?

—Habrá sido un viaje forzoso —intervino Samael, que no se atrevió a salir del despacho del todo. Apoyó el hombro en el marco de la

puerta y los miró desde allí: los dos morenos, los dos con los ojos azules, ella tan pálida y él tan moreno. Hacían buena pareja, pensó a su pesar—. ¿Creéis que la han secuestrado?

—Aquí no, eso seguro —contestó Valthessar, incapaz de sostenerle la mirada. Samael supo que se debía a que había escuchado la conversación. Estaba tan abochornado por las crudas pero justas palabras que Citlali le había dirigido como él mismo—. No he visto señales de violencia en ninguna parte. Podríamos llevarnos su ordenador a casa y revisar sus últimas búsquedas en Google. Si se ha ido de viaje, habrá mirado destinos. También podremos acceder a su cuenta bancaria, si es que guarda la contraseña en la memoria del explorador. Si utiliza la nube y tiene conectados todos los dispositivos, tal vez Xaphan pueda acceder a su teléfono móvil y que este le dé una ubicación exacta.

Samael asintió con aire ausente. No se atrevía a mirar a Citlali.

—Suena bien.

Valthessar se frotó la frente. Dejó caer la mano sobre el regazo y echó una última ojeada al salón con el ceño fruncido.

—Joder… Espero que no la hayan matado para que mantuviera la boca cerrada.

—Yo también —musitó Citlali, repasando también la sala de estar—. Parece que es nuestra última esperanza para averiguar qué pasa con los laboratorios y las víctimas.

—Ni que lo digas. Y lo que es peor… —Valthessar adoptó una expresión sombría—. De aquí a que le guste otra mujer a Xaphan, podrían pasar doce mil años. Si se la han cargado, el chaval se nos muere virgen.

Capítulo XVI

Samael sabía que tenía que hacer algo para arreglarlo. Ya no podía desdecirse, no podía negar que la hubiera tenido en muy baja consideración, porque Citlali no era estúpida y dudaba que una mentira piadosa surtiera efecto. Dedicó toda la noche, incluidas las horas de la guardia, a devanarse los sesos preguntándose con qué gesto romántico podría ganarse su aceptación, porque era obvio que deseaba romanticismo. Ella misma lo había confesado: siempre soñó con un hombre que la amara devotamente. Samael aún no estaba en ese estadio, pero contaba con llegar y con que Citlali lo acompañara.

Tal vez estuviera pecando de confianzudo, pero todavía nadie había muerto por tener esperanza.

Para abrir la veda de la seducción, había optado por el clásico detalle: un ramo de flores. Y había tenido que salir antes que el sol para esperar bajo la marquesina, cubierto con un pasamontañas y una gorra, igual que un delincuente, para que el sol no le quemara la piel. Dagon se había ofrecido a acompañarlo, y Samael no se había visto en condiciones de rechazar su ayuda.

—Me choca tanto verte aceptar que necesitas un empujoncito… —le había comentado Dagon, retirándose de la cristalera de la floristería para que la encargada, una mujer entrada en años con una afable sonrisa, pudiera empezar a sacar los parterres y flores de exposición a la calle—. Nunca pensé que admitirías tus debilidades.

—No estoy admitiendo ninguna debilidad —había refunfuñando Samael—. Solo me rindo ante la evidencia de que no tengo ni idea de flores.

—Y recurres al maestro en busca de consejo, ¿no? —Dagon unió las manos en un rezo y se inclinó con elegancia—. Tranquilo, joven padawan. Déjalo en mis manos.

Eso había hecho. Samael llevaba conviviendo con el sentimiento de culpa y el bochorno desde que Citlali llegó a su vida. Pasearse por las muestras florales con Dagon pegado al hombro, como si fueran una pareja homosexual, no marcaría ninguna diferencia con respecto a su incomodidad inicial.

Muy pronto tuvo que dejar de preguntarse qué pensarían quienes los vieran desde fuera y aceptar a desgana que Dagon era un entendido en la materia.

—Las rosas blancas suelen regalarse para pedir disculpas —le había

explicado—. O para el Día de la Madre, o para celebrar algún tipo de logro alcanzado. Las rosas en sí son un clásico, pero yo no le regalaría una flor blanca a una mujer que quiero que me adore.

—¿Rojas, entonces?

—¡No, por la diosa! Eso sería una declaración de intenciones, y aún no estáis en ese punto. Las rosas rojas son para las mujeres que ya están enamoradas o a punto de caer en tus garras, si me permites la desagradable expresión, no para las que por ahora te tienen tirria.

—¿Y amarillas? No, amarillo no. No es un color que vaya con su piel —había meditado Samael. Al ver que Dagon lo miraba con una ceja enarcada, carraspeó para corregirse—. Quiero decir que no parece que le guste el amarillo. Nunca la he visto con una prenda de ese color.

—Entonces descartamos los tulipanes amarillos, aunque creo que podrías decantarte por estos otros. Es una flor que irradia alegría y dulzura, ¿no te parece? —Dagon se había agachado para acariciar los pétalos fucsias—. Y creo que van que ni pintados con el carácter de Citlali: puro buen rollo y frescura.

Samael torció el gesto ante la descripción de la muchacha.

—No estoy de acuerdo —había murmurado, pensativo.

Se detuvo con los brazos cruzados ante el precioso *bouquet* de tulipanes. Invocó la imagen de Citlali, esa Citlali que observaba por su telescopio en silencio y seguramente con el corazón encogido porque solo la belleza del mundo le infundía valor, la mujer romántica en secreto y al mismo tiempo lo bastante realista para saber cuándo no estaba en posición de exigir, cuándo era sabio retirarse de la partida. A la Citlali segura de sus dones que lo enfrentó en el gimnasio; la que controlaba sus emociones como un experto psicoanalista, pero no podía evitar vibrar con un beso. La Citlali concienzuda con sus responsabilidades, que era la misma Citlali que prefería no sacrificar sus ilusiones amorosas por la misión y que ponía en su lugar a su hermana y a quien se lo mereciera cuando tocaba.

No podía sacarse de la cabeza que el día anterior había tratado a la verdadera Citlali, la que en el fondo estaba triste porque sus sueños no se hubieran cumplido; la que temía no ser feliz.

—Los tulipanes parecen flores que nunca se llegaron a abrir, flores aburridas y simplonas para personas sin carácter. Citlali es mucho más compleja de lo que este ramo sugiere, y yo no le asociaría un color pastel como este. —Señaló las muestras con la barbilla—. Quiero decir que el color pastel se asocia con la ternura y la fragilidad, y con la feminidad, ¿no? Y Citlali es todas esas cosas. Es tierna y frágil y también femenina, pero también es fuerte como un roble y decidida, y a veces enigmática. Y mira… —había añadido, parándose con un amago de sonrisa satisfecha ante un exclusivo macetero. Se agachó

para admirar las hojas de cerca—. No sé qué es esto, pero tiene el azul de sus ojos, ¿no te parece? Mira qué color más intenso. Como el de la magia.

En vista de que Dagon no contestaba, Samael ladeó la cabeza en su dirección. Lo cazó mirándolo a caballo entre el pasmo y la fascinación, como si se enorgulleciera de haber presenciado un hallazgo de incalculable valor.

El penitente le sonrió y le puso una mano en el hombro.

—Las orquídeas son flores muy especiales. Creo que puede ser el regalo perfecto.

Así que Samael había desembolsado una exorbitante cantidad de dinero para llevarse la joya de la corona de la floristería y comenzar su plan de conquista a contrarreloj. Ahora conducía el Bentley de camino a casa, procurando apretar el volante lo suficiente para que Dagon no se diera cuenta de que tenía las muñecas y los tobillos débiles, como si alguien le hubiera aflojado las tuercas de las articulaciones mientras dormía. Tenía la sensación de que se desmoronaría en cualquier momento; de que era más vulnerable que nunca.

—No puedes entregarle las flores y ya está —le decía Dagon, pulsando los botones del estéreo una y otra vez para dar con una canción que le gustara. Quiso el destino que se conformara con una de los Arctic Monkeys, recordándole a Samael que Citlali pretendía asistir al concierto del grupo británico con Valthessar. Luchó para evitar que el ánimo sombrío se apoderara de él, pero cuando se trataba de sentimientos, Samael era una vasija agrietada, y todas las emociones se filtraban por las ranuras por más que intentara protegerse, abrumándolo con su intensidad—. Debes dedicarle unas palabras bonitas. Acompañarlo de un gran gesto romántico, ¿entiendes? Algo con lo que le quede claro que estás dispuesto a todo con tal de ganártela.

Samael pensó que no podía ser tan difícil dar a conocer dicha intención, porque era una verdad innegable. Recordó una vez más —en esta ocasión sin torturarse— la conversación del día anterior y comprendió que lo que había afectado a Citlali había sido que le diera la espalda a la naturaleza de su vínculo, que pensara que podría hacerlo desaparecer simplemente ignorándola; que hablara de ella en pésimos términos. A lo mejor, si la presentaba ante El Séptimo Círculo como lo que era, su *anandha*, podría aplacarla. A las mujeres les gustaba que les dieran el lugar que les correspondía…, ¿no?

Unos minutos después, Samael se adentraba en la guarida con las orquídeas azules envueltas en papel celofán plateado. El ramo estaba anudado con una cinta de seda color medianoche.

El corazón se le contrajo de agonía al ver a todo El Séptimo Círculo

sentado en torno a la mesa del salón dando buena cuenta de un desayuno con todas las de la ley; y no solo a los penitentes habituales, sino también Aladiah y Darda'il, que por lo visto habían realizado el viaje para enterarse de las novedades, y Abraxas y Ruth, que habían abandonado su nidito de amor por primera vez desde que se mudaran juntos al centro de Praga.

De todos los días que podrían haber elegido para prestar una visita, el regente de La Sociedad y Ruth Havel habían tenido que escoger el de su gesto romántico. Incluso Renyi, que rara vez hacía las comidas junto a los demás, estaba presente, como si supieran de sus intenciones y quisieran ponerlo nervioso.

Cuando localizó a Citlali, sin embargo, recordó por qué tenía que hacer aquello. Estaba sentada junto a la soñolienta —y siempre antipática por las mañanas— Mara, con quien mantenía una conversación muy animada. Llevaba el camisón de satén azul oscuro con las estrellas estampadas y un batín de rayas verticales, y la melena despeinada suelta sobre la espalda. Samael se quedó paralizado al verla sin saber muy bien por qué, provocando que el resto de los presentes se girara hacia él con extrañeza.

—¿Y eso? —preguntó Valthessar, señalando las flores con un gesto de cabeza. Estaba mojando sus magdalenas preferidas en el café. No se le daba bien hacerse el idiota; no pudo evitar sonreír para su coleto—. ¿Para quién es?

—Para mí no, eso seguro —se burló Luvart.

—Espero que sea un regalo colectivo, porque es de muy mala educación traerle un obsequio a una sola persona delante de otras siete criaturas —comentó Aladiah con las cejas enarcadas. Se llevó el tazón a los labios y sorbió despacio.

Para ese momento, Citlali ya había reparado en su presencia y lo observaba con aparente inexpresividad, aunque había un fondo de alarma en su semblante solo detectable para quien hubiera conocido su verdadera naturaleza, la sensible. Había recuperado la pose de la mujer reacia a vivir su emocionalidad en público, lo que intimidó a Samael e hizo que estuviera a punto de huir escaleras arriba.

—¿Puede alguien comprobarle el pulso? —se mofó Ruth—. Creo que se ha quedado petrificado.

—¿Samael? —lo llamó Xaphan con voz aterciopelada—. ¿Te encuentras bien?

—Sí —se apresuró a decir después de carraspear—. Sí, sí… Yo…

Tragó saliva y se decidió a llevar a cabo el gran gesto romántico del que Dagon había hablado. Localizó con la mirada un asiento libre y allí se dirigió con paso seguro. Sentía el pulso bombeándole en los oídos, advirtiéndole de que aquella podría ser una pésima idea, pero eso no impidió que se encaramara a la silla y se aclarara de nuevo la

voz.

—Creo que aquí la mayoría sabe que hace unos días me pasó… —empezó, dubitativo. Sacudió la cabeza, poco convencido—. No. A ver. Todos conocéis a Citlali, ¿verdad? —La señaló con la mano con la que no sujetaba las flores. Ella pestañeó varias veces, pero por lo demás permaneció inmóvil. Fue Mara la que descolgó la mandíbula y miró a todo el mundo con ganas de compartir su incipiente diversión—. Citlali ha demostrado ser una incorporación valiosa a nuestro grupo. Es… mañosa y… y hace magia, y todo eso. Bueno, lo que quiero decir es que… Para mí, Citlali es algo más, y me gustaría compartirlo con vosotros para que de ahora en adelante… Pues la tratéis… la tratemos —corrigió— como se merece.

Samael hizo una pausa para estirar y doblar los dedos de forma compulsiva.

Observó que Ruth levantaba las cejas con asombro y se giraba hacia Abraxas, con el que compartió una mirada entre curiosa y extrañada. La mayoría se debatía entre fijar su atención en Samael y valorar la reacción de Citlali, que había enderezado la espalda.

—No sabía que esto requiriese un anuncio formal —murmuró Ruth —. ¿O le va a pedir matrimonio?

—Me sorprendería bastante —reconoció Abraxas en el mismo tono.

—¿Samael y Citlali? —repitió Darda'il—. No lo veo.

Aladiah le dio la razón con un encogimiento de hombros.

—Citlali es la mujer que la diosa eligió para mí —anunció Samael, ignorando las opiniones ajenas—, y me siento orgulloso porque… porque es una mujer cabal, inteligente, apasionada de las cosas que realmente le gustan, y… También es paciente y encantadora incluso con quienes no lo merecemos, un detalle muy indicativo de su buen corazón…

Samael ni siquiera consideraba haber empezado su discurso, pero Citlali se levantó de forma brusca, con todo el cuerpo en tensión, y rodeó el sofá para abandonar la sala a paso rápido.

Angustiado, vio que desaparecía en el pasillo del ala oeste de la planta baja.

—¿Ha… ido al baño? —preguntó con ingenuidad.

—No tiene pinta —se lamentó Xaphan con un suspiro.

—Creo que no le ha gustado tu declaración romántica —meditó Luvart, a quien, por supuesto, no le sorprendía un ápice—. Pero bueno… Si te sirve de algo, yo me lo he pasado en grande.

Capítulo XVII

Samael frunció el ceño y, en vista de que Citlali no regresaba y la atmósfera se iba cargando cada vez más de risitas contenidas y compasión, bajó de la silla con prudente lentitud, pues no se fiaba de sus reflejos en semejante estado catatónico, y fue en su busca sujetando aún el ramo con la mano empapada de sudor. Solo tuvo que seguir la estela de olor que había dejado a su espalda para llegar a la mitad del pasillo, donde Citlali había frenado su huida, quizá sobrepasada por la escena. Tenía una mano en la cintura, y con la otra se pellizcaba el puente de la nariz.

—¿Se puede saber por qué te has largado de pronto? —rezongó Samael, sin ocultar su irritación—. No tienes ni idea de lo que cuesta hacer algo así, ¿no? Toda la gente que hay en ese salón piensa que soy un bufón, y aun así he tenido el detalle de arriesgarme a que lo confirmen para que disfrutes del gesto romántico que…

—¿Gesto romántico? —repitió ella, mirándolo con los ojos muy abiertos. Tenía el flequillo abierto y despeinado—. Para que un gesto sea romántico debe haber amor involucrado, no el deseo narcisista de quedar bien.

—¿Quedar bien? —Samael alzó la voz, perplejo—. ¿Es que no me has escuchado? ¿Cómo se supone que quedas bien subiéndote en una silla con un ramo de flores en la mano? —Señaló, airado, el final del pasillo—. ¡Esto no ha tenido que hacerlo ningún penitente! ¡Ninguno que tuviera su dignidad en estima lo haría!

Citlali le dirigió una mirada fría.

—Pues entonces quizá deberías haberlo pensado antes de ponerte en ridículo. —Echó a andar de regreso al salón, pero Samael la frenó interponiéndose físicamente en su camino. Ella alzó la barbilla y se resignó a darle la respuesta larga—. La verdad, Samael, no sé qué esperabas que sucedería.

—¡Esperaba que, como mínimo, me valoraras el esfuerzo! ¡Y que no me dejaras con un palmo de narices! ¿Qué se supone que he hecho mal ahora? —se desesperó—. Vale, me comporté como un idiota al principio, pero estoy intentando redimirme convirtiéndome en el hombre romántico que quieres. El proceso toma tiempo, lo sé, pero, coño, acabo de dar un paso.

Citlali sacudió la cabeza. El enfado inicial se estaba disolviendo en el asombro.

—Lo que podrías hacer para redimirte es empezar a escucharme. ¿No te dejé claro ayer cómo me sentía al respecto? No te gusto, Samael —deletreó, desplegando un eslogan invisible con las manos. Incluso se puso de puntillas para quedar más cerca de él—. No te intereso. Tú mismo lo has dicho: la diosa me eligió para ti, pero tú no me escogiste en un principio y no quiero que lo hagas ahora porque así te lo ha ordenado el destino.

Samael sintió que un principio de migraña empezaba a emborronarle la vista.

—¿Qué? —balbuceó.

—Por el amor de… —Citlali se impacientó y apartó la mirada. Inspiró hondo para renovar las energías y lo enfrentó con gesto razonable—. Samael, ¿te has oído hablar? «Me siento orgulloso porque… porque es una mujer cabal, inteligente, apasionada»… ¡No piensas nada de eso! Y si lo piensas, ¡no lo valoras! Ha sido humillante que te pararas ahí de pie y te devanaras los sesos para encontrarme virtudes cuando todos los allí presentes saben que te doy asco.

Samael se estremeció al oír aquella expresión.

—No es cierto.

Y de verdad lo pensaba. Citlali nunca le había asqueado. Solo era una belleza que se apreciaba con el paso de los días, no de las que desarmaban a primera vista.

—Lo que ayer pretendía transmitirte es que me apena que no te sintieras atraído por mí porque eso es algo que no se puede forzar. No se puede forzar —repitió con lentitud—, por mucho que te empeñes en autoconvencerte de que soy lo que la diosa tenía guardado para ti.

Samael estuvo a punto de patear el suelo.

—¡Pero es que lo eres!

—Tal vez —le concedió a desgana—, pero no quiero que te esfuerces por complacerme, ni que te inventes cumplidos vacíos, ni que te persuadas de que me deseas cuando solo anhelas poder decir que tienes a tu *anandha*. Lo que te impulsa a… cortejarme, si es que eso era un intento de cortejo, es la idea de mí. Es lo que represento. Quieres a tu *anandha*, no a mí; yo como persona individual no puedo serte más indiferente.

—No sé de dónde has sacado todas esas conclusiones descabelladas, pero…

—Las he sacado de tu repentino cambio de opinión. Al principio renegaste de mí, y ahora estás desesperado por satisfacerme porque has comprendido que es tu deber, y que tu vida depende de mi aceptación. Lo siento, Samael —se lamentó, mirándolo con una lucidez que le intimidó—. No pienso acostarme contigo, darte mi sangre y realizar una ceremonia de vinculación, como en los tiempos pasados, solo porque así lo exige el destino. No quiero ver el amor

como una fuerza inevitable ante la que he de rendirme cuando me denosta y me hace sentir insignificante.

—¿Y cómo quieres ver el amor?

—No lo sé —reconoció, suspirando—. Como una combinación de respeto, admiración y deseo, por ejemplo.

—Te respeto, te admiro y te deseo —le aseguró enseguida, buscando su mirada. Ella esbozó una sonrisa cansada y se llevó una mano a la sien para frotársela antes de alzar la barbilla en su dirección.

—Ojalá te oyeras. Acabas de sonar como si estuvieras recitando un mantra. No te repitas que me quieres hasta creértelo, Samael. Si no ha surgido así, no pasa nada. Y tampoco me involucres en este delirio tuyo. Me merezco a alguien que me regale flores porque de verdad las vio y pensó en mí, no porque su salvación dependa de mi visto bueno.

«Pero es que las vi y pensé en ti», quiso decirle, pero se quedó tan descolocado con su respuesta que no pudo volver a cerrarle el paso cuando lo esquivó para regresar al salón.

Giró sobre sí mismo para verla marchar con la impotencia haciéndole arder por dentro, furioso por no haber sido capaz de defenderse en condiciones y transmitirle de corazón que estaba equivocada…, pero ¿lo estaba? Todo lo que sentía por ella… ¿era un embrujo de La Magna, o de verdad había una parte de él hipnotizado por Citlali? ¿Podía separar la pasión de la predestinación de su gusto personal?

—De todas maneras… —oyó que decía ella, justo antes de doblar la esquina para desaparecer de su campo de visión. La vio sonreírle de lejos con una mano apoyada en el marco—, son unas flores preciosas.

Samael dejó caer el brazo, rendido.

—De verdad que las escogí pensando en ti —murmuró, mirándolas de reojo con inquina, como si ellas tuvieran la culpa—. Ahora me están dando mucho por culo, pero claro, eso también hace que me recuerden a ti.

Escuchó que Citlali chasqueaba la lengua.

Cuando le pareció que unos pasos se acercaban, alzó la barbilla intrigado. Pensó que lo habría dejado allí lamentándose, pero acababa de rehacer el camino. El corazón le dio un vuelco al verla con los brazos en jarras ante él, valiente y despeinada.

—Eso sí suena más a algo que te saldría de lo más hondo —sonrió ella. Todavía estaba exasperada, pero lo miraba con otra clase de actitud. Cautelosa, quizá; o tal vez inquisitiva—. ¿Qué es lo que habrías hecho para ganarte mi perdón si Dagon no te hubiera dado instrucciones?

—¿Cómo sabes que…?

Se calló. No necesitaba que le contestara. Citlali no era idiota.

Cualquiera llegaría a la conclusión de que Dagon era el único penitente que andaba ofreciéndose a ir de excursión a la floristería.

Suspiró.

—No sé… —Se pasó una mano por el pelo. De pronto le asaltó una timidez paralizante—. Lo único que sé que puedo ofrecer y que hace felices a las mujeres es el sexo, y a ti eso no te habría parecido bien, así que como no hubiera quemado mi colección de cómics de Marvel hasta que me hubieras visto llorar lo suficiente… —Palideció de pronto y buscó su mirada, preocupado—. ¿Me obligarías a hacer eso?

Citlali bizqueó.

—Pues claro que no, idiota.

Tuvo que contener un suspiro. Dudaba que la joven encontrara encantador que un hombre le tuviera más cariño a su colección de primeras ediciones de Thor que a sí mismo.

—No sé…. Hay una página web en la que venden estrellas. Podría haber comprado una con tu nombre. Pero es pura mierda, ¿no? No sería tu estrella de verdad. —Citlali sacudió la cabeza. Tenía una expresión benevolente que envalentonó a Samael—. No sé, a ver, ¿qué más te gusta? Los libros de vampiros. Eso. Bueno, no se han escrito tantos últimamente, o eso dice Internet. El *boom* acabó antes de que la palmaras. Perdón —dijo enseguida—, he sido insensible. Diñarla no tuvo que hacerte gracia.

Citlali se estaba controlando para no sonreír.

—¿Tan difícil era decir eso y sentirlo?

—¿El qué?

—«Perdón. He sido insensible».

—Ah. —Cambió el peso de pierna—. Pensaba que te lo había dicho. O que lo sabías. Pero… —Miró las flores en busca de inspiración. No hacía falta un gran gesto, ¿no?—. Citlali… —Tragó saliva y se concentró en su cara despejada, las cejas finas, el flequillo que quería taparle los ojos, la nariz pequeña. Quiso alargar una mano y tocarla, pero no tenía derecho—. Citlali, lo siento mucho —susurró, avergonzado—. Es verdad que te vistes de forma rara, y el flequillo no te favorece, y que tu familia viva no me cae bien…, pero me pasé tres pueblos. Y tu ropa de dormir tampoco está tan mal, al final. —Acarició el batín, distraído—. Eso es lo único que pienso a día de hoy. Por lo demás, eres… eres… eres…

—No tienes que decirlo.

—No, sí tengo que decirlo —se impacientó. Le tendió las flores, que empezaban a ponerle de mal humor—. Perdón por ser un puto capullo de mierda. En realidad, tú eres…

La miró y se quedó congelado. ¿Qué diablos le pasaba? ¡Cualquier cosa valía! Guapa, preciosa, una hermosura, linda, ¡o mona, aunque fuera! ¡Hasta un «eres normalita» mejoraría lo presente!

—Eres… Citlali —musitó al fin.

Se quiso inmolar allí mismo, pero sorprendentemente a ella le pareció la respuesta perfecta, porque cogió el ramo por fin y le dio un beso en la mejilla que le dejó la piel ardiendo.

—Gracias —le dijo con la voz entrecortada.

Si no se hubiera escabullido a una velocidad vertiginosa, Samael la habría atrapado en un arrebato y le habría dado un beso en condiciones, un beso de verdad, un beso como Dios mandaba.

Pero ella se fue pasillo abajo, y él se quedó allí, sudando por el esfuerzo y con los dedos pegados a la huella de sus labios, tratando de retener el beso más querido.

Capítulo XVIII

—¿Y dices que Valthessar te sorprendió arreglando la casa? —preguntó Citlali, observando la fachada del hogar de su infancia con las manos metidas en el bolsillo frontal de la sudadera.

Mara estaba de pie a su lado en la misma postura. Había sido ella la que le había prestado lo que llevaba puesto. Le quedaba considerablemente más holgado. Por alguna razón, a su hermana le hacía ilusión que las dos se pusieran las sudaderas compañeras que su padre les había traído de un viaje a la costa este norteamericana.

«*I'm a New York princess*», rezaban las letras desgastadas por los lavados.

No era el único recuerdo material que Mara se había afanado por traer al presente. El hecho de que se hubiera empecinado en conducir dos horas hasta el pueblo de Telč para visitar la casa familiar hablaba por sí solo. Más que ansiosa por recuperar el tiempo perdido creando un vínculo nuevo, por conocerse ahora que eran dos mujeres hechas y derechas alejadas de las niñas que fueron, Mara parecía decidida a recuperar la vida que ya habían dejado atrás, colocar todo lo vivido en un altar al que rendir culto.

—Todos los chicos de El Séptimo Círculo, en realidad —contestó, entornando los párpados para que el cielo nublado no la cegara—. Él estaba demasiado ocupado para encargarse solo, pero sí, fue su idea. O eso creo. No es la clase de persona que se atribuye méritos. Ni siquiera te los echa en cara en una conversación… No como yo —apostilló en voz baja.

Citlali se giró hacia ella para confirmar lo que ya sabía, que buscaba cualquier excusa para explayarse hablando de Valthessar. O no se daba cuenta de que su fijación por mencionarlo denotaba cuánto lo echaba de menos, o lo disimulaba con un talento encomiable.

—¿Entramos? —le sugirió Mara.

Citlali se encogió de hombros, un gesto indiferente que a su hermana no le gustó un pelo, pero que ignoró en beneficio de hacer lo que tanto deseaba: recorrer la casa para revivir las últimas anécdotas que habían tenido lugar allí.

Aun cuando aquello era lo último que le apetecía, Citlali permitió que Mara la arrastrara de un lado para otro y comenzara a narrar una experiencia en común con la coletilla «¿Te acuerdas de…?». Ella solo

asentía con una sonrisa impostada, mirando a su alrededor con aprensión, pensando en lo inquietante que era que El Séptimo Círculo hubiera dejado la casa tal y como estuvo en los mejores tiempos. A la vista estaba que a Mara le hacía feliz conservar algo físico que hubiera pertenecido a su pasado; así podría aferrarse a él cuando sintiera que todo se tambaleaba.

Citlali no podía ni quería comprenderlo. Estaba horrorizada y preocupada por su estado mental. No hacía sino abrazarse a los escombros de un derrumbamiento; al fantasma de una vida que no volvería jamás.

—¿Te importa que salgamos fuera? —le pidió Citlali con suavidad, sospechando que un comentario brusco podría provocar en ella una reacción semejante a la del día anterior. Le puso una mano cariñosa en el hombro—. Necesito tomar aire. Me han venido muchos recuerdos y sentimientos de golpe.

—Claro, claro, lo comprendo… —Pero no lo comprendía. Mara jamás había entendido a nadie que no fuera a sí misma—. Aunque había pensado que podíamos tumbarnos a ver alguna de nuestras pelis favoritas; *Clueless*, por ejemplo. ¡Ah, pero si nos queda por ver tu cuarto! ¿Por qué no subimos antes de sentarnos en el porche? Está tal y como lo dejaste.

—Después —le prometió Citlali con una leve sonrisa, la única que se veía en condiciones de esbozar—. Ahora necesito alejarme de todo esto.

Mara apretó los labios, pero no se atrevió a decir lo que pensaba.

No era una persona que se callara sus sentimientos, y Citlali tampoco. Sin embargo, y tanto si hubiera tenido lugar el numerito de celos como si no, ambas albergaban la sensación de que no podían pelearse ni discutir cuando había ocurrido el milagro de un reencuentro *post mortem*. Estarían pecando de desagradecidas. Mara seguía tan conmocionada por el giro en los acontecimientos que su deseo de aprovechar esta segunda oportunidad era muy superior al impulso de reprocharle a Citlali su decepcionante comportamiento. Y lo mismo sucedía con la propia Citlali, que aún no se había atrevido a pedirle que dejara de llamarla Rebecca a pesar de que ya no se identificaba ni con ese nombre, ni con ese pasado, ni con esa adolescente.

Las dos se sentaron en las escaleritas pintadas de blanco que conducían a la puerta de entrada. Mara se metió la mano en el bolsillo y sacó un cigarrillo liado manualmente que ya por el olor delataba que contenía marihuana.

Citlali arqueó una ceja en su dirección.

—Me ha estado ayudando con el dolor físico —se defendió Mara, peleándose con un mechero que estaba en las últimas. Cuando ya le

había dado la primera calada, añadió por lo bajo—: Y con el otro dolor, también.

—Por la diosa, Mara —murmuró, meneando la cabeza—. ¿Prefieres echarte a las drogas antes que perdonar a Valthe?

Observó que apretaba la mandíbula al oír el diminutivo de su nombre en unos labios distintos a los suyos, pero Citlali no se retractó. Su hermana necesitaba que la pusieran contra las cuerdas para reaccionar. Siempre había sido así. Nunca habría sido campeona del equipo de balonmano del instituto si no la hubieran retado a marcar en portería un mínimo de cinco veces, nunca habría perdido los kilos que le sobraban a los doce años si el chico que le gustaba no se hubiera reído de ella con sus amigos, y nunca habría salido con el que fue su novio durante gran parte de la adolescencia —con idas y venidas, claro estaba— si, después de negarse a besarlo jugando a la botella, no la hubieran llamado «gallina». Se lo había mencionado la noche de las confidencias: «Si hubiera estado yo ahí para llamarte vaga y ponerte alfileres en el asiento, no habrías dejado los estudios de enfermería en el primer año».

—¿Quieres? —le ofreció sin entrar al trapo.

—¿Por qué no? —Se encogió de hombros y se tragó el humo tal y como Mara le había enseñado cuando eran adolescentes y se empecinaba en introducirla en los dañinos placeres que obsesionaban a los populares del instituto. Observó que Mara sonreía, orgullosa, y Citlali dijo—: No me he olvidado de la técnica. Creo que todavía sé hacer anillos, como Gandalf.

Mara se burlaba de lo friki que era, pero las dos se habían obsesionado con los libros de Tolkien y sus adaptaciones cinematográficas siendo niñas.

—Hay trucos de Gandalf que nunca aprenderemos a hacer —comentó con sabia resignación.

—No; los efectos especiales de *El señor de los anillos* son una cosa que no está al alcance de nuestros cuerpos inmortales —bromeó Citlali. Sosteniendo el cigarrillo entre los dedos, preguntó—: ¿Cómo van tus lesiones?

—Pues ya ves que me han quitado la escayola… Aunque la clavícula sigue doliendo como su puta madre —bufó, mosqueada—. Pero me niego a llevar muletas, collarines y toda esa mierda. Quiero mirarme en el espejo y reconocerme, ver la persona que soy, no la pobre niña asustada que fui esa tarde que me… —Inspiró hondo— interceptaron.

Citlali le había puesto toda su atención.

—¿Le has hablado a alguien del miedo que pasaste?

Mara la miró con sorna.

—Por supuesto que no. Tú eres la primera que debe saber que para

las criaturas sobrenaturales no hay servicio de terapia gratuita. El dolor lo gestionas por tu cuenta, y si no puedes, mala suerte. Así estamos todos en El Séptimo Círculo, grillados de la cabeza.

—Eso no es así, Mara. En la casa veo redes de apoyo.

—Dirás lo que sea para llevarme la contraria, ¿eh? Claro que sí: Valthessar apoyó a Abraxas cuando lo encadenó al sótano, y Abraxas apoyó a Aladiah cuando mató a siete seráficos, y La Magna apoyó a Dagon cuando le borró la memoria a su novia, y Luvart apoya mucho a Samael, ¿verdad? Y cómo olvidar a Samael, que apoya mucho a todo el mundo en general —enumeró con ironía, acercando el cigarrillo a sus labios. Cerró los ojos para expulsar el humo con un suspiro de alivio—. Qué bien sienta huir de la realidad de vez en cuando, joder.

—¿De vez en cuando? ¿Acaso has hecho algo distinto a huir de la realidad durante todo este tiempo?

Mara se incorporó para lanzarle una mirada ceñuda.

—¿A qué viene eso, tía? ¿Por qué parece que quieres discutir conmigo todo el tiempo? Te he recuperado de las garras de la muerte, Rebecca, y quiero estar feliz por el milagro. No conviertas mi alegría en una puta maldición echándome broncas todos los días porque no permanecí junto a El Séptimo Círculo, o junto a Valthe, o…

—No es una bronca, Mara, solo quiero hablar contigo. Y precisamente no me refería a tu deserción, sino a esto. —Abarcó la casa con un ademán ambiguo. Su hermana se envaró al comprenderlo, y no pronunció palabra. Viendo que sería una conversación difícil, y eso si la menor colaboraba lo suficiente para llevar su monólogo hasta ese punto, Citlali le apretó la rodilla con afecto—. Mara, ¿cómo es posible que vengas aquí casi todos los días? ¿Por qué me has contado esta rutina tuya como algo de lo que enorgullecerte? Es un delirio. Es nocivo para ti.

Mara la miró de forma acusadora con los ojos vidriosos.

—No, Rebecca, es nocivo para ti. ¿O te crees que no he visto la cara que has puesto al entrar? Para mí es catártico. Me acerca a mis padres.

—Te acerca al mundo de los muertos, pero te aleja del de los vivos.

—Soy el portal terrenal de las almas. Es normal que viva en un punto intermedio.

—Yo también soy el portal de las almas y no permito que eso trunque mi vida.

Mara se rio sin ganas.

—¿Desde cuándo salgo perdiendo en una comparación entre tú y yo?

Citlali no respondió enseguida para que Mara se diera cuenta de cómo sonaba su réplica.

—Haces comentarios muy dolorosos, ¿sabes? Puedes llegar a ser

dañina.

Mara puso los ojos en blanco, pero era una forma de ocultar que le había afectado su respuesta. Lo demostró que no replicara de inmediato para colocarse por encima.

—¿Qué se supone que quieres decir, Rebecca? ¿Que recordar a mamá y a papá es un obstáculo en la carrera hacia mi felicidad? Pensaba que tú, entre todo el mundo, me entenderías. —La voz le tembló—. Pensaba que tú también los echarías de menos.

—He tenido años para lidiar con el hecho de que os perdí a todos, y de que era posible que, cuando volviera a veros, cuando descendiera a La Tierra, ya hubierais fallecido. Y quieras que no, tener una misión vital impide que te regodees en tu miseria. Te da un objetivo, algo a lo que aferrarte y en lo que ocupar tu mente.

Mara exhaló, emitiendo una especie de risita incrédula. Se agarró a la barandilla del modesto porche para levantarse, quizá con la intención de desaparecer, pero Citlali la cogió de la muñeca antes de que se moviera.

—Sé que no quieres discutir —susurró, buscando su mirada. Mara la esquivó dándole el perfil—. Sé que no quieres que te digan lo que no quieres oír, y que esa es una de las razones por las que te has ido a vivir sola. Cuando eras pequeña lo hacías, ¿o crees que no me acuerdo? Te encerrabas en tu cuarto cuando hacías algo mal y reaparecías cuando ya se nos había olvidado la fechoría para ahorrarte que te cantaran las cuarenta. Pero no puedes seguir haciendo eso. Tienes que enfrentarte a los problemas.

—¿Y qué sugieres? ¿Que venda la casa? —Le costaba hablar—. ¿Que la queme?

—Que no la conviertas en un museo del dolor. Este lugar es un cementerio, Mara. Nuestra familia fue preciosa mientras duró, pero ya no está. El tiempo que pierdes aferrándote a las personas que no volverán es tiempo que le escamoteas al proyecto de formar una nueva comunidad.

Mara encaró a Citlali como si no la reconociera. Tenía los ojos llorosos.

—Me cuesta creer que hayamos sufrido lo mismo. Papá y mamá no murieron de un cáncer, ni de un accidente; murieron porque todo ese mundo en el que estás felizmente inmersa los consideró una carga o pensó que su muerte sería el escarmiento perfecto para un desobediente. Los mataron —le recordó, remarcando cada sílaba—. No puedo vivir con eso. No puedo, ¿de acuerdo? No puedo. Hay gente que puede lidiar con ello, que lo supera, que va a terapia dos meses, dos años, dos décadas, y luego se casa y vive muy tranquila en su casita de campo…, pero yo soy incapaz. Lo llevo a cuestas cada día. Pienso en ello todo el tiempo.

»Dios… —Pestañeó deprisa y devolvió la mirada al cielo para que la luz le secara las lágrimas que no deseaba derramar—. Pensaba que en ti encontraría a una aliada, y mira. Te da igual todo. Y eso que yo era la rebelde de las dos.

Citlali la miraba con tristeza.

—No me da igual, Mara, pero no puedo permitirme que el rencor me destruya.

—Porque tienes unos deberes que atender, ¿no? Ni siquiera es porque «desees concentrarte en tu felicidad». —Hizo las comillas con los dedos—. Es por lamerle el culo a esa zorra.

—Seré feliz cuando derrotemos al Enclave, porque entonces habré vengado a mis padres, me habré vengado a mí misma, te habré vengado a ti; habré vengado a todos los inocentes que murieron por su culpa. Soy feliz ahora tramando la forma de acabar con Él, Mara. Me entusiasma estar más cerca de su derrota —insistió, envalentonada y con los ojos cargados de una energía vibrante—. No quiero caer en tópicos lamentables, pero esta vida depende de cómo te la tomes.

Mara la escuchó con atención, aunque empezaba a tambalearse por culpa del cannabis. Citlali había aprendido de ella que los efectos de fumar maría dependían del estado de ánimo que se tuviera en el momento. Como su tristeza no podía ser más desoladora, el humo la había apagado.

Volvió a dejarse caer en el escalón con un suspiro.

—¿Cómo es posible que algo tan importante para mí… no signifique nada para ti?

—Significó mucho —respondió, comprendiendo a lo que se refería. Se giró para admirar la puerta barnizada, la graciosa aldaba que su madre adquirió en un mercadillo medieval—. Pero hace mucho tiempo que esa vida que me has estado mostrando dejó de ser mi vida, Mara. Yo soy la que murió, y el que se refugia en el Autem echa de menos a su familia, pero no vive un luto tan intenso y no siente la necesidad de aferrarse al pasado. Además… Yo no fui feliz mientras estuve viva, ¿entiendes? No encajaba en ninguna parte y tenía que guardar secretos del tamaño de la humanidad para que no me internaran en un sanatorio mental. Por la diosa, Mara, ¡veía muertos ya con seis años! —se rio—. Seguro que entiendes la distancia que uno pone sin querer entre el mundo y él cuando recibiste parte de mi don en herencia. No eres la misma. Sé que luchas contra eso —agregó en voz baja, escrutando su perfil inexpresivo—. Luchas contra abrazar ese don maravilloso que, sin embargo, te ha forzado a sacrificar tu vida, la vida que conocías y amabas, pero sabes que no puedes. Es más grande que tú, y sus efectos son irreversibles.

Mara negaba con la cabeza, acercándose el cigarrillo a los labios.

—Estoy harta de que me digan que todo es más grande que yo.

—Pero no deja de ser cierto. Mira cómo te has quedado en el proceso de resistirte.

La miró de reojo con un gesto de advertencia.

—Espero que no me estés llamando gorda. Solo he cogido siete kilos desde el accidente. Y ya me conoces: me compro una falda bonita de la talla treinta y seis y por mis cojones que entro ahí un mes después.

—Estás perfectamente peses lo que peses, idiota —se rio—. Me refiero a tu ánimo.

Mara se quedó en silencio, pero por una vez no la rehuyó ni trató de darle la espalda.

—En el fondo sé que me entiendes —murmuró al fin—. He oído lo que le has dicho a Samael en el pasillo esta misma mañana. Todos lo hemos oído porque El Séptimo Círculo… sí, salva el mundo, pero procura divertirse chismorreando en el proceso. No quieres que el amor sea inevitable, y yo tampoco lo quiero. No quiero que *nada* sea inevitable. ¿Por qué a mí me fuerzas a aceptarlo?

—Yo solo te presiono a abrazar tu don, no a volver con Valthessar. Pero ya que lo mencionas, hay una diferencia abismal entre nuestras situaciones. A Samael ni siquiera le gusto; a ti, Valthessar te quiere con locura.

—Y una mierda —refunfuñó—. No sé en qué has podido notar eso cuando me trata como si le importara un carajo. Ha debido de leerse libros de autoayuda o escuchar podcasts de psicoterapia online, porque menudo cambio ha pegado de pronto. Y me jode, ¿vale? Me jode que lo haya superado y yo esté viviendo un infierno. Llámame egoísta, si quieres, pero que sepas que si convoco en una sala a todas las mujeres que no están molestas porque su ex haya rehecho su vida, no viene a verme ni Teresa de Calcuta.

Citlali le concedió el punto del asalto con un cabeceo resignado.

—Si te sirve de algo, más que superarlo, creo que ha comprendido que no puede retenerte. Te ha entendido, a secas, y a raíz de eso ha decidido soltarte. Pero te adora, te lo aseguro. Esta mañana, mientras desayunábamos, se te ha quedado mirando con una tristeza que me ha puesto el vello de punta.

Mara agachó la cabeza, ocultando su rostro con los mechones cortos de su media melena, y estiró los dedos de las manos. Los tenía enrojecidos por el frío.

—Lo peor es que tiene razón, ¿sabes? Ojo, que él es complicadito, ¿eh? Pero yo nunca lo traté como un verdadero novio. Acepté todo eso de quedarme con él porque no me quedaba nadie más en el mundo y lo que sentía era lo bastante poderoso, pero no tenía intención de abrirme, ni de aferrarme, ni de hablarle de cómo me sentía, y me pasaba el día buscando razones para no quererlo. Que si tiene un palo

metido por el culo, que si no se ríe nunca, que si es un enfadica… Y es difícil, ¿sabes? —susurró, frotándose la mejilla con la mano que aún sujetaba el cigarrillo—. Es difícil no quererlo, porque se esfuerza. La única vez que le dije que seguía llorando por mis padres hizo esto. —Abarcó la casa con un movimiento vago—. Si en el hospital le hubiera dicho que estaba aterrada en lugar de invitarlo a tomar por culo, seguramente me habría abrazado y no me habría soltado jamás.

—Seguramente —confirmó Citlali con tiento—. Es una persona muy leal.

—Y, aun así… ¿Cuánto amor real hay en sus sentimientos, y cuánto interviene La Magna? Creo que es justo que me lo pregunte. Tú también te lo has preguntado con respecto a Samael, ¿no? —Mara hizo una pausa para sonreírle a Citlali con incredulidad—. Joder… Samael, ¿eh? Me llegan a decir que mi hermana es la mujer destinada a ese capullo y me descojono de lo lindo.

—Ya ves —fue todo cuanto logró articular.

Mara se la quedó mirando, impaciente por averiguar cómo se sentía al respecto.

—Está bueno —dijo en su defensa, pensativa.

—Es verdad —reconoció Citlali.

—Pero muy muy bueno. *Мшшшшшу* bueno. Top dos de El Séptimo Círculo. Bueno, tres. Si nos ponemos objetivas, Luvart sería el primero.

—A mí me gusta más que Luvart —reconoció Citlali. Hizo una pausa dramática—. Pero por lo menos Luvart no es un pedazo de gilipollas.

Mara rompió a reír a mandíbula batiente, y aunque a Citlali no le hacía ninguna gracia la situación, acabó dejándose contagiar y carcajeándose con ella. A ambas les sirvió para liberar la carga emocional de la conversación. Acabaron secándose las lágrimas que se les habían saltado y recostándose la una contra la otra.

—Madre mía, es que ni quien lo ayude, ¿eh? —comentó Mara, riéndose flojito mientras se terminaba el cigarrillo.

—Es gilipollas pero con ganas —confirmó Citlali, aliviada ahora que había sacado lo que llevaba dentro, tan escondido que pensó que se pudriría. Se quedó mirando el cielo, que, siguiendo el curso del día, iba adquiriendo un bonito tono violeta—. También es tierno a su manera brusca, ¿sabes?

—¿Ah, sí?

—En casa de la doctora Vaccari estuvo a punto de explicarnos dónde se había comprado cada uno de los muebles del salón. Y le gustan los cómics de superhéroes; los colecciona como oro en paño. Y se ruboriza cuando tiene que hablar de sí mismo. Es como si nadie lo hubiera querido nunca. —Se calló al decir eso, sobrecogida por el

vuelco que le había dado el corazón—. En realidad es una ricura. Esta mañana se ha tirado minuto y medio intentando decirme que soy guapa.

—¿Y eso es malo? Valthe lleva intentando decirlo unos… —Mara consultó un reloj invisible— ¿cuatro meses? ¿Cinco?

—No es malo, es… —No supo cómo explicarlo—. Cree que no nos damos cuenta, y puede que los demás no lo hagan porque se ha trabajado la fachada de imbécil, pero tiene miedo de no encajar. Ya lo ves; tan aterrado está que ha decidido conformarse conmigo aun cuando no le suscito ningún interés.

—Estoy segura de que interés sí tiene. Valthessar me quiso follar desde el minuto uno, pero no pienses que le gustaba mi personalidad o que se imaginaba preñándome. Se resistió todo lo que pudo y más. No creo que eso sea una mala señal, ni que la relación esté condenada al fracaso. Tú eres la primera a la que le encantaba un buen *enemies to lovers*, ¿no? —Con la mejilla pegada al hombro de su hermana, Mara aleteó las pestañas en su dirección—. Deja que intente conquistarte, a ver qué sale de ahí. Y no lo hagas por él, sino porque es obvio que a ti sí te gusta.

—Pues claro que me gusta —reconoció con timidez, mirándose las manos—. Supongo que solo existen dos opciones cuando te enfrentas a un tipo con su carácter: o te repele su arrogancia, o te conmueve su torpeza a la hora de comunicarse. Pensaba que era un capullo, y lo es, pero me parece que es solo porque lo relegaron a ese rol, ¿sabes? Cuando alguien es amable con él, se bloquea y no sabe cómo comportarse. A no ser que yo sea amable con él. Eso le molesta muchísimo.

—¿En serio? —Mara se incorporó para mirarla, curiosa—. ¿Por qué?

—No sé. ¿Porque quiere que le haga la ola? —vaciló. Acabó encogiéndose de hombros—. Está claro que no comprende por qué no lo persigo por toda la casa para rogarle que me ame.

Mara volvió a reírse y le tiró de la lengua, como si supiera que lo necesitaba para desahogarse, para no acostarse por las noches con la sensación de que no podía respirar; de que el secreto que guardaba, el secreto de su necesidad por Samael, acabaría matándola. Se sintió incluso halagada porque Mara pusiera de lado sus preocupaciones para centrarse en su hermana y en ayudarla en un asunto que la tenía en un sinvivir, porque Citlali carecía de experiencia con los hombres para saber cómo proceder.

Se quedaron sentadas en el porche el resto de la tarde, charlando sobre los miembros de El Séptimo Círculo, regalándose anécdotas que no habían compartido hasta entonces, haciéndose confesiones, aconsejándose, y recordando esta vez los días de su adolescencia con

cariño y no con dolor, porque fue en ese momento cuando cayeron en la cuenta de que aún se tenían la una a la otra.

Y después entraron de lleno en lo que habían ido a hacer allí: a tratar de invocar el estado de relajación y conexión con el más allá al que se referían cuando tenían que ayudar a un fallecido a cruzar el umbral. Se dieron la mano y, serenas después de una tarde tan agradable, intentaron reavivar su vínculo con el Autem, con aquella dimensión a la que solo ellas tenían acceso…

Pero no sucedió lo que esperaban.

—Nunca he tenido que esforzarme para ver a los muertos —se quejó Mara, agarrándose la cabeza. Había empezado a dolerle—. Simplemente… llegaban a mí.

—Así es como debe funcionar.

—¿Entonces? ¿Qué hacemos concentrándonos en…? Es decir, ¿sirve para algo?

—Esperaba que notáramos el cambio en la atmósfera, que es una sensación relacionada con nuestro poder. ¿Tú lo has sentido? —Mara asintió—. Yo también, lo que significa que no tenemos ningún problema. Nuestro don permanece intacto, tal y como sospechaba.

—A lo mejor no ha muerto nadie en todo este tiempo. Nadie que merezca una segunda oportunidad en el Autem, quiero decir.

—Es posible, pero como no conocemos la identidad de los cadáveres del laboratorio, no podemos decir en firme que merecieran un destino fatal. En cualquier caso, una visita al Fatem nos sacaría de dudas. Si no están arriba, con La Magna, estarán junto al resto de almas perdidas. La visita podría avivar la energía de nuestro don y hacernos más infalibles, por cierto.

—¿Eso conllevaría ver más muertos? Joder… No, gracias. —Torció el gesto. Citlali se rio, pero Mara no la acompañó esta vez. Se mordió el labio, pensativa, y acabó mirando a su hermana con solemnidad—. Si crees que eso puede sacarnos de dudas, adelante. Vayamos de visita a ese caos de almas perdidas que es el Fatem. Total, ya he decidido que voy a embarrarme hasta las cejas. Que sirva para algo, ¿no? Hagámoslo bien.

Citlali le sonrió, agradecida por su sacrificio.

Quizá nunca llegara a entender del todo el funcionamiento de la mente de su hermana, pero eso era justo lo que hacía tan precioso y enigmático el arte de la comunicación: que siempre habría partes de sus seres queridos que escaparían a su comprensión, pero no por ello los adoraría menos. Sabía que para Mara no era tan importante obedecer a la diosa y que, de hecho, estaba resentida con Ella por haberle ocultado la supervivencia de su hermana; estaba resentida con Valthessar, consigo misma y con el resto del planeta porque cuando Mara se enfadaba, se enfadaba a lo grande. Pero había decidido hacer

algo bueno con esa furia. Dedicarla a la misión, a la última salvación de aquellas pobres criaturas que murieron sin nombre, sin derecho a otra oportunidad.

La tomó de la mano y se la apretó en señal de agradecimiento. Pensó en recordarle que el universo siempre retribuía a aquellos que se tomaban la molestia de interceder por los demás, pero dudaba que un comentario espiritual aplacara a Mara o la hiciera sentir orgullosa de su intervención. Para ella, volver a un lugar del que se había marchado era una derrota, su admisión de culpa.

Citlali tendría que demostrarle que no era así, porque no perdía de vista que Mara formaba parte de su misión: su misión personal, secreta, una que escapaba al conocimiento de La Magna. Y es que costara lo que costase, le haría ver a su hermana que su lugar estaba allí.

Capítulo XIX

Xaphan dejó caer la cabeza entre las manos, desesperado por su último e infructuoso intento de averiguar el paradero de la doctora Vaccari.

No sabía cuánto tiempo había dedicado a desmontar su portátil en busca de información, pero lo que había descubierto era mínimo. Por primera vez en su vida, se sintió avergonzado cuando Valthessar acudió a su encuentro en la biblioteca y tuvo que decirle que no había ni rastro de ella. Y no porque temiera decepcionar al *rex*, menos aún cuando estaba de buen humor, sino porque le había fallado a Irving Vaccari, una persona que estaba seguro de que no le había fallado a nadie jamás.

—En la memoria y el historial del ordenador no hay nada. Se nota que lo dedica exclusivamente a fines profesionales —le contó con la mirada fija en su fondo de pantalla. No era el predeterminado de Mac ni una foto suya en alguna capital del mundo, como habría imaginado, sino el paisaje urbano de Montmartre, que, a juzgar por la calidad de la imagen, había capturado ella con su cámara—. Tiene la nube activada y he podido leer sus mensajes, ver sus vídeos y fotografías, sus búsquedas en Internet…, pero debe de tener apagado el móvil, o desactivado el GPS, porque no he logrado establecer una conexión espacial. Y no hay ningún movimiento sospechoso. Desde luego, no menciona viajes o retiros espirituales, pero tampoco es que mantenga contacto con nadie. Solo he visto wasaps de trabajo en los que le piden consejo laboral, ninguno de carácter personal.

—¿Y el registro de llamadas? ¿Algún número raro?

—He rastreado los desconocidos y ocultos. Compañías de telefonía móvil.

Motivado por un vergonzoso entusiasmo, había puesto del revés el dichoso portátil a la búsqueda y captura de una pista. El corazón incluso le dio un vuelco cuando le entregaron el ordenador. Sabía que estaba ante un dispositivo lleno de información personal; era una herramienta a través de la que podría conocer y entender mejor a Irving Vaccari, y si no hubiera estado tan preocupado por las terribles posibilidades que le sugería el instinto, habría disfrutado como un niño revisando sus *selfies*.

Con el aliento contenido, había comprobado que llevaba un diario

detallado, plagado de vocabulario técnico, sobre sus cirugías; que estaba escribiendo un *thriller* erótico —y no estaba nada mal—, que le gustaba fotografiar el atardecer y el amanecer desde diferentes miradores, que actualizaba meticulosamente su perfil de Letterboxd y Goodreads, donde dejaba reseñas exhaustivas y muy inteligentes de sus últimas lecturas y visitas al cine —Xaphan había coincidido con muchos de sus gustos; otros le habría gustado debatirlos con ella—, y que ni siquiera llegaba a guardar los contactos de los hombres con los que se acostaba, a los que solo había podido conocer en el trabajo porque no había rastro de *apps* de citas en el menú de iPhone.

Borraba todas las conversaciones, pero Xaphan había podido rescatarlas convenciéndose de que el asalto a su intimidad estaba justificado porque sospechaba que su vida corría peligro. La doctora no perdía el tiempo charlando con sus amantes, y siempre era ella la que tomaba la iniciativa; si alguno se atrevía a escribirle, nunca obtenía respuesta. «¿Puedes esta noche?», preguntaba siempre. Ninguno le decía que no. Si acaso le pedía que le diera una hora de margen para llegar a tiempo a su apartamento, lo que quería decir que siempre se acostaba con ellos en casa, tal vez porque no deseaba dormir sola.

No tenía amigas, apenas albergaba contactos en la memoria, y los guardaba con la más estricta frialdad —«Papá», «jefe», «secretaria», «vecina»—, pero conservaba algunas fotos en ambientes festivos rodeada de mujeres de su edad. Guardaba sus notas de la Universidad de Harvard en formato pdf en una carpeta dedicada a su impecable currículum.

En otras circunstancias, Xaphan habría disfrutado como un niño y se habría regocijado sacando conclusiones sobre su curioso carácter. Le sorprendía que una mujer que había llegado a guardar a su amante más frecuente como «Hombre» a secas, lo que denotaba una distancia tan descarada que resultaba incluso cómica, albergara toda una colección de paisajes nostálgicos, le encantaran los vídeos de cachorritos y a veces escribiera poemas increíblemente tristes en las notas del móvil.

—¿Cuál es el veredicto, entonces? —La voz de Valthessar le sacó de sus pensamientos—. ¿No existe forma humana de llegar a ella?

—Ni humana ni mágica —contestó con un nudo en la garganta—. Parece que se la haya tragado la tierra de repente, sin darle tiempo a despedirse o poner sus asuntos en regla. A partir de la fecha que mencionó su vecina, la actividad desaparece, y coincide con el día que el laboratorio reventó.

—Es imposible que estuviera dentro del edificio, ¿verdad?

—La habrían encontrado —dijo Xaphan, pero para convencerse a sí mismo y no porque lo creyera de veras. Acarició la barra espaciadora

con el dedo, preguntándose cuántas veces la habría pulsado ella. Le gustó imaginarla a solas en su despacho, ya bien entrada la noche, con las gafas puestas y una copa de vino a mano derecha (era diestra), sonriendo satisfecha con la última línea de su capítulo diario—. La cuestión es si han desaparecido también el resto de investigadores que el laboratorio tenía en plantilla. Supongo que no, que solo se han encargado de ella porque es a la que Abraxas reconoció y a la que sabíamos dónde encontrar.

Valthessar se rascó la barba incipiente. No se había afeitado para el concierto, que empezaría en exactamente cuarenta y cinco minutos.

La idea era presentarse antes de la apertura de puertas. A las doce, tanto si los Arctic Monkeys habían acabado como si no, se marcharían al polígono a cubrir sus puestos.

—Tengo un mal presentimiento, Valthe —reconoció Xaphan, frotándose los ojos enrojecidos por las horas delante de la pantalla. Siempre estaba cansado, pero en los últimos días le habían caído encima los siglos que llevaba sin dormir—. Creo que le ha pasado algo.

—Es obvio que algo ha pasado, pero no tiene por qué estar sufriendo, ¿no? Si la posibilidad es que la hayan secuestrado, puede que la mantengan inconsciente.

—Si está muerta…

El vello se le puso de punta solo de pensarlo.

¿Quién vigilaría los amaneceres y capturaría su imagen? ¿Quién acabaría un libro que podría convertirse en el próximo éxito de ventas? Y lo que era egoísta, pero también le trastocaba: ¿quién le devolvería a él el interés por la humanidad, la curiosidad por la belleza de la mortalidad que andaba agonizando miserablemente cuando ella apareció?

—Si está muerta, Valthe —retomó con dificultad—, no habrá manera de saberlo. Incluso si fuera una criatura especial y no un ser humano, no cruzaría la Subrealidad a través de Mara. Estamos… estamos en un callejón sin salida.

Y le frustraba, porque él siempre, *siempre* sabía cómo resolver los problemas.

Valthessar tuvo que comprender que para él era una cuestión personal, porque le puso una mano en el hombro y se lo apretó.

—En el peor de los casos, la policía la encontraría. Pero tengo varias razones para ser optimista, X. La primera es que si el Enclave la hubiera matado, habría sido para acabar con nuestras esperanzas de saber qué sucedía en los laboratorios, y nos lo habrían restregado poniendo su cuerpo a la vista.

—Esa es solo una razón —murmuró apesadumbrado.

—La segunda viene a continuación. —Lo oyó sonreír—. Es especial

para ti, lo que significa que es especial a secas y no podrían hacerle más daño de la cuenta. Y si no lo es… El Gran Grimorio no es imbécil y lo sabe y lo ve prácticamente todo. Si sabe que un penitente de El Séptimo Círculo tiene una debilidad, no la destruiría, sino que la fomentaría.

No sabía en qué momento el *rex* se había dado cuenta de que la doctora Vaccari había captado su atención. Había visto a la especialista en dos ocasiones, y solo en una de ellas lo acompañaba El Séptimo Círculo. Xaphan recordaba haberse marchado de allí muy orgulloso de haber disimulado. Tan solo la había mencionado con la admiración que su trabajo le merecía en alguna que otra conversación informal, pero desde luego no bastaba para llegar a la conclusión a la que Valthessar se aferraba con seguridad.

—Es por cómo levantas la cabeza cuando la mencionamos —respondió a sus pensamientos—. Siempre prestas suma atención a todo lo que decimos, pero no necesitas fijarte en nuestras expresiones para participar en la conversación. Cuando la doctora sale a colación, en cambio, nos miras fijamente, por primera vez dispuesto a invadir la intimidad de nuestras mentes para descubrir más datos sobre ella.

Alzó la barbilla hacia él y lo cazó sonriéndole. Una vez más confirmaba que, cuando un hombre no estaba abducido por el dolor, se volvía muchísimo más avispado de lo que ya lo era.

Siguiendo la petición de la diosa, Xaphan había estado muy pendiente de Valthessar y había utilizado su habilidad para templar los ánimos de quien estuviera cerca de él para apaciguar su tormento. La Magna había insistido en que era necesario que el *rex* estuviera en plena posesión de sus facultades y con humor para afrontar la tarea que tenían pendiente, y Xaphan había obedecido no solo por el bien de la misión, sino por preocupación hacia quien consideraba su amigo.

Dudaba que él se hubiera dado cuenta de que Xaphan era el responsable de que en los últimos días se tomara con deportividad la ruptura con Mara y no pensara en ella más de la cuenta. Debía seguir siendo así. Valthessar no lo habría aceptado si se hubiera ofrecido a sofocar el dolor que le estaba cegando, no ya por orgullo, sino porque sabía que calmar los turbulentos sentimientos de un sujeto le suponía a Xaphan un brutal sacrificio de energía.

Esa era una de las razones por las que él mismo se notaba más cansado, más angustiado, sin la positividad que le acompañaba en todo momento. Dedicaba su poder mental a paliar el sufrimiento de Valthessar, apropiándose de este y canalizándolo por su cuenta.

Tampoco ayudaba que el amor imposible hubiera irrumpido en su vida.

—Vaccari no es mi *anandha* —le dijo con serenidad—. No te

equivoques.

—Lo he dado por hecho. Me sorprendió la verdadera naturaleza de Dagon, y todavía estoy asimilando la historia de Luvart, pero yo siempre he sabido que tú no eres como nosotros. —Le guiñó un ojo—. Vamos, vístete. Tenemos que ir al concierto.

—No sé, Valthe —titubeó, rascándose la nuca—. Creo que no voy a ir. Voy a aprovechar que aún quedan unas horas antes de la guardia para seguir buscándola. Tiene que estar en alguna parte. No puede haberse desvanecido en el aire.

—Si tuviéramos una pista, yo mismo te animaría a seguir sus huellas e incluso me uniría a ti, y eso que la mujer no es mi persona favorita —apostilló con una fingida mueca de dolor—. Pero tú mismo has dicho que no hay nada que puedas hacer por ahora. Venga, si algo me han enseñado los últimos tiempos, es que los guerreros se merecen un rato de desconexión del mundo antes de entrar de lleno en la violencia.

Si accedió a ir aun desganado, fue por una ridícula esperanza: había visto un par de canciones de los Arctic Monkeys en la lista de reproducción más escuchada de la doctora Vaccari. Pensó que siempre cabía la posibilidad de encontrársela en el concierto.

Bajó la tapa del portátil con lentitud y delicadeza, como si la estuviera tocando a ella, y salió de la biblioteca en pos de Valthessar.

No temía que El Séptimo Círculo conociera sus debilidades, como sí lo hacían Samael o el propio *rex*, pero tampoco le gustaba que fuera de dominio público que se preocupaba por Vaccari, pues ni él mismo entendía de dónde salía ese interés. Aun así, y como no podía hacer nada para borrarle los recuerdos a Valthessar, decidió seguir indagando a costa de revelar su curiosidad.

—¿Cómo era su casa? —preguntó por el pasillo.

El *rex* sonrió divertido.

—Tapa las portadas de las novelas de amoríos con fajas de libros que recibieron el Nobel. —«Eso ya lo sabía. Reseña libros a todas horas, los románticos incluidos»—. Y tiene uno de esos calendarios con frases motivadoras, como «hoy va a ser un gran día», pero yo juraría que se lo regaló alguien especial y por eso lo puso… O porque tiene un sentido del humor muy retorcido. —Le lanzó una mirada salaz—. Y parece que colecciona lencería. Tiene tres cajones solo para la ropa interior.

Eso último era lo que menos le sorprendía, si bien no le gustó saber que Valthessar había estado revolviendo entre sus prendas íntimas.

Xaphan se frotó los muslos, reuniendo el valor para hacer una pregunta vergonzosa.

—¿Y su baño? ¿Por casualidad viste qué…? —Carraspeó—. ¿Qué perfume usa?

Le alivió que Valthessar no se extrañara ni le juzgara por su avidez.

—*Black Orchid* de Tom Ford —contestó con las manos metidas en los bolsillos—. Y se lava el pelo con un champú de ortigas de la farmacia. Me pareció curioso el contraste, porque la colonia es cara y lo otro está tirado de precio. Lo que también es llamativo…

Valthessar no terminó la frase, pero Xaphan captó el pensamiento.

«… es que tiene dos geles, para mujer y para hombre, igual que guarda dos tipos diferentes de café en la alacena, como si alguien viviera con ella, o alguien especial la visitara a menudo y le gustara tenerlo todo listo para su llegada. Son cuatro cosas muy puntuales, muy concretas».

Le extrañó el detalle. Estaba seguro de que no tenía a ningún hombre de preferencia. No era la clase de persona que echaba a cajas destempladas a sus amantes; sí, podía llegar a ofrecerles una taza de café por la mañana, pero no se tomaría la molestia de adquirir una marca diferente. Xaphan daría su vida por ello.

Quizá fuera para su padre, pero no había mencionado que hubiera portarretratos en la casa, y tampoco guardaba imágenes con un hombre mayor en la memoria del móvil. Si tuviera que adivinar su relación con él basándose en la manera en que rehuía al género masculino después de utilizarlo para su placer, diría que no mantenían un vínculo estrecho.

Valthessar se había callado de pronto al llegar al salón, donde Mara y Citlali estaban esperando preparadas para salir. Ya había sido informado de que Mara se uniría al concierto, pero no le quitaba lo chocante a verla arreglada para la ocasión.

Xaphan se acercó discretamente a Valthessar y posó una mano en el centro de su espalda. Se concentró en la afectación que había visto en su semblante para librarlo de un arrebato de melancolía insoportable. No se hizo cargo del deseo que estalló dentro de él; había emociones con las que Xaphan prefería no tener que lidiar por el bien de su paz mental, y en el fondo guardaba la esperanza de que la lujuria uniera a Valthessar y a Mara de nuevo.

Se acercaron a ellas con tiento, como si fueran animales peligrosos. Mara se había pintado los ojos de negro, un ahumado total, y se había echado para atrás el pelo engominado de manera que parecía que acabara de salir de la ducha. Llevaba unos pantalones cortos de cuero, a juego con la chaqueta con tachuelas, y lo combinaba con unas medias rotas y unas Dr. Martens.

Citlali era igual de fanática del negro, pero más femenina. Lucía un vestido de gasa con una raja en la pierna, unas botas de caña alta con tacón, y se había pintado los labios y las pestañas del mismo tono púrpura.

Mara se giró hacia Valthessar y lo miró de arriba abajo.

—Entonces los rumores son ciertos —comentó con voz ronca y una pequeña sonrisa—. Te va el rock británico.

—Parece que a ti también —respondió él, metiendo las manos en su propia chaqueta de cuero. Xaphan sonrió por la casualidad: cualquiera habría dicho que se habían puesto de acuerdo para ir a juego.

—¿Desde cuándo eres tan accesible y estás dispuesto a divertirte? —bromeó ella, aunque era inevitable que se filtrara una nota de rencor.

Él suspiró.

—Lo creas o no, Mara, aprendo de mis errores.

—¿Cuál has decidido enmendar? ¿El de ser un aburrido?

Valthessar lo tomó como lo que era, una broma amistosa al estilo cruel de Mara, y meneó la cabeza con una sonrisa.

—Ese mismo.

—Me alegro —le dijo de corazón. Se giró enseguida hacia su hermana, como si no soportara la interacción por mucho tiempo. Xaphan lo leyó en su mente sin querer: ya había cumplido la pequeña meta del día, que era entablar una breve charla banal con el *rex* para intentar suavizar las tensiones—. ¿Nos vamos?

Justo cuando pretendían encaminarse hacia la puerta, oyeron el sonido de un par de zapatos bajando las escaleras principales con precipitación. Todos se dieron la vuelta para ver cómo Renyi sacaba el teléfono móvil del bolsillo del vaquero roto, y para no perder detalle del brusco cambio de expresión en el rostro de Samael, que se detuvo al pie de la escalera como si acabara de ver un fantasma.

—¿A dónde…? —balbuceó, mirando a Citlali de arriba abajo—. ¿A dónde vais?

—Yo al concierto de los Arctic —contestó Renyi con la vista clavada en la pantalla iluminada del móvil. Se había pintado los ojos —. Pero no es que eso sea de tu incumbencia.

—¿De los Arctic? —repitió Valthessar—. ¿Desde cuándo?

Renyi alzó la mirada como si le extrañara la pregunta.

—Pillé la entrada el año pasado, en cuanto salió anunciado el tour. —Dicho aquello, cruzó el salón con las manos en los bolsillos.

—Nosotros también vamos —anunció Valthessar. Y luego agregó con sorna—: Por si te interesa.

Mara miraba al guerrero samurái con sospecha. Xaphan siempre había admirado su capacidad para captar al vuelo los tormentos amorosos que los miembros de El Séptimo Círculo llevaban dentro. Él también se había percatado de que parecía tener una cita.

—¿Y vas solo? —inquirió Mara con desparpajo.

Renyi ya estaba sujetando la puerta de entrada.

—Me dejaré encontrar si alguien me busca. —Sonrió como si la

idea que iba a plantear le pareciera ridícula, y empleó un tono meloso para apostillar—: Pero podemos ir todos juntitos y hacernos amigos.

—¿Es que va todo el mundo menos yo? —se quejó Samael—. ¡No es justo! Podríais haberlo mencionado en grupo en lugar de ir haciendo planes en voz baja por los rincones de la casa.

—¿Siquiera te gustan los Arctic Monkeys? —se burló Valthessar. pero Samael ya no estaba pendiente de la conversación.

Era evidente que lo que le molestaba era no poder estar cerca de Citlali cuando vestía un traje bastante provocativo y elegante para tentar a los hombres. No apartaba la vista de ella, y ella le devolvía la mirada con serenidad, tal vez con un fondo de desafío.

Xaphan miró a un lado y a otro, sin saber muy bien qué esperaba que sucediera, pero ansiando que ocurriera algo. Su vida era una habitación vacía con una sola ventana, y se había acostumbrado a vivir a través de lo que veía cuando se asomaba.

Pero no pasó nada. Él apretó la mandíbula, conteniendo el impulso de revelar sus pensamientos —«¿Por qué no me has invitado? ¿Por qué no te quedas conmigo?»—, y le lanzó una mirada anhelante y al mismo tiempo rabiosa a Citlali. Luego se dio media vuelta para volver a subir las escaleras.

Xaphan observó que Citlali suspiraba sutilmente antes de encaminarse al coche.

Se arrepintió enseguida de haberse dejado convencer para asistir al concierto. Le encantaba la música, pero podía sentir la decepción de Citlali como si fuera suya, tendría que estar pendiente de los sentimientos de Valthassar para aplacarlo si fuera necesario, y la desesperación y el dolor que emanaba Mara, un dolor que no sabía cómo diablos la tenía en pie aún, le acabaría produciendo una jaqueca insoportable al final del día.

Sería una noche complicada, una noche en teoría pensada para el ocio, pero en la que trabajaría más que nunca.

En esos casos, solía alegrarse de que La Magna le hubiera prohibido el amor, porque eso era lo que le había prohibido en realidad, no su manifestación física. Muchas veces se había sentido dichoso de no ser vulnerable a toda esa algarabía de sentimientos encontrados. Pero ya no tenía ese consuelo, porque, por primera vez en su vida, también tenía que hacerse cargo de sus propias emociones.

Y debía admitir que era incluso más terrible de lo que había pensado.

Capítulo XX

Stabas preciosa

Citlali miró el mensaje del número desconocido y supo en el acto de quién se trataba. En un primer momento suspiró y pensó en apagar el teléfono para empaparse del ambiente festivo. La marabunta de asistentes ya había devorado al pequeño grupo. Se encontraban en el corazón de la pista, a merced de los empujones de los fanáticos, que iban armados con sus pancartas de amor hacia Alex Turner y sus camisetas con la portada del último álbum.

Nunca le habían gustado los espacios reducidos, el olor a sudor y a diferentes colonias que se concentraba a su alrededor, ver limitados sus movimientos por miedo a clavarle el codo sin querer a un pobre asistente, y eso por no mencionar el dolor de pies después de pasar horas en la misma posición. Pero por el gusto de ver en concierto a sus artistas preferidos, siempre había soportado el sufrimiento, y debía decir que incluso había echado de menos aquellos detalles en sus años en el Autem.

Además; la última vez que había asistido a un concierto, lo hizo con su madre.

El recuerdo la hizo sonreír con nostalgia.

Mara, que hasta el momento había estado sometiendo a Valthessar a un tercer grado sobre sus temas preferidos del disco, cazó el mensaje de Samael con el rabillo del ojo y gritó para que la oyera:

—¡Respóndele! ¡Hazle sufrir!

Citlali se mordió el labio.

—¿Qué le digo?

—¡Algo como…! ¡«Y si hubieras visto lo que llevo debajo, ya te habrías vuelto loco»!

Citlali arrugó el ceño.

—¡Yo nunca diría eso! ¡Se notaría que has contestado tú!

—¡Pues dile algo de tu cosecha, pero no lo dejes en leído! ¡El pobre lo intenta!

Era verdad que El Séptimo Círculo casi al completo pensaba en Samael como un «pobre» diablo debido precisamente al claro rechazo que Citlali manifestaba hacia él. Sin embargo, a ella le costaba percibirlo de aquella manera. Le costaba asociar la idea de miserable o pringado a un hombre que medía un metro noventa, tenía los ojos más

verdes del mundo y, en definitiva, un físico por el que todas las mujeres que la rodeaban se echarían a llorar.

Por curiosidad, pulsó el perfil de WhatsApp para echarle una ojeada a su foto. Tuvo que tragar saliva al comprobar que aparecía sin camiseta.

Citlali siempre había pensado en esa clase de hombres exhibicionistas como unos chulos insufribles, pero, desde luego, Samael tenía razones para creerse modelo de ropa interior.

Podrías habérmelo dicho allí mismo.
¿O todavía te estás recuperando de la
supuesta humillación de esta mañana?
Y ¿de dónde has sacado mi número?

M lo ha dado Valthessar.
T molesta ke te escriba?

No.

Ok. Ke estás haciendo?

Citlali sonrió a su pesar. Le costaba no sentir ternura hacia él. Era verdad que lo intentaba, a su manera torpe e inadecuada.

Ya sabes qué hago, dónde estoy
y hasta lo que llevo puesto.
¿Qué haces tú?

Citlali esperó su respuesta mordisqueándose la uña del dedo pulgar.

Stoy tumbado en la cama escuchando
a los Arctic Monkeys esos, y guay.
No entiendo muy bien xke sería
poético decir ke kieres ser la aspiradora
de alguien y limpiar su polvo, xro
supongo ke las mujeres chillarían
enloquecidas cantara lo que cantara el tal
Alex Turner

T gusta ese tío? Ese es
tu modelo de hombre?

No está mal.

Me puedo cortar el pelo
como él, si kieres

La verdad esk me stoy
cansando del pelo largo

Citlali puso los ojos en blanco, exasperada, pero de alguna manera le pareció entrañable que se le hubiera ocurrido una idea tan rocambolesca, igual que cuando se ofreció a quemar sus cómics. Sabía que, para él, ninguna petición sería descabellada, tan desesperado como estaba por agradarla.

Mara la había incitado a aprovecharse de sus circunstancias para ser una tirana, pero Citlali no se sentiría bien manipulándolo. Ni siquiera estaba convencida de quererlo cerca aún, a pesar de haber aceptado sus disculpas.

No. Tu pelo está bien.

De hecho, le daría una pena terrible que se lo cortara.

Grax

Si te sirve de algo, el mejor disco de los Arctic Monkeys, casi por unanimidad, es AM. Y mi canción favorita es *Arabella*.

La escucharé + tarde con detenimiento. Ahora lo tengo puesto de fondo solo xk me estoy acabando de leer *CREPÚSCULO*

¿Qué? Es broma, ¿no?

K va. Cuando mencionaste a Edward Cullen sentí curiosidad, lo busqué en Internet y descubrí ke se trataba de un personaje de una novela de vampiros, así ke me lo stoy leyendo.

La protagonista es + tonta ke escupir para arriba, no?

La verdad es que nunca he entendido por qué se enamoró de ella.

Ya ves. Ni ke fuera médium, medio maga, guerrera divina y, además, hermana de Mara, ke eso debe convalidar una estancia en el infierno.

Citlali se cubrió la boca para no soltar una carcajada.

Mara lanzó una mirada curiosa por encima del hombro de Xaphan, con el que estaba hablando ahora. Preguntó cómo iba la conversación enarcando una ceja inquisitiva.

Citlali se limitó a levantar el pulgar.

No te metas con ella.

Es ella la ke se mete conmigo

Todo el mundo se mete contigo.

Menos tú

Aunque me das razones.

Stoy intentando mejorar, coño

Pues empieza con la ortografía.

Vale, milady.
¿O prefieres VUESTRA MERCED?

Eres muy tonto.

Venga, dime, ¿te gusta más
Edward o Jacob?

Jacob no sale tanto, xro a mí
kien me gusta es una tal Alice.
Es simpática y un poco rarita

Como tú

¿Eso era un cumplido?

Sip. Me cuesta menos escribirlos,
pero aprenderé a decírtelos

Citlali se derritió en contra de su voluntad.

Sí que era soberano el poder de La Magna, instándola a enamorarse de un completo capullo.

No ha empezado el concierto todavía?

No.

OK.
Oye, t puedo pedir un favor?

Verás.

Citlali se quedó mirando el interminable «escribiendo» hasta que comprendió que había escrito y borrado el mensaje unas cuantas veces, porque la petición que recibió fue más bien breve.

Podrías no liarte con Valthessar?
Sé k no estoy en posición de pedirte
nada, xro te lo agradecería de corazón

A Citlali le hizo gracia la solemnidad del mensaje. No se lo imaginaba burlándose de ella, ni siquiera siendo consciente de su exageración. Samael era, en general, tan poco consciente de sí mismo, de la ternura que se le escapaba a veces, que resultaba entrañable.

¿De verdad me imaginas liándome
con Valthessar delante de mi
hermana? No tengo deseos de muerte.

Citlali fue a teclear una respuesta extra, pero en el último momento se lo pensó mejor.

Miró a su alrededor, recordando que estaba en un concierto y debía disfrutar, no entretenerse con mensajitos. Interceptó a Renyi conversando con una chica que se le había pegado como una lapa; desde luego, al penitente no le costaba encontrar una mujer dispuesta con la que pasar el rato. Xaphan, Mara y Valthessar mantenían una conversación a tres que parecía distendida.

Pensó en la que ella había mantenido con su hermana unas horas atrás, en los consejos que le había dado basándose en su propia experiencia, y luego se acordó del gesto de perro pachón con el que había dejado a Samuel al pie de la escalera. Lo imaginó con el ánimo alicaído en su dormitorio, hojeando *Crepúsculo* sin poder dejar de pensar en el concierto al que no le habían invitado.

Envalentonada por el ambiente festivo, la birra de botellín que había aceptado tomar antes de entrar y sus propios deseos, que, por lo visto, no había logrado enterrar a la suficiente profundidad, agregó:

Además, como ya sabes, el único
hombre por el que me siento atraída eres tú.

Pues no me voy a oponer
si a partir de ahora empiezas
a demostrarlo, la verdad

En realidad soy tímida, ¿sabes?
Yo no tengo ningún tipo de experiencia.
Y, obviamente, no voy a premiar con
mis labios ni con mi cuerpo a un capullo
como tú.

Si no me quieres premiar, castígame.
Utilízame como si fuera un pedazo de
carne y luego deséchame sin miramientos

Eso sería una crueldad.

Prefiero ke seas cruel conmigo a ke no
me mires dos veces. Esa es la mayor
crueldad de todas

Cada vez que te pones romántico, me
imagino a La Magna inclinada sobre tu oído,
chivándote lo que tienes que decirme.

Si me chivara algo, no diría solo gilipolleces.
A mí también me pesa no ser una buena
compañía, sabes? Ahora hasta Valthessar
es la alegría de la huerta, y yo sigo siendo un pringado

Xro bueno, que te aseguro ke nadie me chiva nada,
Dag está con su novia. Yo stoy solo en la habitación,
aunke ojalá no lo estuviera. Ojalá tú estuvieras conmigo.
Aunke me pongas nervioso como a un hijo de puta

Citlali se mordió el labio sin saber qué pensar.

No paro de pensar en tu vestido.
Si fuera el cantante y te viera entre
el público, te subiría al escenario conmigo
y te daría un beso de tornillo de esos ke luego
se hacen virales en Internet

¡Qué tonterías dices!

Si quieres k me calle, me callo

Es solo que no estoy acostumbrada a
que me halaguen. Es agradable saber
que le gustas a alguien, independientemente
del porqué.

Apuesto mi alma a ke en este momento
hay por lo menos un tío entre el público
mirándote fijamente, esperando ke empiece
el concierto para pegarse a ti y bailar

La música de los Arctic Monkeys no es
bailable. A no ser que vayas hasta
arriba de drogas, supongo.

Pues no t drogues, k luego peleamos y es
malo xra la salud. Y tampoco bailes con

muchos tíos restregones, anda. Vamos, k
te lo pases bien, xro no sé, no te pases.

No quiero ser un controlador de esos, xro
eske me imagino a alguien cerca tuyo y
me pongo enfermo, te lo juro. Me duele
el corazón

Citlali se estremeció al leer aquella declaración.

Se dice «cerca de ti», no «cerca
tuyo». Y no exageres.

No estoy exagerando. Con lo fanática religiosa
de La Magna ke eres, deberías saber
mejor ke nadie los efectos que tienes sobre mí.
He leído que, cuanto + vulnerable es el
penitente en cuestión, más intensamente vive
las emociones. Supongo ke una vez más demuestro
ke soy un guerrero mediocre que carece de
autocontrol y de disciplina para manejar sus propios
sentimientos. Si no, a lo mejor podría pasar de ti

No eres mediocre en absoluto.
No sé quién te ha hecho pensar eso.
No creo que fuera la diosa, porque te
tiene muy alta estima, y lo que te
diga Ella es lo único que debería importarte.

Tambn me importa en ke estima me tengas tú

Citlali, te lo tengo ke preguntar solo para
quedarme tranquilo, para no sentirme tan solo.
No piensas en mí nunca?

Claro que pienso en ti, no soy inmune.

Los dedos le temblaron antes de animarse a confesar lo que estaba empezando a causar estragos dentro de ella.

Te deseo.

Esperaba que contestara un sencillo «yo también» y ahí acabará la conversación, pero la pantalla se iluminó con una llamada entrante.

Con los dedos temblorosos por la indecisión, descolgó y se acercó el teléfono al oído.

—No te voy a escuchar si hablas. Hay mucho ruido.

—*Tonterías.* —Oír su voz ronca tan cerca le erizó el vello—. *Tienes los sentidos hiperdesarrollados. Podrías escuchar una bomba en Japón.*

—¿Por qué me has llamado?

—*Porque quiero que vengas conmigo. Ahora. Mientras hablábamos estaba conduciendo hasta el concierto.*

—¿Qué? ¿Has conducido mirando el móvil?

—*Soy inmortal, no me voy a matar si me estrello.*

—¡Pero a lo mejor matas a alguien, Samael!

—*Es verdad, no lo había pensado. Perdón. Bueno, que estoy en la puerta. Sal y déjame abrazarte.*

Citlali se llevó la mano al pecho, donde notaba un nudo de congoja. Había un deseo tan puro y desesperado en su voz que no podía sino sentirse identificada, presa del mismo dolor con fácil solución.

—*Citlali, por favor. Sabes que no tiene sentido apartarme de ti porque al principio me negara a aceptarte como lo que eres* —le decía en voz baja—. *Solo estaba haciendo el gilipollas. Es mi especialidad. Pero puedo dejar de dar asco, te lo digo en serio.*

Citlali abrió la boca para responder, pero un grito se alzó por encima del ruido de las conversaciones y la distrajo.

Miró directamente al escenario, convencida de que Alex Turner acababa de salir con su cabello engominado y con una de esas camisas escotadas tan propias de los ochenta, pero un segundo grito y el coro de aullidos que se levantó a continuación le hizo caer en la cuenta de que no eran muestras de entusiasmo, sino la señal de que algo terrible acababa de suceder.

Fue a darse la vuelta en busca de Mara, pero alguien la empujó con tanta fuerza que se quedó sin respiración. Soltó el móvil sin querer, y cuando fue a buscarlo entre la oscuridad, vio que el asistente que la había arrojado contra la espalda del tipo de delante lo había pisado sin querer con la suela de sus botas.

Los gritos cada vez eran más agudos y urgentes, y Citlali no podía ni empezar a imaginar qué diablos estaba pasando.

—Algo va mal —oyó que decía Xaphan a su espalda—. Algo va muy mal…

Capítulo XXI

Se estiró para echar una ojeada alrededor, agarrándose el hombro que había sufrido el impacto, y cruzó miradas con un Renyi. Sujetaba por la cintura a una chica con los labios pintados de negro y un agresivo maquillaje de ojos. Citlali no pretendía prestarle mucha atención, pero justo cuando iba a apartar la mirada, una figura sumergida en la oscuridad con nada más que dos piedras ámbar como ojos se cernió sobre ella empuñando un cuchillo que brillaba en la oscuridad.

Citlali abrió la boca para gritar y pedirle que se pusiera a cubierto, e intentó llegar a ella empujando a la gente que había en el camino, pero no lo hizo a tiempo. El engendro le rebanó el cuello desde atrás, y Citlali tuvo que ver con horror que su cabeza rodaba hasta el suelo. Renyi se giró a la velocidad del rayo, aún sujetando su cuerpo inerte. Lo soltó en cuanto comprobó lo que había pasado y extrajo del bolsillo de la chaqueta de cuero una navaja que enseguida fue a clavarle en el costado a la criatura, pero esta fue más rápida que él y se enganchó a su cuello con un violento mordisco que hizo que Renyi aullara de dolor. Se retorció, como si fuera víctima de una posesión demoniaca, y se le quedaron los ojos en blanco.

El engendro cayó por su propio peso después de que Renyi le hundiera la hoja entre las costillas, librándose así de la presión de los dientes. Se llevó allí una mano, jadeando más pasmado que preocupado, y alzó la mirada inyectada en sangre hacia Citlali.

—¡Detrás de ti! —le gritó.

Ella se giró a tiempo para observar con horror que prácticamente todos los hombres que la rodeaban habían dejado de ser fanáticos inofensivos. Habría jurado que los agresores seguían siendo mortales, pero era difícil distinguir la esencia de un engendro en un espacio asfixiante donde se congregaban en torno a diez mil criaturas.

Se agachó antes de que el engendro dirigiera contra ella la hoja, que emitía el peligroso destello azul que convenía temer a los penitentes, y buscó por todas partes algo que pudiera servirle como arma.

Había cometido el error de asistir al concierto sin un triste mechero. Y al pensar en el mechero, evocó la imagen de Mara prendiendo el cigarrillo durante la visita a Telč, y recordó que su hermana estaba allí… y no tenía ni la menor idea de cómo

defenderse.

Golpeó al engendro con el puño en el centro de la cara, le retorció el brazo que alargaba en su dirección y le arrebató la daga que sostenía de un tirón impaciente. Empuñando por fin el acero con un nudo de angustia en el estómago, buscó a su alrededor la coronilla rubia de Mara, pero no halló ni un solo rostro conocido.

¿Y Xaphan? ¿Y Valthessar?

Se vio de pronto atrapada en una marea de cuerpos viscosos, de ojos que centelleaban en la semioscuridad. Intentaba concentrarse en la inminente pelea, pero tenía los sentidos aturdidos por culpa de los intensos olores que se concentraban allí, del ruido de gritos, llantos y ruegos de mortales incrédulos y aterrados que amenazaban con romperle el tímpano. Miraba a todas partes con la vista desenfocada, como un ciervo deslumbrado por los faros de un coche, y ya no solo para localizar a Mara, cuyo nombre aullaba a la espera de una respuesta —un «estoy aquí», una mano en alto, lo que fuera—, sino para intentar contar a los engendros para saber a qué atenerse y prever cuál se arrojaría sobre ella.

Procuró mantenerlos alejados con patadas y empellones, pero Citlali era el centro de un círculo que se iba estrechando cada vez más, dejándola sin capacidad de ataque, sin espacio para alargar los brazos siquiera. Le dio la impresión de que alguien la llamaba, pero los engendros la superaban en altura por mucho; creaban una suerte de muralla inexpugnable en torno a ella. Llegado cierto punto, ni siquiera lograba respirar, atrapada como estaba entre los cuerpos viscosos.

Utilizó el cuchillo para rajar el estómago de uno del ombligo hacia arriba, y con la mano libre se esforzó por concentrarse en un sencillo hechizo de onda expansiva que los empujara lejos de ella, incluso si por el camino se llevaba por delante a la concurrencia humana que se encontrara cerca de su posición, pero no podía invocar la calma necesaria para que la magia fluyera. Citlali nunca había sido un portento de hechicería, tan solo una aplicada principiante. Necesitaba una paz relativa para contraatacar. Una paz relativa que no le iban a proporcionar.

Empezaba a sudar tanto que se le pegaba el pelo a la nuca, y las prendas, al cuerpo. Su muñeca había quedado aprisionada entre el pecho de uno de los engendros y el suyo propio. Citlali abrió la boca para pedir ayuda débilmente, pero una mano blanda le cubrió la parte inferior del rostro y presionó con tanta fuerza que taponó los orificios. Ella intentó debatirse entre los cuerpos, soltó el arma y estiró los dedos con dificultad para atraer las energías.

En una situación de aquella dificultad, tal vez la adrenalina pudiera catalizar la magia. Sin embargo, un intenso dolor en el pecho frustró sus intenciones y apagó las chispas que empezaban a surgir de sus

dedos. Agachó la cabeza, y, aunque no podía ver nada, comprobó que uno de los engendros había sacrificado al mortal que más cerca se encontraba atravesándolo con una fina y larga espada para poder llegar hasta ella.

Citlali ni siquiera vio venir la profunda puñalada que le perforó el vientre de parte a parte.

Dejó de intentar respirar antes de que el aire abandonara sus pulmones, sabiendo que le dolería volver a tomar aliento, y sintió que la consciencia la abandonaba.

No pudo utilizar la mano para taponar la herida. El padecimiento físico la dominó por completo y solo pudo abandonarse al mareo que hizo que le flaquearan las piernas. Pensó que entonces se apartarían para que pudiera desplomarse, y así lo hicieron, porque Citlali sintió que golpeaba la fría y pegajosa superficie del suelo.

El pánico había cundido de tal manera que la pista se había despejado lo suficiente para que Citlali pudiera ladear la cabeza en busca de un rostro conocido.

«Valthessar habrá protegido a Mara», se repetía una y otra vez. «Mara estará bien».

Empezó a convulsionar, presa de los escalofríos, pero aun así intentó convencer a su mano de cubrir la herida para valorar sus dimensiones y las posibilidades que tendría de salvarse. Supo que había entrado en la fase de los delirios cuando sintió que alguien se agachaba junto a ella y decía su nombre antes de meter las manos bajo su espalda para cargarla como un peso muerto.

Citlali no podía moverse. El material mortífero del arma había roto irreversiblemente sus tejidos y empapado su sangre con el veneno que contenía. Solo podía tratarse de una daga azul, o no le castañetearían los dientes, ni sufriría violentos espasmos, ni sentiría que la vida la estaba dejando atrás. Debía de estar abandonándola, al menos, porque reconoció el olor de Samael en el hombre que se inclinó sobre ella para rozar su frente sudorosa con los labios, y su sorpresiva aparición solo tendría sentido en sus sueños.

—Aguanta, por favor… Si aguantas hasta que te ponga a salvo, lograrás recuperarte. Te lo juro, Citlali —oía que le decían. Sonaba como él, como Samael, pero ¿qué hacía allí? ¿Cómo había logrado entrar en pleno zafarrancho?—. Te juro por mi vida que vas a salir de esta.

Capítulo XXII

Samael saltó del asiento trasero del coche y se apresuró a tomar nuevamente en brazos a Citlali, que había dejado de reaccionar a los estímulos. Llevaba todo el viaje sacudiéndola, palmeándole las mejillas, repitiendo su nombre sin cesar. Mara, que viajaba también en el asiento trasero, lo había intentado todo, pero Citlali había perdido el conocimiento.

Alentado por las recomendaciones de Valthessar y de un turbado Xaphan, Samael la tendió con cuidado sobre el sofá. Citlali aún respiraba, aunque de forma irregular. Se aferró a que ni siquiera después de un viaje repleto de baches se había apagado para confiar en que saldría adelante, incluso si todo indicaba que necesitaría un milagro.

Bastó con romper el vestido de gasa a la altura del vientre y revelar la herida para marearse.

—Por la diosa —balbuceó Valthessar, dando un tambaleante paso atrás—. ¿Veis, joder? Soy un aburrido y un aguafiestas por una buena razón —Se pasó una mano por el pelo—. ¡Mirad lo que ha pasado en cuanto me he descuidado!

Mara se había sentado al lado de Samael. Intentaba despertar a su hermana dedicándole palabras cariñosas y acariciándole el pelo cuando oyó al *rex*; entonces se envaró y se dio media vuelta para apuntarlo con el dedo de la mano que no apretaba la de su hermana. Apenas tenía algunos rasguños y salpicaduras de sangre aún fresca que no pertenecía a ella.

—¡A mí no me grites! ¡Yo no lo propuse! ¡Me acoplé a última hora!

—No podríamos haberlo previsto —intervino Xaphan, a fin de apaciguar los humos. Se había apresurado a coger el botiquín de emergencias para atender en primer lugar la herida del cuello de Renyi. Que no se hubiera acercado a Citlali solo podía significar que no confiaba en que la salvaran ni sus habilidades médicas ni un milagro divino—. El Enclave nunca ataca en lugares públicos y tan concurridos. No matan por matar; se supone que solo buscan reclutas.

—¿Y qué quieres decir con eso? —replicó Valthessar con una nota de pavor en la voz—. ¿Que nos estaban buscando a nosotros? ¿Que sabían que estaríamos allí desarmados?

—Es probable —murmuró Xaphan, apesadumbrado.

—¿Cómo coño va a ser eso posible? —bramaba el *rex*, cada vez más fuera de sí, como si estuviera despertando tras un largo sueño bajo los efectos de un sedante potente—. ¿Cómo pueden saber nuestros horarios, los eventos a los que vamos a asistir? ¿Ahora contamos con un escucha?, ¿con un traidor?

—¿No podemos pensar en eso en otro momento? —sugirió Mara, atragantándose con las lágrimas de horror que no llegaban a salir de sus ojos—. ¡Mi hermana se está muriendo!

—No se va a morir —rugió Samael, tratando de detener la hemorragia. Presionaba con fuerza la herida y daba la impresión de que así obtenía un resultado favorable, pero bastaba con dejar de apretar para que saliera de nuevo a borbotones, cada vez más oscura. El acero azul la estaba calcinando por dentro—. No se va a morir, joder, no se va a morir… ¡Xaphan! ¡Ven aquí, maldito seas!

—¿Estarás bien? —le preguntó el requerido al conmocionado Renyi, que estudiaba la escena sumido en su habitual silencio fúnebre. Le había tapado la herida del cuello con un esparadrapo; por lo demás, estaba intacto.

Renyi asintió con la cabeza sin mirarlo, y Xaphan voló a los pies del sofá donde habían tendido a Citlali.

Samael observó con espanto que el sereno penitente tragaba saliva al ver la herida.

—Esto… esto no tiene buena pinta. La han apuñalado con acero azul.

—Es imposible —se negó Samael, aun cuando era obvio que aquella no era una herida superficial. Sujetaba a la empírea por la cintura con firmeza, como si temiera que la gravedad no hiciera su trabajo y, al soltarla, saliera volando—. Requisamos todas las dagas desde que supimos que tenían… que habían… que las habían robado.

—Es evidente que se quedaron por lo menos con una. —Xaphan la incorporó lo suficiente para confirmar que la habían perforado de parte a parte. Presionó los párpados cerrados—. Samael… No va a sobrevivir.

—¡¿Qué cojones estás diciendo?! —aulló Mara, cerniéndose sobre él—. ¡Tienes que hacer algo! ¡Tú puedes hacer algo! ¡Uno de tus milagros! —Su tono exigente fue sustituido por un ruego lloroso—. ¡Xaphan, por favor…!

El sanador se llevó las manos a las orejas, como un niño asustado, y se las cubrió con los ojos cerrados antes de girarse hacia Samael.

—Solo habría una manera de salvarla, pero es cruel. *Muy* cruel, dadas las circunstancias entre vosotros.

—¿Cuál? —gimió, desesperado. Lo agarró con fuerza del hombro —. Dime cómo.

—Tu sangre —resolvió con llaneza—. Si eres su penitente de

verdad y ella es tu *anandha*, tu sangre tendrá poderes curativos en su sistema. No creo que baste, por otro lado, porque la sangre solo es regeneradora hasta cierto punto y esta es una herida muy aparatosa. Mortal, de hecho. Pero por intentarlo…

Samael lo dejó hablando solo. Se levantó con decisión y fue hacia la cocina para agarrar el primer cuchillo afilado que encontró entre la cubertería. Se rajó la muñeca de un tajo y se la cubrió para que la sangre no se derramara mientras regresaba a los pies de Citlali.

—¡Espera! —lo detuvo Valthessar con la mano en alto—. Sabes lo que eso va a provocar, ¿no? La sangre os vinculará como pareja, y si la toma en un momento de vida o muerte, a partir de hoy podría necesitar consumirla a diario solo para sobrevivir. No podrá despegarse de ti.

—Puedo vivir con eso —le cortó, acercando la muñeca a los labios entreabiertos y cuarteados de Citlali.

Xaphan lo detuvo agarrándolo del brazo.

—Pero ¿puede ella vivir con eso? —inquirió con forzada gentileza. Miraba a Samael con severidad—. ¿Estaría dispuesta? ¿Daría su beneplácito si estuviera consciente? Samael, Citlali no te ha concedido su aceptación. No te ha entregado ni su cuerpo, ni su afecto, ni su sangre. Es una crueldad que tomes esta decisión en su lugar cuando estando en sus cabales ella no ha dado la impresión de que quiera…

Xaphan se calló cuando Samael logró deshacerse de su agarre, situó la herida abierta en la boca de Citlali y esperó a que la sangre empezara a empaparla. Todos observaron con el aliento contenido —el sanador con triste resignación— cómo el líquido caliente resbalaba hacia la lengua de Citlali e iba llenándole la boca hasta que, para no atragantarse, se vio forzada a tragar.

—Podría no funcionar, además —le recordó Xaphan en voz baja.

—¡Cállate, joder! —rugió Samael.

—¿Qué ocurre? —preguntó una voz masculina proveniente de la escalera.

Luvart bajaba los peldaños con el ceño fruncido, peinándose la media melena despeinada con los dedos. De cerca le seguía una extrañada Reyyan. No llevaba nada más que una camiseta tres tallas más grande. Ambos parecieron despertar de un sueño cuando repararon en el ánimo que imperaba en el salón, especialmente la hechicera, que saltó los dos escalones restantes y se apresuró a valorar la herida de Citlali.

—Oh, no —musitó, mordiéndose el labio—. ¿Cómo la estáis tratando? —Arrugó el ceño al tocar los labios salpicados de Citlali y comprobar, rozándose los dedos, que el líquido espeso era sangre. Miró a Samael—. ¿Le has dado…? No sé si eso…

—¿No puedes hacer algo tú? —sollozó Mara, alargando un brazo

hacia Reyyan para rogarle con los ojos inundados—. ¿No existe ningún… truco de magia?

—Puedo intentar un hechizo reparador —propuso, colocando las dos manos sobre el vientre de Citlali—, pero no os prometo nada.

Samael nunca había sido testigo en primera persona de la magia de Reyyan. Sabía que se trataba de la Sehara encarnada, y que la Sehara había sido y seguía siendo la hechicera más relevante de la historia del Autem, la codificadora de la magia tal cual se conocía y practicaban en la casta sacerdotal. Por fuerza debía tratarse de una criatura con una habilidad especial. Sin embargo, su aspecto frágil hacía que olvidara a menudo que un poder como ningún otro residía en su interior, incluso que a veces la mirara y se preguntara qué hacía allí.

En ese momento comprendió que había errado al infravalorarla.

Observó que cerraba los ojos y, sin llegar a tocar la herida de Citlali, convocaba en voz baja un hechizo en el idioma de las runas. Sus dedos emitieron chispas color púrpura conforme iba moviendo las manos igual que si estuviera sosteniendo aguja e hilo; aguja e hilo invisibles para el ojo humano que fue utilizando para reparar los tejidos dañados con la precisión de un cirujano.

Solo al ladear la cabeza, pasmado por el milagro que estaba presenciando, Samael observó que un finísimo cordel celeste parecía colgar entre sus dedos, y que era esa ilusión de hilo de costura formado por partículas eléctricas lo que estaba salvando los órganos de Citlali.

Reyyan sudaba y tenía dificultad para respirar conforme avanzaba el proceso, como si tuviera que sacrificar su propia fuerza para revitalizar a Citlali. Luvart, que no solo la entendía, sino que también debía de estar sintiendo su dolor, la sostenía por la cintura y la miraba con fijeza, vigilando que su rostro no se contraía en una mueca o le mandaba una señal de crisis que le haría intervenir en el acto.

Cuando hubo terminado la reconstrucción interna, Reyyan dibujó sobre el vientre de Citlali una línea con el índice con la que cerraba la grave incisión. La cicatriz destacaba sobre su ombligo por la extraña tonalidad cerúlea que se asociaba con las heridas de acero azul. Tenía la piel de alrededor inflamada por la quemazón de la hoja; piel que, si Samael no se equivocaba, se iría escamando con el paso de los días hasta dejar una marca espantosa.

Ni los penitentes, ni los seráficos, ni los empíreos lograban cicatrizar una lesión provocada por el acero mortal.

La mayoría ni siquiera vivía para contarlo.

—Un trabajo precioso, Reyyan —la felicitó Xaphan, mirándola con orgullo y veneración.

Ella sonrió con los labios cuarteados. Parecía haber perdido peso en

el proceso, incluso había palidecido y sus ojos habían adquirido un preocupante brillo vidrioso, como si hubiera entrado en un estado febril.

Luvart actuó con la naturalidad de quien estaba acostumbrado a vivir situaciones de aquella gravedad. Se incorporó y tomó de la mano a la desvalida Reyyan para acercarla a su pecho.

—Solo te quedan unas horas en tu cuerpo —murmuró, acariciando el borde de su oreja con el pulgar—. Cuando estés descansando conmigo, te recuperarás.

—Lo sé —musitó—, pero no podemos irnos ahora. Hay que vigilar a Citlali.

—¿Se recuperará de verdad? —logró articular Mara, que se había quedado pasmada admirando el hechizo—. Parece que lo hará. La herida apenas es visible, y… Joder, Reyyan, ¡cómo te quiero! —sollozó antes de abalanzarse sobre ella para estrecharla afectuosamente.

La muchacha se ruborizó, desacostumbrada a las muestras de cariño fuera de su relación, y le palmeó la espalda sin fuerza en las manos.

—Sufrirá si sobrevive a esta noche. Es posible que tenga alucinaciones y tiritonas, además de lo obvio, que es que se le podría infectar la herida. Pero entre el hechizo de curación y la sangre de Samael, creo que saldrá adelante —añadió con una pequeña sonrisa esperanzada. Miró al aludido—. No podrás dejar de compartir tu sangre con ella. Lo sabes, ¿verdad? Y ni mucho menos en estos momentos en los que tanto la necesita.

—Me hago cargo —le aseguró él con un nudo en la garganta. Agachó la cabeza hacia Citlali para observar con el corazón en un puño su rostro pálido, las venas azules que se hacían notar en sus sienes, en su barbilla. Posó la mano sobre su frente y la acarició desde el nacimiento del pelo—. Yo cuidaré de ella.

En un arrebato de generosidad en el que no se reconoció, se giró hacia Mara, que había estado observando la escena en estado de shock. Las salpicaduras de sangre menos llamativas se habían secado en su rostro, y ahora parecía que se hubiera pintado más pecas de las que ya tenía. También tenía manchado el escote, llevaba el maquillaje emborronado y la ropa medio desgarrada, como si un vendaval le hubiera pasado por encima, pero la corta melena rubia se había mantenido intacta en su sitio gracias a la gomina.

—¿Quieres venir conmigo al piso de arriba? Voy a pasar la noche en su dormitorio para vigilarla, y sé que cuando despierte se alegrará mucho más de verte a ti.

Mara asintió con la cabeza, tan cansada que solo la conmoción la tenía en pie, y esperó a que Samael tomara a la enferma en brazos

para escoltarlo escaleras arriba. Xaphan los siguió también, y aunque estaba furioso con él por haberle puesto el corazón en la garganta con su pesimismo, no se vio en condiciones de negarle que participara en la vigilancia. No dejaba de ser el único penitente con avanzadas nociones de sanación.

Samael depositó a Citlali sobre la cama deshecha, la de *su* dormitorio y no el de ella, y, como si solo estuviera dormida y no deseara importunar su sueño, fue cuidadoso al bajar la cremallera de las botas, que luego dejó junto a la ventana con tanta delicadeza que parecía que fueran de cristal.

De pie junto a la convaleciente, se rascó la nuca y miró a Mara sin saber cómo proceder.

—A lo mejor habría que ponerle ropa cómoda, o no sé… Algo que la abrigue. Esta noche hará frío. Puedo irme mientras tú… Ya sabes.

—No creo que sea buena idea toquetearla mucho en estas circunstancias. Es mejor dejar que la herida repose —repuso Mara, mirando a Citlali con una emoción indescifrable—. Bueno, en realidad no sé si es lo mejor. Solo hice un año de enfermería en la universidad y luego lo dejé.

Suspiró y se dejó caer sobre una silla que había arrastrado desde la otra punta de la habitación. Sus rodillas tocaban el borde de la cama. Apoyó los codos sobre los muslos, la cabeza sobre las manos, y permaneció en aquella postura que indicaba su cansancio y su desesperación durante un buen rato.

Samael ni siquiera se atrevía a sentarse. Sentía que había violado los deseos de Citlali al obligarla a beber su sangre, incluso si no lo había hecho movido por el egoísmo, y que velar su sueño sería de una hipocresía imperdonable.

Pero lo perdonaría, ¿no? Comprendería que la situación límite lo había obligado a pasar por alto sus deseos.

—Vete a descansar, Mara —le sugirió Xaphan con voz cálida, estrechándole un hombro—. Tu cuerpo no va a soportar una noche en vela después de lo que ha sucedido. Yo no podría dormir ni aunque quisiera, y creo saber cómo actuar si despierta delirando. Soy la persona perfecta para vigilarla.

—No —replicó con rotundidad, alargando una mano hacia Citlali —. Quiero quedarme aquí. Pero agradeceré que tú también lo hagas por si en algún momento necesito ir al baño. No quiero que se quede sola ni un momento.

Eso último lo dijo mirando con fijeza a Samael, dándole a entender que el mensaje también iba dirigido a él. El penitente solo asintió con la cabeza, transmitiéndole que lo había comprendido y que no había otro sitio en el mundo en el que prefiriera estar. Ella tuvo que quedarse tranquila, porque suspiró y se reclinó en el respaldo. Incluso

se animó a esbozar una sonrisa incrédula.

—Quién me lo iba a decir, cuñadito, cuñadito… —comentó por lo bajo, meneando la cabeza—. Espero que te comportes como corresponde y no la cagues. Se supone que vas a ser su primer y último novio. Más te vale ser lo bastante bueno para compensar todas las experiencias que se perderá por culpa del vínculo.

A Samael no se le había ocurrido verlo desde esa perspectiva. Cuando Citlali le confesó que aún era virgen y le repitió vía mensaje que era tímida e inexperta, no se le ocurrió mirarla de hito en hito por lo extraño de no haber vivido ninguna experiencia sexual ni en el mundo terrenal ni en el sobrenatural, y ni mucho menos regocijarse en el hecho de que sería el primero en tocarla. No tenía ninguna opinión al respecto, a decir verdad. Simplemente, su confesión le sirvió para conocerla mejor. Pero ahora no podía evitar estremecerse de preocupación por las elevadas expectativas que se habría formado tras una vida entera esperando al hombre perfecto. Ya le había insinuado que ansiaba a un personaje de novela, y Mara lo estaba mirando como si esperara que se convirtiera en el príncipe azul. Y él… Él ni siquiera sabía aún de qué manera dirigirse a Citlali. Todas las veces que lo había intentado con anterioridad había fracasado con estrépito.

Samael tragó saliva y miró a la muchacha, que ahora sí dormía. Comprendió que tendría que arrastrarse sobre las rodillas y tragarse todos los recelos que sentía hacia Mara para que esta le ayudara en sus propósitos.

Al final era cierto aquel lema que entonaban los mortales: «Todo vuelve». El karma le estaba haciendo pagar por haber sido un auténtico incordio para la que fuera la mujer del *rex*.

Samael suspiró e inquirió:

—¿Tienes alguna idea de por dónde podría empezar?

Capítulo XXIII

Valthessar dio por hecho que se sentiría sobrepasado por los últimos acontecimientos, pero no pensó que le sobrevendrían de pronto cada una de las emociones que llevaba reprimiendo desde que Abraxas fingiera abandonar El Séptimo Círculo y unirse al Gran Grimorio. Se había quedado solo en el salón, caminando de un lado para el otro para desahogar una frustración asfixiante que no hacía sino aumentar con el paso de los minutos.

Parecía que la emboscada le hubiera servido para despertar del agradable letargo en el que había sumido sus sentidos, y tenía su lógica. Él había propuesto asistir al concierto; sin saberlo, había enviado a sus compañeros al matadero. Aún le costaba creer que solo Citlali hubiera salido perjudicada cuando ninguno a excepción de Renyi había acudido armado al pabellón.

Y si pensaba en que aquello mismo hubiera podido ocurrirle a Mara…

Se dijo que el aire fresco le sentaría bien y salió al porche, desde donde se obtenía una vista algo reducida del bosque que bordeaba la casa. Se palpó la chaqueta desgarrada por las uñas afiladas de los engendros en busca del paquete de tabaco, al que se había aficionado en los últimos días, y se dejó caer en una de las sillas de exterior, estilo hamaca, que Dagon había comprado para decorar la entrada.

Después de expulsar el humo de la primera calada, Valthessar cerró los ojos y se frotó el muslo dolorido. Le habían intentado apuñalar aprovechando que estaba ocupado valorando la gravedad de la emboscada, pero apenas recordaba el dolor agudo; este se diluía en la profunda decepción que sentía hacia sí mismo.

¿Cómo había podido ser tan descuidado? No debería poner un pie en la calle sin un cuchillo en el bolsillo, no debería dejarse distraer hasta el punto de no percibir el olor a cloaca que emanaban los engendros. Numerosos civiles habían muerto aquella noche. Valthessar había visto a las bestias del Enclave apuñalando una docena de veces el mismo cuerpo, y cómo los asistentes, al huir en desbandada, pisoteaban cadáveres aún calientes. Había visto a los pobres mortales resbalar con los fluidos. Ya nunca habían podido levantarse. ¿Cuántos habrían muerto arrollados por la acalorada multitud, y todo por el simple hecho de haber tropezado?

Aquel escenario de muerte y devastación ni siquiera era lo peor. Lo

peor era, con diferencia, que Mara lo había presenciado. Valthessar estaba acostumbrado a presenciar escenas sangrientas, pero ella no, y, aun así, la hostilidad del mundo en el que estaba inmerso se ensañaba con la joven y no con él.

Sabiendo que le arrojaría a la cara su misericordia alegando que no necesitaba que nadie se apiadara de su dolor, no se había permitido compadecerla, pero después de lo sucedido no podía sino maldecir al destino por lo cruel que era con ella. Había conseguido alejarse de El Séptimo Círculo, de la muerte y la devastación que venían con el trabajo. Había huido para no tener que habituarse al horror, para mantener intacto su derecho a experimentar emociones y no verse en la obligación de aniquilar el miedo para sobrevivir, de borrar la tristeza, de prohibirse el trauma, y todo para nada, porque el terror la encontraba allá donde fuera.

No podía dejar de pensar en el espanto que había paralizado a Mara cuando un engendro atravesó la garganta de la muchacha con la que había estado hablando hasta el ataque. El cuerpo inerte de la joven había caído hacia delante y Mara había tenido que sujetarlo, utilizándolo como escudo humano sin saberlo, hasta que cayó en la cuenta de que estaba fría y no volvería en sí misma, de que no servía de nada sacudirla y repetir su nombre.

Valthessar llevaba días regocijándose para sus adentros en el hecho de que Mara ya no le importaba lo suficiente como para velar por ella. Esa noche, el Enclave le había arrebatado el orgullo de haber superado la ruptura y haber avanzado un paso hacia la liberación, porque su primer instinto fue abalanzarse sobre Mara para protegerla. No había pensado en nada más.

—¿Tú también te has echado a la mala vida? —oyó una voz femenina a su espalda.

Se giró para confirmar que se trataba de la reina de Roma, la reina de Praga, la reina de su miserable fascinación. No se había cambiado de ropa. Ni siquiera se había limpiado la sangre de la cara, que a estas alturas de la noche ya había formado pequeñas costras en su barbilla y su frente.

—Ah, lo dices por esto. —Meneó el cigarrillo entre los dedos—. Supongo que me gusta el aire interesante que me da.

—Di que sí. Hay que hacer las cosas por la belleza, no por necesidad o por su utilidad.

Le sorprendió que dejara caer con toda naturalidad una pequeña perla de sabiduría. Ladeó la cabeza para observarla aun cuando algo tan sencillo como eso hacía que le doliera el corazón, y vio que sonreía para sí misma al tomar asiento en la hamaca de al lado y rebuscar entre los bolsillos de su chaqueta.

Sacó un grinder con la bandera de Jamaica y lo sacudió en sus

narices con una sonrisita.

—Yo le pongo un poco de misterio a mis pitis. Sobre todo en noches como esta.

—¿«Sobre todo en noches como esta»? —repitió con incredulidad—. ¿Es que estás acostumbrada a vivir noches como esta?

—Pues veamos… —Mara lanzó una mirada pensativa al cielo. No había ni rastro de las estrellas, como si hubieran sabido que una masacre tendría lugar y se hubieran negado a presenciarla—. En los últimos meses, el *rex* de El Séptimo Círculo me tomó como rehén y bajo su ala presencié una explosión en una *rave* de *hippies*. A continuación, uno de sus hombres me dio una buena somanta para vengar la muerte de su esposa. Más adelante, a mi único familiar vivo lo hechizaron para que se comportara como un desalmado, y ya lo creo que lo hizo. Tan solo un tiempecito después, un puto loco del Enclave me interceptó en casa de mis padres, me propinó una paliza e intentó violarme, y ahora casi se cargan a mi hermana en la única noche libre que se habrá tomado desde que empezó a trabajar para La Magna.

»Estoy acostumbrada a las emociones fuertes —agregó, en su característico afán por quitarle hierro al asunto—, pero cuando son TAN fuertes, se agradece un porrazo como el brazo de un culturista para bajar el estrés.

Valthessar se mordió la lengua para no preguntarle si aquello era bueno para ella.

A él las drogas no le afectaban a la salud. Podía abusar de los efectos a corto plazo del alcohol o el cannabis sin miedo a vérselas en el futuro con una cirrosis o una pérdida cognitiva gracias a la maldición de La Magna.

Los penitentes no podían acabar con su vida, y las drogas no dejaban de ser una forma lenta y dolorosa de matarse.

—Siento que hayas tenido que vivir todo eso, pero sobre todo esto último —dijo Valthessar. Aunque no la estaba mirando, supo que Mara le había retirado su atención al proceso de enrollar el papel para dedicársela a él—. No tenía una muy buena opinión de ti por habernos abandonado cuando tu ayuda podría habernos venido de perlas, pero los acontecimientos no hacen sino darte la razón. Somos nocivos para ti. Te acercas solo un segundo a nosotros y ocurre una traumática calamidad.

—Eso es verdad. Pero no es tu culpa —le contestó ella, mirándolo de soslayo mientras lamía el adhesivo del papel con la punta de la lengua—. No tienes que dártelas ni de héroe martirizado ni culparte de cada desgracia que acontece, ¿sabes? Lo que debes hacer es aceptar que las desventuras vienen con el trabajo, que no son resultado de tu mala praxis o de tu pésima suerte. Y no me mires así —le advirtió con

su dedo favorito en alto.

—Así ¿cómo?

—Como si me estuviera poniendo intensa para desplegar mi sabiduría urbana. Si te suelto el discursito es porque se nota que te estás haciendo responsable del ataque.

—Fui el que propuso ir al concierto.

—¿Ves? Eres tan duro contigo mismo que dan ganas de sacudirte. No le pusiste una navaja en el cuello a nadie para que se apuntara, y no tenías ni idea de lo que iba a pasar. Lo que sí te reconozco es que me da rabia haberme gastado un pastón para encima perderme el directo de Alex Turner. Estaría llevándolo mejor si hubieran empezado a pasar a cuchillo a la peña después de escuchar *Are U Mine?*.

Valthessar se rio sin energía.

—Ahí está ella, exagerando para quitarle importancia al asunto. Mara, Mara… —suspiró, frotándose el ceño con los dedos índice y corazón—. No hace falta que bromees. Puedes admitir sin más que estás asustada.

—No tengo por costumbre hablar sobre lo que es evidente. Es una pérdida de energía.

Valthessar ladeó la cabeza hacia ella y la miró a la cara por primera vez desde que se había sentado. Ya se había colocado el cigarrillo en los labios y buscaba un mechero que no encontraba. De últimas, él acabó tendiéndole el suyo.

—Tus sentimientos no son tan obvios como tú te crees.

Mara le devolvió la mirada en completo silencio. En lugar de aceptar el Zippo, se inclinó hacia él en un pedido silencioso que Valthessar obedeció: destapó la llama y prendió el pitillo sin dejar de admirarse en el fondo de sus pupilas dilatadas. El fulgor ambarino del fuego se reflejó un instante en sus ojos celestes. Luego, como si fuera demasiado para ella, Mara giró la cara de forma brusca y volvió a clavar la vista al frente, en la verja que se camuflaba con la oscuridad de la noche.

—Si pierdo a mi hermana otra vez, me volveré loca —anunció con llaneza. Valthessar aceptó su certeza con un asentimiento comprensivo —. Loca de atar. Loca de manicomio. Loca de salir a la calle desnuda gritando que el apocalipsis bíblico se acerca. Tendréis que sacrificarme como a un perro o verme morir a manos mías. ¿Es ese el sentimiento obvio que necesitabas que expresara? —Enarcó una ceja y le ofreció el porro.

Valthessar negó con la cabeza.

—En otra ocasión. Dentro de un par de horas empezará la guardia. Creo que el Enclave nos dará el resto de la noche libre, pero aun así es mi deber estar al frente.

—Tu deber, tu deber, tu deber… —canturreó ella sin ganas,

sacudiendo la cabeza.

El *rex* le dio una calada a su cigarrillo con la mirada clavada al frente.

—¿Sabes? —se animó a decir—. A veces, en un arrebato soñador, me permito creer que puedo descuidar mis deberes e intentar divertirme, pero la vida siempre encuentra la forma de demostrarme que me equivoco: que basta con que baje la guardia para que ocurra una tragedia. Empezamos con Astaroth, y casi acabamos con Citlali. Así que sí: mi deber, mi deber, mi deber. —Se calló y apretó la mandíbula—. Ese es el sentimiento obvio que yo necesitaba expresar, supongo. Lo aireo delante de ti para corresponder, agradecido, tu sinceridad. —Cabeceó hacia ella en señal de cortesía.

Mara sonrió sutilmente y agachó la mirada para ver cómo la ceniza se desprendía del cigarrillo, cayendo sobre los tablones de madera del porche. Soplaba una brisa fría que podría haberlos congelado si no hubieran estado refugiados bajo la marquesina.

—Te voy a contar un secreto, Valthe —susurró, doblándose sobre el costado para quedar más cerca de él. Lo miró a los ojos—. El mundo se va a ir a la mierda contigo o sin ti. No eres tan relevante como para detener el declive del universo o frenar al Gran Grimorio con tus propias manos. Por si no te lo habían dicho antes, aquí estoy yo para aclarártelo: nadie es imprescindible, y tú en concreto no eres tan necesario como te piensas.

—Soy consciente de eso. A la vista quedó —dijo sin pensar.

No hizo falta que la señalara a ella con un gesto de cabeza o con un disimulado aspaviento, porque Mara entendió a qué se refería. Durante un buen rato, no hizo ninguna acotación al respecto. Dejó que el comentario flotara entre los dos sin tensar el aire ni cambiar la atmósfera; lo hizo con la misma ligereza que el humo que expulsaban sus labios. Valthessar no pretendía iniciar una discusión, pero le sorprendió que Mara no recogiera el guante y lo utilizara para abofetearlo, como era su costumbre.

Debía de estar verdaderamente conmocionada.

—Yo sí te necesitaba. Claro que lo hacía —reconoció en voz baja, tan baja que, si Valthessar no hubiera tenido los sentidos desarrollados, no habría captado su confesión. Al mirarla asombrado, la cazó con la vista puesta en el cigarrillo, cuyo extremo manchado de pintalabios jugaba a acariciar con la yema del pulgar—. Durante un tiempo fuiste lo único a lo que podía aferrarme, porque ya no me quedaba familia, ni tampoco tenía una vida humana, aburrida pero estable, a la que regresar. Y huelga decir que tenías razón.

—¿En qué?

La tenue luz de la luna destapó la tensión de su rostro cuando se giró hacia él.

—Nos saboteé yo desde el principio. Te acepté a regañadientes porque no quería necesitarte, ni a ti ni a nadie más, y me resistí a desarrollar sentimientos por ti, por los chicos, por la gente de La Sociedad. —Hizo una pausa para morderse el labio, pensativa, y admirar el escueto paisaje sin verlo en realidad. Se acercó el cigarrillo a la boca, pero siguió acariciando la boquilla con la uña del pulgar. Después de respirar hondo, retomó la palabra con hastío—. Todas las personas que me han importado alguna vez están muertas. Por supuesto que no me apetece querer a nadie más. Ni ahora, ni nunca jamás en la vida.

—Citlali ha regresado —replicó, aunque sin la menor esperanza de consolar una tristeza tan arraigada como la que Mara le estaba dejando entrever.

Observó que sonreía con amargura.

—Esa mujer no es mi hermana. No me vayas a malinterpretar, ¿eh? La quiero, la adoro, y es verdad que se le parece en cierta forma, pero no es la misma. Tiene otros objetivos, unos muy respetables y comprensibles, de acuerdo…, pero no es la hermana que perdí. Ni siquiera le gusta que la llame Rebecca —se le escapó una risita nasal—. El pasado no existe para ella. Así que… No, te equivocas. Mi hermana también está muerta.

Valthessar se lo pensó muy bien antes de optar por decir lo que pensaba.

—Yo soy inmortal. No debería haberte dado miedo quererme.

Ella bizqueó.

—Sí, ya. Eres inmortal hasta que te retuercen una daga de acero azul en el vientre, o hasta que te rebanan la cabeza. Por Dios… —Le lanzó una mirada exasperada en la que brillaba la diversión—. Es descabellado ser la mujer de un soldado en continua guerra en el siglo XXI. Cada noche me sentía como si te marcharas al frente armado con unas tijeras de punta roma.

Valthessar no cabía en su asombro. Mara raras veces bajaba a despedirlo por las noches, y cuando volvía, la encontraba durmiendo con placidez, como si en lugar de a luchar se hubiera ido a jugar al pinball con un grupo de amigos. Ahora comprendía que solo fingía descansar, y que no le decía adiós porque estaba furiosa con él por ponerse en peligro.

—No me digas que te preocupabas por mí. Las guardias son un paseo, Mara.

—Era irracional. —Recogió las piernas hasta apoyar las suelas de las botas en el borde de la hamaca y se abrazó las rodillas con una mano—. Sabía que eras un grandioso guerrero egipcio, pero me asustaba igual. Sabía que no ibas a morirte de forma súbita mientras dormías, y, aun así, me quedaba despierta con el aliento contenido,

vigilando tu respiración. Sabía que no podías abandonarme, porque se supone que me necesitas y me adoras con todo tu ser, pero de todos modos yo…

Valthessar expulsó todo el aire que había estado conteniendo. Alargó un brazo hacia ella para tomar su mano con cuidado. Sintió que se libraba del peso implacable que le impedía respirar con normalidad al entrelazar los dedos con los de Mara.

—Míranos —articuló con la voz ronca, incapaz de responder a su confesión—, hablando como dos personas normales.

—Vete acostumbrando —le advirtió ella con los ojos cerrados, sonriendo—. No tengo energía suficiente para odiarte y se me han acabado los reproches, así que a no ser que las discusiones las empieces tú…

—Prefiero que nos llevemos bien. ¿Crees que es posible?

Mara ladeó la cabeza hacia él, sujetando aún su mano como si en realidad no quisiera llegar a tocarla. Valthessar le sostuvo la mirada con el corazón en un puño, conteniéndose para no retirar su pregunta y hacer otra de veras encarnara sus anhelos, como, por ejemplo, si volvería a su lado algún día. Se disuadió de revelar sus sentimientos recordando el sufrimiento al que Mara le había expuesto largándose sin más, culpándole del daño que Leviathan le había causado y poniendo sobre sus hombros el fracaso de la relación.

Estaba herido. Mentiría si dijera lo contrario. Que Mara lo abandonara no solo supuso un duro golpe para su ego, pues estaba acostumbrado a que las cosas no salieran tal y como le habrían gustado; había estado a punto de matarlo de la pena, y aunque cuando la miraba seguía viendo a la mujer más irritantemente encantadora que caminaba sobre La Tierra, a la única que se dignaría a amar incluso sin esperanza, una parte de él se resistía a dejar ir aquella traición.

Por fin podía decir que la entendía. Valthessar era el primero al que a veces le abrumaban las obligaciones y solo deseaba huir al rincón más alejado del terror de su mundo. Pero comprenderla no lo apaciguaba. Su tristeza al ver en qué se había convertido la relación con Mara era inconsolable.

—Creo que es posible —le confirmó ella en voz baja—. Si ambos ponemos de nuestra parte, claro. No soy de las que se llevan bien con su ex después de una ruptura, pero por el bien de El Séptimo Círculo podría intentarlo. No eres el peor tío con el que he estado.

—¿Has salido con otros asesinos antes?

—Peor: con infieles.

Valthessar se rio entre dientes, disimulando una vez más que no le afectaba el modo en que se refería a él. «No eres el peor tío con el que he estado» no era lo mismo que «eres lo mejor con lo que me he

topado».

Siempre había supuesto que era susceptible a los comentarios de Mara porque lo que cabía esperar de una *anandha* era respeto y afecto, y ella jamás se había mostrado cariñosa, concesora o solo amable. Ni siquiera había respetado su autoridad en El Séptimo Círculo, y nunca le había reconocido sus esfuerzos por llevar las misiones a buen puerto. Pero ahora comprendía que no tenía nada que ver con la magia de la diosa Magna. No era la predestinación lo que había hecho del vínculo algo excepcionalmente intenso, sino el dolor de no haberse sentido nunca a la altura. La sensación de que lo abandonaría tarde o temprano, de que permanecía a su lado por miedo a la soledad o por seguirle la corriente y no porque él pudiera aportar algo hermoso a su vida, no le dio tregua ni un instante. La continua y desesperada necesidad de demostrarle que era digno le había mantenido más enganchado a ella que la certeza de que era su mujer.

Quizá estaban mejor separados, por mucho que su cuerpo se resintiera con la distancia impuesta. Quizá La Magna se hubiera equivocado con ellos, igual que cometió un error al unir a Qadira con Leviathan, y hubiesen sido lo bastante perceptivos para por fin a una relación sin pies ni cabeza antes de que el tren se descarrilara.

Sí, quizá.

Valthessar rompió el contacto con cuidado de no parecer brusco y se levantó. Echó una ojeada al reloj de pulsera. Las manecillas y el movimiento que oyó al otro lado de la puerta, el de los penitentes bajando las escaleras, indicaban que era la hora de marcharse.

Mara lo estaba mirando como si esperara algo, pero él decidió no averiguar el qué.

—Tranquila. No creo que me vayan a matar esta noche. —Le guiñó un ojo con sorna.

—Más te vale.

Le dedicó una sonrisa que ella le devolvió sin apenas energía. Cuando Luvart, seguido del resto de la tropa, abrió la puerta ya vestido para la guardia, Valthessar se encaminó hacia el coche que los llevaría a las inmediaciones.

—Qué conversación tan deprimente habéis tenido —le dijo Luvart en cuanto arrancó.

—No, hombre. —Lanzó una mirada a Mara, que no se había movido de la hamaca y ya no le prestaba atención. Parecía sumida en sus pensamientos—. Ha sido liberadora.

»Por cierto, ¿dónde está Samael? ¿No viene con nosotros?

Capítulo XXIV

Samael nunca soñaba. El ejercicio físico le dejaba tan cansado que, en cuanto tocaba el colchón, se sumía en un sueño oscuro y reparador del que, además, costaba tanto despertarlo que sus compañeros habían desistido de intentarlo y dejaban que él decidiera cuándo levantarse. Aun así, en las escasas ocasiones en las que el subconsciente se había mostrado imaginativo, el sueño en cuestión era tan impreciso que, cuando despertaba, no recordaba un solo detalle. No le daba importancia. Asumía que se trataba de una fantasía irrelevante y carente de significados misteriosos, como tenía entendido que lo eran la inmensa mayoría.

Pero esa vez, después de tenderse junto a Citlali —con cuidado de no rozarla para no hacerle daño— y dejarse arrastrar por el cansancio, la sensación fue diferente. Supo que estaba dormido, porque, aunque no podía verlo, sentía su cuerpo respirando acompasadamente, agradecido de tener un colchón en el que reposar los huesos. Incluso era consciente del agradable roce de la colcha y del cuerpo tibio que descansaba a su lado.

Sabía que no estaba consciente, así que solo una cosa podía explicar que se estuviera viendo a sí mismo de pie, en medio de un paisaje que no reconocía de ninguna vida anterior. Era un sueño muy realista, o tal vez una parálisis.

Llevaba la ropa que se había puesto de forma apresurada para asistir al concierto con la esperanza de que Citlali lo dejara todo para acudir a sus brazos. ¿Y qué hacía allí? ¿Qué era «allí», para empezar?, se preguntó, mirando a un lado y a otro. Agachó la cabeza y observó su nítido reflejo en la piedra negra y a la vez transparente sobre la que estaba erguido. Echó a andar, fijándose con el ceño fruncido en los espejos que le rodeaban a la suficiente distancia para que, al caminar, sus zapatos provocaran un eco ensordecedor. Los espejos, de diferentes tamaños y con marcos de todos los colores, algunos de ellos rotos, flotaban en el aire. No sabía qué iba buscando, solo sabía que no parecía que estuviera avanzando, porque el paisaje no variaba, no terminaba de dejar atrás aquel escenario tan similar a las casas del terror de las ferias.

Pero sí que se movía hacia delante. Lo hizo lo suficiente para reconocer sobre la extraña piedra del suelo un cuerpo tendido boca

arriba.

Sus ropas negras se camuflaban con la superficie, y su rostro pálido destacaba entre aquella oscuridad como una gota de leche en el café.

El corazón le dio un vuelco al reconocer a la criatura. Echó a correr hasta allí. Se dejó caer sobre las rodillas, hiperventilando, y la tomó de las muñecas para comprobar que tenía pulso.

—Citlali, ¿qué pasa? ¿Estás bien? ¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Cómo *hemos* llegado hasta aquí? —se corrigió, lanzando una mirada a donde debería estar el techo o el cielo.

Solo se topó con una oscuridad estremecedora. Eso era lo que lo rodeaba, la profunda negrura del espacio, como si lo hubieran encerrado en una cúpula de cristal tintado. Se vio reflejado en todos los espejos: su rostro aterrado, su postura protectora junto al cuerpo inconsciente de Citlali.

Solo estaban ellos dos, o eso pensó hasta que, en la distancia, distinguió otra figura.

Samael se apresuró a incorporarse para hacer un gesto que captara la atención del desconocido. Este renqueaba hacia él sin energía y con una lentitud que revelaba la debilidad de su cuerpo herido.

Parecía que estuviera al borde de la muerte.

Como Samael no sabía si se trataba de un amigo o enemigo, se quedó donde estaba. Pensaba que su yo del sueño tomaría la decisión de avanzar o retroceder, pero se sentía como si estuviera allí presente de verdad. Aquel no era un sueño tal y como lo entendía. A pesar de estar espiándose desde algún punto del extraño escenario, si pensaba en levantar una mano, la levantaba. Si abría la boca, hablaba. Era tan dueño de sí mismo como cuando estaba consciente, pero no recordaba haberse movido del dormitorio, y ni mucho menos para llegar a un lugar extraño.

Optó por esperar a que la criatura llegara a su encuentro y, mientras tanto, observarla de lejos. En un principio le inquietó su desnudez. No tenía una sola marca de violencia, pero estaba tan pálido y desmejorado que, de alguna manera, supo que estaba muerto o a punto de perder la vida.

Conforme se fue acercando, reconoció sus rasgos faciales. Tenía el cabello blanco y los ojos transparentes. Aún no le había visto pestañear, y le castañeteaban los dientes.

Pensó que se trataba de un holograma. Su silueta se transparentaba con cada estremecimiento, como si la muerte que le esperaba fuera a suceder como en las películas de ciencia-ficción, tan solo desapareciendo de pronto.

—¿Hola? —lo llamó en cuanto estuvo lo bastante cerca. Él no dio muestras de escucharlo—. ¿Me oyes? ¡Eh! ¿Me…?

Se calló al reconocer el rostro de la criatura. Solo podía tratarse de

un seráfico. Sus rasgos lo delataban como tal. Y no era un seráfico cualquiera, porque su cara le sonaba muy familiar.

¿De qué? ¿Lo habría visto en La Sociedad?

—No —se respondió en voz alta—. No…

Era uno de los cadáveres que Xaphan había estado examinando en busca de pistas.

Samael cambió el peso de pierna y miró alrededor, cada vez más nervioso. A medida que pasaba el tiempo, sentía que se le escapaba más información y que no había manera de averiguar dónde estaba ni qué hacía el seráfico allí. Una inquietante idea le asaltó. ¿Y si estaba muerto? ¿Y si había dejado de respirar durante la noche, atacado por algún enemigo o por solo la diosa sabía qué razón, y había ido a parar a la brecha entre el espacio y el tiempo en la que aparentemente habían acabado las almas que no cruzaron por los portales?

El seráfico estaba muerto, de eso estaba seguro. Y Citlali había estado cerca, o a lo mejor habría fallecido durante su vigilancia.

Pero él… Él no podía estar muerto…, ¿no?

—¿Dónde estamos? —le preguntó, cerrándole el paso al seráfico antes de que continuara su camino—. ¡Eh! ¡Respóndeme! ¡Dime qué diablos pasa…!

Samael jadeó cuando el seráfico cruzó a través de él como si no fuera de carne y hueso. No experimentó nada, ni dolor, ni extrañeza, pero enseguida se tocó el pecho y los hombros para confirmar que era sólido como una roca, y que era el seráfico el que había perdido su dimensión física.

Observó que se dirigía a Citlali, a la que fue evidente que podía ver en cuanto emitió un gemido de alivio.

—Por fin… Por fin… —le oía sollozar entrecortado, como si hablara a través de un teléfono sin cobertura.

Samael se fijó con horror en que el seráfico se arrodillaba ante ella y le ponía las manos en el pecho.

—¡Eh! ¡No la toques! —le gritó él.

Echó a correr hacia los dos para ahuyentar al espíritu como fuera, pero en cuanto el seráfico inclinó la cabeza sobre Citlali para apoyarla sobre su frente, un chispazo de luz cegadora deslumbró la totalidad del espacio.

Samael se negó a cubrirse los ojos y contempló, anonadado, cómo el seráfico se desvanecía en el interior de Citlali como si pretendiera ocupar su cuerpo.

Aterrado por la posibilidad de que un fantasma la hubiera poseído, incluso si era una idea descabellada, se arrojó sobre ella y la sacudió por los hombros para despertarla. Citlali no reaccionaba, seguía entregada a un sueño inconsciente. Solo entonces, Samael empezó a temer que se hubiera quedado atrapado en aquel sitio. El pulso se le

aceleró de puro miedo y preocupación, no ya ante la expectativa de pasar en soledad el resto de sus días, sino teniendo presente que había abandonado su cuerpo consciente, ese con el que estaba velando y protegiendo a Citlali. Si no volvía en sí mismo, podría no verla despertar; podrían hacerle daño sin que él pudiera protegerla.

Si no regresaba a la realidad, aunque tenía la sospecha de que aquello era misteriosa e inquietantemente real, ¿cómo le daría su sangre en el caso de que ella la necesitara?

Samael soltó a Citlali como si su contacto le hubiera quemado y se cubrió las sienes con las palmas de las manos. Deseó con tanta fuerza despertar de la pesadilla, rogando a la diosa y a los sacerdotes menores por una ayuda o un milagro, que sus súplicas fueron escuchadas. Tuvo que ser eso lo que le salvó, al menos, porque, casi en el acto, perdió de vista al Samael arrodillado frente a Citlali y viajó por aquella nada oscura, igual que un espíritu perdido, hasta que advirtió una grieta luminosa entre la oscuridad y decidió pasar a través de ella. La franja le condujo al techo del dormitorio donde pudo comprobar que Citlali y él mismo dormían profundamente, y antes de poder extrañarse por lo que quiera que estuviera sucediendo, si es que estaba teniendo una parálisis del sueño, el espíritu en el que se había convertido se arrojó sobre su cuerpo y lo despertó de forma tan brusca que se incorporó con un grito.

—¡Joder! —jadeó, palpándose el pecho y los hombros. Miró alrededor: la ventana del dormitorio, la mesilla de noche de Ikea con la lamparita de cuentas de colores, el cuerpo cálido de Citlali dormitando a su derecha, aún vital. Samael alzó la vista hacia el techo, donde hacía un segundo habría jurado que estaba él, en busca de una presencia borrosa, de un fantasma… o de su conciencia. Al no hallar respuestas, se desesperó y se levantó de la cama—. ¿Qué cojones ha sido eso, joder? ¡¿Qué COJONES?!

Estaba a punto de tirarse del pelo, al borde de la locura, cuando una pastosa voz femenina interrumpió sus balbuceos.

—¿Por qué gritas?

Samael se giró hacia Citlali, que aún no había abierto los ojos, pero podía mover los labios… y estaba consciente. ¡Estaba consciente!

Por un momento se olvidó de lo que acababa de ocurrirle —parálisis del sueño, estaba convencido. ¿O un viaje astral? ¿Solo una pesadilla muy vívida?— y fue hacia ella con el corazón en un puño. La rodeó con los brazos con la excusa de ayudarla a incorporarse, cuando en realidad solo deseaba estrecharla contra su pecho.

—Pensaba que te había perdido —musitó contra su pelo, que aún olía a sudor humano, a cerveza, a sangre, a acero azul. A ella—. Todos lo creímos por un momento. Gracias al cielo…

Citlali boqueó, tratando de encontrar las palabras, hasta que

Samael comprendió que estaba pidiendo agua. Le acercó un vaso lleno hasta el borde que él mismo había subido de la cocina un rato atrás, a sabiendas de que lo necesitaría, y la ayudó a dar sorbitos colocándoselo entre los labios.

—¿Qué hacías ahí? —articuló en cuanto sació su sed.

—¿En el concierto, dices? Bueno, iba a ir… —Se acordó de los mensajes que habían intercambiado y estuvo a punto de ruborizarse. «Menuda vergüenza», pensó. Había sufrido un arrebato de honestidad que más le habría valido silenciar—. Ya sabes. Te escribí.

—No… No. No me refiero a… —Sacudió la cabeza. Después de hacer una serie de esfuerzos sobrehumanos que llevaban fracasando desde que había vuelto en sí misma, logró su propósito y abrió los ojos. Lo miró con las pupilas tan dilatadas que habían abducido el azul índigo de sus iris—. ¿Por qué estabas en el portal?

Capítulo XXV

—Esa pesadilla que he tenido… —empezó Samael, pestañeando repetidas veces—. ¿Ha ocurrido en el portal? Es decir… Tú eres el portal, y no es como si te trasladaras a un mundo nuevo para hacer felices a las almas perdidas; simplemente ves a los espíritus atrapados en La Tierra, ¿no? ¿Se supone que he entrado dentro de ti? —Se llevó las manos a la cabeza para peinarse el pelo hacia atrás, cada vez más despeinado—. Mira, no entiendo nada. No sé qué ha pasado o qué coño ha sido eso, pero estoy… Qué susto, hostia.

Citlali aún tenía la cabeza demasiado embotada para pensar con claridad. La duda que más le urgía resolver era por qué diablos seguía viva cuando la habían atravesado de parte a parte con un arma de acero azul, pero el dolor era tan intenso que se sentía desfallecer. Tuvo que apretar los dientes con fuerza y contenerse para no gimotear cuando quiso plantar los pies en el suelo.

Levantarse le costaría las lágrimas. Tendría que conformarse con quedarse incorporada.

—Es como lo has descrito —explicó ella, temiendo cubrirse la herida reciente. La piel le ardía ahí donde permanecían los residuos venenosos del acero. Mientras no cicatrizara, sentiría aquella insoportable quemazón—. No me traslado a ninguna parte, solo veo a las almas que necesitan que les muestren el camino. Pero esta vez ha sido diferente. No estaba consciente, y aun así he sentido lo que experimento cuando una criatura cruza el umbral a través de mí. Lo he sentido tan intensamente que me he despertado. Puede que sea incluso lo que me ha salvado, porque cuando las almas cruzan a través de una, dejan atrás la fuerza y la energía que poseyeron en vida, y somos los portales los que sacamos provecho abrazándola.

—Sí, bueno —refunfuñó Samael, cruzado de brazos—. No le quites importancia a la cirugía mágica de Reyyan, que reparar parte del daño casi le cuesta la salud, y además tiene muy baja autoestima. Algún logro habrá que reconocerle a la muchacha para que se sienta satisfecha. Y algo habrá ayudado mi sangre, digo yo.

Citlali terminó de despertar del letargo cuando oyó aquello último.

Alzó la barbilla hacia el aún aturdido Samael.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué pasa con tu…?

Se calló al caer en la cuenta de que el sabor metalizado que notaba en la punta de la lengua solo podía relacionarse con la sangre. Se tocó los labios y las comisuras de la boca en busca de residuos. Halló la costra que había formado una gota seca muy cerca de su barbilla.

Confirmó qué era con solo observarla de cerca.

—¿Me has hecho beber tu sangre? —musitó, mucho más perpleja que furiosa… por el momento. Samael la miró con incredulidad al principio, sin comprender la ira que bullía bajo su tono, pero conforme se fue alargando el silencio, esta fue sustituida por una expresión de temor afectado—. ¿Siquiera sabes lo que eso conlleva? Claro que lo sabes, porque yo te lo dije. La vinculación entre *anandha* y penitente comienza con la aceptación y acaba con el intercambio de sangre. Y yo te dije que no te la iba a dar hasta…

—¡Y no me la has dado! —se apresuró a aclarar, alzando las dos manos con un desesperado gesto de inocencia—. ¡Te la he dado yo a ti porque era una cuestión de vida o muerte!

El ardor que notaba en el vientre, ahí donde latía la herida, no pudo compararse con la ira ciega que le quemó el centro de la garganta.

—¡No tenías derecho! —gritó ella, fulminándolo con la mirada—. ¡Te dije que no íbamos a relacionarnos como *anandha* y penitente, y en más de una ocasión!

Samael parecía no dar crédito a su reacción, pero debajo del impostado asombro, Citlali percibió que se sentía intimidado por la magnitud de lo que había hecho.

—¡Te estabas muriendo, joder! —se defendió débilmente.

—¡Había muchas alternativas para salvarme! ¡Reyyan, sin irnos muy lejos!

—¿Y si Reyyan fallaba? —contraatacó, amusgando los ojos—. ¿Puedes culparme de haber intentado salvarte a mi manera? ¡No podía quedarme de brazos cruzados, Citlali! ¡Te estábamos perdiendo!

Se negó a responder porque, en el fondo, sabía que tenía razón. La sangre no era infalible, no obraba milagros, y sin la intervención de Reyyan o la aparición del alma perdida que había cruzado a través de ella, lo único que habría conseguido hubiera sido prolongar su agonía unos quince o veinte minutos más, y todo para acabar de todos modos en el cementerio. Pero saber que a partir de entonces estaría a su merced por el simple hecho de haber probado su sangre en un momento de necesidad podía con el sentido común. Quería estrangularlo.

Él tuvo que leerlo en su expresión, porque su gesto torcido por la contrariedad se transformó en una mueca aprensiva. Con voz hueca y miedo a la respuesta, Samael preguntó:

—¿Habrías preferido morir a quedar vinculada a mí de por vida?

La posibilidad de que Citlali contestara una afirmativa le hacía daño; ella lo notó en su aliento contenido, en su pose rígida. Reculó antes de darle la respuesta dolorosa. Habría asentido solo para vengarse por haberla convertido en su concubina sin su consentimiento, no porque fuera real, pues por supuesto que no habría preferido morir.

Citlali valoraba su vida sobre todas las cosas. No le importaba qué tipo de vida fuera mientras tuviera los pies sobre la tierra.

—No —dijo al fin con un suspiro resignado—. No, claro que no.

Pero comprendió que el daño estaba hecho porque había tardado en contestar. Samael no la creía. Se sintió culpable por haberse demorado. No supo cómo consolarlo, porque pedirle disculpas quedaba fuera de la cuestión. ¡Era él quien debería rogar por su perdón! ¡Tomar aquella decisión por ella era una afrenta intolerable!

Pensó que Samael se marcharía, dejándola con un palmo de narices, pero solo se alejó lo suficiente para no verse siquiera tentado por su perfume y tomó asiento en un sillón reclinable. Observó que se pasaba la mano por la cara, frustrado, antes de armarse de un tono sereno para retomar la conversación.

—Pareces que tú puedes explicarme qué ha pasado. ¿Era una parálisis del sueño? He leído que en esos casos es como si tu alma abandonara tu cuerpo y te vieras desde el techo sin ser capaz de moverte. Pero aunque yo me veía desde el techo, podía moverme. Me movía y pensaba a la vez. Mi mente estaba arriba, como si fuera omnipresente, y gobernaba mi cuerpo con un… mando teledirigido, o algo así. ¿Y dónde se supone que estábamos? No era esta habitación.

—Eso no lo sé. Pero lo que has descrito suena a que tu espíritu se ha desdoblado. Por lo poco que sé sobre estas cuestiones, que trascienden a la hechicería que he estudiado y están más bien relacionadas con el ocultismo, el alma se desprende del cuerpo en dos casos: cuando la criatura fallece, o cuando la criatura domina el espacio-tiempo y puede viajar a través de él. No puede hacerlo con su cuerpo o este se desintegraría, por lo que proyecta una imagen real y sensible de este para moverse por la dimensión que escogiera como destino.

—Qué fumada más grande —rezongó Samael. Dejó caer la cabeza entre las manos—. Tengo una migraña de dos pares de cojones y ni siquiera estoy seguro de entender lo que me estás diciendo.

Citlali se lo quedó mirando desde la cama con curiosidad, haciendo en silencio una lluvia de ideas que pudieran darle un sentido a lo que había visto.

—Sentí tu presencia allí donde estaba yo.

—Pero ¿por qué estabas tú? —insistió Samael—. ¿Porque mi conciencia viajaba y estaba pensando en ti? ¿Eres tú una de esas

ocultistas que dominan el espacio-tiempo?

—No, pero soy el portal. En teoría tengo acceso a todos los mundos donde se haya perdido un alma descarriada, y digo que tengo acceso porque debería poder viajar a donde se encuentren los muertos que no han hallado su camino, pero al mismo tiempo no sé invocar estas realidades que menciono porque desconozco su forma física y su ubicación en el universo.

—En serio, no tengo ni idea de qué me hablas. Es la primera vez que me mencionan historias del espacio-tiempo.

Citlali sonrió al verlo agobiado. Se preguntó qué clase de mujer era ella, que lo prefería cuando admitía sus debilidades y su ignorancia mucho antes que cuando se jactaba de ser el más valiente.

—Te prometo que no es tan difícil. Las criaturas de La Magna pertenecemos a dos planos: a la Subrealidad, La Tierra, y a la Suprarrealidad, que consta del Autem y el Fatem. Los portales somos, como su propio nombre indica, puertas interdimensionales que permiten el acceso de la Subrealidad a la Suprarrealidad a las criaturas que ya no tienen presencia física o energía (es decir, están muertas), y que, por tanto, no pueden cruzar empleando su poder. Pero no es descabellado asumir que existen otras dimensiones más pequeñas, no tan relevantes, entre las dos principales. Leí al respecto en la biblioteca de los sacerdotes… en contra de sus prohibiciones —apostilló con gesto culpable. Citlali miró a Samael con tanta curiosidad que no se dio cuenta de que se inclinaba hacia delante—. ¿Te has bilocado alguna vez?

—¿Bilocado? —repitió, como si estuviera hablando en un idioma desconocido—. ¿Qué es eso?

—Es el término exacto que describe el don para desdoblarse. Estás en dos lugares al mismo tiempo: abandonas tu conciencia para viajar a otro sitio y allí proyectar tu presencia física para poder formar parte del mundo, pero al mismo tiempo estás en esta habitación.

—No, claro que no lo he hecho nunca. Si tuviera experiencia, no estaría acojonado. Por un momento pensé que la había palmado, y tú igual, y también el seráfico ese que en realidad era… —Se calló al llegar a una conclusión de la que no hizo partícipe a Citlali hasta que unió todos los puntos. Entonces la miró con los ojos brillantes—. Era el muerto del laboratorio. El seráfico que no sabíamos de dónde había salido y cuya alma no había cruzado a través de ti. Estaba allí… Y estaba a punto de desaparecer porque no hallaba el camino, ¿verdad?

—Eso creo. Yo no he reconocido el lugar donde estábamos, pero estoy segura de que no se encuentra ni en La Tierra ni en el Autem, o tarde o temprano me habría localizado para hallar la salvación.

—A ti o a Mara, ¿no?

—Mara es el portal terrestre. Yo soy el portal del mundo superior.

Si hay muertos en microdimensiones alternativas (y todas estas se emplazan fuera de La Tierra), mi hermana no podría ayudarlos.

Samael se estremeció.

—Me dan escalofríos todos esos términos de… salvación, y de cruzar el portal, y de… fantasmas. —Pestañeó deprisa, como si quisiera alejar una imagen mental desagradable. Miró a Citlali—. ¿Estás segura de que ya ha encontrado la paz? El seráfico, me refiero.

—Juraría que sí. No existen muchos sitios a los que puedas ir una vez cruzas a través de mí. De todas maneras, creo que sería inteligente comprobarlo.

—¿Y cómo se comprobaría?

—Prestándole una visita a La Magna y pidiéndole que nos revoque la prohibición de asomarnos al foso del Fatem para buscar al seráfico en cuestión —resolvió como si le hubiera preguntado cuánto era uno más uno—. Si está allí, sabremos que, cuando lo mataron, consiguieron de alguna manera atraparlo en una burbuja alejada de mi alcance, y sabremos también que existe la forma de llegar a esos seres perdidos.

—¿Qué forma es? Porque yo todavía no lo he entendido.

Citlali se tomó su tiempo para responder. Estaba mareada por el dolor concentrado en el vientre. Pequeñas punzadas habían estado atravesándolo sin piedad.

—Parece que es a través de ti. Puede que tengas el don de la bilocación, Samael. Es un don muy raro y preciado, sobre todo en los templos del Autem. No sé mucho más. Desconozco cuándo y por qué se manifiesta, y no puedo decirte cómo se controla. Ni siquiera creo poder asegurarte que, en efecto, posees ese don… —Se levantó despacio—, pero es el diagnóstico que te daría si tuviera que decir…

No pudo acabar la frase. Intentó dar un paso adelante y todo su cuerpo se desplomó. Citlali se vio de repente bocabajo en el suelo, con la frente rozando las cerdas ásperas de la alfombra, preguntándose, anonadada, cómo había llegado hasta allí. Sabía que estaba débil, pero no que le fallarían las piernas.

Un hilillo de sudor frío le recorrió la espalda.

¿Y si la lesión había afectado a su habilidad motriz?

—Maldita sea, Citlali. ¿Estás bien? —jadeó él, que se había apresurado a levantarse para socorrerla. La tomó por los antebrazos y la alzó sin dificultad. Sus ojos verdes fueron lo primero que vio al recuperar el equilibrio—. Es que no sé para qué te levantas. No estás en condiciones de dar paseos. Vamos, anda, tira a la cama.

Pero Citlali no se movió del sitio, y él no la forzó. De hecho, pareció tan petrificado como ella misma al intercambiar la primera mirada consciente y directa desde que habían despertado.

En teoría, haber viajado juntos a otra dimensión no debería

significar nada, ni cambiar su relación ni reforzar el vínculo, pero tenerlo delante y tan cerca, poder respirar su aroma masculino, despertó en ella una sensación primitiva a la que no supo cómo hacer frente. Sentía que la sangre le bullía. Reconocía al administrador de su savia vital y ansiaba darle un mordisco. Ese deseo de alimentarse, que solo podía atribuirle al hecho de que la esencia de Samael aún estuviera en su organismo, estaba vinculado con el deseo a secas. Citlali sabía que el hecho de haber probado su sangre intensificaba cualquier sentimiento que hubiera albergado por él hasta el momento.

Citlali se estremeció de pasión y de miedo, consciente de que había sido sabia al temer la vinculación. Ahora lo anhelaba tan desesperadamente que resultaba insoportable, y no tenía voluntad para dar un paso atrás.

Se agarró a sus musculosos brazos y lo miró con los labios entreabiertos, sin saber cómo pedirle lo que necesitaba.

—¿Quieres…? —preguntó él con timidez—. No sé cómo plantearlo sin sentirme un imbécil.

Citlali alargó las manos hacia su cuello y acarició los tensos músculos en busca de la arteria principal. No sabía si estaba sedienta de veras o esa era la reacción natural al toparse por primera vez con el hombre que le había salvado la vida. No le importó averiguarlo en cuanto sintió la mirada hambrienta de Samael sobre ella. Se puso de puntillas con alivio —las piernas le funcionaban; solo estaba débil— para rozar la barba de Samael con la nariz, y luego besar un lateral de la garganta masculina.

Notó que él le hundía los dedos en la cintura, por donde la tenía agarrada.

—Joder. Parece que eres de las que se levantan cariñosas.

—No sé qué estoy haciendo, es… superior a mí.

—¿Superior a ti? —repitió él entre dientes—. Será superior *a mí.*

Citlali posó la mirada en su nuez de Adán, luego en sus labios y, por último, lo miró a los ojos. Tragó saliva e inspiró hondo mientras deslizaba la mano por el brazo de él hasta llegar a su muñeca. La llevaba vendada. Eso significaba que se la había rajado para alimentarla.

—De eso nada —oyó que le decía él. Había deducido lo que pretendía—. Si quieres mi sangre, tendrás que tomarla de mi cuello.

—No tengo fuerza para hincar los dientes —protestó—, y no sé… No sé cómo se hace.

—Es bastante intuitivo. Solo tienes que succionar.

—¿Y tú qué sabes?

—No he bebido sangre de una arteria, pero sí he dado algún que otro bocado. —Citlali quiso apartar la mirada para que no viera los

celos en su expresión. Incluso ella había sido consciente de que la envidia le había cambiado el gesto. Observó que él sonreía, complacido—. Tranquila, se acabaron los mordiscos si es un rollo que no te va.

—Claro que me van los mordiscos, idiota —espetó, por no decirle algo peor—. ¡Tu sangre me ha convertido en una maldita adicta!

—Toma lo que es tuyo, entonces —dijo con una tranquilidad pasmosa—. Yo no me voy a oponer. Pero ya sabes de dónde. —Se dio un toquecito en la carótida, triunfal.

Citlali no dio crédito a su entusiasmo.

—¿Por qué te hace ilusión que…? —Se mordió el labio antes de terminar la pregunta. Sabía muy bien por qué prefería tenerla colgada de su cuello que de su brazo. Ya había demostrado que aprovecharía cualquier mínimo acercamiento para gozar él también—. No creo que te vaya a gustar la sensación.

—Pues yo creo que me va a encantar.

Samael rescató del bolsillo una pequeña navaja. Tenía que ser el arma que había llevado al concierto, porque estaba manchada de sangre ajena. A Citlali le sorprendió que le asqueara y marease la mera contemplación de una sustancia vital que no era la de Samael. Nunca había sido aprensiva, y ahora le daba náuseas el olor y la cercanía. Tuvo que esforzarse para no vomitar mientras veía cómo Samael limpiaba ambos lados de la hoja en el propio vaquero. Acto seguido, utilizó la punta de la hoja para abrir una incisión a la altura de la arteria. El líquido escarlata brotó enseguida. En contraste con su piel pálida y el blanco y negro de sus tatuajes, las gotas de sangre parecían joyas antiguas.

Nada más el flujo afloró a la superficie, el que reconocía como el aroma corporal de Samael se intensificó, acaparando los sentidos de Citlali. Se le nubló la mente, igual que si estuviera ante una droga cuyos efectos empezaban a aletargarla antes de haberla catado siquiera.

Se apoyó en los hombros de Samael, y, guiada por un impulso cargado de adrenalina, se encaramó cuanto se lo permitió el cuerpo para recorrer el reguero de sangre con una lamida en dirección ascendente. Oyó que Samael emitía un jadeo y el corazón le dio un vuelco, no solo porque el sabor inundara su paladar, en el que se mezclaron el óxido de la sangre con algo más delicioso y adictivo, sino porque lo sentía respirando con irregularidad, porque su piel emanaba un calor del que deseaba empaparse, porque notaba su corazón obstinado latiendo bajo su mano.

Había resucitado después de morir a los dieciocho años, y en teoría había vivido durante años en el Autem, pero solo se sintió verdaderamente viva en aquel momento, teniendo a Samael abrazado

a su cintura, amoldándola a su cuerpo perfecto.

Citlali presionó los labios contra la piel caliente de su cuello y succionó, al principio con timidez, dudando de que fuera a surtir efecto, y después, conforme el líquido iba llenando su torrente sanguíneo, como si le fuera la vida en ello… Porque esa era la verdad: le iba la vida en ello.

Sintió que Samael le rodeaba la nuca con la mano para mantenerla pegada a su pecho y a la herida abierta, y que con la otra le acariciaba la espalda hasta detenerse en una de las nalgas. Si no hubiera estado tan concentrada sorbiendo, haciendo pequeñas pausas para respirar hondo y suspirar, se habría ruborizado; más aún cuando él gruñó, con la mejilla muy cerca de su coronilla, y la agarró del cachete hasta clavarle los dedos en la carne.

—No sé si puedo seguir… —musitó ella entre tragos compulsivos —. ¿Y si pierdes demasiada…?

Estaba tan abrumada por las emociones que no lograba terminar una sola frase. El corazón le bombeaba con fuerza, como si estuviera consumiendo una droga estimulante.

—Déjame seco —oyó que le decía con voz ronca.

El deseo de verle la cara en ese momento superó por mucho el de seguir alimentándose de él. Sin mover más que la cabeza, se echó hacia atrás. Notó el calor húmedo de un hilillo de sangre deslizándose por la comisura de su boca, y se llevó el pulgar a la zona para limpiarlo. Apenas había retirado una parte cuando Samael se inclinó sobre ella con los párpados entornados y rozó sus labios entreabiertos con los propios, practicando un simulacro de beso que le provocó un estremecimiento placentero.

Con una sonrisa tan ligera que creyó que la estaba soñando, Samael sacó la lengua y lamió el reguero con la punta. Citlali se quedó inmóvil, gimiendo débilmente con los ojos cerrados. Abrió la boca, tan desesperada por un beso que lo rogó empezando a tiritar. Él la complació apoyando sus labios entreabiertos en los de ella e introduciendo la lengua para acariciarla por dentro. Citlali respondió enseguida, sorprendida por su propia necesidad. Apoyó una mano sobre el pecho masculino y separó los dedos para sentir sus duros contornos, el poderoso bombeo de su corazón. Su boca la cubrió y exploró con delicadeza, como si temiera hacerle daño, pero su cuerpo recio y su sólido agarre la rodeaban como una amenaza de muerte. La sensación de peligro y a la vez alivio que experimentó entre sus brazos no se pudo comparar con nada que hubiera vivido antes.

Cuando Samael se apartó de ella, Citlali estuvo a punto de sollozar, pero no la soltó. Sintió que él rodeaba su muñeca con la mano y tiraba con suavidad para llevarse a la boca su pulgar. Citlali observó, con un ardor que se concentró en su bajo vientre, que succionaba el dedo

manchado.

—No te vas a arrepentir de esto —le aseguró en voz baja, haciéndole cosquillas en la cara con la barba—. Te lo prometo. —Citlali asintió de manera frenética y se puso de puntillas con los ojos cerrados. Incluso sin verlo, sintió que él sonreía—. ¿Qué quieres, preciosa? ¿Carne o sangre? Aquí tenemos de todo… ¡¿Qué cojones?!

Citlali estaba tan excitada que, cuando volvió de nuevo en sí misma, notó que se le habían empañado los ojos. Le costó ver quién estaba bajo el umbral; tuvo que dar por hecho que aquella silueta femenina había asustado a Samael.

—¡Joder! ¿Qué coño haces tú aquí? —rugió él. Lejos de avergonzarse porque los hubieran cazado en pleno arrebato, estrechó contra sí a Citlali, como si pudiera esconderla dentro de él.

—¡No sé! ¡Venía a ver a mi hermana y me he topado con esto, y luego no he podido dejar de mirar! ¡Dios…! ¡Dios Dios Dios DIOS! —balbuceaba Mara. Se dio la vuelta con las palmas en alto. Dejó que pasaran unos segundos, en los que maldijo todo lo que pudo y más, y acabó girándose de nuevo, esta vez con una inmensa sonrisa en los labios y haciendo todo lo posible por no carcajearse—. Madre mía, Rebecca, ¿quién te iba a decir que acabarías teniendo tu historia a lo *Crepúsculo*?

—¡Siempre lo tienes que arruinar todo! —gimoteó Samael. Citlali no estaba en condiciones de dar su opinión. Se sentía como si hubiera ingerido los suficientes energizantes para sufrir un infarto; se tambaleaba, borracha y, aun así, quería más.

—¡Oye, que yo soy la primera que quería ver el final! —se defendió Mara—. Me he puesto hasta cachonda. Por vuestra culpa tendré que pasar la noche hablando de guarradas con la gente de Tinder…

Capítulo XXVI

—¿Crees que estás en condiciones de subir al Autem?

Citlali se detuvo antes de bajar el último escalón hasta la sala de estar. Samael la había localizado y había acudido al trote a su encuentro antes de que ella alzara la vista de donde ponía el pie, precaución que debía tomar ahora que la reciente herida le provocaba vértigos y punzadas de un dolor cegador.

Samael debía referirse a eso cuando dudaba de su equilibrio: a sus graves síntomas. Desde que se había levantado tras una noche en vela asimilando lo que había ocurrido en sus sueños y en compañía del penitente, no había dejado de marearse y de sufrir arcadas. Sospechaba que lo único que había mantenido los jugos gástricos en su sitio había sido la sangre de Samael, esa sangre que olió en el preciso momento en que se plantó delante de ella y, además de un fuerte deseo, le provocó un inexplicable rubor.

—Estar alrededor de La Magna apacigua los dolores —le contestó con una sonrisa débil, aferrada con tanta fuerza a la baranda que le crujió uno de los nudillos—. Seguramente en su compañía me sentiré mejor.

—Pero en cuanto pongas un pie en La Tierra de nuevo, el dolor volverá con mayor intensidad.

—Eso es cierto —cabeceó a desgana—, pero tengo que arriesgarme. No es una visita de cortesía, es muy necesario que Mara y yo hagamos nuestras comprobaciones —le explicó con paciencia.

Samael solo asintió con resignación. Sabía que no le quedaba otro remedio que aceptar la decisión de Citlali, pero todo en su cuerpo tensionado gritaba que, si de él dependiera, la retendría en el dormitorio hasta que se recuperase. En lugar de refunfuñar, le tendió una mano galante y la ayudó a bajar el último escalón.

Citlali echó todo su peso en él mientras con el otro brazo se cubría el vientre. La fiebre le provocaba sudores fríos, pero la zona en carne viva donde había sido apuñalada y ahora lucía una gruesa y enrojecida cicatriz despedía el frío del hielo. El contraste de la temperatura le producía escalofríos a cada rato.

Citlali miró de reojo a Samael para comprobar que, al igual que ella, él también mantenía esa extraña actitud distante y al mismo tiempo rabiosamente anhelante que la hacía vulnerable en su

presencia. No se reconocía en la timidez que llevaba mostrando desde que probara su sangre, pero se consolaba repitiendo que siempre podía disimularla alegando que no tenía energía para hablar. No haría falta que se explicara, porque observó que Samael la vigilaba asimismo con el rabillo del ojo, y no solo porque le preocupara su estado.

En el salón esperaban Valthessar, Mara y Xaphan. Este último se había vestido como si fuera a salir a la calle. A Citlali no le constaba que hubiera solicitado una audiencia con La Magna, por lo que debía de tener sus propios objetivos. El *rex* y Mara, en cambio, tenían el mismo plan que ella de notificarle las últimas noticias a la diosa.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Valthessar, acercándose a ella para reconfortarla con un abrazo delicado que sorprendió a todos los presentes. Se separó, sujetándola por los hombros, y la miró a los ojos—. Anoche pensé que no sobrevivirías. Nos diste un susto de muerte.

—Nunca mejor dicho —lamentó Xaphan con una suerte de sonrisa culpable.

—¿Te refieres a la puñalada? Bah. —Aireó la mano—. No fue tan doloroso como no poder ver el concierto al final.

El *rex* tuvo la gentileza de reírse con el comentario de pésimo gusto. A fin de cuentas, habían muerto decenas de personas. Quejarse de las ilusiones rotas era una frivolidad.

—Algunas veces se nota que eres familia de Mara —dijo con cariño—. El concierto se suspendió, como te podrás imaginar. Los Arctic Monkeys no llegaron a salir.

—¿Qué ha contado la prensa sobre el incidente? —inquirió Citlali, ahora ceñuda.

—Ataque terrorista —resumió Xaphan, acercándose también. No la tocó, pero no fue necesario para que la empírea se sintiera muchísimo mejor, como si una graciosa brisa veraniega la hubiera sorprendido en plena tiritona—. Han salido un par de agentes bastante contrariados comentando que ningún testigo pudo ofrecer una descripción exacta de los atacantes, y que no han encontrado armas o pruebas físicas que vayan a ayudar a identificarlos.

—Ni lo harán —aseguró Samael entre bufidos. Se abrazaba los codos con las manos y miraba a todos los puntos del salón excepto a Citlali, como si no quisiera que lo viera furioso porque la hubieran herido—. Hijos de puta…

—¿Vendrás con nosotros a dar parte a La Magna? —le preguntó Citlali a Xaphan.

—No. Tengo otros asuntos de los que encargarme. Pero estaba esperando a que despertaras para revisarte la herida… con tu permiso, claro. Aunque Reyyan sanara los órganos y cerrara la abertura, debes

de tener una quemadura muy fea. Puede complicarse si no se revisa cada seis horas.

—Por ahora estoy tan bien como cabe esperar. Creo que podemos dejarlo para cuando regresemos. Si me tumbo ahora y dejo que hurgues en la herida, me dolerá más y me costará moverme —admitió a desgana.

Xaphan solo asintió y dio un paso atrás.

—¿Nos vamos, entonces? —intervino Mara.

Todos se giraron hacia ella.

—Entonces vosotras dos iréis al Fatem por vuestra cuenta una vez obtengáis el beneplácito de La Magna —recapituló el *rex*—; Samael y yo tenemos que informarla de lo ocurrido y mencionarle toda esa historia de la bilocación que se me ha comentado esta mañana. —Se le escapó una sonrisa incrédula—. Me pregunto si el resto de clanes de penitentes cuentan con tantos miembros talentosos como tiene El Séptimo Círculo. Al final me voy a sentir desplazado con esto de carecer de un don. O peor: no tendré razones para quejarme de lo vagos que sois, porque seréis magníficos por naturaleza.

Citlali se fijó en que la observación sorprendía y luego complacía a Samael, pero se cuidaba de demostrarlo carraspeando y mirando a otro lado. Su reacción le pareció tan tierna que no pudo evitar sonreír, y como si el gesto lo hubiera atraído, se giró hacia ella e hicieron contacto visual.

Un recuerdo nítido de la noche anterior la abordó sin miramientos, paralizándola en el sitio y provocándole pequeñas punzadas de deseo insatisfecho. Intentó disimularlo acercándose a Mara e insistiendo en que había llegado el momento de marcharse.

Todo su cuerpo rugía por fundirse con Samael y probar de nuevo su sangre, pero al igual que pretendía beneficiarse de sus efectos sanadores, estaba al corriente de los problemas que podría enfrentar si abusaba del consumo. Cuanto más lo catara, más se obsesionaría con ello. Si no se obligaba a tener cierta disciplina, el recurso que en parte la había salvado podría convertirse en su perdición.

Citlali le dio la mano a Mara y se giró para sonreírle.

—Voy a necesitar tu energía para viajar hasta arriba.

—Tranquila, hermanita. A este invito yo.

Dicho aquello, Mara cerró los ojos, se aferró a su palma y se desvanecieron en el aire.

Como no eran penitentes, no tenían que subir la larga y ardua escalinata hasta llegar al palacio de La Magna, el que era solo un pequeño castigo de tantos que la diosa les tenía reservados. Se materializaron ante Ella directamente, a las puertas de una vertiginosa torre de piedra azul medianoche.

El corazón de Citlali se aceleró al mirar alrededor, sobrecogida, y

reconocer el lugar en el que se encontraban. Aquellos eran los confines del territorio dominado por la diosa, donde iba a morir el reino de accidentes naturales y hermosas construcciones que había levantado para su uso y disfrute. Allí terminaba el dominio de la belleza y comenzaba la oscuridad del Fatem.

«Tenía entendido que, con mi permiso, vuestro viaje acabaría aquí… Así que os he ahorrado el paseo por palacio».

Citlali se estremeció al captar el mensaje de la diosa, implícito en el movimiento de las hojas húmedas que tenían a sus pies. Como seguía agarrada a Mara, notó que su hermana tampoco era inmune a la presencia de La Magna.

Vestía la clásica túnica escarlata con el grueso cordel dorado ceñido a la cintura, y alternaba miradas entre las dos como si las acabara de conocer y deseara hacer en firme un primer juicio de carácter.

Al final sonrió.

«Qué bonita estampa, las dos hermanas reunidas por fin. Aún espero un agradecimiento por tu parte, Mara».

Citlali se tensó, anticipando la reacción de la menor.

Estuvo a la altura de lo que se esperaba de ella.

Al principio miró a La Magna con perplejidad, sin comprender por qué haría un comentario tan implícitamente cruel, y después intentó arrojarse sobre su imponente figura.

Citlali la retuvo tirando de su brazo con todas sus fuerzas, que eran más bien escasas.

—¿Un agradecimiento? ¡Las gracias deberías darlas tú porque me esté prestando a colaborar en tu causa perdida, cabrona! ¡No tendría que agradecerte nada si no la hubieras ocultado de mí en primer lugar!

La Magna se echó hacia atrás como si Mara la hubiera apuntado con un cuchillo.

«Vaya», oyeron que decía. Entrelazó los dedos en el regazo sin dejar de mirar a Mara desde su imponente altura con los ojos entrecerrados. «Tal vez, y después de todo, ni mi instinto ni mi alma se equivocaran al entrelazar el destino del *rex* con el tuyo. Los dos sentís una misma y peligrosa satisfacción desairando a vuestra Todopoderosa».

—Si fueras todopoderosa de verdad, no habrías tenido que vértelas en la necesidad de crear dos razas de seres sobrenaturales para acabar con tu exnovio —le espetó, envenenada. Citlali apretó su mano otra vez, rogándole con la mirada que bajara el tono o sellara los labios, pero apaciguar a Mara estuvo fuera de su alcance en cuanto La Magna le tiró de la lengua con la mención de su hermana y del *rex*, sus dos temas más sensibles—. ¿Eso es lo que te pone cachonda desde que el Gran Grimorio no te calienta la cama? ¿Joderme la vida? ¿Estás tan resentida porque te dejaran que solo haberme arrebatado todo lo que

quiero y recochinearte te produce placer?

La Magna no cambió de expresión. Alzó la mano y la abofeteó con el canto, donde lucía una serie de anillos de oro macizo y piedras preciosas que, en otra circunstancia, podrían haberle saltado un ojo. Citlali había visto lo que una simple bofetada de aquella mano podía provocar, desde la muerte instantánea hasta una mutilación.

Mara gritó, pero más que por el dolor, Citlali pensó que estaba desahogando la rabia.

«Te convendría no hablar de lo que no entiendes, niña estúpida».

—Por favor —se adelantó Citlali antes de que La Magna volviera a castigarla, intención que creyó entrever en sus chispeantes ojos sin pupila. Avanzó un paso para proteger a su hermana con su cuerpo—. Ya sabéis cómo es, Santidad. No puede contener su lengua. Dejad que yo hable por las dos.

Incluso a pesar de tenerla a la espalda, recuperándose del golpe, Citlali sintió que Mara la fulminaba con la mirada por atreverse a ofrecer una disculpa cuando la diosa había ocasionado la discusión.

Esta la observó, sin inmutarse, como una hermosa estatua de marfil.

«¿Responderás también por ella si sucumbe a las tentaciones del Fatem?».

—No lo hará una vez las conozca —le aseguró Citlali, aunque no estuvo tan segura cuando miró a Mara por encima del hombro.

Tenía un ojo inyectado en sangre, la mejilla inflamada y la marca circular de uno de los anillos incrustada en la carne, como si le hubieran apagado un cigarrillo junto al tabique nasal. Miraba a La Magna con tanto odio que, si no se hubiese tratado de una diosa omnipotente, a la víctima le habría convenido huir lejos de su venganza.

«No cometas el error de depositar tus esperanzas en causas perdidas», le recomendó la diosa. No la observaba con la calidez de antaño, cuando iba a visitarla al observatorio. Parecía que el simple hecho de ser la hermana de Mara la hubiera despojado de sus privilegios. «Porque si los sentimientos la sobrevienen y no es capaz de manejarlos, serás tú quien pague por la ofensa».

—No tienes que hablar como si no estuviera aquí —rugió Mara.

La diosa alternó una mirada entre las dos, aireando su total desconfianza en el satisfactorio cumplimiento de la misión, y se desvaneció ante sus ojos convirtiéndose en polvo dorado. Citlali esperó a que la última partícula se hubiera disuelto para soltar el aire que había contenido y apoyar las dos manos sobre las rodillas, exhausta.

Sabía muy bien qué quería decir la diosa con que ella pagaría la ofensa. Si Mara cometía el error garrafal de entregarse al Fatem,

pereciendo en el acto, La Magna, en ausencia de la verdadera desobediente, tendría que sacrificar a la persona más cercana a la susodicha. Esa persona era Citlali.

—¿A qué cojones se refería? —gruñó su hermana—. ¿Qué dice de tentaciones?

—Vamos a ver todos y cada uno de los rostros de los muertos a los que La Magna no concedió una segunda oportunidad —le explicó Citlali con calma, acercándose al portón de la torre y empujándolo con las dos manos. La miró de reojo—. Es por eso que el acceso al Fatem está sellado. Los visitantes pueden vérselas de frente con una cara conocida y sentir el deseo de recuperar al ser amado.

Esperó a que una paralizada Mara recuperara las fuerzas para cruzar el umbral y seguirla hacia las angostas escaleras que conducirían al foso.

Citlali nunca había estado allí dentro. Solo La Magna y criaturas a las que Ella concediera temporalmente su permiso podían abrir las puertas, pero en sus escurridizos paseos por el Autem, Citlali había llegado hasta la torre, donde se decía que no soplaba el viento y que el silencio era tan ensordecedor que el miedo se adueñaba del espíritu de quien se sentara a escucharlo, y se había tendido sobre las hojas secas para admirar aquella hermosa oscuridad. El interior solo lo había contemplado en los dibujos a mano alzada de los escribanos a los que no habría podido pedirles una detallada descripción, pues fallecieron eones atrás para llevarse consigo los misterios del Fatem, que comenzaba en las alturas de la torre y acababa a una profundidad a la que nadie había logrado llegar con vida.

A Citlali le entusiasmaba todo lo relacionado con el mundo extraterrenal, en especial aquel recodo de la Suprarrealidad.

—¿Siquiera eso es posible? —murmuró Mara unos instantes después, cuando hubo recuperado el habla. La bofetada de La Magna debía de haberle hinchado el interior de la boca, porque se expresó de forma precaria.

—No sin morir en el intento —contestó, y esperaba que aquello sirviera como advertencia. Comenzó a subir las escaleras, que se irían enroscando y estrechando a medida que avanzaran—, aunque hay constancia de que algunos héroes lo lograron. Siempre porque La Magna les dio la fuerza y el poder que necesitarían para regresar con vida, claro. El héroe Dantalion se sumergió en el foso con los ojos vendados, por ejemplo; por eso logró volver.

—¿Con los ojos vendados? —repitió, ceñuda—. ¿Por qué?

—Porque así no le vería el rostro a todos los enemigos que pasó por la espada, ni caería en la tentación que suponen algunas de las bellezas que allí se encuentran. Verás… —continuó, procurando modular el tono para que no se notara que el esfuerzo de subir

empezaba a robarle el aliento—. Las almas del Fatem están dormidas mientras descansan en el foso, pero reaccionan a la presencia de los vivos como los tiburones al oler la sangre. Están ansiosas por que las rescaten y les den una segunda oportunidad, y se esmeran para convencer a la visita de que las saquen de allí: se insinúan, hacen promesas vanas pero irresistibles para el que las escucha, pues al ser conciencias omniscientes conocen los secretos de nuestro corazón, y, de últimas, se aferran físicamente, igual que una piraña.

»Pero no solo hay que desoírlos porque accediendo a su chantaje estaríamos desobedeciendo a La Magna —prosiguió, aferrándose al barandal con una mano y a la herida con la otra. Empezaba a sudar, y la respiración se le había entrecortado—, ni porque salir de la mano de un condenado al Fatem sea una sentencia de muerte, ya que la diosa actuaría inmediatamente sacrificándolos a los dos. Ni siquiera porque el muerto nunca vaya a recuperar su físico y su conciencia tal y como solía tenerla…, sino porque son peligrosos.

»La muerte otorga el don de la clarividencia. Quienes pasan por esa experiencia no pueden volver al mundo de los vivos porque lo conocen todo sobre todos, y el conocimiento, como ya sabes, es poder.

—¿Te encuentras bien? —interrumpió Mara, saltando un peldaño para sujetarla antes de que se cayera de espaldas. Citlali observó con ojos vidriosos que su hermana la miraba con preocupación—. Esto ha sido muy mala idea. No creo que vayas a soportar el viaje hasta arriba. Todavía quedan unas cuantas escaleras.

—No podemos detenernos ahora.

—Pues venga, ven, que te ayudaré.

Mara se situó a su lado y le pasó un brazo por la cintura. Citlali sintió a la hermana menor más recia que nunca. Sorprendida, se preguntó si siempre había sido tan fuerte o si habría adquirido aquel vigor físico durante su servicio a El Séptimo Círculo.

—Podrías haberle dado un mordisco a Samael antes de venir —comentó en tono bromista—. Parece ser que te viene de maravilla. —Como Citlali no decía nada (no podía; se le había secado la garganta y estaba al borde del desfallecimiento), prosiguió—: No es por desmerecer tu historia sobre los muertos, que es muy interesante, pero no era la clase de relato detallado que esperaba obtener por tu parte cuando nos quedáramos a solas. Me hacía ilusión que me dieras una explicación sobre lo que vi anoche.

—C-creo que… —Inspiró hondo— no necesitas explicación. Fue todo tal cual lo v-viste.

—No, ya, me lo imagino, pero… ¿Cómo te hace sentir ese… asuntillo?

—¿Te refieres a…? —Citlali se mordió el labio. No habría sabido explicar por qué tanto para Mara como para ella el asunto de la sangre

era un tema tabú. Nadie hubiera dicho que estuviese vinculado con la sexualidad, de la que, en cualquier caso, ambas hablaban con libertad, pero el hecho de que incluso su hermana tuviera sus reparos a la hora de mencionarlo quería decir que era un acto incluso más íntimo que el sexo—. Pues… La verdad es que la herida me arde igual —se lamentó con una sonrisa débil—. No es que me ayude a recuperarme o tenga propiedades curativas como tal. La diferencia es que me noto con más energía, con fuerza para afrontar el día y moverme aunque me duela… Al menos hasta ahora.

—Deja, anda, que te voy a ayudar. Yo me siento más vigorosa que nunca.

—¿Qué…? —Citlali dio un grito de sorpresa cuando Mara la alzó en vilo y siguió subiendo escalones mucho más rápido—. ¡Mara! ¡Hasta hace nada tenías un esguince y una clavícula rota!

—Creo que la clavícula sigue rota, pero, por alguna extraña razón, no me duele. Joder, me siento como si me hubiera vaciado veinticuatro bebidas energéticas.

Citlali pestañeó en su dirección, y observó que las marcas de violencia que le había dejado la diosa tras el bofetón se iban disipando. No pudo evitar sonreír al caer en la cuenta de lo que había ocurrido, en lo retorcida que era La Magna.

—Eso lo ha hecho Ella, ¿sabes? Solo abofetea a los traidores, y para matarlos o para dejarles la marca del escarnio, como hizo con Aladiah. Se ha tomado la molestia contigo para transmitirte la energía necesaria para subir hasta aquí. —Miró el camino que iban dejando atrás—. Y conmigo a cuestas, por lo visto.

Mara bufó, como si la idea fuera irrisoria.

—Lo dudo bastante. Esa cabrona no me curaría por amor al arte las lesiones que me dejó el penitente que le salió rana, y menos después de recordarle que la humanidad corre peligro porque elige a los hombres peor que yo.

—No ha sido por amor al arte. Ha sido para que podamos subir las dos —replicó, convencida. Mara bizqueó.

—Tienes tú en mucha consideración a la diosa.

—¿Cómo explicas entonces tu superfuerza, guapa?

—Ahí tienes razón. —Por un momento pareció que iba a ceder, pero se encogió de hombros y añadió—: Me habré bebido sin querer el café de Abraxas, que fijo que toma esteroides anabólicos. —Luego miró a la exasperada Citlali con una sombra de duda que se transformó en genuina curiosidad—. Es interesante eso que has explicado sobre la sangre.

—Pensaba que lo sabías —reconoció Citlali con tiento. Desde que la atacó tras un arrebato de celos, siempre que hacía una referencia (aunque fuera velada) a su relación con el *rex*, procuraba ser gentil.

—¿Qué? ¡No, qué va! Yo nunca llegué a probar la sangre de Valthe. Leí en la biblioteca que es adictivo de cojones y que prácticamente te conviertes en una yonqui, aunque también que te transforma en una especie de Superman; te hace menos vulnerable a las enfermedades y tienes más probabilidades de sobrevivir si te hacen daño…, pero, vamos, los pros no me quitaban los contras, y al final preferí no hincarle el diente. Tampoco es que me llame la atención eso de beber sangre, ¿sabes?

—¿Ni siquiera te lo planteaste cuando ocurrió lo de Leviathan?

—Claro que no. Ya no estaba con él, y me puedo imaginar la cara que habría puesto si se lo hubiera sugerido en ese momento. ¿Cómo es? Lo de beber, digo —indagó, muerta de curiosidad—. Teníais una cara los dos que parecía que estuvierais follando.

—¡Mara! —se quejó, ruborizándose.

—Uy, sí, Dios te libre de follarte a ese pedazo de tío bueno que besa el suelo que pisas. —Puso los ojos en blanco—. No sé por qué te haces la dura, no es como si fuera a abandonarte en cuanto se acostara contigo. No puede, es literalmente tu esclavo. —Se le escapó una sonrisa maligna que suavizó antes de continuar—. Solo quiere hacerte feliz, Rebecca. ¿Y es que no tienes ganas de pasar a la siguiente base? Yo ahora mismo me tiraría al primero que me lo propusiera. Llevo un mes a dos velas… —Se calló un instante, pensativa—. ¿Crees que este es el tema de conversación apropiado para mantener en un lugar lleno de muertos? ¿Dónde están, por cierto? Pensaban que flotarían a nuestro alrededor.

Citlali señaló hacia arriba con un dedo tembloroso, y no porque estuviera débil, sino porque temía de lo que Mara fuera capaz si se dejaba cautivar por alguna de las almas perdidas.

—Al final de la escalera.

Capítulo XXVII

Mara alcanzó el último escalón sin esfuerzo aparente. Un recorrido de esa extensión habría cansado hasta al guerrero más pertinaz, la que solo era otra muestra de la mediación de la diosa. Su hermana no lo reconocería ni bajo amenaza, pero el hecho de que hubiera dejado de despotricar en contra de La Magna hablaba a las claras de que se rendía ante su poder, y de que, hasta cierto punto, había agradecido el impulso.

Más lo agradecía Citlali, que, agarrada a la mano de Mara, pudo avanzar lentamente hacia los confines del foso sin que le doliera nada. Quizá porque la ilusión de hallarse en un lugar único, en un momento complicado y para realizar una tarea de suma relevancia hacía que se olvidara de que una herida mortal causaba estragos en su vientre. Las mariposas que revoloteaban en su estómago como resultado de la conmovedora trascendencia de aquel día se hacían notar por encima del ardor cutáneo.

—Ya sabes lo que tenemos que hacer —susurró Citlali, antes de asomarse a las alturas—. Recuerdas el rostro del seráfico al que Xaphan le hizo un reconocimiento, ¿verdad?

—No me acordaba de él —admitió con una mueca—, pero X tomó fotografías para revisarlas más adelante, por si acaso se le pasaba algún detalle. Sospechaba que tarde o temprano sus cuerpos desaparecerían por el tiempo transcurrido y por la incapacidad de conservarlos intactos en un ambiente propicio… e hizo bien al tomar sus precauciones. —Mara miraba alrededor con los ojos entrecerrados y gesto aprensivo, como si en cualquier momento fuera a aparecer de la nada un atacante—. El caso es que sí, me acuerdo. ¿Te acuerdas tú?

—Cruzó a través de mí —dijo como toda respuesta.

Mara y Citlali se miraron un instante a los ojos, reconociendo en la una el poder de la otra, y a continuación dieron un paso al frente.

Las precarias escaleras habían terminado en el observatorio de la torre, pero como cabía esperar, la torre no era una construcción arquitectónica al uso, sino un espejismo creado para ahuyentar de lejos a quienes llegaran buscando el Fatem; nadie sospecharía que allí se encontraba el foso de los condenados.

Citlali había leído en cuentos y relatos ambientados en los confines del Autem que muchos exploradores pasaron de largo al alcanzar la

fortificación, asumiendo que se trataba de las ruinas de una antigua torre vigía. Quien cruzaba las puertas después de haber forzado la entrada no alcanzaba a ver más que aquellas escaleras andrajosas que no conducirían a ninguna parte. Solo al que llegaba hasta el punto más alto se le concedía el don de la perceptibilidad para apreciar el medio.

Citlali descubrió que, al asomarse desde las alturas, los peligrosos peldaños enroscados en sí mismos habían desaparecido, y en su lugar flotaban en una maraña los espíritus translúcidos de aquellos muertos que no merecieron una segunda oportunidad. Era una cuestión de óptica, pensó, asombrada. Desde abajo no se veía lo que en realidad había allí; era solo en las alturas desde donde se apreciaba su verdadero contenido.

Citlali se giró para mirar a su hermana sin la menor esperanza de compartir con ella su emoción, aunque tal vez sí su asombro. Se fijó en el rostro sombrío de Mara, en que sus ojos calculadores escudriñaban el vacío en busca del seráfico cuya muerte habían ido a certificar.

—La Magna tampoco me dijo que el Fatem se pudiera visitar. Nadie me lo dijo —confesó en voz baja—. Se suponía que los buenos… o, mejor dicho, los que aún eran útiles —se corrigió a regañadientes— aparecían en el Autem después de su muerte, y los que no, se perdían en un agujero negro e inaccesible llamado Fatem.

—Eso se debe a lo que te he contado antes. El Fatem no existe para la inmensa mayoría de los protectores que viven en La Tierra. Ni siquiera para las criaturas que pueblan el territorio de la diosa. Solo los sacerdotes que viven enclaustrados en sus templos conocen este secreto. Está prohibido venir aquí, Mara. Ha hecho una excepción con nosotras porque tenemos que confirmar que hemos hallado la manera de salvar a las almas que se nos han escapado.

«A través de Samael», estuvo a punto de añadir, pero le sorprendía tanto aquel hecho que no logró pronunciarlo.

—¿Y por qué no nos ha acompañado la diosa? Si tanto teme que la traicione dejándome tentar por alguno de estos… —Torció la boca— seres, lo lógico habría sido que se quedara vigilando.

—Sé que tienes en muy baja estima a Su Santidad —replicó con una sonrisa resignada. Le apretó la mano con fuerza—, pero no peca de sobreprotectora porque confía tanto en la fortaleza de sus criaturas que no teme dejarnos a merced de sus decisiones. Ella no desea que nos portemos bien porque sepamos que nos está mirando; desea que nuestro anhelo más profundo, nuestro objetivo vital, sea simplemente hacer lo correcto.

Mara se limitó a asentir sin apartar la mirada de los cuerpos sin vida que a ratos parecían flotar y a ratos parecían nadar en la nada de

la torre, como si hubieran encerrado miles de luciérnagas en un frasco de cristal.

—Es triste pensar que ninguna de estas personas mereció otra oportunidad —dijo Mara en voz baja—. Me pregunto qué es lo que hicieron mal para que los abandonaran aquí.

Una de las figuras se aproximó al borde desde donde Mara y Citlali observaban la inmensidad del Fatem. Se encaramó al extremo pedregoso del precipicio con los dedos huesudos de quien había empezado a perder consistencia física y le sonrió a Mara con aquella cara translúcida que parecía un holograma.

«Si tanta curiosidad tienes», le dijo, «deja que yo te lo cuente. Mi historia podría entretenerte durante días… Tal vez durante meses. Te sorprenderá tanto conocer las vicisitudes que enfrenté en vida que no te arrepentirás de haberme salvado».

—No, gracias —gruñó Mara, torciendo el gesto. Le propinó una patada en el mentón, pero lo único que consiguió fue que se deshiciera en miles de partículas que se ordenarían de nuevo en torno a la misma forma física en algún punto del foso. Enseguida se giró hacia Citlali con una mueca de repugnancia—. Joder, eso ha sido muy grosero, ¿verdad? ¿Puedo ir pateándolos conforme se me insinúen? ¿O no debería tocarlos?

—Es mejor no tocarlos, no, pero si te ves en la necesidad de hacerlo para ahuyentarlos, adelante.

Citlali se calló para escudriñar los rostros más próximos a ella. Xaphan estaba convencido de que aquel seráfico en particular, a diferencia del resto de cadáveres conservados que rescataron, no llevaba ni siquiera dos semanas muerto. Teniendo en cuenta que había cruzado a través de ella durante su semiinconsciencia, debía de encontrarse en una de las primeras capas del foso, la más cercana al risco.

Y así fue. A Citlali le pareció reconocerlo en el ser opaco que flotaba con los ojos cerrados, y se aproximó lo máximo al borde para mejorar la visibilidad.

—Creo que es él, Mara —dijo con el aliento contenido, tirando de la mano de su hermana—. Está a salvo.

Citlali no podía apartar la vista del seráfico. Sintió la tentación de llamarlo para preguntarle por su historia, pues como conciencia sabedora podría proporcionarle datos específicos de sus días en el laboratorio, y esa era información que El Séptimo Círculo necesitaba con urgencia para averiguar qué se traía entre manos el Enclave. Sin embargo, el riesgo de que el susodicho se inventara una historia aún más trepidante, llena de vacíos que prometería rellenar una vez lo rescataran del foso, hizo que dejara pasar la oportunidad.

Una criatura del Fatem no era fiable.

Inspiró hondo y se conformó con el hallazgo. Fuera lo que fuera que hubiese sucedido aquella noche en el sueño de Samael, Citlali había logrado llegar hasta la dimensión donde el seráfico había quedado encerrado y había conseguido darle la paz que necesitaba. Aún quedaban numerosas incógnitas por resolver, pero habían avanzado un paso hacia la resolución de uno de los problemas más graves que enfrentaban en ese momento.

Que el Gran Grimorio hubiera descubierto el modo de burlar a los portales dimensionales para mandar las almas muy lejos del alcance de La Magna podría suponer una crisis global.

—Ya podemos marcharnos, Mara —anunció Citlali, pero al pararse a observar a su hermana con detenimiento, cayó en la cuenta de que se había quedado prendada de un punto en el fondo del foso.

—¿Esa no es…? —preguntó sin voz, respirando a duras penas—. ¿Esa no es mamá?

El corazón le dio un vuelco a Citlali, y no solo porque le conviniera temer la emoción autodestructiva que afloró en el semblante de Mara, sino porque ella misma deseó comprobar con sus propios ojos que era cierto: que Ledah se encontraba en el foso.

¿Cómo no iba a estar allí?

Mentiría si dijera que no se lo había planteado, que no había fantaseado con verla aunque fuera de lejos para ayudarse a asumir que ya no caminaba entre los vivos, el mundo donde la abrazó por última vez. Pero por el bien de la misión y de sus propios sentimientos, que había logrado mantener fríos e intactos durante años, Citlali había descartado el peligroso anhelo de tener con ella unas palabras de despedida… aunque fuera en esas circunstancias.

Ahora, la verdad le estallaba en la cara, a ella y a una Mara tan deseosa por reencontrarse con su madre que avanzó una zancada hasta tambalearse en los límites del foso. Su intuición no andaba errada, porque Citlali localizó enseguida a su madre. Estaba lo bastante cerca para que no hubiera lugar a dudas. Ledah sí estaba consciente y se movía como si estuviera nerviosa, tal vez porque en vida había tenido una conciencia nítida, la astucia de un zorro, y aquella presencia translúcida no dejaba de ser una representación de su mente despierta.

—Aquí estaba —oyó que musitaba Mara, aferrándose a Citlali con un ruego implícito: «No dejes que vaya a por ella. Agárrame bien»—. Acepté la propuesta de La Sociedad cuando llamaron a mi puerta y me expuse a que El Séptimo Círculo me tratara como a una esclava para averiguar qué había sido de ella… y estaba aquí. Todo el tiempo estuvo aquí. La Magna no me lo dijo aun sabiendo que esta… esta era mi petición. Mi único deseo.

Si Citlali hubiera estado más atenta al tono de voz de Mara que de

sus propias emociones, se habría dado cuenta de que el alivio vencía por mucho la tristeza.

No era así en su caso.

Con la visión de su madre fallecida, un sinfín de recuerdos de la infancia la asaltaron, dejándola paralizada. Se convirtió de nuevo en la niña enamorada de sus padres que fue.

Citlali siempre tuvo constancia de que Ledah fue asesinada por los golpistas de La Sociedad, pero para cuando se enteró, protegida de todo sentimentalismo en las alturas del Autem, no necesitó guardar luto. No tuvo que velar su cuerpo, ni llorar durante su entierro; no tuvo que aceptarlo, como tanto tiempo tardaban los humanos en asimilar estas noticias, porque no estuvo allí para ver la tragedia, y eso le permitió aferrarse inconscientemente a la idea equívoca pero optimista de que Ledah estaba en alguna parte del mundo, viva y ocupada, solo que, por razones de agenda, no podrían reencontrarse jamás.

Citlali había justificado así su frialdad ante Mara: los muertos no tenían que guardar luto, y ella murió antes del resto de su familia, librándose de padecer el tormento que su hermana había tenido que digerir amparándose en las propiedades curativas del tiempo. Ese tormento pasaba por culparse de lo ocurrido, por preguntarse qué habría ocurrido si ella hubiera estado presente.

Eso era lo que Citlali se estaba cuestionando ahora, tantos meses después.

Ni siquiera había tenido la suerte de despedirse de ella una vez cruzara a través de su cuerpo, porque, a diferencia de aquellos que morían en terribles circunstancias pero no eran útiles para la misión o de aquellos que cruzaban al Autem para verse con la diosa una última vez antes de que esta los enviara al Fatem por su propia mano, los que eran condenados al frío descanso del foso por su condición de traidores no alcanzaban la luz gracias a los portales. Iban directamente allí, a la bóveda de la torre secreta.

Como si hubiera presentido que en ellas encontraría la salvación, el cuerpo titilante de Ledah levitó, abriéndose paso entre los huecos que dejaban el resto de los seres y atravesando otros como si no fueran más que bruma para llegar hasta las hermanas.

Citlali no pudo evitar inclinarse hacia delante, como si esperara que su madre le prodigara una caricia, pero Mara retrocedió un paso. Las conciencias no podían hablar, pues carecían de voz y de caja torácica para proyectarla: se hacían oír penetrando en la mente de los vivos.

«Mis preciosas niñas… Nunca pensé que os llegaría a ver juntas otra vez. Dicen que la vida es un regalo, pero el más bello de los obsequios me ha sido entregado tras la muerte».

—No le prestes atención, Citlali —le dijo Mara, rehaciendo sus

pasos—. No la escuches.

Ledah enarcó una ceja. Tenía el mismo rostro. Apenas había envejecido desde que Citlali la vio por última vez. Si se esforzaba lo suficiente, si ponía su imaginacióna a funcionar, podría obviar que el foso se transparentaba por detrás de su figura.

«Pensaba que, de las dos, tú serías la que más se alegraría de verme. Citlali nunca sintió que perteneciera al hogar, a fin de cuentas… Y no lo hacía porque albergaba un poder que ninguno de nosotros podía entender».

—No es verdad. Tú sí podías entenderme —replicó Citlali con voz temblorosa.

—¡No le respondas! —espetó Mara, tratando de sacarla de allí. En teoría debería haberle resultado sencillo emplear su propia fuerza y utilizar el dolor que debilitaba el cuerpo de su hermana para cargarla sobre los hombros, pero Ledah las había hipnotizado a ambas; a Mara con horror, y a Citlali con emoción.

—Tú fuiste una seráfica de La Sociedad. La prometida de un importante regente a punto de ser coronado. Sabías que yo tenía poderes, que sufría porque no encajaba en ninguna parte, y no se te ocurrió hablarme de ello jamás —balbuceaba Citlali, al borde de las lágrimas—. Te negaste incluso a listarme los beneficios de unirme a La Sociedad y poner mi don al servicio del Consejo cuando vinieron a buscarme.

«Solo quería protegerte», se justificó Ledah, alargando un brazo hacia ella. Al entrar en contacto con la dimensión de los vivos a través de la grieta que Citlali le había abierto con su disposición a charlar, los dedos adquirieron el color de la carne y la textura de la piel y pudieron acariciarle la mejilla. Citlali se estremeció de pies a cabeza. «Yo salí huyendo de La Sociedad porque sospechaba que pronto tendría lugar un golpe de estado, y, según creo, no me equivoqué. No habría arrojado a mi hija a los tiburones sin más. Pero ahora que ya sabes que yo misma era especial y que tu hermana heredó parte de tu don gracias a tu sacrificio, podemos formar una verdadera familia. Lo retomaremos donde lo dejamos, con la diferencia de que la honestidad y el poder serán los sólidos cimientos de nuestra casa. Nunca volveré a mentirte para tratar de protegerte, Citlali. Entendí la lección».

—Basta —le espetó Mara con lágrimas en los ojos—. Cállate. No vamos a sacarte de aquí.

Ledah ladeó la cabeza hacia la hermana menor.

«Me sorprende que te hayas dejado manipular por la palabra de una diosa que tanto detestas. No me malinterpretes; te ha dado numerosas razones para despreciarla», advirtió. «La pregunta es… ¿Qué haces aquí? Sé que tú no deseas esta vida, Mara, pero si me tuvieras a tu lado podría enseñarte tantas cosas… Aprenderías a

controlar tus emociones por fin, a saber cuánto quieres darle a El Séptimo Círculo y cuánto deseas reservar para ti sola; no tendrías que sacrificarte entera por una causa o por otra. ¿No es eso lo que quieres? ¿No anhelas dejar de estar dividida?».

—Tú no puedes saber lo que quiero —le rugió, y le pasó una mano por la cintura a Citlali para echarla hacia atrás.

Conforme la conversación se había ido desarrollando, Ledah había podido avanzar prudente y disimuladamente por el terreno que les había ganado a las dos. Su presencia era cada vez más sólida. Su imagen, en principio disuelta, iba adquiriendo una dimensión física innegable: recuperaba el color, la forma, y pronto incluso reconocerían su olor.

Citlali estaba desesperada porque llegara ese momento. Quería abrazar a su madre y así viajar a aquellos días en los que, si bien se sintió excluida de la familia, podía contar con las muestras de afecto que la acercaban a su humanidad, que le ponían los pies en el suelo. No había vuelto a recibir tanto cariño desde entonces, quizá porque nadie había vuelto a quererla incondicionalmente.

«Yo lo sé todo sobre ti. Sé que sientes dolor, Mara. Solo tu madre puede hacer que se vaya. Deja que haga lo que mejor sé… Deja que cuide de ti».

—Se acabó —masculló Mara.

Se agachó para coger a su hermana en volandas y se dio media vuelta. Citlali gritó a pleno pulmón y se debatió entre los brazos de Mara para regresar a los confines del foso y estrecharle la mano de su madre o solo ponerse a tiro para recibir un mínimo gesto de cariño. Aunque la adrenalina corría por sus venas, triplicando las fuerzas que creía poseer y de las que en realidad carecía, el agarre de Mara era tan firme que ni el aire podría habérsele escapado entre los dedos.

Comenzó a bajar las escaleras corriendo, dejando atrás la figura de Ledah. Conforme más se alejaban, la voz de su madre empezó a disiparse de sus mentes, al principio dejando un eco, y luego desapareciendo como si nunca la hubieran escuchado.

Citlali rompió a llorar de frustración y alargó los brazos en un débil intento por recuperar la precaria conexión. Se negó a aceptar que la había perdido y balbuceó maldiciones, trató de invocar un hechizo que no llegó a buen puerto debido a su pésimo estado físico, y pataleó para librarse de Mara, que, por un instante, se convirtió en su mayor enemiga.

Pero para cuando Mara cruzó el umbral de la torre y estuvieron de nuevo en la explanada que evocaba un paisaje invernal, donde no soplaba el viento ni el silencio contaba secretos, la tristeza y la desesperación se desvanecieron de un plumazo, como si hasta ese momento le hubiera estado doliendo la herida de una flecha y

acabaran de arrancársela para dejarla supurar.

También Mara perdió su sorprendente vigor físico en cuanto dejaron atrás las puertas. No pudo seguir aguantando el peso de Citlali. Se tambaleó al agacharse para ponerle los pies en la tierra antes de que ambas cedieran al cansancio y se derrumbaran sobre el manto de hojas mojadas. Citlali dejó de sentir el cuerpo en cuanto su espalda tocó la humedad del suelo, y Mara se dejó caer a su lado con un suspiro entrecortado. La primera permaneció tendida con los brazos extendidos, admirando los árboles inmóviles y el paisaje de noche de enero. La segunda se abrazó las rodillas y cerró los ojos con fuerza.

Citlali no supo cuánto rato pasaron allí, guardando un segundo luto por haber dejado morir a su madre de nuevo, hasta que Mara decidió romper el silencio.

—Mamá nunca habría hecho eso —acotó en voz baja, respondiendo sin saberlo a la pregunta que Citlali se había estado haciendo: ¿cómo había conseguido no morder el anzuelo?

—¿El qué? —inquirió en el mismo tono, sin mirarla.

Estaba avergonzada por la manera en que se había dejado llevar. Todavía notaba un grueso nudo en la garganta. Tenía la demoledora certeza de que se habría quedado allí para siempre, traicionando a la diosa y sus propios principios, si Mara no la hubiera arrastrado escalera abajo.

—Nunca te habría llamado Citlali —respondió con llaneza—. Te habría llamado por el nombre que te puso.

—¿Por eso no te has dejado tentar en ningún momento? —balbuceó, temblorosa.

En esta ocasión sí se giró para verse reflejada en los ojos vidriosos de Mara.

—Por eso y porque parece ser que ya he pasado el luto. Si la herida hubiera sido más reciente, me habría lanzado a por ella, pero el simple hecho de saber que ha estado ahí, que está en alguna parte, a salvo… —Curvó los labios en una sonrisa simbólica del alivio que sentiría algún día, mas no en ese instante; no tan pronto—. Digamos que encontrarla ha bastado para apaciguarme.

Citlali no se vio en condiciones de responder, porque la única contestación posible era la admisión de una debilidad que había quedado clara en las alturas del foso: su herida aún no había cicatrizado porque ni siquiera llegó a empezar a penar por la muerte de su madre. Había leído su terrible final sobre el papel, pero no había asimilado sus implicaciones: que ahora era huérfana.

—Lamento que te sintieras así en casa —dijo Mara de pronto, pasado un rato—. Que creyeras que no encajabas en ninguna parte y que eras un bicho raro.

—¿Acaso estaba equivocada?

—No. Eras un bicho raro —reconoció con un cabeceo resignado. Sonreía a desgana—. Pero estaba convencida de que no te importaba y eras feliz viviendo al margen de la sociedad. Era una de las razones por las que te admiraba.

—¿Me admirabas?

—A mí siempre me ha importado lo que piense la gente. Y siempre he querido encajar —agregó, asqueada consigo misma—, y lo he hecho porque era una *bully* de instituto como otra cualquiera, un bulto más en una manada de adolescentes que fumaban porros y se burlaban de los demás. Tú eras única.

—¿Era? ¿Ya no?

—Lo sigues siendo. Y también te sigo admirando, pero por otras razones.

Citlali aceptó el cumplido cerrando los ojos. Lo repitió y lo paladeó para sus adentros, lo abrazó bien fuerte y se dijo que aquello era lo que había necesitado oír. No le extrañaba que hubiera estado a punto de sacar a su madre del foso después de que tocara su punto débil. Todo cuanto había deseado desde que podía recordar era la aceptación de sus seres amados.

Utilizó su confesión como impulso para hacerle la petición que llevaba tiempo teniendo en la punta de la lengua.

—Cuando estés lista —empezó, mirando a su hermana de soslayo —, ¿crees que podrías empezar a llamarme Citlali?

Mara no le devolvió la mirada, pero asintió con aire melancólico, como si acabara de confirmar un temor que llevaba un tiempo persiguiéndola y ante el que no le quedaba otro remedio que resignarse.

No era ninguna estúpida. Debía de haberse dado cuenta de que Citlali no pretendía recuperar su vida humana en el preciso momento en el que se reencontraron; no quería hacerle un altar a su juventud mortal, ni pensar que cualquier tiempo pasado fue mejor.

—Supongo que yo tampoco soy Mara ya —comentó con un hilo de voz, ella sí entristecida por lo que había dejado atrás—; que llevo tiempo sin serlo.

—Y nunca lo serás de nuevo —le confirmó Citlali con tiento—. Todo lo que ha ocurrido nos ha cambiado irreversiblemente. Nuestra esencia puede permanecer inmutable, pero no somos solo esencia. También somos estas experiencias, estas personas que ahora nos rodean, estos nuevos anhelos.

Mara asintió, pensativa. Todavía se abrazaba las rodillas y observaba el firmamento, de un nostálgico tono añil que se iba aclarando hasta abarcar el gris plateado de los nublados.

—Y supongo que eso no es malo —acabó diciendo Mara tras coger

una bocanada de aire.

—No lo es. Simplemente es… —Dejó la frase al aire hasta encontrar la expresión perfecta, y entonces se encogió de hombros.

—Es lo que hay —completó Mara. Citlali asintió con la cabeza.

—Y lo que nos queda. Sobre todo es lo que nos queda.

Capítulo XXVIII

Samael vigilaba a Valthessar con el rabillo del ojo, preguntándose si sería apropiado pedirle por favor que se mostrara relativamente amable en presencia de La Magna.

De acuerdo a los comentarios velados que había oído de boca de Xaphan, Luvart y Abraxas, si bien al comienzo de su penitencia el *rex* había logrado disimular los recelos que sentía hacia su diosa, en los últimos tiempos había sido incapaz de contener el desprecio, y había acabado ofendiéndola con reproches injustificados.

Samael estaba temiendo que su audiencia particular no se celebrara en la intimidad. No estaba en posición de espetarle a Valthessar que cerrara el pico si empezaba a replicarle con sorna a La Magna, pero tampoco le gustaría aguantar con estoicismo que uno de sus súbditos la maltratara, sin hacer nada para corregir la situación.

Nunca había entendido por qué algunos penitentes de El Séptimo Círculo la odiaban o le guardaban rencor. Ni siquiera podía justificar la actitud de Luvart. Sí, claro, la diosa le separó de su amada Sehara, el que Samael entendía como el peor de los castigos que podían endilgarle a un hombre enamorado, pero fue por razones de lo más comprensibles: el contacto continuado con una criatura creada por el Gran Grimorio, como lo era Luvart, había acabado enloqueciendo —cuando no matando— a la poderosa hechicera, y a nadie le convenía que la codificadora de la magia, la conocedora de todos los hechizos del Libro, perdiera la cabeza.

Además: en cuanto ambos expusieron su situación ante la diosa, ¡esta les dio una solución! ¿Y encima se atrevían a guardarle rencor, cuando lo hizo para proteger a Reyyan de aquel capullo tóxico?

Dagon había sido condenado a una eterna penitencia sin *anandha* que le salvara. Bueno, ¿y qué tenía eso de malo, más allá de que el tipo fuera un romántico y quisiera a alguien a su lado con quien hacer la cucharita? ¿Acaso no había visto al propio Samael al borde de la locura debido a los sentimientos que Citlali le suscitaba? ¿Por qué lamentaría no andar detrás de una mujer como un perro faldero? ¿No prefería ser intocable, carecer de puntos débiles? Si no quería que La Magna lo castigara, podría haber evitado tratarla como si fuera estúpida. Aquello era lo mínimo que se merecía después de haber ocupado el lugar de quien debería haber realizado la penitencia, un

hijo de puta con todas las de la ley que no habría causado estragos ni en el mundo, ni en Qadira, ni en El Séptimo Círculo si hubiera sido sacrificado como era debido. Pero no, Dagon tenía que hacerse el héroe. ¿Y ahora La Magna era la mala por no regalarle uno de los fragmentos de su alma? ¡Si encima estaba saliendo con Qadira, que era literalmente la mujer más guapa sobre la faz de La Tierra! ¿Cómo era eso un castigo?

En cuanto a Aladiah… El regente de La Sociedad ya no formaba parte del clan de penitentes, pero estuvo viviendo bajo su techo durante el tiempo suficiente para que a Samael le dejara pasmado su rencor hacia la diosa. ¿Qué diablos esperaba? ¿Que le palmeara la espalda después de haberse posicionado de lado de los esbirros del Gran Grimorio, y todo por una noche de pasión con un súcubo? Si al final no hubo pasión ni hubo nada, no era problema de la diosa. La había traicionado, y la traición se pagaba con sangre. Tendría que haberse dado con un canto en los dientes porque La Magna lo hechizara, ayudándole así a olvidar, en lugar de mandarlo a la guillotina. Que luego el mencionado hechizo saliera malo ya no era culpa de la diosa, pero, ah, ese puñado de desagradecidos tenían que apuntarla con el dedo para quedarse tranquilos.

Desconocía los sentimientos de Renyi hacia la diosa. Suponía que tampoco tenía en alta estima a su creadora, pero por lo menos cerraba el pico y no le llevaba la contraria.

El comportamiento Valthessar en su santísima presencia era sencillamente inadmisible, propio de un impresentable. Samael también estaría enfadado si le hubieran endosado a Mara como pareja eterna, pero ni que la diosa en persona eligiera a las mujeres humanas a las que su intuitiva esencia iba a descansar. Era irrisorio culpar a La Magna de sus problemas matrimoniales. ¿No tenía más de dos mil años? ¡Que se los gestionara él solo!

En definitiva, Samael no lograba comprender la rabia de sus compañeros. La diosa les había dado una segunda oportunidad después de morir para poner sus habilidades al servicio de un bien superior, un bien que les concernía a todos como guerreros mortales que fueron en su día. Cuando la decepcionaron, les perdonó la vida de nuevo y los mandó a La Tierra para continuar su labor. Lo único que hizo fue agregarles un par de puntos débiles para que no se lo pasaran en grande. No podrían mirar el sol, no podrían quitarse la vida si la misión les venía grande, y a estas dos se sumaba la maldición personalizada de cada uno, que, *de acuerdo*, en algunos casos era más cruel que otros.

Pero no todo era negativo. Les había sido concedida la oportunidad de disfrutar de una vida sobrenatural en La Tierra. Tenían las mañanas libres para ir de *after*, eran tan atractivos que las mujeres se

desmayaban a su paso, y el perdón eterno correría a cuenta de una mujer que amarían y que les correspondería en idéntica medida.

A Samael siempre le había sonado de maravilla. Era el trato perfecto.

«A lo mejor por eso Luvart piensa que soy un lameculos», pensó, aun así, mientras esperaba de pie sobre los impolutos suelos de mármol a que la diosa se personara. «Porque todos me parecen unos desagradecidos».

No recordaba haber expresado en voz alta la opinión que le merecía que la mitad de El Séptimo Círculo le guardara rencor a la diosa, pero tal vez lo hubiera dado a entender sin necesidad de palabras. En cualquier caso, ¿qué le importaba lo que pensara el desagradable de Luvart cuando tenía el afecto de La Magna para consolarse?

Para colmo de males, el príncipe de los ángeles era una creación del Gran Grimorio. Si no tenía su aprobación, mejor; de alguna manera, la sentiría como una traición a La Magna.

«Esos no son los pensamientos más apropiados para rondar tu mente en estos momentos».

Samael se estremeció cuando la diosa dio a conocer su presencia. Partículas de luz que se asemejaban a un enjambre de luciérnagas se fueron fundiendo hasta formar la silueta femenina de La Magna, que apareció ante ellos con la túnica ceremonial color escarlata y el cabello ardiendo a su espalda como el fuego mecido por el viento.

—Lo lamento, Santidad —se apresuró a decir, hincando rodilla ante Ella.

Valthessar lo hizo asimismo en completo silencio, quizá porque sabía que aquella audiencia se centraría en la figura del penitente y él solo tenía que esperar su turno para proporcionar los detalles del ataque en el concierto.

La Magna observaba a Samael con un amago de sonrisa, como siempre que lo localizaba entre los miembros de El Séptimo Círculo.

En los doce siglos que Samael llevaba a su servicio, había llegado a deducir la opinión que le merecía cada miembro del clan en función de su expresión. Ante Valthessar, la diosa alzaba la barbilla con retadora suficiencia, como si fuera un digno contrincante al que debía recordarle su superioridad. Al mismo tiempo se mostraba orgullosa de la gran decisión que tomó al incluir a un estratega de su talla en sus filas. Con Luvart se comportaba igual que una mujer despechada que deseara disimular las preferencias de su corazón. Las ocultaba con tesón y rabia hacia sí misma procurando no mirarlo en público, mas luego lo recordaba en privado; de eso Samael estaba seguro. A Dagon lo fustigaba cada vez que se le ocurría hacer un comentario desahogado, típico de su carácter, pues hasta hacía relativamente poco

le parecía increíble, cuando no ofensivo, que aún le quedara sentido del humor. Era evidente que, en opinión de La Magna, Dagon debería estar llorando y lamentándose por haber cometido el error de burlarse de la inteligencia de Su Santidad; por haber creído, aunque fuera por un momento, que Ella no descubriría el estúpido engaño en el preciso instante en que fue formulado. Sobre Abraxas proyectaba su aceptación, y tal vez algo más: una compasión que Samael dudaba que le hubiera regalado a ninguna otra de sus criaturas jamás. Y a él…

A él lo quería, estaba convencido. No sabía si lo respetaba, si apreciaba que le fuera fiel hasta la muerte o si lo consideraba un gran guerrero. Lo único que tenía claro era que La Magna lo adoraba, nunca supo por qué razón.

Tal vez fuera un defecto de su carácter, una preferencia irracional.

La diosa se adelantó hacia él y le acarició el mentón con los dedos.

«Por fin ha despertado tu don». Su voz se encarnó en una brisa cálida que le rozó la cara como un beso invisible. «Sabía que había algo en ti… Algo especial».

Samael pestañeó, tan aturdido por la bienvenida como por el roce de su mano. Tuvo que contenerse para no acercarla más a su cuerpo. La diosa era una embaucadora irresistible, ¿y Luvart tenía las narices de enfadarse porque le hubiera arrebatado a su gran amor y se hubiera puesto Ella en su lugar?

«Dios le da pan a quien no tiene dientes», pensó, apesadumbrado.

—¿Sabíais que yo…? —Tragó saliva—. ¿Es un don de verdad?

«Por supuesto que es un don de verdad. El azar trabaja de maneras misteriosas que escapan incluso a mi comprensión, pero intuí que una fuerza enigmática te envolvía en el instante en que te vi por primera vez. Supe que tendría que reclutarte y sentarme a esperar».

—¿Cuando me…? —Recordó a la vulgar humana que La Magna eligió para encarnarse durante aquellos tiempos cruentos en los que Ragnarr aterrorizaba los pueblos del imperio franco occidental. Más tarde supo que se trataba de una diosa todopoderosa, pero en el momento se le antojó tan vulnerable que permaneció junto a ella para advertirla de que los salvajes se acercaban—. ¿He tenido este don, sea cual sea, todo el tiempo? ¿Por qué no lo sabía?

«La mayoría de los talentos ocultos se dan a conocer en edades tempranas, cuando el ocultista en cuestión es apenas un niño o un joven adulto. Sospecho que tú, al morir antes de desarrollarlo, detuviste el proceso».

—¿Y cómo es que se ha retomado ahora?

La Magna le sonreía siempre como si hiciera las preguntas correctas, las que Ella esperaba oír.

«Los ocultistas siempre son mortales. Para que el don se manifestara por fin, tenías que volver a ser tan vulnerable como uno

de ellos».

—¿Lo ha despertado Citlali? —inquirió Valthessar, que se mantenía al margen, pero prestaba atención. La Magna no apartó la mirada de Samael al asentir con la cabeza.

«El hecho de que tu *anandha* haya propiciado el desarrollo de tu talento no es novedoso o sorprendente, solo insólito. A lo largo de la historia, ha habido penitentes cuyo don secreto ha aflorado en el preciso momento en el que conocieron a su pareja».

Era el momento de poner sobre la mesa la duda que llevaba todo el tiempo atormentándole. Abraxas se había confundido dando por hecho que Ruth era la reencarnación de Astaroth; a él le había estado preocupando la inmortalidad de Citlali.

—El caso es que mi *anandha* no es mortal, lo que va contra todo lo que se ha escrito sobre ellas, que es que son humanas. Es decir… Citlali fue mortal y fue humana, sí, como todos los empíreos, pero cuando yo la conocí ya no lo era. Entonces no sé si…

La sonrisa de La Magna se tornó burlona.

«¿Sigues renegando de tu mujer?».

—¡No! —exclamó, ofendido—. ¡Claro que no! Es solo que no comprendo…

«No te equivocas», lo interrumpió. «Las *anandhas* son humanas en absolutamente todos los casos. Tú deberías haber tenido que esperar a que Citlali se reencarnara y llegara a ti por casualidad, como el resto de las criaturas de tu especie. Pero en el momento en que la recluté, evité que eso pudiera pasar, interfiriendo en el azaroso destino. Y en beneficio de un futuro que intuía aciago, decidí hacer la primera excepción: conocerías a tu *anandha* en su piel inmortal, y solo cuando la misión lo requiriese. Este era el momento en el que teníais que vincularos, Samael. Ni antes, ni después, porque es ahora cuando necesitamos tu don».

—Pero no hace mucho tiempo insinuasteis que Citlali era mi *anandha* original, no Mara —apostilló Valthessar con una mezcla de rencor e incredulidad, como si le resultara pasmoso que a la gran fuerza del universo se le hubiera ocurrido decir algo así—. Que yo sepa, han transcurrido años desde la primera y última vez que una *anandha* se presentó como la mujer de dos hombres.

La Magna se giró hacia él y lo observó con aquellos ojos sin pupila que recordaban a un péndulo de hipnosis.

«No puedes culpar a una diosa de recurrir a la única estratagema de la que puede echar mano para espabilar a un penitente obstinado. Si no me permitías hundir la mano en tu corazón para arrancarte esa mala hierba que es tu amor, tendría que jugar con tu mente y esperar que la lógica, el rasgo que te hace volver en ti mismo, te convenciera de arrancarla tú mismo».

Valthessar le sonrió con compasión.

—Me temo que no surtió efecto. Si alguna vez me planteé que Mara pudiera no ser la mujer destinada a mí, cosa que no dudé en ningún momento, puse fin a mi vacilación en cuanto Citlali apareció y no sentí más que curiosidad… y solo porque Mara y ella comparten el mismo don y la misma historia, estoy convencido.

«Poco crédito le das a mi encantadora Citlali, que podría ser la *anandha* de dos hombres si fuera algo más ambiciosa en asuntos del corazón», fue todo cuanto repuso antes de volver a concentrarse en Samael. «¿Qué dudas puedo ayudarte a resolver, ocultista?».

Reaccionó como cabía esperar dada la insólita circunstancia: La Magna jamás le hacía preguntas a nadie, puesto que su omnisciencia le permitía conocer las respuestas de antemano, y nunca se ofrecía a satisfacer las dudas que sus súbditos pudieran tener: proporcionaba información con cuentagotas, y solo cuando lo consideraba necesario.

Pero no fue únicamente esta concesión lo que le dejó aturdido, sino que se refiriera a él como ocultista y no como penitente, como si su naturaleza pudiera cambiar de la noche a la mañana, o mejor: como si siempre hubiera sido diferente, más especial, y por fin le estuviera reconociendo su supremacía sobre aquellos que había tenido como mejores que él.

Samael se estremeció no ya de satisfacción, sino de alivio al descubrir que tenía algo más que ofrecerle a Citlali, a su diosa y a su clan.

No solo era un hacha al servicio de una mano hábil, sino una mente poderosa.

—¿Recibe el nombre que le dio Citlali? ¿Bilocación, se llama? —titubeó al pronunciarlo.

«El don de la bilocación permite al que lo posee estar de forma consciente en dos lugares al mismo tiempo, pero ahora que estoy escarbando en tu mente y veo a dónde viajaste por primera vez, puede que se trate de una evolución de la bilocación que conocemos». Los ojos de La Magna parecían querer atravesarlo. Samael la sentía merodeando por sus recuerdos más recientes, y lo hacía con tanta delicadeza que la intrusión se sentía como el agradable mareo tras una siesta tendido al sol. «No viajaste a otra punta del mundo. Viajaste a otro mundo…». Soltó su rostro como si le hubiera quemado y dio un paso atrás, sorprendida y al mismo tiempo maravillada. «Desconocía que el talento pudiera llegar tan lejos. Si alguna vez existió un ocultista con tus características, su nombre debe de encontrarse en la *Sagrada Crónica*, pero dudo que exista un precedente. Lo recordaría».

—¿Otro mundo? —Valthessar lanzó una mirada curiosa al perplejo Samael—. ¿A qué otro mundo, si no es La Tierra, si no es la Suprarrealidad? ¿Os referís a otro planeta del Sistema Solar?

«Otra realidad; un universo beta de tantos que no llegué a desarrollar y abandoné antes de dotar de vida. No me constaba que la bilocación permitiera realizar viajes interdimensionales, pero tal vez tenga sentido, después de todo», meditaba La Magna, quizá para sus adentros. Caminó alrededor de Samael como si pudiera conocer los detalles de su don tan solo mirándolo de arriba abajo desde diferentes perspectivas. «Un mundo tan pleno, puro y hermoso como La Tierra no sucede sin más, con un simple chasqueo de dedos. Exige una serie de intentos fútiles que dan lugar a rotundos fracasos: mundos ocultos en la oscuridad, mundos sin sentido ni posibilidad de que se den formas de vida viables. Tú lo viste ayer. Esa nada vacía la creé yo en mi empeño de construir el planeta azul y a la humanidad».

—¿Y cómo llegó hasta allí el alma del seráfico? —Samael frunció el ceño—. ¿Cómo llegué yo, si no conocía su existencia?

«El simple hecho de anhelar conocer, en tu subconsciente, el paradero de un ente, te guiará en sueños a dondequiera que se encuentre. Se ha dado así, desde la inconsciencia, porque aún no conocías el alcance de tu poder, porque dicho poder estaba dormido, pero una vez aprendas a conocerte y a manejar el don, lograrás transportarte incluso despierto, y sin un gran esfuerzo.

»Y el hecho de que lo encontraras en un mundo beta de mi creación quiere decir que La Criatura ha encontrado la grieta dimensional que le da acceso a todos los planos astrales que descarté y que creí haber sellado para bloquear su entrada. No dudo que, después de haberme hecho saber su profanación con el traslado del alma del seráfico a un mundo de mi creación, se dedicará a alejar a las almas de los portales y a enviarlas diferentes dominios, donde los portales no podrán sonsacarles información, ni yo recuperaré a mis criaturas para ponerlas a descansar.

«Por suerte…», prosiguió, mirando a Samael con fijeza, «y a diferencia de mí, tú podrás acceder a esos dominios en los que él haya estado. Dejarán de ser míos para ser de su propiedad en cuanto los manche con su presencia».

—¿Por qué vos no podréis entrar? —inquirió antes de pararse a pensar que estaba abusando de las preguntas.

«Porque están alejadas de la luz, y mi poder acaba ahí donde comienza la oscuridad. Tú pecaste y has vivido el tiempo suficiente en La Tierra para intoxicarte con la humanidad de tus allegados; albergas la luz y la oscuridad suficientes en tu ser como para entrar allí donde te lleve tu impulso».

—¿Por eso Citlali vivió el viaje conmigo? ¿Porque ella también es luz y oscuridad?

«No. Citlali es el portal superior. Puede trasladarse a cualquier realidad y ejercer su rol de conector de los mundos. El problema es

que no los conoce ni puede saltar a ellos sin ayuda; necesita una guía. Sospecho que, al beber de tu sangre, entró en contacto con tu don y pudo servirse de él para rescatar a aquella criatura».

«Esto son excelentes noticias, Samael», prosiguió, ahuecando su rostro entre las manos. Él tuvo que esforzarse por mantener los ojos abiertos y no rendirse al agradable contacto. «Has despertado gracias a Citlali, y, tal y como debe ser, vuestra unión juntará dos poderes que, entrelazados, pondrán fin al problema de las almas atrapadas. Lo único que tienes que hacer es explorarlo, aprender a dominarlo, y mantener a Citlali muy cerca de ti para que ella pueda ejercer su papel en cada una de las dimensiones».

—O sea, que tengo que… seguir dándole de mi sangre.

«Debe celebrarse un intercambio justo con rigurosidad, no una entrega voluntariosa e inconstante», repuso La Magna, advirtiéndolo con la mirada. «No solo necesitas la aceptación de Citlali para poder alzarte como un penitente liberado; necesitas todo cuanto te pueda ofrecer para que tu don alcance su punto álgido y nos sirva de utilidad. Su sangre, su respeto, su cuerpo; toda ella habrá de ponerse a tu disposición».

«Sí, bueno, eso díselo tú», estuvo a punto de mascullar Samael. «En cuanto se enteró de que le había dado mi sangre para que se recuperara, se puso hecha una fiera y por poco me soltó que hubiera preferido palmarla. Y como se me ocurra volver a hacerle una insinuación sexual, yo creo que me lleva a los tribunales de violencia de género».

Como era natural, La Magna leyó sus pensamientos. Entornó los ojos.

«Fuisteis creados el uno para el otro según las leyes de lo que se ve y de lo que no se puede tocar», le recordó Ella. «Traerla a tu terreno y asegurarte su amor no será tarea ardua una vez dejes de resistirte a lo que eres y te muestres desnudo de pretensiones ante Citlali».

Samael se estremeció solo de pensarlo.

Él sabía muy bien quién era, igual que la diosa estaba al corriente de los que eran sus defectos y sus temores. Por eso se había ocupado de disimularlo presentándose ante Citlali como un tipo arrogante, seguro de sí mismo y en control de la situación, convencido de que esa era la clase de hombre que podría conquistar a una mujer. A cualquier mujer.

No obstante, si se mostraba de veras tal cual era… ¿no lograría el efecto contrario? ¿No la espantaría con sus dudas e inseguridades? ¿No se sentiría él aún más inútil y mediocre en comparación con ella? ¿Ella, que era… perfecta en todos los sentidos?

Asintió con la cabeza, decidido a acatar las órdenes de su diosa.

—Si el Gran Grimorio ha estado reteniendo las almas de los

seráficos que mantenía cautivos en sus laboratorios, debe de ser porque no quiere cometer de nuevo el error que le costó que truncáramos sus planes para con los súcubos —meditó Valthessar en voz alta, mesándose el mentón. Al ver que los dos le estaban observando, alzó la barbilla—. Cuando Astaroth cruzó el umbral, le dio a Mara información crucial para la resolución del problema de los súcubos, las criaturas que podían empuñar las dagas de acero azul. Todo empezó a torcerse para él debido a ese detalle. Si se ha cuidado de que los muertos hablen con los portales, ha de ser porque todos ellos tienen algo que decirnos. Algo importante.

La Magna cabeceó en señal de aceptación, y se quedó mirando al *rex* con gesto indescifrable.

«Eres el orgullo de mi creación cuando no te dueles por cuestiones mundanas».

Valthessar no interpretó el comentario como un cumplido y cometió la insensatez de mirarla a los ojos.

—Mara no es una cuestión mundana. Es una cuestión de la que sois responsable.

«Me hago cargo», cedió con un seco asentimiento. «Por eso te ofrezco el olvido».

Valthessar pestañeó una sola vez.

—¿Cómo?

«Tu comportamiento posterior a la ruptura, el que se prolongó durante la expedición de Abraxas en los dominios de La Criatura, fue inaceptable. No podemos permitirnos estallidos de ira, noches en vela y que trabajes a un exiguo porcentaje de tu brillante capacidad porque tu mente anda distraída con asuntos menos urgentes, aun incluso si invariablemente te suponen un sufrimiento peor. Xaphan ha permanecido a tu lado para sanar tus heridas y apaciguar los males que estremecen tu espíritu; te habrás percatado de que tus emociones ya no son tan turbulentas como antaño e incluso has recuperado el buen humor al que renunciaste siglos atrás…, pero esta no es más que una medida temporal mientras reorganizas tus prioridades. Necesito a Xaphan tan despierto como a ti, y, para ello, tendrá que dejar de protegerte de ti mismo».

—¿Xaphan ha…? —empezó, aturdido. Valthessar perdió la mirada en un punto del palacio, como si necesitara dejar de ser consciente de su cuerpo para vagar por los recuerdos más recientes. El silencioso Xaphan había estado presente en todos ellos—. Joder… —Se pellizcó el puente de la nariz—. No sé cómo ni siquiera me lo planteé…

«En deferencia al sufrimiento que mi tal vez errónea elección te ha causado, puedo hacer que el dolor se vaya», prosiguió La Magna. Su cuerpo enviaba persuasivas ondas de calor hacia Valthessar, que inevitablemente se sentiría atraído hacia Ella y hacia la oferta. Incluso

Samael lo estaría valorando en contra de sus principios. «Puedo borrar su recuerdo de tu corazón, o solo asociarla a la más pura indiferencia para que no sientas nada al verla. Puedo concederte esa indulgencia si a cambio nos devuelves tu buen juicio y tus inestimables capacidades».

Samael estaba convencido de que aún permanecerían unos minutos más en el palacio; de que Valthessar se dejaría tentar por una propuesta que era obvio que le convenía aceptar, pues todo el mundo había sido testigo de la fiera en la que se convertía lejos de Mara, de lo que la joven había provocado en él con sus idas y venidas y su rechazo.

Sin embargo, el *rex* solo esbozó una pequeña sonrisa secreta con la cabeza gacha; una sonrisa que le pertenecían solo a él y a sus misteriosos pensamientos.

—Haréis bien en confiar en que mis inestimables capacidades y mi buen juicio estarán eternamente a vuestra disposición, Santidad —le dijo tras apenas unos segundos, segundos en los que ni se lo había planteado. Segundos en los que Samael estuvo seguro de que Valthessar se había limitado a conjurar el rostro de Mara—, así como yo espero que vos, en consideración a mis servicios, me garanticéis que Mara permanecerá intacta en el que sea el rincón de mi cuerpo donde la grabasteis a fuego.

«¿Estás seguro?».

—No podría proteger La Tierra si su existencia no me recordara que la humanidad merece una segunda oportunidad.

Samael observó que La Magna, lejos de ofenderse con el rechazo, adquiría un aire solemne en señal de respeto hacia su decisión. Sintió, incluso, que le agradecía que no hubiera aceptado el olvido, quizá porque eso significaba, después de todo, que el fragmento de la diosa que vivía dentro de cada *anandha* no se equivocó al escoger el carácter de Mara como el compatible con Valthessar.

Samael tuvo que admitir, por primera vez desde que entró a formar parte de El Séptimo Círculo, que comprendía la decisión del *rex*. Porque a pesar de todo, y aunque él aún se encontraba en un punto en el que perder a su *anandha* no le volvería loco, pues la vinculación no había siquiera empezado, Samael no renunciaría a Citlali ni a sus sentimientos por ella.

Ni siquiera aunque le volvieran loco.

Capítulo XXIX

En vista de que tenían nuevas de las que informar al regente, Valthessar propuso viajar al complejo de La Sociedad.

Para variar, pues a Samael le disgustaba el aire que se respiraba bajo el techo de los seráficos y aún no se había acostumbrado a las nuevas medidas —seguía anclado a aquellos tiempos en los que lo miraban con desdén, curiosidad o como si fuera asesinos a sangre fría, cuando se dedicaban a lo mismo—, se mostró voluntarioso a la hora de montarse en el coche. En la biblioteca de El Séptimo Círculo contaban con un ejemplar de la *Sagrada Crónica*, el libro en constante edición, y con otra serie de manuales de interés, pero no podía compararse con la obscena cantidad de textos que guardaban como oro en paño en las instalaciones La Sociedad. Esperaba dar con alguno sobre los talentos del ocultismo, la bilocación y los viajes interdimensionales para hacerse una idea de cómo podría empezar a controlar su poder.

Siempre podía recurrir a los miembros del Consejo que respondían a la descripción de humanos con dones desarrollados y suplicar que le dieran algunas pautas. No tenía tiempo para tomarse con calma el aprendizaje, y ni siquiera le habían dado unos minutos para hacerse a la idea de que había sido toda su vida un diamante en bruto que solo ahora se presentaba tal cual era ante los demás. Debía actuar de inmediato, y no dejar que pasara un solo día sin llevarle buenas noticias a La Magna. No podía permitirse decepcionar a la diosa después de conocer las expectativas que había depositado en él…, pero no perdía de vista que su éxito dependía en buena parte de la aceptación de Citlali.

Según Valthessar, las hermanas habían regresado de su satisfactorio viaje al Fatem y se habían encaminado a La Sociedad para reportarle sus propios informes al regente, que esperaba que fueran positivos.

Samael no terminaba de acostumbrarse a las frecuentes visitas que le prestaban a Aladiah, y eso que siempre hacían el mismo recorrido. Cruzaban el mismo pasillo ascendente desde las catacumbas del complejo hasta los corredores de la planta baja, desde donde obtenía una vista rápida del patio anterior que habían convertido en un precioso altar a la dios. En el camino se cruzaba con algún que otro seráfico servicial que los saludaba con un asentimiento de cabeza. El

paseo concluía en la amplia sala de audiencias, cuyo mobiliario habían reorganizado de manera que pareciera más un centro de reunión que un lugar donde hacerle la corte al regente.

Seguía sorprendido por lo mucho que había cambiado La Sociedad después de que Aladiah implantara medidas que humanizaban al cuerpo de guerra. Se había deshecho de todos los protocolos enfocados a tratarle como si fuera una deidad. Ni siquiera él vestía las túnicas que se estilaban apenas unos meses atrás, y en lugar de recibir a los visitantes desde su trono, los esperaba presidiendo una mesa de comedor con suficientes asientos para acomodar al Consejo y a El Séptimo Círculo, o solo a estos últimos.

Cuando entraron, Samael se tensó de la cabeza a los pies. El olor de Citlali lo había golpeado ya desde la distancia, y sus ojos, como si no pudieran ir a parar a ningún otro sitio, se dirigieron indefectiblemente al rostro de la muchacha. Ofrecía un aspecto mucho más saludable que cuando la había despedido unas horas atrás, y se había cambiado: lucía una coleta alta con el flequillo húmedo sobre los ojos, como si le hubiera llovido, y llevaba un jersey azul con un hombro caído.

Samael tuvo que reprimir el impulso de ir directo hacia ella, tomarla entre sus brazos y besar aquella porción de piel que la prenda dejaba a la vista. Contenerse le costó el doble cuando Citlali le devolvió la mirada y el ramalazo de deseo le dilató las pupilas. No contenta con eso, le saludó con una pequeña sonrisa, como si ya se hubiera reconciliado con el hecho de necesitar su sangre para subsistir.

El penitente carraspeó, azorado, y tomó asiento con torpeza donde Valthessar, con muy buen tino, le señaló: lo bastante alejado de Citlali para evitar tentaciones y poder concentrarse en la conversación que estaba por comenzar.

Una vez hubo mostrado su respeto al *rex*, Aladiah se acomodó también entre Mara y Citlali. A juzgar por la postura de las hermanas, giradas hacia él con los rostros desencajados, habrían estado contándole una historia de carácter personal.

Samael quiso adentrarse en su cabeza, pero no podría leer su mente hasta que ella no le diera su aceptación.

Antes de que el *rex* despegara los labios para narrar las últimas noticias, Aladiah se levantó, cargando con el libro que hasta el momento había estado descansando sobre la mesa y en el que Samael no había reparado, y la rodeó para dejarlo delante de él. Este frunció el ceño hacia el regente, que se limitó a cabecear en dirección al título en una clara indicación: «Lee». Luego regresó a su lugar, y dio comienzo a la reunión de última hora donde Valthessar comunicaría la emboscada en el concierto, el don de Samael y lo que habían descubierto sobre las almas perdidas gracias a la audiencia con La

Magna.

Samael, mientras tanto, acarició con los dedos el relieve de las letras grabadas sobre el cuero beis. Se titulaba *Diccionario de ocultismos*, y por lo que pudo apreciar conforme pasaba las páginas con avidez, habían organizado por orden alfabético todos los dones y talentos que se habían registrado a lo largo de la historia.

A pesar de explayarse mencionando las implicaciones políticas de los dones, cómo invocarlos, sus contraindicaciones y beneficios de cara a la misión extraterrenal, el libro no alcanzaba las trescientas páginas. No existía una variedad infinita de talentos secretos; apenas pudo contar una veintena o treintena de definiciones antes de detenerse en la V, donde le pareció que la descripción de «viajero» casaba con lo poco que sabía de su contacto con el multiverso.

Como si estuviera a punto de zambullirse en una lectura tan sagrada como un diario personal y temiera que alguien leyera intimidades sobre su carácter, Samael acercó el libro a su pecho, cubriéndolo con ambos antebrazos, y miró a su alrededor para cerciorarse de que nadie le prestaba atención.

De los presentes, todos a excepción de Luvart estaban inmersos en el monólogo del *rex*.

El príncipe de los ángeles le sonreía con socarronería.

—Estás muy callado —señaló en cuanto sus miradas coincidieron —. Pensaba que te morirías de ganas de restregarnos lo importante que eres. Adelante, hombre; por fin tienes lo que tanto deseabas, una razón para creerte superior a los demás.

Samael abrió la boca para quejarse, pero estaba tan abrumado por el modo en que los acontecimientos se habían ido presentando que no logró dar con una respuesta apropiada. No hizo falta que se defendiera, porque una voz aguda se alzó sobre la conversación principal.

—Cualquiera diría que te molesta que uno de nosotros posea un don necesario para resolver el problema que nos afecta a todos —le dijo Citlali con esa amabilidad que, aun forzada, le salía de forma natural. Esa misma que, por lo que Samael sabía, podía ocultar rayos y centellas—. ¿Es que no sabes que a ti también te conviene que averigüemos qué fue de los seráficos torturados en los laboratorios? A ver si el que se va a creer por encima de los demás eres tú, que ni te molestas en atender a la conversación ni has hecho nada por El Séptimo Círculo desde que la Sehara puede trabajar por los dos utilizando tu cuerpo.

Pronunciado con tono adusto, habría sonado como una reprimenda con todas las de la ley, pero Citlali jamás alzaba el tono y, cuanto más furiosa estaba, menos denotaba su irritación. El suyo era un talento admirable, y Samael se sentía francamente halagado porque lo

hubiera sacado a relucir para defenderlo de un exabrupto inoportuno…

Incluso si eso le dejaba en situación de inferioridad.

—Tienes toda la razón —reconoció Luvart, alzando las dos manos—. Me mantendré calladito y poniendo la oreja a las ideas que se os vayan ocurriendo… Y felicidades, Samael —agregó, agachando la cabeza en su dirección—. Por el don que has desarrollado y por la madre sobreprotectora que la diosa tuvo a bien concederte. No esperaba otro tipo de carácter femenino para ti.

—Yo sí esperaba encontrarme con otra clase de hombre después de todo lo que oí hablar del príncipe de los ángeles —reconoció Citlali—. Pero supongo que, cuanto más guapos, más decepcionantes.

Mara rompió a reír a mandíbula batiente.

—Soy consciente de mi inutilidad y la abrazo —aceptó Luvart, ignorando la hilaridad de la joven—. De hecho, y con respecto a lo que muy bien se ha señalado sobre mis escasas aportaciones a El Séptimo Círculo desde la aparición de Reyyan, me gustaría hacer un breve anuncio aprovechando que soy el centro de atención. —Cambió de postura en el asiento, de repantigado a bien apoyado en el respaldo y con las manos entrelazadas. Miró a todos los presentes uno a uno y expresó, con toda naturalidad—: En vista de que el mundo está a punto de venirse abajo porque el Gran Grimorio no ha hecho sino ganar fuerza desde la muerte de Astaroth, Reyyan y yo hemos decidido celebrar nuestro reencuentro mediante una ceremonia que supongo que podría llamarse… boda. La Magna ha sido puesta al corriente y, aunque no está de acuerdo en oficiar el enlace, no se ha opuesto a que lo realicemos en el Autem. Estáis todos invitados.

Samael se quedó perplejo, y no fue el único. Aquella fue la reacción general por unanimidad, hasta que poco a poco la noticia fue calando en los presentes y algunos se animaron a celebrarlo con timidez o vacilación, preguntándose si hacían lo correcto al darle la enhorabuena delante del *rex*, que seguía resentido porque Luvart se hubiera marchado de viaje un par de semanas durante un momento crítico hacía apenas un mes.

Pero, por sorprendente que fuera, Valthessar se limitó a sonreír como si le hubieran contado un chiste.

—Estupenda decisión… siempre y cuando se trate de una ceremonia y no de tres meses de festejos —acotó con llaneza, quizá porque a esas alturas ya había comprendido que no podía intervenir en los asuntos de un alma libre como Luvart.

—Por supuesto, solo será un pequeño acto simbólico. Enseguida regresaremos al tema que nos ocupa. Reyyan está dispuesta a sacrificar sus energías por la misión, y a mí no me queda otro remedio que obedecer.

Por lo que Samael sabía, Luvart nunca había tenido vocación de soldado. Era algo que saltaba a la vista en cuando se le conocía; siempre sumido en sus pensamientos, buscando placer en la lectura de un libro junto a la chimenea. En lo que sí coincidían sus allegados era en que había nacido para el amor, y él mismo había confirmado aquel presentimiento dedicándose en cuerpo y alma a Reyyan desde su reaparición. Samael tenía la sensación de que Luvart lo perdería todo si le faltara su amante, y tuvo que admitir a regañadientes que, si uno de los miembros de El Séptimo Círculo tenía derecho a celebrar su vínculo, ese era él.

Samael paseó la mirada por los presentes para conocer su reacción. Dagon y Darda'il aplaudían alegremente, feliz por la pareja y por ellos mismos, que aprovecharían cualquier excusa para acicalarse a conciencia y divertirse en un evento importante. Citlali estaba pasmada —conociéndola, también ofendida— por su falta de compromiso y su don de la oportunidad. Abraxas no daba señas de haber oído nada, porque tal vez no le importara. El *rex* estaba conforme, en absoluto sorprendido, porque con toda probabilidad había esperado una salida por el estilo, mientras que Mara observaba a Luvart con gesto sombrío, quizá debido a la rabia de que él pudiera disfrutar de un romance sin reservas y a ella le hubiera quedado vetado.

No pudo seguir indagando en las expresiones de Qadira o de Evra, a los que de todos modos oyó comentarse al oído del otro las que serían sus opiniones, porque se fijó en que Renyi se había quedado dormido con los brazos cruzados y el rostro empapado de sudor.

El flequillo oscuro le caía sobre los ojos.

—Parece que hay alguien a quien todo le importa un comino; la boda, la amenaza de la humanidad… —comentó Aladiah, que había refrenado su opinión sobre el anuncio de la ceremonia y solo había mirado a Luvart con divertida incredulidad. Golpeó la mesa con el canto del puño, despertándolo en el acto—. Buenos días, Renyi. ¿Te estamos molestando? ¿Nos vamos a otro sitio?

Él pestañeó un par de veces para librarse de la capa brumosa que el sueño le había dejado en los ojos, pero no se recuperó del todo del cansancio que parecía haber mermado su capacidad de reacción. Tardó en concentrarse en el rostro del regente con el gesto que le caracterizaba, de soberano aburrimiento y ligera sorna.

—¿Tanto tiempo está durando la reunión? —bromeó Dagon, sentado a su lado. Se inclinó sobre el costado para agarrar un mechón con varios pelos blancos del flequillo de Renyi—. ¡Si hasta le ha salido su primera cana en todo este rato!

Renyi le retiró la mano con un manotazo molesto.

—Eso no es nuevo —replicó con desdén—. ¿Qué es lo que pasa?

¿Necesitáis mi beneplácito para las nupcias de Luvart? ¿O es que os hace falta que os diga cuál es el siguiente paso? Lo único que tenemos que hacer es poner a Samael a dormir con su novia, a ver si se obra un milagro y habla con algún seráfico de la cuarta dimensión.

No estaba equivocado, pensó Samael, que evitó de forma deliberada intercambiar miradas con Citlali. La intervención de Renyi y las murmuraciones posteriores le permitieron volver a sumergirse en la lectura sobre los viajeros. No tenían tanta información como de los augures, manipuladores de auras o videntes, dones menos escasos, pero sí la suficiente para empezar a practicar aquella misma noche con lo que ahora sabía de sí mismo.

Era la mención de la novia lo que le inquietaba.

¿Y si Citlali se negaba? Era fiel a la diosa, pero tal vez no estuviera dispuesta a sacrificar su pureza y su libertad para ayudarle a él a aumentar su poder.

—¿Tienes en mente a los seráficos que El Séptimo Círculo encontró en los laboratorios? —inquirió Aladiah, pendiente de Samael—. ¿Pone en el libro que necesites algo más que aprender a domar tu mente para comunicarte con las almas?

—Yo no puedo comunicarme con las almas. Ni siquiera me ven —repuso, contrariado—. No sé si es porque al no ser el portal no puedo hablar con los fallecidos, estén en la dimensión que estén, o si se debe a que al ser la primera vez que viajaba no tenía control sobre mi presencia física. De acuerdo a lo que entendí en el sueño de anoche, es Citlali la que posee el don para entrar en contacto con las almas; ella estaba inconsciente en ese momento, pero tal vez, si viajara conmigo estando despierta, podría… tratar de sonsacarle información al seráfico. En el caso de que lo encontremos —apostilló, disimulando su agobio. Guardaba la esperanza de que no depositaran en él más expectativas de las que podría cumplir—. No sé si puedo invocar los viajes por mi cuenta o… o depende del momento.

—Supongo que solo hay una forma de averiguarlo —intervino Aladiah—. Haciendo la prueba esta misma tarde.

Samael asintió. Se tragó el nudo de la garganta como pudo, intimidado porque la misión dependiera del buen desempeño de su talento.

¿Y si no tenía ningún talento en realidad? ¿Y si lo había soñado? ¿Y si todos estaban equivocados?

La sesión se levantó. Aladiah lo retuvo unos momentos para sugerirle que permaneciera en el complejo mientras interceptaban las almas de los seráficos sin nombre, ya que era una cuestión que atañía principalmente a La Sociedad, y para insistirle en ello por una razón más personal: le gustaría tener cerca a Citlali.

Samael había olvidado por un momento que eran familia, tío y

sobrina, y no se vio en posición de negarse —aun cuando prefería la intimidad de sus aposentos en la mansión del clan— cuando con toda probabilidad la misma Citlali desearía tratar al regente, si no porque estaban emparentados, al menos porque admiraría sus labores y querría conocerlas de primera mano.

Cuando aceptó, Aladiah le dio las indicaciones para encontrar uno de los dormitorios vacíos. Le explicó cómo acceder a la biblioteca, qué otros títulos podrían ser de su interés y cómo encontrarlos en la infinitud de las estanterías, y le mencionó los horarios del desayuno, almuerzo y cena. A continuación, cuando se había asegurado de que la información se asentaba en su cabeza, se marchó pasillo abajo junto con el resto de los penitentes, dejándolo a solas a las puertas del salón de audiencias.

Fue al ver a una figura solitaria esquivar los corpachones de El Séptimo Círculo en el sentido contrario de la marcha que cayó en la cuenta de que Xaphan no había estado presente en la reunión. Le costó reconocerlo porque llevaba una trenca beis abotonada al pecho y tenía las mejillas arreboladas por el cambio de temperatura del exterior al interior.

Cuando se detuvo delante de él, le faltaba el aliento y sus ojos castaños brillaban con determinación.

—Sospechaba que el regente te convencería de quedarte aquí —dijo sin aliento.

—¿No estás de acuerdo? —dudó Samael.

Xaphan sacudió la cabeza.

—Es la decisión correcta. Por lo menos, mientras dejamos atado el asunto del multiverso.

—¿Entonces?

Lo vio tomar aire de forma brusca, como si necesitara infundirse valor.

—Tenía que venir para hacerte una petición personal. Créeme, estoy al corriente de cuál es nuestra prioridad y entiendo que esto pueda resultarte extraño, pero necesito que utilices tu don de la bilocación para encontrar a la doctora Vaccari. Más allá de que pueda acabar siendo un activo importante por la información que debe de estar protegiendo sobre las investigaciones de los laboratorios… —Tragó saliva y miró a Samael mostrándose como no era; como un humano vulnerable al que los horrores del mundo le provocaban pesadillas—, lo necesito para quedarme tranquilo. No me saco de la cabeza que corre peligro.

—De… de acuerdo. Trataré de empezar por ella —le aseguró, conmovido por su inquietud. Estuvo a punto de ponerle una mano en el hombro para que se tranquilizara, pero le pareció un exceso de confianza—. ¿Has estado buscándola? ¿Por eso no has estado presente

en la reunión?

—No ha asistido a las cirugías que tenía programadas para estos días —le contó con gesto sombrío—. La doctora Vaccari nunca haría algo así si no la retuviera un asunto mayor, y me temo que, para una mujer como ella, el único asunto mayor capaz de conseguir que se desentendiera de sus obligaciones es el secuestro o la muerte.

Samael torció el gesto. No tenía en muy alta estima a la doctora Vaccari, que se había presentado desde el primer día como una mujer que utilizaba su carácter para atacar a quienes creía que merecían su desdén, y todo esto basado en apenas una corazonada. Sin embargo, entendía que la especialista era crucial para descubrir qué demonios sucedió en los laboratorios… y, por lo visto, también para evitar que Xaphan sufriera una crisis nerviosa.

—Cuenta conmigo —le prometió con un asentimiento—. La encontraré y te diré dónde está.

Capítulo XXX

Citlali inspiró hondo antes de apoyar la mano en el pomo de la puerta y girarlo muy despacio. No era la primera vez que la esperaba una gran responsabilidad una vez cruzara el umbral, pero que esa responsabilidad estuviera relacionada con un hombre para el que deseaba ser mucho más que una salvadora resultaba novedoso y no tan excitante como preocupante.

Se adentró en la estancia en cuanto obtuvo el beneplácito de Samael. Lo encontró sentado delante de un sencillo escritorio pintado de blanco, leyendo con el ceño fruncido uno de los numerosos libros que había rescatado de su paseo por la biblioteca.

—¿Has encontrado algo interesante? —inquirió ella, apoyándose de espaldas a la puerta una vez la cerró. Pensaba ingenuamente que manteniendo la distancia lograría vencer el deseo de fundirse con él, pero en cuanto se quedaron a solas, la sangre empezó a quemarle como si la temperatura hubiera subido de manera abrupta.

—Pues he leído unas cuantas cosas que creo que me servirán —admitió, pensativo. Pasó la página en la que estaba inmerso y se reclinó hacia atrás para estirarse. El sencillo jersey verde militar se le levantó lo suficiente para mostrar una franja de piel pálida y una de las líneas que marcaban la uve de la cinturilla del pantalón. Citlali no pudo apartar la vista, y le costó tragar saliva—. Ahora sé que puedo viajar despierto, siempre y cuando me concentre en el lugar al que quiera trasladarme, y que también puedo bilocarme a cualquier parte de La Tierra. Imagínate si pudiera ir a ver un partido de la NBA sin moverme de casa. Sería…

Su voz se apagó cuando hizo contacto visual con Citlali y reconoció en el acto su anhelo. Ella se fijó que se levantaba muy despacio, como si no deseara asustarla, e inspiraba hondo.

—¿Quieres…?

—No —se apresuró a decir—. Puede esperar. Lo primero es lo primero, y es que deberíamos…

—Sí, lo sé. Localizar al segundo seráfico y rogar para que tenga algo que contarnos sobre la forma en que lo mataron.

Citlali asintió con la cabeza. Permaneció donde estaba, cohibida y cada vez más confusa. No sabía si daría lo que fuera para volver a

aquel punto en el que podía fingir ante Samael que no estaba dolida por su rechazo o si lo que deseaba era avanzar en el tiempo para verse vinculada a él hasta el último paso, sin necesidad de vivir el proceso plagado de inseguridades y padecimientos que a veces era el amor.

«Si es que va a haber amor», pensó.

Samael le ofreció una mano, dubitativo, y ella aceptó entrelazar los dedos con los de él. Parecía que fueran a pasar la noche juntos de un modo romántico o sexual cuando nada más lejos de la realidad, y, aun así, lo que iba a ocurrir no dejaba de ser un acto increíblemente íntimo.

Solo ellos dos juntos podían obrar la magia. Y eso ponía un gran peso sobre sus hombros que habría aceptado sin reservas y con gran orgullo si no implicara a Samael, una presencia que empezaba a alterar su sistema.

—Yo… —empezó él con la mirada fija en la unión de sus manos. Acariciaba los nudillos de Citlali con el pulgar—. Quiero que sepas y entiendas que no podría hacer esto sin ti. Que esto no es algo a lo que te expongo debido a mi… egoísmo, si así quieres llamarlo, como tal vez lo fue alimentarte con mi sangre para garantizar tu supervivencia.

—Me has llamado «fundamentalista religiosa» las suficientes veces como para saber a estas alturas que es un placer para mí servir a La Magna, sea como sea.

—Fanática religiosa —corrigió en voz baja. Se humedeció los labios al mirarla—. Te he llamado fanática religiosa.

—En realidad, me has llamado las dos cosas.

—Qué buena memoria —se quejó por lo bajini—. Ya podrías tenerla también para los halagos.

—Para mí, «fanática religiosa» es un gran halago —respondió, cuadrando los hombros con orgullo—. En fin, no importa. ¿Qué querías decir?

Samael se había quedado mirándola con recelo, esperando que hiciera algún comentario malintencionado sobre la pésima manera en que se relacionaba con las mujeres. En vista de que este no llegaba, continuó.

—Pues que… La Magna dice que si lleváramos nuestra vinculación un paso más allá, la misión sería un éxito. Es decir… si nos acopláramos del todo.

Citlali sabía a lo que se refería, pero jugó la carta de la ingenuidad para tomarse el tiempo que necesitaba antes de contestar.

Antes de eso retiró la mano.

—Que necesite tu sangre para mantenerme viva no quiere decir que te haya aceptado como mi… pareja —le explicó con aparente tranquilidad—. Si anoche el truco funcionó con lo poco que nos une, no veo por qué deberíamos ir más allá.

Samael hizo todo cuanto estuvo en tu mano para disimular la molestia, pero sus ojos no podían mentir y brillaron azuzados por una ira desesperada.

—¿Y por qué no? —espetó de mala gana—. ¿Sigues con esa idea absurda de que porque no me gustaras a la primera debes pasarte el resto de nuestras vidas torturándome?

—¿Y tú sigues con la aún más absurda idea de que debería acostarme contigo y amarte sin condiciones solo porque soy tu *anandha*, sin que tengas que mover un dedo o decirme algo bonito?

—¡Te he dicho que sin ti no habría conseguido nada! —se quejó.

—Y acto seguido has hablado de vincularnos como una necesidad para reforzar tu poder, no como un deseo genuino.

—¿Por qué tienes que diseccionar cada frase que sale de mi boca? —se desesperó, extendiendo los brazos—. ¿No puedes solo… dejarte llevar? ¿«*Go with the flow*»? ¿No se dice así?

Citlali puso los ojos en blanco, exasperada, y fue hacia la cama para dejarse caer sobre el colchón.

—Anda, vamos al grano antes de que esto se desmadre.

—Si se desmadra, no es por mi culpa —advirtió, alzando un dedo que lo eximía de toda responsabilidad. Lo dejó caer, hastiado, y agregó—: ¡Y no te sientes en la cama con cara de mártir, joder, que me siento un puto abusón! Parece que me vaya a acostar contigo porque he pagado, macho.

—A este ritmo vas a tener que pagar para ponerme un dedo encima —se le escapó, tan molesta por el desarrollo de la conversación que ni siquiera podía contenerse.

—Mira, que le den a los seráficos. Total, siempre me han caído mal. Que averigüen ellos cómo se accede a la decimosexta dimensión… —Pretendía marcharse de la habitación airadamente, pero Citlali alzó la mano en seguida y lo paralizó con un hechizo sencillo. Aunque no le requería un derroche de energía, sonrió, satisfecha, al ver que la herida le iba permitiendo recuperar el dominio de su cuerpo y sus capacidades.

—Tú no te vas a ninguna parte. Tenemos que cumplir con nuestro deber.

Samael le lanzó una mirada rencorosa. Solo podía mover la cara.

—Para estar tan comprometida con tu deber, nunca se te ve contenta cumpliéndolo. Salvo ahora, claro, pero es porque me estás dando por culo. ¿Podrías dejar de hechizarme? No tiene gracia.

—Un poco sí —se regodeó ella.

—Citlali… —empezó con tono de advertencia.

Le habría encantado mantenerlo en el sitio, disfrutando de la sensación de la magia corriendo por sus venas, dándole a su cuerpo aquella agradable ingravidez que hacía que se olvidara del dolor y de

su propia insignificancia. Pero sabía que tenía que darle una buena noticia a El Séptimo Círculo al final del día, y no le quedó otro remedio que ponerse manos a la obra, empezando por bajar el brazo.

Samael rezongaba por lo bajini mientras se frotaba los hombros, que, al igual que el resto de las articulaciones, se resentían con el hechizo paralizante.

—Está claro que con aquel discursito de que te acostarías con cualquier penitente para mejorar su desempeño de cara a la misión solo pretendías ponerme duro, porque ahora que el futuro del mundo depende de que seas cariñosa conmigo, te dedicas a humillarme con la magia de los cojones.

Citlali se envaró, más por la rudeza con la que se había expresado que porque considerara insultante el reproche. De hecho, era cierto que había ofrecido su cuerpo, y que ahora se lo negara transmitía un mensaje muy claro: con cualquiera menos contigo.

—No será porque no te lo merezcas —replicó, mirando hacia otro lado.

—Tampoco será porque no esté loco por ti —le espetó, enfadado.

A Citlali le sorprendió la declaración, y más todavía que le hiciera un gesto para que se apartara del borde y le hiciera un hueco en la cama. No la miró a la cara mientras se tendía cuan largo era a su lado, enfurruñado como un crío, y cruzaba los brazos sobre el pecho. Ella sí lo observó con una mezcla de curiosidad hacia su arrebato y vanidosa complacencia. Era verdad que Samael la había avergonzado en el transcurso de los últimos días, pero también hacía los comentarios más tiernos cuando menos se lo esperaba. Y odiaba que se mostrara tan accesible e irresistiblemente vulnerable, porque era entonces cuando Citlali se preguntaba si no debería dejarle entrar en su vida.

—¿Sabes cómo hacer viajes interdimensionales despierto, o voy a por dos somníferos? —le preguntó Citlali, esta vez con paciencia. Viendo que él no contestaba, suspiró—. Tengo una opinión muy poco halagüeña sobre los hombres que se enfadan porque no se acuestan con ellos, Samael.

—Pues venga, otra opinión poco halagüeña de tantas que tienes sobre mí. Y solo para que te enteres, no me enfado porque no te líes conmigo. Me enfado porque tienes razones para no querer liarte conmigo, ¿vale? —masculló con los ojos cerrados. Apretados, en realidad—. Y ahora déjate ya de cháchara, a ver si para variar sacamos algo positivo de esto.

Citlali estaba inconsciente la primera vez que viajó a una dimensión

paralela, pero en esta ocasión pudo sentir el cambio de forma hasta en la última célula de su cuerpo. Notó cómo todo su ser se desdoblaba, quebrándose y al mismo tiempo expandiéndose de forma indolora para aparecer de repente en un lugar que no reconocía y que ni siquiera podía compararse con alguna zona geográfica del mapamundi.

A diferencia del primer escenario, oscuro e inquietante, Citlali pudo verse a sí misma desde un plano superior ojeando a un lado y a otro, maravillada al contemplar una de las pruebas de la omnipotencia de La Magna. Lo que se desplegaba ante sí era un espectáculo de naturaleza salvaje. Podría haberse parecido a la selva amazónica si hubiera reconocido las formas de las hojas, los colores de los frutos y las flores, pero no habría sabido describir con palabras ni una cosa ni la otra.

Olvidó en qué términos había realizado el viaje astral con Samael y giró sobre sí misma para localizarlo a su espalda y compartir con él una mirada soñadora.

—Es precioso —musitó, alargando la mano para acariciar uno de los brotes, que al tacto se sintió como terciopelo. Le hizo cosquillas en los dedos, y no pudo evitar sonreír antes de echar una ojeada a donde debería estar el cielo. La misma flora monumental que la limitaba por los costados seguía creciendo allá donde alcanzaba la vista, como los rascacielos neoyorquinos, hasta cubrir sus cabezas—. ¿Habrá animales también? Y en el caso de haberlos… ¿Serán peligrosos?

Como Samael no contestaba, Citlali se obligó a dejar de admirar las peculiaridades de aquel mundo descartado y fijó la vista en él. La había estado observando con circunspección, sin reflejar ni darle una pista de los que eran sus pensamientos.

Citlali se estremeció al saberse vigilada por él.

—Creo que deberíamos salir en busca del seráfico —decidió ella—. No tenemos tiempo que perder admirando las vistas.

—Pues yo pienso que tendríamos que demorarnos cuanto quisiéramos. Tal vez esta dimensión nos dure una sola noche, o menos; un par de horas —le contestó él, avanzando hacia ella con cuidado de no aplastar demasiado la maleza húmeda. A pesar de no encontrarse allí de cuerpo presente, o esa era la sensación que tenía Citlali, el clima tropical empezaba a provocarle una intensa sudoración—. Y hasta donde yo sé, o por lo menos hasta que se manifieste otro viajero, eres la única mujer con el privilegio de conocer los mundos que La Magna descartó.

—¿Por qué no le gustaría este? —se preguntó, agachándose con las manos sobre los muslos para observar de cerca el movimiento de una flor con los pétalos tan gruesos como un pulgar. Despedía un aroma mareante que la obligó a dar un paso atrás.

—A lo mejor es por la escasa variedad de especies florales —dedujo Samael, echando una ojeada valorativa—. Parece que es así en todas partes. ¿Qué clase de seres sobrevivirían a este bochorno, además? —farfulló, tirándose del jersey para darse aire—. No sé yo si es apto para la vida humana.

—¿Nos has trasladado aquí porque has pensado en la selva amazónica antes de conjurar el viaje? —inquirió con interés, echando a andar a través del camino repleto de vegetación. Tenía que apartar con las manos ramajes de todas las formas y colores, la mayoría cubiertos de una especie de musgo áspero que le dio grima.

—He pensado en otro de los seráficos que la palmaron. Es la única pista que tengo para hacer saltos dimensionales. Cuando quiera viajar por el gusto de explorar los mundos beta, no sé cómo demonios me las voy a apañar. No tengo tanta imaginación como para concebir esto —reconoció en voz baja.

Citlali pretendía aplacarlo alegando que en los manuales encontraría las técnicas que necesitaba, cuando un movimiento detrás de unos matorrales de tonalidades llamativas la alertó. Se puso en guardia, esperando toparse con alguna criatura similar a un animal de la Sabana, cuando el rostro pálido del seráfico asomó entre las hojas.

Citlali se apresuró a saludarle con la mano extendida y a invitarle a acercarse con una sonrisa amable. En lugar de reaccionar con la paz y el alivio de la mayoría de los espíritus que la visitaban, el seráfico salió de su escondrijo con el rostro demudado por el pánico y se abalanzó sobre ella sorteando las piedras y ramajes que se interponían en su camino.

—¡No te expongas así! —le gritó—. ¡Pueden aparecer en cualquier momento!

Citlali arrugó el ceño. Echó otra ojeada a su alrededor, por si acaso se refiriera a alguna criatura escondida entre la maleza, pero la única presencia sólida y próxima a ella que sentía era la de Samael.

¿Sería él quien lo estaba asustando? No había dado señas de que pudiera verlo, pero ya sabía que eso ocurriría. Una vez muertos solo podían ver a los portales. Si no fuera así, permanecerían vagando por La Tierra admirando con placer voyerista a sus seres queridos.

Al menos, era lo que Citlali habría hecho de estar en su lugar.

—Estás a salvo, tranquilo —le aseguró con dulzura—. He venido en tu busca para llevarte de regreso al Autem, seráfico. Hallamos tu cuerpo en la morgue de unos laboratorios humanos a las afueras de un parque natural en Praga. Esperábamos que pudieras darnos una pista sobre quién eres.

—¿«Esperábamos»? —repitió, sudando agobiado—. ¿Quiénes?

—El Séptimo Círculo y La Sociedad praguense. Fueron ellos los que te encontraron.

—¿Dónde? —insistió, cada vez más nervioso. Miraba alrededor con pánico—. ¿Sabes dónde estoy? Esto no puede ser La Tierra. Y tampoco es el Fatem. Estoy asustado —reconoció entre sollozos. Le puso las manos sobre los hombros—. Por favor, ayúdame.

—Eso es lo que he venido a hacer —recalcó cada sílaba con la esperanza de penetrar en el miedo que le distraía y hacerse entender por fin. Esperó calmarlo rodeándolo con los brazos. Sabía que el portal tenía un efecto apaciguador sobre los fallecidos—. ¿Recuerdas tu nombre? ¿Sabes a qué sociedad seráfica pertenecías antes de morir?

—¿Antes de mo…?

Palideció abruptamente.

Citlali estuvo a punto de gemir de desesperación. A veces se topaba con criaturas que no eran conscientes de haber pasado al otro estado y tenía que dedicar valiosos minutos a explicarles lo sucedido, si bien ella era la primera que desconocía la forma en que habían fallecido. Aun así, procuraba recordarse que eran gajes del oficio y que, de encontrarse ella en semejante situación, le gustaría que el portal fuera paciente y gentil.

—Joder, macho. Nos ha tocado el tonto —rezongó Samael.

A su pesar, Citlali se tuvo que contener para no soltar una inapropiada risotada.

—Oh… Estoy… estoy muerto —musitaba el seráfico, ajeno a la presencia de Samael. «¿Ni siquiera lo siente a un nivel extraterrenal?», se preguntaba Citlali en referencia al penitente. «¿Como un presentimiento o un cosquilleo en la nuca?»—. Claro que lo estoy. Por eso las criaturas no han podido matarme aún.

—¿Qué criaturas? ¿Este mundo está habitado?

El seráfico pareció caer entonces bajo los efectos del contacto de Citlali, porque por fin dejó de rehuirle la mirada, en estado de shock, y se fijó en el rostro femenino que tenía delante.

Era tal y como se concibió a los seráficos en sus orígenes, con el cabello blanco y los ojos transparentes, la piel pálida y la esbeltez de un combatiente de esgrima. Quizá más delgados aún; tanto que nadie habría podido jurar que se dedicaban a la lucha cuerpo a cuerpo.

—Tú eres el portal —musitó.

—¡Bingo! —aplaudió Samael con ironía—. Te vas a llevar una palmadita en la espalda.

—Responderé a todas las preguntas que tengas y te ayudaré a cruzar el umbral —le prometió Citlali, ignorando al penitente—, pero antes necesito que me cuentes cómo has llegado hasta aquí. ¿Cuál es tu último recuerdo en La Tierra? Uno nítido que puedas describirme con sumo detalle, uno que de ninguna manera pueda tratarse de un sueño.

El seráfico tragó saliva.

—C-creo que… que estaba… De acuerdo, creo que estaba resguardando un orfanato bosnio de un ataque previsto del Enclave en Sarajevo, que es la ciudad en la que he estado destinado desde que tengo uso de razón. Uno de los engendros me atacó; tenía una daga de acero azul, no sé de dónde la sacó ni cómo pudo empuñarla, pero lo más curioso de todo es que no me… asesinó en el acto. La utilizó para provocarme heridas lo bastante profundas para inutilizarme y llevarme a… —Se frustró al topar con el límite de su memoria—. No recuerdo a dónde me arrastró. Todo está envuelto en una bruma…

—Intenta recordar —le pidió Citlali, tomando su mano. Él cerró los ojos y se humedeció los labios, dispuesto a hacer su mayor esfuerzo.

—Solo sé que, cuando desperté, un mortal que hablaba en un idioma europeo me estaba atendiendo. Se las apañó para sanarme las heridas, pero para lograrlo tuve que estar… No sé cuánto tiempo estuve en la misma postura, tendido boca arriba con la luz de los fluorescentes cegándome, mareándome más incluso que las sustancias que me inyectaban, pero… Pero lo consiguió tras numerosos intentos. A mí no se dirigía en ningún momento, pero oí algunas conversaciones en las que mencionaban series numéricas de seis dígitos; un día me aplicaron el 428199, y al día siguiente, cuando yo había empeorado, recurrieron al… 849272. Parecían diferentes medicinas, o qué sé yo.

—¿Y dónde te hirieron con exactitud? El penitente que te revisó no vio señales de violencia en tu cuerpo.

—Lograron que las cicatrices desaparecieran, supongo, porque recuerdo haber padecido un sufrimiento indescriptible a raíz de las heridas. Tenía una en el vientre, de eso estoy seguro… —La mera mención hizo que Citlali sintiera en su propia cicatriz un pequeño tirón, y allí guio la mano libre para cubrirla—. Y otra en el cuello. Sí, en el cuello.

—Si te curaron, ¿cómo es posible que estés aquí? —inquirió, confundida—. ¿Estás seguro de que sobreviviste a los tratamientos?

—Sé que no me encontré mejor por mucho tiempo, pero que mi muerte, aunque fue lenta, no dolió. Me fui sumiendo en un estado de paz y tranquilidad… Sé que hubo alguien a mi lado tomándome de la mano mientras abandonaba el mundo. Por eso no sabía que había… No imaginaba que yo habría… —Era incapaz de asumir su nuevo estado—. Fui entrenado para hacerme el cuerpo a que tendría una muerte violenta —se explicó con tristeza—. No imaginé que mis últimas horas en la Subrealidad serían tan plácidas.

Citlali se apiadó de él y le estrechó la mano con una pequeña sonrisa comprensiva.

—¿Me dirías tu nombre? —preguntó con voz aterciopelada.

Le costó recordarlo, señal de que había pasado demasiado tiempo en el limbo.

—Fahaliah —respondió, primero dubitativo; luego lo repitió con convicción—. Sí, Fahaliah, eso es.

—Solo una duda más. Si no estás en condiciones de responderla, no pasa nada, pero es mi deber averiguar toda la información posible para comprender tu muerte y, llegado el caso, vengarla. ¿Estás totalmente convencido de que todas las manos por las que pasaste eran humanas? ¿No reconociste en ningún momento una presencia extraterrenal? ¿Otro seráfico, tal vez? ¿Un ocultista?

—No lo sé —se lamentó Fahaliah—. Es decir… He estado tan… fuera de mí durante tanto tiempo que… Yo creo que… Verás, yo no… no estaba en condiciones de utilizar mis sentidos para captar esos detalles. Pero juraría que no hubo inmortales involucrados —apostilló—. Me habría dado cuenta, ¿no?

Citlali asintió sin perder el gesto afable, pensando que no sería justo para él que se marchara al otro mundo con la sensación de haber fracasado en su última misión. Luego se giró hacia Samael para preguntarle con la mirada si él quería hacer alguna aportación, pero este negó con la cabeza, más que satisfecho con la labor de Citlali.

—Si estás preparado para partir, solo tienes que cruzar a través de mi cuerpo.

Fahaliah tragó saliva de nuevo. Casi pudo ver el líquido descendiendo por su garganta, pues había transcurrido el tiempo suficiente para que su presencia física se hubiera ido diluyendo hasta ser apenas una proyección intermitente del orgullo seráfico que una vez sirvió a La Sociedad. Como cada vez que debía despedirse de un inocente, Citlali tuvo que contener las lágrimas mientras sostenía las manos de Fahaliah.

Su tacto se sentía como la caricia de una mariposa.

Todos vacilaban al principio, pues era la primera y última vez que pasarían por esa experiencia, pero la fusión apenas duró un instante. Citlali emitió un jadeo ahogado cuando sintió que su cuerpo se expandía para acoger a Fahaliah y soltarlo un instante después en el destino que le correspondía. Se estremeció tan violentamente que tuvo que apoyarse sobre las rodillas para recuperar el aliento una vez hubo desaparecido hasta la última partícula de la criatura.

Capítulo XXXI

—¿Te encuentras bien? —preguntó Samael, acercándose por detrás para sostenerla. Su firme agarre supuso un cambio tan brutal con respecto del débil roce de Fahaliah que Citlali reaccionó como si la hubiera quemado—. ¿Prefieres que no te toque mientras te… recuperas?

—No, estoy… bien. —Se giró hacia él muy despacio y, sin pararse a pensar en lo que estaba haciendo, entrelazó los dedos con los de él para encontrar de nuevo el equilibrio. Una sonrisa temblorosa se abrió paso en sus labios—. Nunca te acostumbras a la sensación, y menos cuando vives la experiencia en otro mundo.

Samael asintió como si la comprendiera, y por un momento pareció que así era, porque la miraba con tal intensidad que Citlali pensó que ansiaba empaparse de las que eran sus emociones, acceder a su mente para averiguar cómo vivía ella su don.

Aprovechando que él era el primero que se había olvidado de la discusión anterior, permaneció pegada a su cuerpo mientras volvía en sí misma, recordando cómo se sentía el calor humano, el apoyo de un pecho donde latía un corazón obstinado. Samael apoyó primero la barbilla sobre su cabeza, y después la bajó para rozar su frente con los labios, tan calientes que Citlali pensó que tenía fiebre.

—Pareces tan frágil a veces —susurró él—. Me da miedo hacerte daño.

Citlali alzó la mirada, ansiosa por conocer su expresión cuando hacía esa clase de confesiones. Quiso decir algo, pero un bramido ensordecedor de origen desconocido los sobresaltó a ambos. Citlali se debatió entre los brazos de Samael para localizar lo que hubiera emitido semejante sonido, y no tuvo que quedarse con la duda durante mucho tiempo: del entramado de árboles frondosos que cubrían sus cabezas surgió un ave con las alas membranosas y los ojos inyectados en sangre. Abrió el pico de nuevo mientras planeaba directo hacia ellos y volvió a graznar.

Esta vez, el ruido se insertó en el oído de Citlali.

—¡Cuidado! —gritó Samael. La rodeó con los brazos y tiró de ella para placarla contra la densa maleza en la que habían dejado la huella de sus pasos. Samael la cubrió por entero con su cuerpo, tapándole la vista de la criatura que la había dejado en shock.

—¿Es…? —balbuceó, no sabía si asustada o maravillada—. ¿Es un pterodáctilo?

—No sé qué cojones es, pero me da a mí que no nos vamos a quedar para averiguarlo.

Citlali se aferró a sus hombros y cerró los ojos con fuerza, sospechando que, de alguna manera, invocaría el viaje de regreso. Pensó que sentiría cómo volvía a replegar su conciencia y su presencia física en un solo ser, que le dolería como si se desintegrara, pero cuando abrió los ojos de nuevo, respirando con dificultad por el repentino subidón de adrenalina, se encontraba de nuevo en la habitación de La Sociedad, y en la misma postura en la que habían abandonado la última dimensión.

Se encontró con los brillantes ojos verdes de Samael a una inclinación de cabeza de distancia. Su aliento entrecortado le llegó en oleadas. Él también estaba pasmado por el encuentro con la criatura alada, y nada indicaba que fuera a recuperarse lo bastante rápido para apartarse del cuerpo de Citlali antes de que esta fuera dolorosamente consciente de sus deseos y necesidades físicas.

No solo se sintió atraída hacia la vena fuerte que casi podía oír latiendo en su cuello, sino hacia el resto de los músculos de su cuello entintado, hacia las mejillas ruborizadas y el sudor, la mayor prueba de que hacía unos instantes había visitado un mundo con clima tropical. Unos segundos atrás le habría encantado seguir provocándolo, pero ahora no podía sino admirarlo sin pestañear, y rogar para que sus ansias no la traicionaran instándola a hacer algo de lo que podría arrepentirse. O peor: de lo que no se podría arrepentir jamás, porque, a veces, los deseos instintivos revelaban una mayor sabiduría que el propio raciocinio.

Conteniendo la respiración, Citlali alargó una mano temblorosa y retiró un mechón de pelo rubio, casi blanco al llegar a las puntas. Acarició sin querer el cartílago de su oreja al dejarlo allí recogido, y él disimuló un estremecimiento que podría haberla contagiado.

No habría podido recordar los términos de su última discusión ni aunque lo hubiera querido. Sentía el peso de Samael aplastándole el pecho, sus caderas encajadas entre sus piernas, que ahora eran pura gelatina. Le costó no retorcerse de placer ante lo que auguraba la postura.

Citlali cubrió el rostro masculino con las manos, sin saber muy bien qué esperaba que sucediera. Él cerró los ojos con un suspiro en la punta de la lengua y tembló como si el alivio hubiera inundado su ser. Ella se quedó tan perpleja y a la vez maravillada por el efecto que su simple tacto tenía en él que por un momento se sintió incluso culpable por habérselo vetado, por haberse burlado de sus necesidades; por haber cuestionado que la quisiera de veras.

Samael dejó caer la frente sobre la de Citlali durante un segundo. Al siguiente ya estaba acariciando su nariz para acercarse de forma paulatina a unos labios entreabiertos que llevaban una vida entera esperándolo; labios que recibieron el ansiado beso con júbilo.

Citlali rodeó los hombros de Samael y elevó las caderas de forma inconsciente mientras devolvía las lentas y persuasivas caricias de su lengua. En principio le prometieron que sería paciente y delicado, pero conforme se fue entregando al urgente envite de su boca y el fuego empezaba hervirle la sangre, comprendió que aquel deseo contenido no podría sino estallar arrasando con todo.

Samael gimió contra su boca entreabierta antes de seguir descendiendo por su cuello, que cubrió de besos apasionados hasta el escote que el jersey de hombro caído había abierto sin querer, como si hubiera sabido antes que ella lo que ocurriría y quisiera precipitarlo. Pensó que allí se detendría, pero Samael bajaba por su escote, mordiendo el pezón erecto por encima de la prenda, por el caminillo que conduciría a su ombligo.

Se detuvo un instante sobre la herida, de la que a esas alturas Citlali no era consciente. Vio que le subía la prenda para revelar la gravedad de la cicatriz. Tenía la piel de la quemadura escamada y cerúlea por el impacto del acero.

La besó también con una delicadeza que estuvo a punto de hacerla llorar.

—Samael… —rogó—. No te acerques ahí.

—Ahí ¿dónde? —inquirió él con la voz una octava más grave. Alzó la barbilla para dirigirle una mirada insondable al tiempo que acariciaba sus ingles con el pulgar. Cubrió su sexo con la mano por encima del pantalón—. ¿Aquí?

—No… M-me refería a la herida.

—Entonces aquí sí puedo, ¿no? —asumió con una media sonrisa traviesa, prolongando la caricia en dirección ascendente para posar la palma sobre el pubis—. ¿Es que te duele? ¿Te hago daño?

—Ahora mismo no la noto —reconoció, azorada.

—Eso es porque hasta tus heridas saben que soy para ti. —La sonrisa desapareció como si no tuviera energía para enmascarar la desesperación de su anhelo—. Citlali… —Se le cortó la voz—. Citlali, me haces falta.

No tuvo que decir más, ni tampoco hacer preguntas, porque la conformidad de Citlali se palpaba en el aire viciado de angustia por tocarse. Se deslizó algo más abajo, adoptando una postura que no podía ser cómoda, hasta que sus dientes pudieron tirar decididamente del botón del vaquero.

Citlali suspiró y él bajó la cremallera tan despacio que pensó que no podría soportarlo, que acabaría delatando su propia debilidad

instándole a moverse más deprisa. Pero acabó por admitir de forma no verbal que deseaba aquello tanto como él al levantar las caderas para ayudarle en su propósito de deshacerse del pantalón, que deslizó por sus piernas como si cada milímetro de piel que revelaban fuera a contarle un secreto irresistible.

Citlali no podía apartar la mirada de su rostro. Le decía tanto sobre lo que sentía por ella que no podría aferrarse a la fútil excusa de que no la deseaba de veras sin pecar de mentirosa, porque a la vista quedaba que no era cualquiera para él.

Jadeó cuando se deshizo de la ropa interior enrollándola entre los dedos y rompiéndola sin dificultad. Samael se percató de su reacción y no pudo contener una sonrisa vanidosa.

—¿Lo imaginabas así en tus libros de vampiros?

—En mis libros de vampiros no hay sexo… sexo explícito —balbuceó ella, avergonzada por la sobreexposición y al mismo tiempo muerta de curiosidad—. Eran para adolescentes, y los escribió una mormona.

—¿Una mormona? —Samael se rio con incredulidad—. Bueno, me alegra entonces poder enseñarte un par de cosas.

Citlali fue a juntar las rodillas, abochornada por el espectáculo de ofrecer su sexo de aquella manera, pero Samael lo evitó colocando sus amplios hombros en el espacio, sujetando así sus muslos. La besó en la corva de la rodilla, en un lunar que se había perdido por allí, en la ingle, tan cerca de su entrepierna húmeda que los nervios empezaron a ahogarla.

Sintió la delicada presión de sus labios ahí donde sentía que estaba ardiendo y respingó, pero no intentó bloquearle el acceso de nuevo y en su lugar se aferró a la colcha arrugada. Clavó la mirada en la lámpara del techo, sospechando que se moriría de vergüenza si mirara a Samael.

—Estoy casi segura de que no se empieza por ahí —jadeó entrecortada—. Esto ni siquiera se menciona de pasada en mis libros.

—Los libros no lo saben todo.

Se le escapó una sonrisa incrédula que se le congeló en la cara cuando la primera sensación alcanzó sus terminaciones nerviosas. Citlali se incorporó con dificultad, temblorosa y con las emociones a flor de piel, para ver qué era lo que estaba haciendo; sabía de qué se trataba, pero no lo había visto con sus propios ojos, y ni mucho menos llegó a experimentarlo.

Citlali se ruborizó, asombrada al conocer una nueva faceta de Samael que nunca habría imaginado así; parecía transformarse en un hombre diferente, un hombre seguro de sí mismo y de su buen hacer cuando se acercaban físicamente, y tenía razones para crecerse, porque a Citlali empezó a nublársele la vista con el contacto

continuado de su boca húmeda, de la lengua exploradora. De forma inconsciente, movía las caderas siguiendo el mismo ritmo al que él prodigaba sus besos siniestramente deliciosos. Estaba segura de que aquello habría sido pecado en otro tiempo, pero incluso el bochorno que experimentaba por culpa de la timidez era una sensación encantadora que ansiaba repetir antes de que hubiera acabado siquiera; en ella se conjugaban los nervios y los espasmos de un placer que causaba estragos. La ahogaba la agonía porque terminara y así alcanzar el orgasmo, pero al mismo tiempo se rebelaba contra el hecho de que no durara para siempre, de que abandonara su cuerpo, de tener que estar lejos de él cuando por fin había decidido rendirse a un acercamiento.

Citlali se descubrió jadeando sin control y moviéndose como si una fuerza superior la hubiera poseído, y justo cuando iba a incorporarse de nuevo para averiguar qué le estaba sucediendo esta vez, un orgasmo poderoso volvió a anclarla a la cama entre estremecimientos y gimoteos sin sentido. Sospechaba que debía de estar ofreciendo una imagen penosa, desnuda de cintura para abajo y con las piernas abiertas, pero nada le importaba salvo que Samael se fundiera con ella: por eso extendió los brazos y rogó con la mirada que acudiera a su llamada.

Él obedeció con diligencia y la estrechó contra su cuerpo con una ternura que no había demostrado segundos antes. Le gustó que la confundiera con sus diversas maneras de tratarla.

Samael cubrió su cara de besos y volvió a tirar del borde del jersey para sacárselo por la cabeza, dejándola, ahora sí, como llegó al mundo. Citlali enrojeció al ser consciente de que nadie la había visto nunca de esa guisa, pero en lugar de taparse, buscó con manos ávidas desvestir a Samael, que la ayudó a sacarle el jersey y los pantalones a una velocidad que provocaría que más tarde no recordara en qué momento se habían quedado desnudos. Tan rápido ocurrió que luego se miraron como si no supieran qué hacer, jadeando de forma incontrolable.

Citlali sentía que deseaba decir algo, y, al mismo tiempo, se negaba a romper el hechizo haciendo alguna aportación innecesaria, como que era la primera vez que se las veía en aquella situación, que tenía miedo, que estaba nerviosa, y que lo deseaba tanto que podría haberse puesto a llorar. Él puso palabras a su frustrante mutismo con su peculiar elocuencia.

—No me puedo creer que esté aquí, contigo —murmuró, acariciando la nariz femenina con la suya.

—Sobre todo porque hace un momento me habrías matado —bromeó ella, sin voz.

—Hace un momento te habría follado igual —replicó con voz

ronca, vehemente—. Te habría follado en cualquier momento, en cuanto me hubieras dado una mínima señal.

Azorada por sus declaraciones, Citlali acarició su pecho firme con las manos. Recorrió las figuras tatuadas con el dedo, incluido el de la daga que atravesaba la calavera, distintivo de los pecadores de El Séptimo Círculo, y las venas y tendones que afloraban en su piel como detalladas por un cincel.

Su cuerpo la había atraído desde el primer día, pero resultaba tan intimidante y casaba tan poco con sus gustos originales que se había sentido abrumada. Saber que podía disponer de él a su antojo tampoco la apaciguaba; ponía sobre sus hombros un peso insoportable, y el pánico de no estar a la altura.

—Eres… —articuló con dificultad, deslizando el índice por el vello rubio que conducía a su entrepierna. Citlali suspiró—. No sé qué hacer con un hombre como tú.

Samael se inclinó sobre ella para besar el borde del pezón erecto. Con una mano trazó la curva poco pronunciada de su cintura y su cadera, y luego volvió a dibujarla hacia arriba para volver a acariciarle el hombro, la clavícula y el cuello.

—No tienes por qué saber hacer nada —le confesó, hablándole contra la mejilla. Depositó allí un beso tierno, y otro en la punta de la oreja—. No soy un hombre sin más, soy tu hombre.

—Eres muy tierno cuando quieres.

—Nunca he tenido la menor intención.

Ella se rio, y se alegró de poder desahogar los nervios.

—Me lo puedo imaginar, pero me gusta.

Citlali lo rodeó con los brazos y las piernas a la vez para asegurarse de que no se movería de allí. Se incorporó lo justo para buscar el roce con la barba rubia, salpicada de mechas más claras; para acariciarse a sí misma con los mechones sueltos de su cabello, con su nariz, como haría una gata mimosa. Pronto se hizo tan adicta a besarlo como estaba obsesionada con los besos que le daba él, y recorrió con los labios el cuello en el que se alojaba su aroma masculino, el cuello donde había dejado una herida apenas un día atrás, el cuello que tan sensible era para él, a juzgar por los sonidos que hacía al sentir su exploración.

—¿Qué quieres que haga contigo? —gruñó, sujetándola por la cadera como si quisiera clavarle las uñas. Ella le devolvió la pregunta sin ápice de coquetería, tan solo con inocencia.

—¿Qué quieres hacer tú conmigo?

—Cosas por las que luego no podría ni mirarte a la cara…

Citlali se estremeció por el tono cavernoso con el que lo pronunció, y lo abrazó con más fuerza, transmitiéndole que le perdonaría cualquier comportamiento salvaje.

—… pero tienes que darme permiso.

—Permiso concedido. Solo… sé gentil.

Se encontró con sus labios en un beso que clamaba aceptación, y en cuanto se hubo revuelto en la cama lo suficiente para encontrar una postura cómoda, excusa que le sirvió para inspirar hondo, Samael empezó a tantear su hendidura con la punta del miembro. La suave textura hizo que Citlali se retorciera y lo buscara conscientemente. Él se sostenía sobre los brazos con la mirada fija sobre ella, mientras su erección la tanteaba de forma superficial con roces que la hacían estremecer.

Cuando empezaba a retorcerse y alargaba la mano en busca de su erección, desesperada por un contacto más íntimo, Samael la penetró. Ella soltó todo el aire, y lejos de tensarse o tener que aguantar las lágrimas por el dolor, como había leído que sucedía en casi todos los casos, experimentó una dicha inaudita; un alivio tan inmenso que todos sus músculos se relajaron y solo volvieron a tensarse ante la amenaza de abandono.

Citlali se apresuró a afianzar los talones en el sitio, sobre los glúteos de él, para impedirle el movimiento. Su reacción provocó la risa de Samael.

—Tranquila —le susurró—. No me voy a ninguna parte. ¿Ves como no me tienes que hechizar, bruja?

—Ese no es el apodo más…. dulce.

—Porque lo más dulce eres tú —replicó en voz baja un segundo antes de besarla en la mejilla con ternura. Citlali habría suspirado si no hubiera vuelto a penetrarla, esta vez hasta la empuñadura.

Citlali se había prometido que sería discreta en deferencia a los seráficos que habitaban el complejo, pero tuvo que incumplir su juramento. Todo su cuerpo exigía liberación, y se la tuvo que dar suspirando y gimoteando su nombre con cada embestida. Ya no sabía cómo agarrarse a él para transmitirle lo que estaba sintiendo, para que la sensación rebajara su intensidad o, de lo contrario, acabaría sollozando. No estaba acostumbrada a albergar tantas emociones en un solo momento, e incluso si todas ellas eran positivas, le era imposible contenerlas. Estaba condenada a actuar en sus brazos como si hubiera perdido la cabeza.

Samael la rodeó por detrás del cuello para mantenerla más pegada a él y le pasó el brazo por la espalda, como si su objetivo fuera inmovilizarla contra su cuerpo. No parecía que aquello le supusiera ningún esfuerzo o fuera incómodo para él; se empujaba dentro y fuera de ella al mismo ritmo de sus respiraciones entrecortadas. Citlali cogía aire por la boca, jadeando prácticamente contra la de él. Samael abrió los ojos, dos piedras esmeralda, y le sostuvo la mirada mientras seguía embistiéndola. Citlali se ruborizó, intimidada por la vehemencia de su

expresión, pero no le giró la cara y hundió más las uñas en su carne.

Fue en ese momento cuando su cuerpo decidió que no podía aguantar más y se arqueó para liberar la tensión a la que el placer había estado sometiendo sus músculos, doloridos y a la vez oxigenados. Siguió jadeando durante y después del orgasmo, prendada de la mirada fija y poderosa con la que él la había hipnotizado, y celebró que siguiera moviéndose un rato más en busca de su placer.

Supo que Samael también había llegado a su límite cuando cerró los ojos de repente y la aferró con tanta fuerza que creyó que se fusionarían en una sola persona. Rodó con ella en brazos, intercambiando posiciones, y alcanzó al clímax sujetando la cabeza de Citlali muy cerca de su pecho.

—Joder —oyó que bufaba, besándola en la sien—. Ahora entiendo por qué la *anandha* se tiene en un pedestal.

Citlali lo miró con incredulidad mientras se recuperaba.

—Este no ha podido ser tu mejor…

—¿Mi mejor polvo? —completó él. Ella asintió mordiéndose el labio, a lo que Samael sonrió, lobuno, y se incorporó para volver a acorralarla entre sus brazos—. Pues no sé, no estoy seguro. Vamos a repetirlo para refrescarme la memoria, y en función de eso, te digo si estás en el top tres.

—En el top tres ya estoy, ¿no? —refunfuñó ella.

—Estarás en el top tres cuando lo hagamos dos veces más —replicó con astucia.

Citlali entrecerró los ojos. Notaba una agradable pesadez, pero estaba tan llena de energía que todas sus células vibraban pidiendo más.

—Pues ¿a qué esperas? Soy demasiado competitiva para no hacerme el bingo.

Capítulo XXXII

—No tienes muy buen aspecto —comentó Aladiah en cuanto lo vio entrar en el comedor.

Todo el mundo había dejado de prestar atención a su desayuno para poner en él los cinco sentidos.

De la noche a la mañana se había convertido en una auténtica celebridad.

El Séptimo Círculo había viajado de nuevo esa mañana al complejo de La Sociedad, probablemente para conocer de primera mano las últimas noticias sobre el viaje interdimensional. A excepción de Luvart, que estaría preparándose para el breve acto ceremonial en el Autem, los penitentes se distribuían en torno a una mesa con forma de U que presidía el regente Aladiah; a su derecha estaba Darda'il, a la que el asunto político le interesaba más bien poco —o eso o sentía tal debilidad por los pretzels que los devoraba sin reparar en nada ni nadie más—, y a su izquierda, Mara.

Citlali aún no se había despertado. Samael la había dejado descansando en el dormitorio donde la empírea había pasado las últimas tres horas durmiendo. Él las había dedicado a preguntarse con desamparo y a la vez entusiasmo a dónde conduciría su situación con ella mientras exploraba las dimensiones alternativas ciñéndose a las recomendaciones de los libros sagrados.

—He trasnochado para intentar contentar a todo el mundo —reconoció Samael, sentándose con dejadez en el primer asiento que encontró. Saludó con la cabeza a Qadira, que le devolvió el gesto con una sonrisa deslumbrante—. No puedo sonsacarle información a las almas perdidas sin que Citlali ejerza de intérprete, y, como todos sabéis, no está en condiciones de dedicar las veinticuatro horas a la misión, así que solo hemos podido conversar con uno de los seráficos. Fahaliah, de La Sociedad de Sarajevo.

Aladiah asimiló la información con un asentimiento.

—Se han ido muy lejos de aquí para interceptar a los nuestros.

—Supongo que lo que pretendían evitar era que se corriera la voz de alarma demasiado rápido —meditó el *rex*, mesádose la mejilla—. Se han aprovechado de que los clanes no tendemos a contactar los unos con los otros. Ahora habría que poner al corriente a los seráficos del este. Con toda probabilidad pensarán que perdieron a Fahaliah en la guardia diurna, no que a posteriori hicieron virguerías con su

cuerpo.

—¿Las hicieron? —inquirió Xaphan, mirando a Samael con fijeza. Este tuvo la sensación de que lo estaba juzgando (o, por lo menos, lo había decepcionado) por no haber cumplido con su ruego—. Por lo que pude observar, no tenía cicatrices ni desgarros internos.

Samael reprodujo palabra por palabra lo que había descubierto de Citlali.

Conforme más avanzaba en su relato, más se maravillaba con la cantidad de sorpresas que la joven había traído a su vida. Los muertos no podían verlo a él porque no era el portal, pero el hecho de que Samael estuviera vinculado a Citlali, que fuera su pareja, le permitía mirar el mundo a través de sus ojos y escuchar la palabra de aquellos que ya no se encontraban en el plano físico. Si le hubieran dicho apenas unos meses atrás que algún día viviría una experiencia extrasensorial como aquella, y de la mano de una mujer tan entusiasta con la materia espiritual, no habría sabido cómo sentirse. Ciertas situaciones había que vivirlas en carne propia. Solo así podía comprenderse la magnitud de los hechos, su importancia.

—Murió lentamente y sin dolor —repitió Xaphan, pensativo—. Podrían haberlo drogado de alguna manera, pero lo que me encaja con las únicas marcas que encontré en los brazos es que se desangrara hasta la muerte. Sospecho que le colocaron una sonda intravenosa y fueron sacándole sangre poco a poco hasta dejarlo seco. No sé con qué propósito —añadió—, pero pensad en el clásico suicidio en la bañera. Así es justo como lo describen: uno se entrega a la muerte en paz, sin sentir nada.

—¿Los seráficos pueden morir desangrados? —Mara frunció el ceño —. Pensaba que solo os mata que os corten la cabeza con una daga de acero azul, y cosas así.

—Todos somos inmortales hasta que se demuestra lo contrario. —Aladiah sonrió de lado mientras removía su café—. Si no nos hieren, podemos durar para siempre. Una herida corriente no nos manda al otro barrio, pero ninguna criatura puede sobrevivir sin sangre en el cuerpo. Solo se habla de las dagas de acero azul porque es lo único que puede acabar con nosotros en tiempo récord.

Mara se encogió de hombros.

—Es bueno saberlo.

—Necesitamos más información —determinó el *rex*, poniéndose en pie. Dejó a un lado la servilleta de tela con la que había retirado los restos del desayuno y se concentró en Samael—. ¿No has descubierto nada más en tu investigación nocturna?

Había descubierto que le aterraba no ser suficiente para Citlali, pero dudaba que aquello fuera del interés del *rex*. Había descubierto, también, que el sexo, una práctica que él siempre había concebido

como un desahogo puntual sin sentimientos involucrados, podía adquirir connotaciones románticas con la mujer adecuada. Había descubierto que el amor, o lo que quiera que estuviese sintiendo en ese momento, venía de fábrica con el impulso de hacer algo al respecto; que el amor era movimiento, y no se podía querer si no se era valiente.

Samael se había quedado despierto toda la madrugada, meditando al respecto. Ocupó su mente con los libros que Aladiah le había prestado sin dejar de lanzar miradas pensativas a la durmiente Citlali, que no podía ser más ajena a sus turbulentos pensamientos.

Tenía que hacerle saber que se equivocó cuando dio por hecho que la necesitaba para consagrar su poder y desempeñar la misión con éxito, y a continuación confesarle que lo único que le impulsaba a estar con ella era el deseo de sentirse completo, la curiosidad y la admiración hacia todo lo que era y representaba.

—¿Samael? —insistió Valthessar.

—Intenté localizar a la doctora Vaccari —se apresuró a decir, dirigiéndole una mirada vacilante a Xaphan. Este se envaró en el asiento—, pero no tuve suerte. Acabé con una migraña de dos pares de cojones. Lo siento.

—Necesito que lo sigas intentando —insistió Xaphan, doblando y estirando los dedos sobre la mesa—. Lo que la doctora sepa de los laboratorios podría ser la pieza que nos falta para averiguar qué está pasando.

La sesión se levantó con motivo de la próxima ceremonia en el Autem, a la que La Sociedad al completo estaba invitada por decisión de Reyyan. Samael dudaba que a alguien se le ocurriera faltar. No todos los días eran convidados a celebrar los sentimientos de la Sehara, que tan venerada era en aquel círculo social.

A sabiendas de que no le daría tiempo a desayunar, tomó una rebanada de pan de molde y observó que todo el mundo se apresuraba a prepararse para el acto. Qadira pasó por su lado preguntándole a Evra qué se pondría para la fiesta, y Mara lo abordó a él para saber dónde y en qué condiciones estaba su hermana para acto seguido ir en su busca. Renyi esperó a que casi toda la concurrencia se hubiera marchado a sus aposentos para pasarse las manos por el pelo oscuro, cada vez más salpicado de mechones blancos, y recogérselo en un pequeño moño.

Samael frunció el ceño al verlo tan desmejorado, pero sabía que un bufido sería lo único que obtendría de su parte si se acercaba a preguntarle por su estado. No obstante, hubo quien no tuvo este detalle en cuenta y se aproximó a él para ponerle una mano en el brazo y hablarle en susurros; una muchacha menuda con el cabello negro a la que le pareció reconocer como la vidente y prometida de

Asaliah, Dahlia.

—Déjame en paz —le espetaba Renyi, deshaciéndose de ella con un movimiento brusco.

La rodeó como si fuera un obstáculo molesto, ceñudo, y pasó por el costado de Samael como una exhalación. Este se quedó donde estaba sin saber muy bien qué hacer. No le parecía apropiado acercarse a la muchacha y consolarla, pero todo en su postura gritaba que la preocupación la tenía en un sinvivir.

¿Y a quién no le tenía la preocupación en un sinvivir?, se preguntó él. A esas alturas, podía contar con los dedos de una mano a los que no estaban aterrados por el posible desenlace de los acontecimientos, cuya gravedad escapaba a la comprensión de todos.

Una cosa estaba clara, al menos, y era que, por el momento, el Enclave les llevaba unos pasos de ventaja.

Para celebrar la ceremonia, Luvart había elegido el retiro romántico en el que antaño se citaba clandestinamente con la Sehara en su forma física original. Se trataba de un claro despejado a orillas de un río de plata, lo bastante cerca de Coriander para no considerarse un lugar alejado del territorio de la diosa, pero también lo bastante apartado para que nadie los interceptara cuando deseaban disfrutar de cierta intimidad. Era un lugar precioso, y el día había decidido acompañar al acto amaneciendo resplandeciente.

La Magna era la única responsable de esto último, por supuesto. A Samael no le sorprendía que hubiera tenido un detalle con la pareja, pero la mayoría de los miembros de El Séptimo Círculo se esforzaba por disimular cuánto le sorprendía que la diosa hubiera dado a conocer sus bendiciones.

Samael se miró la suela del zapato elegante para comprobar que la tierra húmeda había formado una pella bajo el sencillo tacón. Esperaba bajo la sombra de un coro de árboles, acompañado de Valthessar y de Abraxas, a que se personaran los convidados de honor. Que La Magna hubiera aceptado asimismo hacer una peligrosa excepción con respecto a la regla que mantenía a Reyyan cautiva en el cuerpo de Luvart mientras el sol brillaba en el cielo era otro de tantos gestos significativos que proclamaban su reconciliación con la pareja.

—Me sorprende que le permitas hacer esto —admitió Samael, mirando a Valthessar de soslayo.

Luvart había sido claro la noche anterior con respecto a la etiqueta que esperaba que cumplieran a rajatabla: no necesitaba que aparecieran con un frac, pero sí contaba con que mostraran respeto trayendo algo distinto a su ropa de deporte. El *rex* había optado por

una americana y una camisa desabotonada, un aspecto un poco más formal que el de Samael, que se había conformado con una camisa blanca remangada, unos chinos y un moño peinado hacia atrás, pero menos que el de Abraxas, que llevaba corbata.

Valthessar se rio por la ocurrencia.

—¿Todavía no te has enterado de que a Luvart no se le pueden dar órdenes? Se rige por sus propios códigos.

—Pero tendrás una opinión sobre todo esto —insistió Samael. Pateó una piedrecilla que se encontraba tentadoramente cerca de él, orillada en el camino de tierra—. No es el mejor momento para andar casándose, coño.

—¿Y cuándo lo es? —contraatacó con la ceja enarcada—. Yo no he tenido ni un instante de paz desde que recuerdo. Abraxas puede dar fe de que el Enclave se preocupa de tenernos entretenidos en todo momento.

—Y, aun así, de vez en cuando nos permitíamos un descanso bastante más generoso que los diez minutos que durará el acto —convino Abraxas. Tenía las manos metidas en los bolsillos del pantalón —. A mí no me parece mal. Si mantener la paz escapa a nuestro control, lo mínimo que podemos hacer es ocuparnos con dedicación de lo que sí podemos abarcar, que es nuestra mujer.

—Sí, bueno, dime uno solo de nosotros que pueda abarcar a su mujer —se rio Valthessar. Luego se lo pensó—. Tal vez Luvart; por eso le ha ido mejor que a ninguno. Creo que deberíamos aprender un poco de él. Le importa una mierda todo, pero con una honrosa excepción, y a esa honrosa excepción le pone hasta la última de sus energías.

—Sigue siendo un capullo —rezongó Samael. Y enseguida tuvo que añadir—: Pero lo envidio. Reyyan entró por la puerta teniéndole miedo y en unos días ya la tenía en el bolsillo. La mía estaba dispuesta a que la enamoraran y yo lo que hice fue espantarla.

—Anda ya. —Valthessar le dio un codazo amistoso—. Si esta mañana de lo único de lo que se hablaba en La Sociedad es del ruido que hicisteis bien entrada la madrugada.

—Sí, vale, nos divertimos —confirmó Samael, frotándose los brazos erizados con el solo recuerdo—, pero fue… fue una llamada de la naturaleza, no es que Citlali quisiera de verdad entregarse. Eso ha sonado muy mal, dejadme reformular. —Carraspeó—. Como es natural, me dio su consentimiento, pero no se lo esperaba, ¿me explico? Se dejó llevar porque estaba… Bueno, papá Samael sabe lo que hace, vosotros me entendéis, pero cuando se le pase el embrujo, se dará de frente con que yo… —Se pellizcó el puente de la nariz, nervioso—. La cosa es… ¿Ahora qué?

—¿Qué quieres decir con «ahora qué»? —se extrañó Valthessar—. Ahora sois felices y coméis perdices.

Samael le lanzó una mirada cargada de rencor.

—Ni siquiera yo soy tan obtuso como para pensar que un polvo va a cambiar lo que piensa de mí y la promesa que me hizo de no aceptarme jamás. Y eso de comer perdices nunca es como lo pintan.

—Desde luego que no —aceptó el *rex* con un suspiro, sin perder la sonrisa nostálgica—. Uno piensa que lo tiene todo hecho en cuanto encuentra a su *anandha* o a la mujer perfecta, pero a partir de ahí la cosa solo se complica. Lo único que puedo decirte es que procures que, si la relación se pone difícil, no sea por tu culpa. Así por lo menos tienes el consuelo de haberlo hecho lo mejor que pudiste.

—Las bodas te ponen sentimental, ¿eh? —señaló Abraxas, mirándolo de hito en hito.

—Es un día importante. Luvart llevaba dos mil años esperándolo. Mis deberes como *rex* también contemplan tomarme las alegrías de mis hombres como si fueran las mías, aunque eso me ha llevado un tiempo comprenderlo —apostilló de buen humor.

—¿Y no será que te tomas nuestras alegrías como las tuyas porque no tienes alegrías propias? —inquirió Samael. Enseguida se percató de cómo había sonado y se apresuró a corregirse—. Quiero decir que… que deberías… deberías buscar algo que te llene, o no sé. Todo el mundo tiene la sensación de que el planeta entero va a colapsar y se aferra a lo que más quiere para por lo menos morir completo. ¿A qué te vas a abrazar tú?

Valthessar se limitó a encogerse de hombros con la mirada centrada en el horizonte.

Por alguna razón, la historia del *rex* nunca le había suscitado la compasión que le habría merecido cualquier otro penitente. La Magna le había castigado por arremeter contra el clan de seráficos que lo torturó por equivocación, le negó la felicidad con la que entonces era su pareja, la empírea Nurielle; no conoció a Mara en la mejor de las circunstancias, y su relación había sido breve pero intensa, y no siempre en un buen sentido. Ahora volvía a estar solo. Parecía su sino. Pero no era la clase de hombre que invitaba a la piedad. En todo caso a la admiración. Samael no pensaba en Valthessar como una víctima, ni siquiera como un admirable superviviente. Era, simple y llanamente, el *rex*. Le había dado una nueva dimensión a la palabra, tanto así que dudaba que otro penitente pudiera llegar a ostentar el puesto con el mismo nivel de compromiso.

Sus pensamientos quedaron en un segundo plano cuando empezaron a aparecer los invitados que faltaban. Mara torcía el gesto al avanzar por la tierra mojada con unos zapatos que, si no eran nuevos, al menos lo parecían. Llevaba un ceñido minivestido blanco con corte palabra de honor y dos mangas abullonadas y llamativas que le cubrían de medio bíceps a medio antebrazo. Samael se habría dado

cuenta de que Valthessar la saludaba con un guiño amistoso si no se hubiera quedado paralizado al ver a Citlali junto a ella.

Su vestido tampoco tenía mangas. Llevaba un corsé ajustado color medianoche con la cremallera y los lazos plateados, y una falda de tul que se asemejaba a un tutú romántico. Con el pelo suelto, tan largo que le rozaba las caderas al andar, parecía una criatura de otro mundo.

Citlali lo miró de lejos, ruborizada, y enseguida agachó la barbilla. Podía imaginarse lo que estaba pensando: que ambos habían desoído sus deseos de no entregarle su cuerpo en beneficio de la misión por culpa de un anhelo momentáneo, que ella se había humillado al premiarlo con sus besos cuando no había hecho nada para merecerlos y que, con toda probabilidad, aquello no había significado nada para él.

No solo lo supo porque la conexión establecida la noche anterior le hubiera ayudado a deducir sus pensamientos, sino porque los leyó con claridad en cuanto hizo el esfuerzo de introducirse en su cabeza. Al menos, el hecho de haberse acostado con ella antes de hacerle entender que no le motivaba el miedo a la soledad traía algo bueno: podía comprenderla mejor echando mano de su nuevo vínculo mental.

Samael inspiró hondo y se hizo a la idea de que tendría que mantener una conversación muy seria. Era verdad que no podía controlar el destino del mundo, pero si el comienzo de su final feliz estaba en sus manos, estaría siendo negligente y estúpido si no hiciera el esfuerzo.

Y, a fin de cuentas, ella lo merecía.

Por supuesto que lo merecía.

Capítulo XXXIII

Citlali sostuvo la mano de Mara durante toda la ceremonia, como si solo pudiera soportar los celos que le provocaba la romántica situación de Luvart y Reyyan recordándose que ella ya disfrutaba de un amor incondicional; el de su hermana. Y sirvió hasta cierto punto, porque las dos se encontraban en una situación si no similar, al menos igual de desoladora. A cada rato intercambiaban una mirada que les bastaba para hallar paz y orgullo en la otra.

Por fin, después de tantos años alejadas por la muerte, las barreras sociales y el cambiante carácter adolescente, podían decir que estaban juntas. Las dos contra el mundo.

Sin embargo, Citlali era consciente de que no era la mano de un familiar la que una joven debía agarrar durante una boda. Sobre todo cuando a apenas unos pasos de distancia se encontraban los intereses de cada una de las hermanas. Mara había logrado resistir el impulso de girarse a mirar a Valthessar o acudir en su busca, pero Citlali no era tan fuerte como pensaba, y ni mucho menos después de haber compartido una noche con Samael. Siempre que creía que él estaría distraído, alzaba la barbilla en su dirección con una timidez impropia de ella.

En el momento, Citlali no fue consciente de las implicaciones que tendría ceder a sus deseos. Se dejó arrastrar por la pasión y no podría arrepentirse ni aunque esta le trajera la ruina. Pero nada más despertarse aquella mañana, sola y sin rastro de Samael, llegó a la conclusión de que había cometido un error, y de que el sexo no podía cambiar el hecho de que él no la deseaba por ser Citlali, sino por ser su *anandha*.

Sabía que Mara la comprendía porque buena parte de sus temores en pareja habían seguido la misma línea. Sin embargo, ¿hasta qué punto le servía el consuelo de su hermana? Ella no quería que le palmearan la espalda, sino una solución. No en vano era una mujer de acción.

Se obligó a respirar hondo y concentrarse en los votos que Luvart y Reyyan intercambiaban el uno frente al otro, tomados de las manos. Pravuil El Nuevo los escuchaba con una sonrisa serena; La Magna lo había designado como el privilegiado que oficiaría el enlace simbólico.

Si no la hubieran estado torturando sus pensamientos, Citlali habría

vivido la ceremonia como un recuerdo que atesorar para siempre en su corazón. Reyyan lucía un precioso vestido celeste con un solo tirante y de corte irregular que se ceñía a su cuerpo y brillaba como el sol en la superficie del agua. Sin duda era una confección que había corrido a cuenta de los excepcionales sastres del Autem, los mismos que vestían a la diosa Magna, lo que quería decir que la pareja llevaba algún tiempo preparándose para celebrar el enlace. Además, una corona de flores adornaba su cabeza, tapando el corte de pelo castaño que tan bien le sentaba. El cabello le había crecido lo suficiente para formarle graciosos remolinos sobre las orejas.

Luvart la miraba de una manera que hacía estremecer su corazón. Aquel era el complemento que mejor le sentaba.

Como era lógico, Citlali comprendía que Samael no la amara con la dedicación de un hombre que había esperado dos mil años a la mujer con la que compartió gran parte de su vida anterior. Reyyan y Luvart se habían dedicado sus días, habían sobrevivido a una ruptura dolorosa y hasta habían vencido a la muerte, experiencias trascendentales que unirían incluso a las dos personas más diferentes del universo. No le extrañaba que hubieran logrado convivir en un solo cuerpo sin fracasar en el intento.

Y, aun así, ¿por qué ella no podía tener algo parecido? ¿Por qué Samael y ella no se habían acoplado a la perfección desde el primer momento? ¿Por qué le resultaba tan difícil superar su rechazo inicial y aceptar que pudiera, si no quererla de veras, al menos… gustarle?

—Le dan a ganas a una de casarse, ¿eh? —susurró Mara en su oído —. ¿No deberían prohibir que un tío estuviera tan bueno? Todavía no lo supero.

Citlali aguantó una carcajada. Creía que Luvart había oído el comentario, pero estaba tan inmerso en el rostro iluminado de la pequeña y a la vez gran hechicera que lo que sucediera a su alrededor era poco más que ruido.

—A mí me sorprende que hayan decidido hacer esto —confesó Citlali—. Tengo entendido que son personas muy celosas de su intimidad.

—Yo creo que con esto de pasar doce horas al día fusionados en un solo ser y las otras doce follando como conejos, están hasta los cojones de la intimidad y quieren compartir su alegría con los demás —contestó Mara.

—Tu sabiduría de la calle es innegable —se mofó Citlali por lo bajini. Su hermana menor le apretó la mano, lanzándole una mirada burlona.

—Por un lado, la iniciativa me parece estupenda, porque a todos nos viene bien una excusa para ponernos guapos —prosiguió—, pero por otro… Qué mal gusto, coño, andar restregándole en la cara a la

peña que está más sola que la una.

Citlali meneó la cabeza, censurando el comentario de su hermana y, a la vez, resignada a aceptar que se sentía exactamente igual.

—No seas egocéntrica, Marita; que la gente se quiera no es una amenaza para ti. Solo da la casualidad de que estamos todos en el mundo al mismo tiempo: los solitarios y los emparejados, pero la existencia de unos no compromete a los otros, y lo sabes.

—Tal vez no, pero me niego a convivir en armonía con esos dos, que están tan enamorados que da asco. ¿Y qué me dices de Ruth y Abraxas? Se han pirado, ¿o tú los ves por alguna parte? ¡Digo si se han pirado! —seguía refunfuñando—. Habrán ido a fornicar como animales a algún rincón…

Cortaron la conversación para atender al beso casto que sellaba la unión a ojos de la diosa, presente en conciencia en algún punto de la escena, mas no físicamente; a ojos de Pravuil, que representaba la gloria del Autem, y a ojos de todos aquellos compañeros que habían visto florecer el romance. Los asistentes prorrumpieron en aplausos y felicitaciones.

Al cabo de unos segundos, todos los presentes se habían diseminado por el claro.

Citlali prefirió deambular a solas antes que entretenerse con conversaciones que versarían, sobre todo, acerca del don de Samael y el problema acuciante que se traían entre manos. No porque quisiera darle la espalda a sus obligaciones, sino porque no podía recordar la amenaza del Enclave y hacerse cargo de su gravedad cuando ya estaba atormentándose por su cuenta.

Echó a andar en dirección al corazón del bosque que bordeaba el río, que empezaba a teñirse del mismo color que el atardecer, sin importarle que se le mancharan las bailarinas con cintas atadas al tobillo o que la falda se le enredara en las ramas de los arbustos.

Conforme fue dejando el ruido atrás, se permitió quitarse la máscara festiva. En cuanto se olvidó de contenerlos, sus sentimientos fluyeron ensombreciéndole el gesto y cuajándole los ojos, aunque no llegó a llorar.

—Citlali —oyó que la llamaban.

Ella apoyó la mano en el rugoso tronco de un árbol. Se giró con la falda agarrada con la otra y se obligó a mantener la compostura al ver a Samael enmarcado en el paisaje. El anhelo de correr hacia él estuvo a punto de partirla por la mitad. Ya no solo quería su sangre, que entró en su sistema porque Samael consideró oportuno ir contra sus deseos; ahora también deseaba su cuerpo, y todo porque él había aprovechado sus bajas defensas y su momento de vacilación para cubrirla de atenciones.

Era cuestión de tiempo que acabara sufriendo por su corazón.

—Tengo que hablar contigo —anunció él, echando a andar en su dirección sin perderla de vista, como si supiera que echaría a correr en cualquier momento y estuviera decidido a prevenirlo.

Pero Citlali no estaba programada para huir de Samael. Era justo al contrario.

—Ha sido una bonita ceremonia —comentó ella. Sentía la necesidad de fingir que se encontraba de maravilla, que solo se había aislado porque la agobiaban las multitudes.

—Muy inoportuna, pero supongo que sí. No soy el tío más romántico del mundo.

Citlali tragó saliva, decepcionada, y fue a darse la vuelta.

—No, está claro que no.

Samael la cogió de la muñeca para evitar que se moviera, y se acercó tanto a ella que su olor corporal la mareó.

—Pero puedo intentarlo —se apresuró a añadir en voz baja. Hizo una pausa, esperando que Citlali volviera a mirarlo a la cara. En vista de que no le concedía ese honor, inspiró hondo y prosiguió—. Sé lo que estás pensando, Citlali. Lo de anoche… lo de anoche nos ha acercado y ahora tengo acceso a tu mente.

—Lo de anoche ha provocado muchas cosas —musitó—, y ninguna de ellas estaba en mis planes. Tú lo sabes. Sabes que yo quería que lo nuestro, si se daba, sucediera de otro modo.

—No estamos en posición de pedir en qué orden ocurren las cosas, Citlali. Las situaciones con el Enclave se nos presentan, y nosotros tenemos que organizar nuestra vida, incluso el ámbito… sentimental en torno a estas.

Citlali le lanzó una mirada ceñuda.

—¿Qué tiene que ver el Enclave con nada de esto? Porque no veo cómo el Gran Gri… La Criatura —se corrigió, recordando que en el territorio de La Magna no se pronunciaba el nombre con el que el traidor se bautizó— y sus secuaces han impedido que Reyyan y Luvart tengan su momento romántico. Lo único que me impide tener la historia que deseo eres tú, Samael.

Él la soltó como si acabara de comprender que le convenía rendirse.

—¿Cuál es la historia que deseas? —preguntó con paciencia.

—No lo sé… No lo sé. —Citlali miró al cielo—. Pero se suponía que en ti encontraría a un hombre con la intención de quererme y cuidarme, y en realidad… En realidad, soy yo la que está en inferioridad de condiciones. Necesito tu sangre, ahora necesito también tu cuerpo, y tú no me quieres nada más que para salvar al mundo y… ¡Y encima ahora me puedes leer la mente!

—Tú también puedes entrar en la mía…, si quieres hacerlo, claro.

—Ese ni siquiera es mi mayor problema. Yo soy transparente y digo

lo que pienso, y tú también. Me has llevado a la cama cuando me has necesitado para desarrollar tu don. Antes me mirabas con desprecio. ¿Ves lo que…?

—Y un carajo con desprecio —espetó Samael, tirando de ella hacia él para que no le quedara otro remedio que mirarlo a los ojos—. Si fuera de verdad transparente, te habrías enterado hace mucho de que mi problema no era que fueras muy poco para mí, sino que eras mucho más de lo que podía manejar. De lo que *puedo* manejar —se corrigió—. Yo no hago magia, joder, ni di mi vida por mi hermana, ni soy un encanto al que todo el mundo adora, ni… —Acarició su mejilla con el pulgar. Apretó la mandíbula—. Ni parezco un puto ángel caído del cielo.

»¿Es que no te has dado cuenta? Todo el mundo piensa que soy un gilipollas y que no estoy a tu altura, que La Magna te encomendó a mí porque soy su predilecto, no porque lo merezca, y lo peor es que tienen razón. Siento que la única excusa que puedo usar para convencerte de que te quedes conmigo es que te necesito para rescatar a cuatro o cinco seráficos perdidos en la otra dimensión, porque ¿qué otra cosa te puedo ofrecer? No soy el jodido Luvart, un príncipe azul encarnado.

Citlali pestañeó sin dar crédito a lo que estaba escuchando.

—¿De qué estás hablando? Tienes un don que nunca antes se ha registrado.

—Y antes de eso no tenía nada. Ni siquiera el respeto de El Séptimo Círculo —masculló con el cuerpo en tensión—. ¿Cómo te iba a pedir a ti que me lo tuvieras? Era bastante más fácil proclamar que eras fea para así coger la sartén por el mango y que no me afectara tanto que me rechazaras.

Citlali rodeó la ancha muñeca de Samael para apartarle la mano con la que había estado cubriéndole la mejilla.

—No iba a rechazarte —le dijo en voz baja.

—Mara pudo rechazar a Valthe. Al *rex* Valthessar —recalcó—. ¿Por qué no ibas a darme tú la espalda, que tengo menos que ofrecer?

Citlali sacudió la cabeza, entristecida.

—El amor no es una competición, Samael —le explicó con llaneza—. No iba a quererte más o menos dependiendo de las victorias que le hubieras traído a La Magna.

—Pues se te da genial dar a entender lo contrario, porque te juro que pensé que acabarías enamorándote de Valthessar. Eso me habría matado —reconoció, irritado con su propia debilidad—. Y me habría matado porque no podría haber hecho nada para evitarlo. Es guapo, el cabrón.

A Citlali se le escapó una sonrisa.

—Valthe es más atractivo —reconoció con un cabeceo, solo por el

gusto de torturarlo. Se acercó a él, se puso de puntillas para besarle la barbilla y añadió—: pero tú eres más sexy.

Samael no desaprovechó la oportunidad y le rodeó la cintura para estrecharla contra su pecho.

—Pues tú eres un sueño. Me haces delirar como si tuviera quince años —admitió con un gruñido. Besó primero su coronilla, luego la esquina de su ceja y después la punta de su nariz. Acarició con la yema de los dedos la purpurina que salpicaba sus párpados y las diminutas pegatinas de estrellas que decoraban el contorno de sus ojos —. Joder, Citlali…

La besó en los labios antes de decir lo que se había quedado atascado en su garganta. Repitió su nombre de nuevo, una y otra vez, entre besos y apretones que la hicieron reír, o más bien intentarlo.

Samael avanzó con ella entre sus brazos. Se la llevó por delante con pasos veloces y desesperados, sin retirar las manos que acunaban las mejillas femeninas.

—Tienes que creerme, ¿de acuerdo? —musitaba, esperanzado—. En el fondo lo sabes. Sabes que no te perseguiría como un perro en celo si no… si yo no… Por favor —insistió de últimas—. Solo créeme.

Citlali se entregó sin reservas al escucharlo suplicar. Emitió un suspiro cuando su espalda tocó el tronco de un árbol. Sintió que el torso de él se amoldaba a su cuerpo, el torneado pecho, el vientre plano, la dureza de la semierección aplastada contra su estómago, que también clamaba por su contacto. Citlali se derritió entre sus brazos en cuanto introdujo la lengua en su boca y el beso se tornó frenético y tórrido, como el sexo de despedida o el primer golpe contra un enemigo ancestral. Sintió que Samael deslizaba las manos ásperas por sus hombros descubiertos, por su cintura y por las caderas que el tutú romántico intentaba disimular.

Se agachó lo justo para levantarle la falda y tocar su piel, al principio helada por la temperatura, y después en llamas por culpa de la deliciosa presión de sus dedos.

—Te juro que haré lo que sea —rogaba contra su boca entreabierta. Se interrumpía a sí mismo como si para pronunciar cada palabra necesitara un beso de sus labios—. Haré lo que sea para que me quieras. Aprenderé astrología, y me leeré todos esos libros de adolescentes, y te compraré todas las orquídeas de la tienda. Tú solo tienes que… —Samael se frotaba contra ella como si necesitara introducirla dentro de él—. Tienes que ignorar lo que te dije y lo gilipollas que fui. Solo fueron los primeros días, yo… yo… Mataría por esta cara tuya —gruñó él, sujetándola por la mandíbula—. Lo sabes, ¿verdad? Ahora sí lo sabes.

Citlali se quedó pasmada al sentir la humedad de sus lágrimas contra la mejilla, contra el cuello hacia el que Samael se inclinó para

dejarle su marca con la lengua y los dientes. No se veía en posición de negarse cuando todo su cuerpo lloraba por él, cuando le dolía el bajo vientre y ya no podía seguir controlando sus necesidades apretando los muslos o los puños.

Por la diosa… Quería hasta pegarle. No se le ocurría otra manera de desahogar su necesidad de él.

—Es… astronomía —corrigió con un hilo de voz—, no astrología.

—Es verdad, joder. Puto horóscopo que me llama soberbio y superficial…

Citlali se rio y recorrió su torso con las manos. Se quedó prendada del anhelo que gritaba su expresión hipnotizada: los ojos vidriosos, las lágrimas mojando su rostro hechizado, el cabello rubio desordenado. Él la sujetaba por la cintura, y no podía pensar en nada más erótico que eso en el momento.

Citlali le acarició los mechones más largos y el contorno de la cara.

—También te llama leal, generoso y protector. Y dice que tienes buen corazón detrás de tu aspecto imponente. Y tan imponente —se rio ella con timidez—. Eres perfecto.

Su aseveración lo dejó pasmado. Incluso se ruborizó.

—¿Qué?

Ella no pudo repetirlo, porque el deseo la inmovilizaba y al mismo tiempo la impulsaba a cometer locuras. Citlali también mataría por su cara: mataría por esos ojos que la miraban emitiendo chispazos de un verde radiactivo, por sus labios que se curvaban en sonrisas falsamente socarronas, por cada mechón de su pelo sedoso, por sus hombros amplios, por los brazos que la estrechaban como si quisieran asfixiarla, pero al mismo tiempo la amaran tanto que necesitaran conservarla y por eso acababan rebajando la presión.

Citlali podría haberse quedado toda la vida peinando su cabello con los dedos, pero el sonido de un coro de voces agitadas les llegó como un rayo y se vio obligada a salir del trance en el que su mera cercanía la había sumido.

Con el oído aguzado, ambos se giraron en dirección al claro de la ceremonia, confirmando que era de allí de donde procedían los jadeos entrecortados y las órdenes pronunciadas en tono firme.

Citlali buscó la mirada de Samael para hacerle saber que había un problema, pero no tuvo que mediar palabra. Él también observaba con turbación la salida del bosque.

—Vamos —musitó, entrelazando los dedos con los de ella y obligándose a caminar de regreso.

Habrían tardado mucho menos si Citlali hubiera llevado el calzado apropiado, pero nada más entraron a formar parte de la escena, comprendió que no importaba que se hubiera demorado, pues no había nada que ella pudiera hacer para ayudar.

—¿Qué ha pasado? —jadeó, soltando la mano de Samael para acercarse al penitente caído.

Xaphan y Reyyan estaban arrodillados junto a Renyi, que había perdido el conocimiento.

No se había fijado nunca en él porque rara era la vez que asistía a reuniones generales, como si fuera un paso por delante y no necesitara que le dieran órdenes, pero habría jurado que no presentaba un aspecto tan patético cuando lo conoció. Sudaba a mares, tenía el flequillo salpicado de canas que, aunque sutiles, llamaban la atención en una criatura bendecida con la eterna juventud. Aun inconsciente, era víctima de violentos espasmos que le hacían expulsar un líquido oscuro por la boca, más denso que la sangre y con olor a podrido.

Fue Xaphan quien le abrió la camisa para comprobar que no tenía ninguna lesión que justificara la crisis. Luego, como si acabara de caer en la cuenta de que llevaba un esparadrapo en el lateral del cuello, tiró de la banda y reveló ante el consternado público una herida podrida del tamaño de una manzana.

Citlali nunca había visto nada parecido, y a juzgar por la reacción de Xaphan y Reyyan, que fue mirarse en busca de respuestas, supo que ellos tampoco.

—Oh, Renyi… —musitó Xaphan, pálido—. ¿Por qué nunca pides ayuda?

Citlali se arrodilló también junto a Reyyan y posó la palma sobre su frente para comprobar que estaba ardiendo. Luego observó de cerca los alrededores de la herida, convencida de que encontraría la misma quemadura escamada que cubría su propia cicatriz, pero no tenían comparación.

—Le mordieron —recordó, no supo cómo. La piel no tenía el aspecto de un mordisco, más bien parecía que le hubieran arrancado un rodal de carne y después se lo hubieran quemado—. En el concierto, durante la emboscada… Me acuerdo de que le mordieron.

—¿Quién le mordió? —preguntó Mara, pasmada. Era parte del coro de invitados que se había formado alrededor del caído—. ¿Un puto hombre lobo? ¡Eso no lo hace un mordisco! ¡Ni siquiera el mordisco de un león!

—A lo mejor no se ha puesto así por el mordisco como tal, sino por no haber recibido la atención médica que necesitaba a posteriori —meditó Citlali, retirándose para que Abraxas pudiera cargarlo—. Pero claro… No había manera de saberlo —concluyó en voz baja.

—Quizá en la Orden sepan de qué tipo de lesión se trata —calibró Reyyan—, pero nunca he visto nada similar.

—Si no lo has visto tú, me temo que esto se trata de una terrible novedad —murmuró Xaphan, pasándose las manos por los mechones castaños, de por sí alborotados. Buscó con la mirada al paralizado

Samael, que había estado observando la escena sin dar crédito—. Escúchame —le dijo en voz alta antes de tomarlo por los hombros—, tienes que encontrar a Vaccari, ¿me oyes? Localízala a cualquier precio, Samael. Esto debe estar relacionado con los dichosos laboratorios, y si ha participado en la creación de una ponzoña como esa, tiene que saber cuál es el antídoto.

—Lo intentaré.

—No puedes permitirte el intento —le espetó cuando ya se daba la vuelta para seguir a la corte en dirección a los templos de la Orden—. Encuéntrala, Samael.

Capítulo XXXIV

En vista de que era poco lo que los sacerdotes de la Orden podían hacer por Renyi, pues no podían siquiera darle un tratamiento concreto a una herida desconocida, La Magna en persona decidió que se le trasladaría a La Sociedad. Con suerte, recurriendo a una de las mayores colecciones de manuales que atesoraban en la biblioteca, darían con una pista que les ayudara a averiguar qué estaba sucediendo.

Samael daba vueltas de un lado para otro con las manos en la cabeza, tratando de invocar la localización de Vaccari por todos los medios. Tenía la sensación de que era lo único que podía hacer para ayudar a Renyi, cuya imagen derrotada no salía de su cabeza.

Le había resultado imposible tomarle afecto al penitente. Desde su inclusión en El Séptimo Círculo se había comportado de manera fría e indiferente, como si las vicisitudes diarias en las que participaban sus compañeros ocurrieran en un estrato de la realidad diferente al suyo. Sin embargo, lo tenía por un penitente leal y poderoso, pues nunca había tratado de escaquearse de sus responsabilidades jamás lo había visto herido de gravedad, ni siquiera una vez. Las guardias apenas le dejaban un par de rasguños insignificantes que ni se molestaba en tratar.

Y más allá de los que fueran sus sentimientos hacia Renyi, Samael sabía que le había quedado debiendo el paradero de Vaccari. Xaphan no le había pedido un favor a nadie jamás. Era él quien siempre prestaba su ayuda sin pedir nada a cambio, y no ya como le correspondía al formar parte de un clan y responder ante un superior, sino haciendo gala de una generosidad inaudita, a veces desmedida, que jamás podría serle retribuida en los mismos términos. Samael sentía que debía conceder su deseo y darle las coordenadas exactas de Vaccari para por lo menos agradecerle que se esforzara por encima de las posibilidades del resto de El Séptimo Círculo, y siempre para salvar el día.

—¿Estás bien? —lo distrajo una voz femenina.

Samael frenó de golpe y le lanzó una mirada agobiada a Citlali, que había entrado en la habitación con la clara intención de transmitirle ánimos. El ajetreo de la última hora le había emborronado el maquillaje de fantasía, pero seguía representando fielmente todo

aquello que para Samael era perfecto e irresistible.

Si no se abalanzó sobre ella, fue porque entendía que no era el momento oportuno.

—No puedo localizar a la doctora —confesó con los puños apretados—. Lo intento, pero es como si no existiera. Me va a estallar la puta cabeza, Citlali, o peor: me voy a volver loco. Para una cosa que me piden, una jodida cosa, y no soy capaz de colaborar. Soy un fraude.

Citlali se acercó a él con decisión y lo acalló tomándolo de las manos y estrechándoselas con firmeza. También su mirada transmitía una determinación contagiosa.

—No lo eres. Tu don acaba de despertar y es comprensible que todavía no hayas aprendido a controlarlo del todo.

—No creo que el resto del mundo vaya a ser tan empático como tú, y entendería que me sacudieran para espabilarme. Todos aquí tenemos que arrimar el hombro, y, como siempre, tengo que ser yo el hijo de puta inútil que destaca por mediocre.

—¡Eh! —le regañó ella, ceñuda—. ¿Qué dices?

Samael se dejó caer sobre la cama con las manos apoyadas en las rodillas. Cerró los ojos e intentó atraer de nuevo la imagen de Irving Vaccari, pero lo único que consiguió fue que le sobreviniera una punzada de dolor. Gruñó y se sujetó la cabeza con fuerza, presionando las sienes con los cantos de la mano.

—Es… es como si una flecha me atravesara el cráneo —gimoteó entre dientes.

—Seguro que es porque estás agobiado —lo justificó ella. Se acuclilló delante de él y cubrió los muslos de Samael. Esperó con paciencia a que la mirase a la cara con los ojos vidriosos—. Escúchame, no sé cómo funcionan los viajes, pero de lo que estoy convencida es de que cualquier tipo de magia o talento requiere tranquilidad y confianza para fluir. Respira hondo, calma tus pulsaciones e inténtalo otra vez.

Samael meneaba la pierna con ansiedad.

—No puedo —masculló con la barbilla temblorosa—. Joder, no puedo hacer nada bien. ¿No lo ves? ¿Y si Renyi la palma porque soy incapaz de averiguar dónde está Vaccari? Xaphan me odiará para siempre, y Xaphan no odia a nadie. Y el *rex* también me mandará al carajo. No sé cómo es que no me odian ya.

—Nadie te odia, ni nadie te va a odiar. Solo necesitas un poco de tiempo. Mírame a mí —le pidió con voz calma. Samael se negó en un principio, pero ella insistió y tuvo que obedecerla—. Yo creo en ti, ¿vale? Sé que lo vas a conseguir.

Con dificultad, Samael inspiró hondo y se aferró a las manos de Citlali, que le había ofrecido dejando las palmas apuntando hacia

arriba sobre su regazo. Se fijó en el brillo especial de sus ojos más que azules, en la curva afectuosa de sus labios, y se le escapó una risa estrangulada.

—Si he podido levantar a una tía como tú —pensó en voz alta—, no veo por qué no voy a conseguir esto.

Citlali soltó una carcajada sincera.

—Es una manera de verlo. Venga, búscala.

—Pero no te muevas de donde estás —le rogó.

—Tranquilo. Estaré aquí mismo, contigo.

Samael cerró los ojos y se concentró en lo poco que sabía de Vaccari, que seguía siendo mucho más de lo que conocía sobre los seráficos que logró localizar a la primera. Estrechó las manos de Citlali, como si esto pudiera darle la energía que necesitaba, y prácticamente lo pensó en voz alta: pelo rubio casi blanco, bata de sanitario, aspecto andrógino. Mal carácter. Arrogancia. Currículum impecable. También pensó en lo que le sugerían los muebles de su casa, en los libros que escondía, en la escueta información que Xaphan les dio sobre lo que halló en su portátil: el *thriller* que estaba escribiendo, las fotos de sus viajes.

Estaba empezando a frustrarse porque aquello no fuera suficiente cuando la magia le hizo cosquillas en las puntas de los dedos de las manos y de los pies. Lo embargó la sensación que ya empezaba a serle conocida, el desdoble con menor intensidad de como lo recordaba, tal vez porque no necesitaba viajar más que unos kilómetros. Se vio a sí mismo sobrevolando los tejados del centro de la ciudad de Praga, el puente de Carlos, el reloj astronómico, las plazas centrales; desplazándose más al sur de las autopistas hasta caer en picado en el corazón de un edificio de varias plantas y aspecto adusto que no reconoció hasta que el olor a desinfectante invadió sus fosas nasales.

Samael se sintió timado al comprender que estaba en el hospital.

¿Era allí donde había estado todo el tiempo? ¿O acaso acababa de regresar? ¿Y si en realidad su mente la había llevado a un recuerdo reciente, y no a ese instante…?

Supo que no estaba equivocado cuando vio que Vaccari salía de una de las habitaciones de los pacientes con su carpeta pegada al pecho. No parecía que nada hubiera cambiado en el último mes; tenía el mismo aspecto saludable y se movía con la naturalidad de quien se sentía como en casa.

—¡Mirka! —oyó que exclamaba, alzando un brazo para llamar la atención de una mujer con el uniforme de enfermera—. Al señor Dvořáková no le han suministrado su dosis de temozolomida. Asegúrate de que se toma lo que le corresponde antes de que pase una hora, y entérate de quién tenía el turno anterior al tuyo. Que se vaya despidiendo de su trabajo.

Samael sintió que el alivio se expandía por todo su cuerpo, relajándolo lo suficiente para regresar en sí mismo al cabo de unos instantes. Cuando volvió a abrir los ojos, su alma y su mente descansaban en su cuerpo como si no hubieran volado hacia la otra punta de la ciudad.

Lo primero que vio fue el rostro expectante de Citlali.

—Lo tengo —susurró.

Ella le sonrió aliviada.

—¿Ves como podías hacerlo? La próxima vez no dudes de ti.

Samael le devolvió el gesto y la besó en la frente con vehemencia.

—¡Eres la mejor! —exclamó antes de salir precipitadamente de la habitación.

Bajó las escaleras en busca de Xaphan, pero en el rellano se topó con Valthessar.

—Ya sé dónde está —dijo sin aliento—. Vaccari, quiero decir.

El *rex* reaccionó como cabía esperar, permitiendo que la esperanza iluminara su expresión un instante.

—¿Dónde?

—En el hospital, trabajando. Parece que ha vuelto de dondequiera que fuera… ¿Xaphan está con Renyi? —inquirió con la intención de seguir bajando—. Tengo que…

Valthessar lo retuvo sujetándolo por el codo. Le lanzó una mirada de advertencia.

—Espera un rato antes de decírselo. Necesito que se quede vigilando a Renyi y estrujándose los sesos para averiguar qué diablos es lo que tiene. Si le das la localización de Vaccari, lo dejará todo para ir a buscarla, estoy seguro.

Samael torció el gesto, extrañado por el comentario.

—Qué poco crédito le das a Xaphan —se quejó—, parece que no lo conozcas. No abandonaría a un compañero que lo necesita para…

—Sé lo que me digo, Samael —repuso con severidad, y entonces no le cupo la menor duda de que tomaba la decisión acertada—. Iremos Abraxas y yo primero a sonsacarle lo que podamos. Tú hazte el imbécil. Ya lo llamaré yo para que vaya cuando considere conveniente.

Capítulo XXXV

Xaphan colgó el teléfono y se abalanzó en el acto sobre el taxi que en ese justo momento pasó por delante de él. Estaba ocupado, pero a la chica que viajaba dentro no le importó cederle el coche en cuanto le ofreció a cambio una suculenta suma de dinero. El conductor se quedó perplejo al presenciar la escena, pero no hizo ningún comentario y solo abrió la boca una vez en todo el viaje hasta el hospital Na Františku, que se encontraba a cuarenta y cinco minutos de su posición: para decirle el total de coronas checas que tendría que desembolsar.

Cuando Xaphan llegara, pensó con amargura, El Séptimo Círculo ya habría interrogado a la doctora Vaccari.

Y no se equivocaba.

Cruzó las puertas automáticas que daban al recibidor del edificio e ignoró a la amable recepcionista para dirigirse al ascensor, del que salieron en tropel Valthessar, Abraxas y Samael, los elegidos para la tarea.

A juzgar por sus caras, no habían logrado sonsacarle nada.

—Si no nos la hemos llevado a rastras ni la hemos amenazado es porque sabíamos que estabas de camino. Con suerte, averiguas qué está pasando en cuanto te metas en su cabeza —dijo el *rex*, pasándose una mano por el pelo, agobiado.

Xaphan posó una mirada interrogante en Abraxas, al que le reprochó en silencio que no hubiera utilizado el poder que ejercía sobre Vaccari para instarla a sincerarse. En opinión de X, no había nada tan poderoso a la hora de debilitar al enemigo como el deseo sexual. O tal vez esa solo fuera su opinión personal, sin duda promovida por la condena que pesaba sobre sus hombros.

—A mí tampoco me ha querido decir nada —confirmó Abraxas. Se metió las manos en los bolsillos del tejano—, aunque ha sido más amable que con el *rex*.

—No le hemos dicho por qué estamos aquí ni por qué es tan importante que conozcamos el objetivo de sus investigaciones médicas —agregó Valthessar, mirándolo a los ojos con una clara advertencia: «No te vayas de la lengua»—. Lo último que necesitamos es que una mortal con fama en el mundillo sanitario descubra qué somos y quiera experimentar con nuestra sangre.

—Déjamelo a mí —acotó Xaphan con sequedad, apartándolos con

una mano del ascensor.

Ignorando la mirada de pasmo que le dirigían los tres, pulsó el botón de la planta de Neurología. Se dijo que tenía que tranquilizarse antes de presentarse ante ella, o de lo contrario no lograría oír uno solo de sus pensamientos. Cuando andaba inquieto, y eso sucedía con escasa frecuencia, las conversaciones que los demás mantenían para sus adentros se convertían en un pitido molesto que solo empeoraba su humor de por sí afectado.

Pero ya estaba en ese punto: al borde de la jaqueca porque lo único que escuchaba era el ruido de su propia cabeza. Por lo menos había parado de repetirle sin cesar que Irving Vaccari estaba muerta, y en su lugar insistía en que se hallaba sana y salva.

Por alguna razón que escapaba a su comprensión y que empezaba a jugar con sus nervios crispados, aquello era más importante que la misión y la información que pudiera sonsacarle.

La localizó en cuanto se abrieron las puertas de acero. Conversaba en medio del pasillo, desierto a esas horas de la noche, con una anestesista a la que le sacaba media cabeza. Llevaba la bata blanca encima de un sobrio vestido de tubo color gris perla y abrazaba una carpeta con informes con aparente serenidad. De hecho, parecía escuchar con hastío los problemas de la otra especialista. Ya debía estar cansada de haber pasado el día entero de pie.

El alivio inundó a Xaphan al comprobar que estaba intacta. No podían haberle tocado un solo pelo de la cabeza, porque lucía la misma coleta tirante que tanto favorecía sus rasgos, y vestía con el impecable gusto de la última vez.

Ni siquiera tuvo que armarse de valor para echar a andar hacia ella. Sus pies se encaminaron en su dirección sin que tuviera que dar la orden mental, como una flecha disparada al centro de la diana.

La doctora Vaccari se giró hacia él antes de que llegara a su altura.

Su primera reacción fue poner los ojos en blanco.

—Por el amor de Dios, no me diga que usted también viene a pedirme explicaciones sobre las investigaciones que se llevaron a cabo en los laboratorios. Le voy a repetir lo mismo que a sus amiguitos —le advirtió con el dedo en alto—. En primer lugar, no es de su incumbencia. En segundo lugar, ya no importa porque todo el trabajo se fue al garete. Y en tercer lugar, aunque tuviera información que darle, no se la proporcionaría porque podrían meterme en la cárcel por violar la confidencialidad de mi contrato. ¿He sido lo bastante clara?

Xaphan se la quedó mirando con fijeza para cerciorarse de que nadie le había puesto un dedo encima. A primera vista no presentaba muestras de abuso. Ni un solo rasguño, a decir verdad, y su actitud no era la de una mujer a la que hubieran retenido en contra de su

voluntad. Estaba tal y como la recordaba, orgullosa, mordaz y elegante, como un tigre albino. Parecía que el tiempo se hubiera congelado para la doctora Vaccari durante semanas y todo el mundo se hubiera percatado de su ausencia menos ella.

Viendo que Xaphan no se marcharía con el rabo entre las piernas, la cirujana le dio permiso a la anestesista para borrarse del mapa, y entonces se giró hacia él con notable hartazgo.

—No me interesa con qué fin buscan esa información, si es porque son periodistas, agentes del servicio secreto o solo un puñado de chismosos, pero…

—¿Y si le dijera que cualquier información que tenga sobre los laboratorios es tan valiosa que podría salvar vidas? —la interrumpió—. Sé que es usted una mujer con valores morales; por eso no me voy a molestar en ofrecerle dinero a cambio de su sinceridad. Pero precisamente porque es esa clase de persona, la que no acepta sobornos, estoy convencido de que haría lo que fuera para evitar una debacle mortal.

La doctora Vaccari pestañeó varias veces seguidas.

—Oiga, de todas las visitas que he recibido hoy, creo que usted es el verdadero perjudicado mental —soltó, nadando en el asombro—. ¿Cómo va a provocar una debacle mortal una investigación médica ideada para garantizar el bienestar de los enfermos? No sé si es que ha leído en la prensa sensacionalista alguna historia rocambolesca sobre mutaciones o esas idioteces que publican los terraplanistas y los antivacunas, pero le aseguro que no tiene nada que temer; esos referentes son dañinos y…

—Me sorprende que la leyera usted, que ha estado desaparecida durante semanas hasta el punto de no tener ni siquiera el móvil conectado —soltó sin medir las consecuencias. En cuanto lo dijo, se quedó horrorizado. Estuvo a punto de llevarse las manos a la cabeza.

¿Por qué diablos hablaba sin pensar? ¿Qué le pasaba?

La doctora parpadeó de nuevo. Parecía un gesto viciado que tenía, el de aleatear las pestañas para contener el impulso de gritarle necio o imbécil al que la hubiera escandalizado o interrumpido con sus idioteces.

—¿Qué sabe usted sobre mi paradero o mi disponibilidad? No recuerdo haberle dado mi número de teléfono.

«Y a Abraxas tampoco», la oyó pensar. «Aunque no por falta de ganas. A lo mejor, si se lo doy a este tipo, él se lo hace llegar y algún día me da un toque».

Aquella clase de pensamientos acostumbraban a erizarle el vello, pero en esas circunstancias, cuando había estado cerca de morirse de preocupación por ella, le parecieron tan grotescos que tuvo que controlar un arrebato de furia.

—No, pero es usted casi un personaje público en este hospital y hemos venido a buscarla en más de una ocasión para entrevistarla con motivo de los laboratorios. No es ningún secreto que usted era el médico con mayor responsabilidad en la investigación. ¿Ha estado desaparecida porque la llamaron para reanudar los experimentos en alguna otra parte?

—Le puedo asegurar que a mí no me ha llamado nadie para retomar el estudio, y si no me han llamado a mí, es que no han llamado a nadie —zanjó con frialdad—. E insisto en que, aunque me hubieran llamado, no le haría a usted partícipe de mi entusiasmo.

No pudo resistirse a replicar, en tono resentido:

—¿A Abraxas tampoco?

Ella asumió que se lo preguntaba por razones distintas.

Mejor.

—Abraxas trabajaba como guardia de seguridad, si no recuerdo mal; no formaba parte de mi equipo. Que me contactaran a mí no habría implicado necesariamente que lo llamaran a él… —Sacudió la cabeza de repente, molesta al reparar en que se estaba yendo de la lengua—. ¡Ya basta! ¡No tengo por qué ponerle al corriente de cada paso que doy! ¿Quién se ha creído que es usted, para empezar? Acercarse a mí para interrogarme… —bufó sin dar crédito—. Márchese de aquí antes de que ponga sobre aviso a seguridad.

—¿Con qué pretexto? —Enarcó una ceja—. No voy armado y solo le estoy haciendo preguntas inocentes. Y le aseguro que, en lo que tardaran en subir, me daría tiempo a lesionarme para justificar mi presencia en este hospital y seguir estando cerca de usted.

La doctora lo miró de arriba abajo, como si no pudiera creer que una réplica tan apasionada hubiera salido de un hombre de sus características, cuyo anodino físico pasaba desapercibido en el mundo sobrenatural y también entre humanos. Xaphan no quería ni imaginarse su aspecto, que en general llamaba a la calma porque no se le había conocido expresión distinta a la serena o beatífica.

—Está usted loco —concluyó, meneando la cabeza—. A lo mejor sí hay que internarlo, pero en el área de psiquiatría.

—¿Es ahí donde ha estado usted escondida todo este tiempo? —Dio un paso adelante—. ¿En psiquiatría? Porque en neurología la han echado de menos. Sobre todo los pacientes cuyas cirugías han tenido que posponer.

Xaphan no podía saber cómo la estaba mirando o qué tipo de influencia estaba ejerciendo sobre ella. Estaba tan sumido en sus propios sentimientos, convertidos en una amalgama irreconocible y que le nublaba el juicio, que ni siquiera controlaba su manera de dirigirse a la doctora. Pero tuvo que sonar lo suficientemente exigente, porque la doctora retrocedió, chocando con la pared blanca, y dijo:

—He estado de vacaciones, ya que tanto insiste en saberlo.

—¿Dónde y desde cuándo? —exigió, acorralándola—. ¿Ha hecho fotos? ¿Ha tenido compañía? ¿Cómo se ha comunicado con sus seres queridos durante estos días?

Por el momento —más adelante tal vez quisiera abofetearse— no le importaba que sus preguntas le estuvieran asustando, o peor: haciéndole pensar que era un acosador. Sabía por experiencia que, cuando entonaba las dudas que tenía en voz alta, le resultaba más sencillo leer los pensamientos del que debía responderlas. Antes de contestar una mentira, la verdad se reflejaba en su mente de forma nítida.

Sin embargo, esta vez no fue así. Se dijo que la realidad no se mostró ante sus ojos con claridad porque él mismo estaba confuso, sumido en un estado caótico que le impedía centrarse, pero había trabajado en peor estado y aun así obtuvo resultados concluyentes.

Al ver que la doctora ni se inmutaba, comprendió que había gato encerrado. Lo confirmó cuando se introdujo en su memoria reciente, a costa de provocarles a ambos una jaqueca inhabilitante, y se topó con que el último recuerdo de Vaccari era irse a dormir a la cama de su apartamento una noche antes de desaparecer.

No había una sola pista de dónde había estado ni qué había hecho esas dos semanas.

Xaphan apretó la mandíbula, frustrado.

«Este hombre está totalmente desquiciado», oyó que pensaba mientras lo observaba como si no supiera si llamar a seguridad o a los expertos de psiquiatría. A Xaphan no le importó que aquel fuera el curso de sus pensamientos siempre y cuando pensara en él; siempre y cuando lo viera de veras cuando lo tenía ante ella y no fuera solo un personaje secundario sin relieve ni matices.

Estaba convencido de que la doctora no pertenecía al mundo extraterrenal. Si así fuera, él lo habría percibido. Pero no la envolvía ningún aura o energía especial, no la revestía aquella poderosa fuerza que delataba a un ser como inmortal. Se trataba, simple y llanamente, de una mujer corriente, solo que poseía una inteligencia superior y era bella como un sueño, pero una mujer corriente, a fin de cuentas. Una mujer que podría haber muerto, y por su culpa, pues lo primero que debió hacer cuando supo de la destrucción de los laboratorios, fue ir en su busca para protegerla antes de que la mataran para no revelar información delicada.

También sabía que era humana por otro detalle importante: el curso que tomaban sus pensamientos aislados. Solo la conversación mental de los mortales era tan inestable y desconcertante, sobre todo comparada con la habilidad de los penitentes o los seráficos para fijar su atención en una sola cosa sin acabar con la cabeza embotada o al

límite del estrés. Los humanos eran incapaces de centrarse en un tema sin límite de tiempo, y lo demostraba que la doctora Vaccari, que en ese momento no tenía que volcar su atención en una compleja cirugía, hubiera estado repasando lista de tareas pendientes durante la charla.

De acuerdo al caótico hilo de sus pensamientos, pretendía pasar por el supermercado, que rezaba para que estuviera abierto cuando terminara su turno, y así comprarse la cena, una lasaña precocinada de espinacas que jamás reconocería —y menos delante del nutricionista del hospital, un tal Arnost con el que se había acostado varias veces— que la volvía loca. También estaba resentida con Xaphan porque su molesta insistencia le impedía aprovechar la tediosa hora de guardia para terminar una novela de Stephen King, cuyo final —para variar, porque nunca le había gustado el autor— la tenía al borde del asiento.

—¿Tienes idea de lo preocupado que he estado por ti? —susurró sin poder contenerse, inmóvil ante ella con los puños crispados—. No he podido comer ni cerrar los ojos un momento creyendo que podría haberte pasado algo, y tú me tienes delante y lo único en lo que piensas es en la lasaña de espinacas del Jednota[1] que te comerás viendo el último episodio de *The Last of Us* y en el final de *Misery*, que, por cierto, no es para tanto, y todo esto mucho antes que plantearte siquiera la posibilidad de…

Se calló antes de confesar cuánto le frustraba ser invisible para ella.

Pero debería de haber sabido que dejaría de serlo en cuanto pronunciara aquellas palabras.

Vaccari pareció despertar de un sueño cuando lo miró con incredulidad.

—¿Me acabas de leer la mente? —jadeó, pasmada.

«¿Este tío raro con pinta de no haber tocado a una mujer en su vida me ha leído la mente?», se preguntó para sí misma. La forma en que lo concebía, como un tipo inofensivo y algo excéntrico, justificaban el porqué de su soberano asombro.

Xaphan posó la mirada en sus labios entreabiertos por la sorpresa.

Algo dentro de él se rebeló contra la descripción que le había dado; algo parecido al orgullo masculino, al despecho y al dolor, o a todo esto junto, sensaciones que no recordaba haber experimentado jamás. Y como cada vez que un estallido emocional tenía lugar dentro de un hombre, pues Xaphan no dejaba de serlo, acabó tomando la peor de las decisiones.

—Probablemente no deje de ser el tío raro, pero de lo segundo no vas a poder acusarme a partir de ahora —gruñó. La tomó de la mandíbula y la acercó a él para besarla.

Movió los labios contra los más suaves y femeninos de ella. Vaccari no reaccionó en un principio debido al pasmo, pero transcurridos los

primeros dos segundos, correspondió su acercamiento por mero instinto y, por qué no decirlo, también por una pizca de costumbre. Lo que también la motivó fue la curiosidad, que Xaphan pudo sentir en sus propias carnes cuando ella empujó la cabeza hacia él para responder al beso con ímpetu.

Aunque quería estar pendiente de las reacciones de la doctora, las arrasadoras emociones que su cercanía le provocaba hicieron que se le nublara el juicio. Un calor que le haría sudar si no se apartaba pronto le instaba a seguir pegándose en busca de la fusión definitiva. Notaba cierta tirantez en la entrepierna, una respuesta corporal desconocida y por ello bochornosa, pero ni una catástrofe natural podría haberlo separado de ella.

Tenía el corazón encogido, la piel sensible al roce con la bata y con la tela del caro vestido, y sus oídos se aguzaban para captar cada remoto sonido que emitiera con la garganta. Su boca sedienta de más volvió a la carga a sabiendas de que lo que quería le estaba prohibido. De hecho, y como si a su espalda estuviera la misma diosa censurándolo con su decepción, Xaphan decidió tomarla entre sus brazos y cubrirla con su cuerpo, escondiéndolos así de Ella y de otros posibles espectadores del pasillo. La estrechó contra su pecho para hacerle saber cuánto había sufrido con su ausencia, lo inexplicable que aquello le parecía y hasta qué punto le confundía su mera existencia…, pero también le habló con el lenguaje recién descubierto del amor físico de lo mucho que se alegraba de haberla echado de menos ahora que podía demostrárselo y desahogarse presionando su espalda con los puños tensos, empapándose del calor de su boca, intoxicándose con su delicioso olor.

Xaphan no se separó porque quisiera o hubiera recordado que no debía hacerlo, sino porque necesitaba recuperar el aliento. Ella también, porque lo primero que hizo al mirarlo a los ojos sin dar crédito a lo que acababa de pasar fue coger una enorme bocanada de aire.

También oyó su primer pensamiento.

«En realidad tiene unos ojos muy bonitos… Muy tiernos, como un niño grande».

Xaphan sonrió, satisfecho para sus adentros, pero también resignado a no poder quedarse más tiempo. Se alejó de ella manteniendo la compostura gracias a toda una vida de práctica, pero gritando eufórico para sus adentros, y echó a andar hacia el ascensor.

—¡Espera! —oyó que ella lo llamaba, siguiendo sus pasos sin recordar cómo se mantenía el equilibrio sobre los tacones—. ¡Espera, no te vayas…! ¿Me has leído la mente? ¿A dónde vas? ¡Dime cómo lo has hecho! ¡Dímelo! ¡Xaphan!

Capítulo XXXVI

Qadira llevaba varios días con la sensación de que algo terrible estaba a punto de suceder. Y si bien un penitente herido no entraba en su definición de tragedia insalvable, en cuanto vio que cargaban a Renyi entre dos porque en el Autem no habían sabido qué hacer con él, comprendió que alguien había activado la cuenta atrás de una bomba nuclear.

Como no tenía formación sanitaria alguna y lo único que podía hacer para ayudar era retirarse, evitando así entorpecer el ir y venir de los miembros del Consejo y de los ocultistas que creían tener importantes teorías que aportar, Qadira se había limitado a observar de lejos. Hasta el momento, Xaphan había estado encabezando el grupo de expertos que aplicaban distintos brebajes y ungüentos en la lesión del cuello, la que parecía el origen del malestar de Renyi, pero se había marchado a toda velocidad, dejando a Aladiah y a Darda'il haciendo todo lo que podían para paliar el sufrimiento del penitente y devolverlo al mundo consciente.

Por alguna razón que tampoco comprendía, como nada de lo que la insidiosa voz de su instinto insistía en repetirle con tono sugerente, Qadira sintió una particular incomodidad al presenciar lo que sucedía. Una incomodidad que iba más allá de la empatía que pudiera experimentar una mujer compasiva al ver a un enfermo en tan lamentable estado. A ratos pensaba que provenía de un recuerdo lejano, del dolor de una herida propia cicatrizada en la superficie, pero que aún latía bajo la carne.

Qadira tenía la sospecha de que su descenso a La Tierra había revuelto sus emociones, que se presentaban ante ella envueltas en una bruma confusa que se veía en la obligación de desenmarañar.

La sensación de extrañeza había comenzado tiempo atrás, cuando Dagon la llamó «sultana» y la embargó la familiaridad. No como si hubiera utilizado ese apelativo unos días antes, pues le habría resultado encantador que se refiriera a ella en esos términos, sino en un momento en el que la había disgustado, porque la emoción que le suscitó el apodo —un ramalazo de ansiedad que, por suerte, logró disimular para no preocuparlo— no fue agradable.

Cuando aquello pasó, se disuadió de ahondar en sus sentimientos y se entregó a sus brazos, donde por un rato pudo olvidar sus inquietudes. Pero tarde o temprano acababa revisitándolas. Necesitaba

entender por qué a veces la invadían sensaciones que no casaban con el momento que estuviera viviendo, emociones fuera de lugar y de contexto que nunca eran positivas.

Por ejemplo, estando a punto de consumar la relación con Dagon, una punzada la instó a retraerse. Se sintió aliviada e incluso feliz cuando un seráfico irrumpió en el dormitorio para librarla de su abrazo, lo que no era justo ni para él, ni para ella, que lo deseaba fervientemente. No pudo ser el cuerpo del penitente lo que le produjo el fuerte rechazo. Era tan atractivo que le costaba quitarle el ojo de encima, y cuando la besaba sin la intención de ir más allá, solo por el placer de expresarle sus puros sentimientos, Qadira se elevaba. Pero cuando la intensidad de sus caricias apuntaba que darían un paso más, que llegaría la desnudez y lo que esta conllevaba, algo dentro de ella se rebelaba de puro horror, como si hubiera algo inquietante y peligroso en el sexo que no tenía el valor para enfrentar.

Y ella tenía valor para todo. Eso seguro.

A raíz de ese momento, el único en el que estuvieron a punto de hacer el amor, Qadira empezó a experimentar sensaciones inexplicablemente incómodas en mayor grado. Cada vez que bajaba a las cocinas a racanear los restos de un desayuno escaso que la había dejado con hambre, se quedaba paralizada en el centro de la estancia, como si allí hubiera tenido lugar una escena de terror. Cuando se metía bajo las sábanas, soñaba con rostros que no reconocía, pero que hacían que se despertara entre sudores fríos, convencida de que eran sus enemigos.

No había querido confiárselo a nadie porque el sentimiento que prevalecía sobre los demás era el de que no debía confiar en nadie. Sospechaba que tanto los seráficos como los penitentes sabían algo que a ella se le escapaba. Incluso Darda'il, la que podía considerar su única aliada en La Sociedad.

Qadira cuadró los hombros y abandonó la sala donde estaban tratando a Renyi. Se mesaba la trenza con nerviosismo. No sabía muy bien a dónde dirigirse. Encerrándose en su dormitorio estaría pecando de pésima anfitriona y dándole la espalda a El Séptimo Círculo cuando más ayuda necesitaban. Pero se sentía desorientada, inestable. Ver a Renyi herido en el cuello, al borde de la muerte, le había provocado un sudor frío y un temblor generalizado que no sabía cómo combatir, pues desconocía el origen. Lo único de lo que estaba segura era de que estaba ocurriendo algo terrible. Y como cada vez que sucedía algo espantoso, o por lo menos eso le decía la intuición, Qadira emprendió la marcha hacia la habitación de Evrael.

El pequeño protegido del regente se había convertido en lo único que apaciguaba su malestar.

—No sabe nada —oyó una voz por el pasillo. Qadira se giró

despacio y entrecerró los ojos para reconocer la silueta de Xaphan detrás de una puerta entornada.

—¿Nada? —repitió con preocupación el *rex*—. ¿Tampoco había nada en su cabeza?

—No sé por qué, pero no he podido acceder a sus recuerdos recientes. Su memoria acaba en el día que desapareció. Desconozco si es posible borrarle los recuerdos a alguien… A mí, desde luego, no me lo enseñaron, pero de lo que sí estoy seguro es de que para provocarle amnesia selectiva a una persona sin que afecte a su comportamiento o su carácter, hay que ser un verdadero genio. Es tan difícil como hacer cirugía de reconstrucción facial.

Desde su escondrijo, Qadira observó que el rostro de Valthessar se ensombrecía.

—¿El Gran Grimorio en persona? —sugirió en voz baja.

—Si el Gran Grimorio la hubiera tocado, lo más probable es que la hubiera matado —repuso Xaphan, contrariado con la sola idea—, pero Abraxas nos dijo que Metraton se desvaneció en el aire cuando intentaron acabar con él. No sé si habrá recibido formación mágica del tipo que te he explicado… Es el único secuaz verdaderamente peligroso del Gran Grimorio.

—Que tengamos localizado —apostilló Valthessar, enarcando las cejas.

—Que tengamos localizado, sí —reconoció a regañadientes.

La conversación erizó el vello de Qadira. Se frotó los brazos con la esperanza de devolver su piel escamada a su estado natural, y se dijo que era lógico estremecerse con las últimas noticias. Todos habían albergado la esperanza de que la doctora Vaccari arrojara un poco de luz al asunto. Eran su única baza, pero resultaba que ella no era quien tenía la respuesta… y todo porque le habían trastocado la memoria, pensó con el corazón en un puño.

—Qué crueldad —musitó, todavía abrazándose.

Qadira reanudó su camino, en un principio tan relajada como se lo permitía el miedo al futuro. Pero al cabo de unos minutos, mientras subía las escaleras al torreón donde dormía el recién bautizado Evrael, apretó el paso y acabó echando a correr aferrada a la barandilla con los nudillos crispados. No terminaba de acostumbrarse a su ansiedad por reencontrarse con él. El corazón se le aceleraba como si esperara encontrar al niño sin pulso, y estaba a punto de romper a llorar, sobrepasada por la desorientación que no la dejaba concentrarse en nada, cuando abrió la puerta de sopetón y lo localizó sentado en posición de loto sobre la alfombra. Estaba mirando por la ventana, de espaldas a ella; solo la curva de su nuca, la uve de su cabello blanco recién cortado, bastaron para que Qadira cerrara los ojos y respirara hondo.

Él la miró por encima del hombro sin mediar palabra.

—Perdón por irrumpir así —se apresuró a disculparse.

Qadira era el único miembro de toda La Sociedad que se dirigía a Evrael como lo haría con cualquier otro niño de su edad, proponiéndole juegos y adivinanzas que resolvía en un santiamén gracias a su cerebro privilegiado, y no como al futuro de la institución. Pero aunque no estaba de acuerdo con la solemnidad del trato que le prodigaban, tenía la obligación de referirse a él con el respeto que merecía.

A fin de cuentas, era el serenísimo heredero de la profecía.

Evrael encajaba en la definición de linaje superior que las escrituras de los sacerdotes mencionaron eones atrás. No solo poseía un poder mental inexpugnable, sino que tenía una sensibilidad inaudita. Se levantó enseguida, atraído por la angustia que hacía temblar a Qadira, y se detuvo delante de ella para mirarla de arriba abajo con aquellos enigmáticos ojos transparentes y aun así tapiados, ojos que vetaban el paso a las emociones humanas.

Comprobó que no estaba herida y solo asintió con aparente satisfacción.

—¿Qué ocurre? —preguntó, como si Qadira fuera la niña y no al revés.

—Nada. Son esas sensaciones de las que te he hablado… —Qadira se cubrió el cuello. Notaba una quemazón en el centro de la garganta, como si pudiera sentir el dolor de Renyi en carne propia… con la diferencia de que el penitente tenía la lesión en el lateral, no en el centro de la garganta. Se concentró en el rostro inexpresivo de Evrael —. Creo que algo horrible va a pasar, y temo por ti.

El pequeño curvó los labios en una sonrisa displicente.

—A mí no me va a pasar nada. —Como no la convenció, alargó una mano dubitativa e hizo el amago de encajarla con la de ella. En el último momento se lo pensó mejor y solo rozó sus dedos con cierto escrúpulo, como si el contacto con una piel distinta le produjera dentera—. Qadira, ninguna criatura de este mundo a la que aprecies genuinamente sufrirá el menor daño. Te lo puedo asegurar.

Eran pocas las personas que le importaban, y ambas eran poderosas y contaban con la protección de la diosa Magna, así que no tenía por qué dudar de su aseveración. Nadie en su sano juicio se atrevería a herir a Evrael, del que dependía el destino de La Sociedad, y todo el mundo adoraba a Dagon, por lo que al menos en su círculo nunca alzarían las armas contra él. Apreciaba a Darda'il, lo más parecido a una amiga que conocía, pero ahí acababa la lista de sus afectos. Era ridículo temer por una mujer cuyo sueño velaba el mismísimo regente Aladiah, y más aún preocuparse por Evrael.

Aun así…

Qadira esbozó una sonrisa frágil. Ella también quería cogerlo de la mano, pero había una extraña energía flotando en torno a él que se lo impedía, como si los separara una dimensión; como si en realidad no estuviera allí, ante sí, y fuera tan solo una proyección, un sueño.

—Hablas como un viejo, ¿te lo he dicho alguna vez? —bromeó con cariño. Muchas veces desoía al sentido común, que le insistía en que no debía ponerle una mano encima al futuro de La Sociedad, y, como en ese momento, acariciaba uno de sus mechones blancos o le revolvía el pelo.

Él sonrió estirando una comisura de los labios, la que parecía la única manera en que sabía hacerlo: con desidia resignada, como si de verdad fuera un anciano y su vida no estuviera apenas comenzando. Qadira albergaba la estremecedora sospecha de que le habían arrebatado la infancia bajo la tutela del Gran Grimorio, pero todavía no había averiguado de qué manera. La mayoría de los seráficos de La Sociedad agachaban la cabeza al verlo, lo trataban como la deidad que era y estaban orgullosos de que su heredero fuera un joven sereno e imperturbable; ella era la única que presentía que detrás de su máscara de hielo había un secreto.

Un secreto que en ningún caso lograría que lo quisiera menos, de eso estaba segura. No importaba cuán perturbador fuera.

—Hay algo más, ¿no? —le preguntó él de repente—. Hay algo que te preocupa desde hace tiempo…, y no tiene nada que ver con mi seguridad.

—No, no, claro que no. —Hizo un aspaviento para desalentar sus sospechas—. ¿Por qué no has bajado a ver a Renyi? Tal vez tu ayuda les sirva. Eres el as bajo la manga de Aladiah. Anda, vamos… No te quedes aquí encerrado.

Él no movió ni una pestaña.

—No se puede hacer nada por Renyi —acotó con seguridad—, y prefiero no malgastar mis energías. Tú tampoco deberías hacerlo.

—Me cuesta creer que te permitan enarbolar la ley del mínimo esfuerzo en esta organización —se rio Qadira, mirándolo extrañada—. ¿Aladiah te ha enseñado a batirte en retirada antes de agotar hasta el último recurso?

—Una retirada a tiempo es una victoria —decretó con indolencia —. Y no me lo enseñó Aladiah; me lo enseñó mi padre —agregó, sosteniéndole la mirada.

Qadira tragó saliva sin saber por qué. Tal vez porque Evrael jamás había mencionado a sus padres. En La Sociedad se dijo una única vez que era hijo de traidores, y que ya se habían encargado de ambos para que no dificultaran el proceso de aprendizaje del niño ni interfirieran en su vida.

—No creo que debas aplicar las enseñanzas de tu padre —murmuró, aunque vacilante.

—Solo me aplico las enseñanzas de mi padre si mi madre las suscribió con sus actos en algún momento de su vida. —Dicho aquello, Evrael agachó la cabeza para mirar la mano que había estado a punto de cogerle. No rompió la maldición que parecía pesar sobre su cabeza, aquella que prohibía el contacto continuado, tomándola sin más, pero sí la rozó de nuevo con los dedos antes de apartarse bruscamente—. Me quedaré aquí hasta que se me requiera.

—De acuerdo —musitó Qadira, pestañeando confusa.

Comprendió que Evrael deseaba que se marchara, y así lo hizo, pero cada paso que dio en la dirección contraria al niño le provocó una punzada de dolor entre las sienes. Para cuando cerró la puerta tras ella y empezó a bajar las escaleras, tuvo que cubrirse la cabeza con las manos y mascullar una imprecación. Las sensaciones de extrañeza, de incomodidad, de desorientación; de estar en un lugar al que no pertenecía donde hasta las paredes conspiraban contra ella regresaron con más fuerza que nunca, como hacían siempre que se alejaba de Evrael, cuya compañía lograba ahuyentar sus demonios por un rato.

«Solo me aplico las enseñanzas de mi padre si mi madre las suscribió con sus actos en algún momento de su vida», había dicho. Tampoco había mencionado jamás una figura materna. ¿La estaba criticando por las decisiones que tomó? ¿Era un comentario despectivo, solo informativo, o debajo de todo eso había un respeto superior incluso a sus propios principios? Qadira no sabía por qué le importaba tanto, pero cuando llegó al pasillo que la conduciría a su habitación, estaba tan aturdida que se tambaleaba y le costaba enfocar la vista.

Tal vez hubiera enfermado. Tal vez esos síntomas que cualquiera habría relacionado con el comportamiento esquizoide de un trastornado solo hubieran sido un aviso de que dentro de ella se cocía una afección desconocida.

—¿Dónde estabas? —oyó que le preguntaban.

Alzó la barbilla en dirección al hombre que caminaba hacia ella con rapidez. Tenía el gesto contraído en una mueca de preocupación que se suavizó significativamente al llegar a su altura.

Qadira no se había dado cuenta de que se había apoyado en la pared para mantener el equilibrio. Un sinfín de pensamientos inconexos empezaban a nublarle la mente.

Dagon le dijo algo más, pero Qadira no comprendió lo que le decía, como si le estuviera hablando desde la superficie y ella se hallara enterrada bajo toneladas de agua. Miró a un lado y a otro en busca de una respuesta a su malestar, y se concentró en los ojos ambarinos de

Dagon, como si solo con una mirada de auxilio pudiera hacerle comprender que necesitaba soluciones. Con su cercanía, la inquietud hacia el sexo regresó; también la desagradable familiaridad del apodo de sultana, el dolor que la lesión de Renyi le había provocado en la propia garganta…

Una imagen repentina asaltó sus pensamientos: Qadira se vio hundiéndose una daga en el centro de la garganta y gritó, horrorizada por el realismo de su delirio. Se llevó una mano a la zona, temblando, y se la palpó en busca de sangre o carne levantada.

—¿Qué pasa? —fueron las únicas palabras que lograron penetrar la bruma de su mente—. Qadira, ¿qué te ocurre?

Dagon le puso una mano sobre el hombro, y ella, en un principio dispuesta a aferrarse a él, fue a acercarse, pero otra visión nítida de unas manos estrangulándola venció al sentido común y gimoteó mientras intentaba deshacerse de su cálido abrazo.

—¡No me toques! —aulló, culebreando para sacárselo de encima y retrocediendo entre jadeos.

No sabía de dónde había salido aquella orden. Ella nunca gritaba, y ni mucho menos a Dagon, pero algo le decía que estaba ante un sujeto peligroso.

Un sujeto que le había hecho daño.

—¿Qué está pasando? —preguntaba él con el rostro demudado.

Los ojos se le llenaron de lágrimas al verse reflejada en la turbación de Dagon. No podía estar imaginándose escenas, ¿verdad? No era tan retorcida como para pensar que el hombre que tenía delante podría propinarle una paliza, dejarla inconsciente y abrazada a su vientre en un charco de su propia sangre. Pero Qadira sabía que las imágenes que desfilaban ante sus ojos no eran sino recuerdos, y sus sensaciones no podían mentirle: notaba a nivel físico, y con una claridad abrumadora, que su cuerpo había sido marcado, que sus huesos podrían contar una historia de terror.

Qadira retrocedió, mirándolo como si lo viera por primera vez.

En cierto modo, así era.

—No te acerques a mí —balbuceó, apuntándolo con el dedo—. No te acerques o… o te juro que te mataré.

Capítulo XXXVII

Dagon sabía exactamente qué estaba pasando, pero no tenía ni la menor idea de cómo proceder.

Llevaba unos días vigilando el errático comportamiento de Qadira: la facilidad con la que se abstraía en sus pensamientos, unos que no debían augurar nada bueno a juzgar por la actitud melancólica que se le quedaba después; su obsesión con estar a solas con Evrael aun sin entablar conversación, por el simple placer de respirar el mismo aire, y el hecho de que hubiera empezado a esforzarse para fingir que el contacto físico la entusiasmaba tanto como antes cuando la triste verdad era que la incomodaba.

Había barajado dos opciones hasta ese momento. Ya no lo deseaba y no sabía cómo hacérselo saber, o el hechizo de Reyyan estaba perdiendo fuerza y Qadira se acercaba cada vez más a su antiguo yo. Dagon era reacio a admitir ante sí mismo que había deseado que aquello sucediera para demostrarse, tal vez por mero egoísmo, que podía conquistarla incluso en un momento de su vida en el que no creía en nada ni en nadie. Ahora que veía lo que su anhelo secreto había provocado, se arrepentía, avergonzado, de haber antepuesto aquella estúpida cuestión de ego.

Qadira no soportaba mirarlo. Se protegía el pecho como si no quisiera que la tocara, y antes de que Dagon pudiera ofrecerle unas palabras tranquilizadoras, se escabulló por el costado y echó a correr fuera de allí.

Dagon salió en pos de ella aun sabiendo que solo conseguiría alterarla más. No era así como había imaginado que se daría la situación si el hechizo fallaba, una posibilidad que, de todos modos, nadie más había contemplado.

Algo iba mal. Había empezado recordando la parte oscura de su historia, o a lo mejor estaba confundiendo a Leviathan con él, o quizá ni siquiera supiera qué le había pasado con exactitud.

Tal vez solo estuviera experimentando el miedo.

—¿Qué diablos pasa? —gruñó Valthessar, que tuvo que apartarse de la escalera para que Qadira no lo arrollara en su precipitada huida. Se quedó pegado a la pared, mirando con incredulidad a la empírea. Luego alzó la barbilla hacia él—. ¿Dagon?

—Creo que el hechizo se ha jodido, Valthe.

El *rex* frunció el ceño. Apostaba lo que fuera a que se estaba

preguntando por qué eso podría suponerle un problema a El Séptimo Círculo o La Sociedad. Sin duda era un contratiempo para Dagon, que ansiaba convertirse en su pareja y ahora tendría que desandar todo el camino recorrido, pero de cara a la misión y a las dificultades que ya estaban afrontado…, ¿qué relevancia tenía Qadira? ¿Le interesaba a Valthessar preocuparse por sus sentimientos?

—Reyyan debe de estar en alguna parte del complejo. Búscala y que haga algo con ella —zanjó el *rex* antes de reanudar su camino hacia el piso inferior.

Dagon se tuvo que recordar que era lógico que aún le guardara rencor a Qadira y que le importara un ardite su situación. Para no ceder a la tentación de espetarle algo desagradable, Dagon se precipitó escaleras abajo para detener a Qadira, a la que veía muy capaz de herir a quien se interpusiera en su camino.

No andaba muy equivocado. En el pasillo cuya cristalera daba al patio interior, Qadira había chocado con el regente Aladiah. Este la sujetaba con fuerza por los hombros y la miraba con el ceño fruncido, intentando penetrar en sus pensamientos para valorar la gravedad del problema.

Dagon no pudo escuchar lo que le decía. Se acercó muy despacio, con miedo a espantarla, pero parecía que él no era el único que la aterraba. La vio debatirse en brazos de Aladiah y asestarle una bofetada que le giró la cara. El arrebato contra el regente tuvo un efecto llamada: al instante aparecieron seráficos desde todos los flancos. Cada uno de ellos se dirigió hacia ella con el objetivo de reducirla.

—¡Parad! —pidió Dagon, acercándose con las manos en alto—. ¡No lo ha hecho adrede! ¡Está…!

Se calló sin saber muy bien cómo explicarlo, aun cuando todos allí sabían con exactitud en qué consistió el castigo de La Magna. El corazón se le paró al ver el rostro demudado de Qadira, las lágrimas de miedo que corrían por sus mejillas y la desesperación con la que buscaba una salida. Parecía una enferma de demencia que acabara de despertarse en un lugar que no conocía, rodeada de gente que no recordaba, que la retenía contra su voluntad y que por ese mismo motivo se había convertido en su enemiga.

—No pasa nada —dijo Aladiah con calma. Miró a sus protegidos—. Lo tengo bajo control. Solo necesito que traigáis a Reyyan.

—Está junto al penitente enfermo, Aladiah —contestó uno de ellos.

—No me importa. Xaphan puede cuidarlo mientras la hechicera nos echa una mano… Qadira —la llamó, sujetándola por las muñecas. Ella lloraba en voz alta. Ahora que estaba acorralada, solo esperaba que alguien se apiadara de sus pedidos de auxilio—. Qadira, escúchame… ¿Sabes cómo me llamo?

Dagon observó, inmóvil en el sitio, que Aladiah chasqueaba los dedos a un palmo de su cara, como si así pudiera despertarla de un trance de hipnosis. Sus ojos bicolores buscaron a Dagon, con el que intercambió una mirada severa.

—Reyyan me advirtió que en el peor de los casos esto podría pasar —dijo, como si Qadira no estuviera presente. Como si no estuviera intentando luchar con él en vano.

«¿Y qué es “esto”?», quiso preguntar. «¿Qué es lo que está pasando?».

Aladiah tuvo que placar a Qadira contra la pared colocándole el antebrazo contra el cuello. Solo así evitaría que siguiera revolviéndose. El brusco movimiento solo avivó su miedo y su rabia acumulada. Intentó patearle en el estómago y darle cabezazos, pero el regente era más rápido. Colocó una rodilla sobre sus dos muslos y le inmovilizó las muñecas por encima de la cabeza.

—Qadira, estás recordando tu vida pasada. Las vivencias no te van a llegar por orden cronológico, y ahora mismo vas a ser incapaz de asociarlas a las personas que de veras protagonizaron esos recuerdos. El que crees que es tu enemigo ahora, no lo es. —Tuvo que hacer una pausa para reafirmar su posición. Qadira había estado a punto de romperla culebreando con insistencia, pero se quedó inmóvil en cuanto Aladiah la embistió con rudeza, presionando aún más el brazo contra su garganta—. Escúchame, Qadira. En un rato, esto se te habrá pasado. Todas las piezas encajarán. Solo tienes que esperar y confiar en que ninguno de los que estamos aquí te hemos hecho daño jamás.

Dagon cerró los ojos con el corazón tembloroso. Eso no era del todo cierto. Había quienes opinaban que la diosa le ofreció un trato benevolente; demasiado, teniendo en cuenta que estuvo confraternizando con el enemigo. Eran muchos los guerreros con espíritu sensible que, de haber estado en los zapatos de la empírea, habrían preferido olvidar el sufrimiento a tener que vivir con él, pero Dagon no compartía el sentimiento.

Al aceptar aquel trato tramposo, Qadira había sacrificado parte de la identidad. Las experiencias pasadas conformaban no solo la historia personal del individuo, sino que forjaban su carácter, y el carácter de Qadira y no era el mismo.

Claro que le habían hecho daño. Solo había que verla, aullándole al regente toda clase de insultos y blasfemias. Aladiah ni siquiera se inmutaba, como si no solo lo hubiera previsto, sino que hubiera practicado para la ocasión. Estaba seguro de que gracias a su instinto estaba logrando controlar la situación…, pero no por mucho tiempo, porque Qadira logró debilitarlo propinándole un rodillazo en el estómago. Acto seguido echó a correr pasillo abajo para escapar de los demonios que la perseguían.

No llegó muy lejos, porque La Magna se materializó en su trayectoria. Antes de chocar con ella, Qadira se golpeó con el campo de energía magnética que la envolvía y por poco salió despedida hacia atrás. No lo hizo porque la diosa misma, con gesto inexpresivo, la agarró de la trenza y la atrajo hacia ella para mirarla desde su altura como si fuera una inmensa decepción.

Alrededor de la deidad, asomados desde el patio donde se disponían las ofrendas y desde las escaleras que subían a las habitaciones, casi todos los seráficos y gran parte de los penitentes asistían a la escena con gesto aprensivo.

Nadie se atrevía a moverse, y Dagon no fue la excepción.

Observó que La Magna le ponía una mano sobre la cabeza y crispaba los dedos como si quisiera hundirle las uñas en el cráneo. Los pies de Qadira dejaron de tocar el suelo, elevándose un par de centímetros. Estaba de espaldas a él y por eso no podía estar seguro, pero habría jurado que, al echar la cabeza hacia atrás, Qadira había cerrado los ojos, o quizá hubiera perdido el conocimiento.

No le estaba haciendo nada, comprendió Dagon con el corazón en un puño. Solo la había paralizado para que dejara de correr y de llorar.

El sonido de unos pasos rompió el silencio en el que se había sumido el complejo.

—¿Qué ocurre? —inquirió la voz aguda de Reyyan, que bajaba las escaleras con el vestido celeste de la ceremonia. Luvart la seguía con el ceño fruncido. Ambos comprendieron lo que había ocurrido en cuanto vieron a La Magna de pie ante Qadira con gesto sombrío—. Oh, no… Qadira… ¿Cómo ha podido pasar esto? ¿Qué ha visto u oído que la haya devuelto al pasado?

Lo preguntaba para sí misma, porque nadie podía darle una respuesta en firme.

—Me la he encontrado algo confusa en el piso de arriba, y luego la he tocado… y ahí ha empezado el… ataque —concluyó Dagon con la voz estrangulada.

«Sabía que estar en continuo contacto con individuos de su pasado acabaría provocando una desgracia», se manifestó La Magna, escrutando el rostro paralizado de Qadira con una mezcla de irritación y cansancio. «Cuando reactives el hechizo, Reyyan, me la llevaré a mis dominios. La mantendré alejada de Evrael y de Dagon de forma permanente».

Todo su cuerpo se rebeló contra la diosa al oír aquello, y si le había quedado algún ápice de afecto o respeto hacia Ella o hacia el duro sistema de castigos que implantó en su día, especialmente implacable con Qadira, esta se disipó hasta no dejar ni rastro. Dagon estuvo seguro de que acababa de perder su fe, de que había dejado de creer

en la deidad, e iba a manifestarlo con el pecho henchido de valor cuando una voz se hizo oír por encima del bien y del mal.

—Si la tocáis —advirtió Evra, de pie al comienzo de la escalera y con una mano en el barandal—, tened por seguro que con su memoria se perderá vuestra única oportunidad de vencer al Gran Grimorio.

Capítulo XXXVIII

Desde la distancia, La Magna le sostuvo la mirada con los párpados entrecerrados.

Aún tuvieron que pasar unos interminables minutos para que la diosa se dignara a hacer partícipe a la concurrencia de sus conclusiones.

«Lo has provocado tú, ¿no, pequeño prodigio?».

—Podría haberlo hecho —le concedió, mirándola a los ojos con un descaro que todos allí pensaron que le costaría la vida—, pero conociendo los efectos de la ruptura del hechizo, no se me habría ocurrido escoger mis deseos egoístas por encima de su bienestar. No… no he sido yo —concluyó, bajando el tono al detener la vista en la espalda arqueada de Qadira—. Tal vez deberíais haber considerado que su preocupación por mí sobreviviría al olvido. ¿O no conocéis acaso el alcance del amor de una madre? Supongo que no —se respondió él mismo con un desdén estremecedor—. No es precisamente afecto lo que le profesáis a vuestras creaciones.

«¿Cómo te atreves a hablarme así?», bramó la diosa. Su indignación provocó que las paredes temblaran, pero Dagon comprendió que era una demostración de poder y no tanto un escarmiento. Bajo la indignación de la deidad latía una sospecha lo bastante poderosa para prolongar el hechizo de Qadira y escuchar al muchacho, que todo apuntaba a que tenía algo interesante que decir.

Tal vez incluso trascendental.

Dagon estaba aterrado por las consecuencias de la conversación, que supo que no comenzaría hasta que Evra bajara las escaleras. Nadie podía hablar con Ella situado varios peldaños por encima, y si bien en un principio él no movió una pestaña, desafiando aquella norma implícita, estaría pecando de imprudente si se mostrara tan soberbio cuando tenía la intención de hacerla cambiar de opinión.

Dagon se estaba devanando los sesos pensando en alguna otra estrategia para que liberara a Qadira, pero el miedo a perderla, a la Qadira que fuera, la del pasado o la del presente, le había dejado sin fuerzas para pensar.

—Mi madre se queda conmigo —anunció Evra, y más que a reto, pues esto habría implicado que el niño concibiera a La Magna como una digna rival, sonó a amenaza; como si la diosa fuera en realidad su

sumisa.

Con tan solo cinco palabras, Dagon confirmó los que habían sido sus temores iniciales.

Evra siempre supo que Qadira era su madre. ¿Cómo no iba a saberlo? Tenía una sensibilidad especial, un poder que ni siquiera el propio regente, que se dedicaba a instruirlo, había terminado de comprender, y las criaturas de La Magna eran lo bastante perceptivas para reconocer un vínculo, como lo hacían los penitentes en cuanto coincidían su *anandha*. Siendo esto así, no era descabellado asumir que Evra hubiera presentido la familiaridad que, en el pasado, le unió a Qadira… y que le uniría para siempre, en realidad, porque el lazo sanguíneo era irrompible.

Sin ningún miedo, Evra se detuvo en la otra punta del pasillo y clavó una mirada determinada en el rostro de La Magna, desobedeciendo la orden de que no se la mirara a los ojos.

«Tu madre es una traidora», determinó sin más.

A Dagon le asombró que se tomara la molestia de entablar conversación con él, de intentar razonar. Dudaba bastante que fuera porque quisiera ganarse su favor. Era más bien una estrategia para averiguar qué sabía.

—Mi madre te fue tan fiel, concretamente al vínculo que forjaste entre Leviathan y ella, que llegó hasta extremos inimaginables para honrarlo. Y lo sabes —apostilló con fría serenidad—. Por eso tienes remordimientos. Por eso ahora ofreces una salida a todos los penitentes y a todas las *anandhas*, como hiciste con Valthessar. Intentas reparar el error con todos tus hijos regalando amnesias selectivas excepto con la mujer a la que de verdad heriste. Y puedes esforzarte otra vez por lograr los mismos efectos, puedes intentar arrancarle la memoria, pero a mi mente no vas a poder acceder, y mientras yo sepa quién es ella, ella recordará —le aseguró, y era una advertencia. En voz baja, agregó—: Recordará una, y otra, y otra, y otra vez.

La Magna le aguantó la mirada sin vacilar. En principio no dijo nada. Solo pronunció un nombre, un nombre que parecía tener instrucciones implícitas.

«Xaphan».

Dagan buscó los conocidos rasgos del penitente entre los rostros asomados. Lo localizó cerca del altar de las ofrendas, a unos pasos de Evra.

Lo vio negar con la cabeza.

—Su mente no es accesible, Santidad. Nunca lo ha sido.

—Y poseo información que podría cambiar el curso de los acontecimientos —apostilló Evra, que había empezado a caminar hacia La Magna sin que esta le diera permiso.

«Podría matarte y meterme en tu cabeza para averiguar todo cuanto sabes».

Él entrelazó las manos a la espalda y alzó la barbilla.

—Pero no me mataréis porque la profecía más antigua de la historia depende de mí. Soy el príncipe del nuevo linaje. Y ni siquiera estando muerto podrías acceder a mi memoria, porque la protege mi poder, un poder que tú no me entregaste por propia voluntad, que desarrollé muy lejos de tu influencia y que, por lo tanto, no puedes controlar.

La Magna apretó la mandíbula con una frustración que Dagon no había visto surcar su expresión jamás. Se la pudo imaginar buscando cualquier alternativa posible antes de ceder al trato que el pequeño le proponía, pero tuvo que llegar a la conclusión de que estaba cercada por los cuatro puntos cardinales, porque al final acabó preguntando:

«¿Qué quieres, Evra?».

El niño alzó la barbilla y dijo, con un tono inquietantemente vacío:

—Solo quiero que dejes a mi madre en paz.

«¿A cambio de qué?».

—De la verdad.

—¿Cómo sabemos que es la verdad? —intervino Xaphan con cuidado de que su voz no interfiriera con el mensaje de la diosa.

Evra lo miró por encima del hombro.

—Podrás contrastar mi versión con la de la doctora Vaccari, que te abrirá las puertas de su casa y de su mente la próxima vez que vayas a verla en busca de información.

Dagon tragó saliva, intimidado por los conocimientos de Evra. Tenía acceso a las particularidades de las relaciones entre los penitentes y los mortales, como entre Xaphan y Vaccari, que de ninguna manera le habrían comunicado y ni mucho menos podría haber visto con sus propios ojos, puesto que tenía prohibido abandonar La Sociedad.

Parecía que lo supiera todo, que lo pudiera todo, que lo viera todo. Pero eso no podía ser posible. Esas eran habilidades únicas que solo poseía la diosa y de las que ni siquiera Ella podía echar mano siempre.

—Queréis curar a Renyi, ¿no es así? —dedujo Evra—. Y adivinar qué sucedía en los misteriosos laboratorios. Y por qué causas murieron los seráficos de Sarajevo, Reikiavik y Estocolmo, entre otros.

—Si sabes la respuesta a todas esas preguntas, ¿por qué no nos lo comunicaste? —quiso saber Aladiah, inmóvil en el pasillo. Siempre había mirado a Evra como lo que era, un peligro con el que había que andarse con cuidado.

—Porque todavía no estoy seguro de que vosotros seáis los buenos —reconoció con llaneza—. O porque aún no he decidido si yo soy parte de vosotros.

—¿Y lo serás si liberamos a Qadira? —inquirió Xaphan con tiento.

—No. Ofrezco información a cambio de su paz y tranquilidad, no mi lealtad. Permaneceré aquí y os serviré, si es lo que queréis, porque si huyera intentaríais hacerme daño —resumió con hastío—, pero no creo en la misión y tampoco soy fiel a la diosa.

Se levantó un comprensible coro de murmuraciones a raíz de su declaración de rebeldía. Sorprendentemente, la única que no reaccionó echándose las manos a la cabeza fue la propia deidad, que le había estado escuchando con gesto indescifrable.

Si Dagon hubiera tenido que averiguar en qué estaba pensando, habría apostado por que andaba sopesando en qué podrían servirle de cara al futuro la inteligencia y el arrojo del pequeño y, en el caso de no dar con una respuesta satisfactoria, qué riesgos conllevaría sacrificarlo allí mismo, sin miramientos.

La Magna le hizo saber que estaba de acuerdo con su propuesta bajando la mano que mantenía a Qadira a un palmo del suelo. La empírea cayó como peso muerto en el suelo, inconsciente. Dagon fue corriendo hacia ella, sin pararse a pensar en lo que le pudiera deparar interponerse entre Evra y la diosa.

El pequeño, si bien estaba peleando por la felicidad de su madre, no hizo el amago de acercarse. ¿Se estaba conteniendo para no delatar su amor por ella, o en realidad no le importaba? ¿Eran la lealtad y el cariño hacia Qadira lo que le movían a la hora de desafiar a la deidad, o la puesta en escena era una simple demostración de poder?

La Magna no tuvo ni que pedirle al niño que empezara a hablar. Mientras Dagon comprobaba que Qadira aún respiraba y la acomodaba su regazo para que no tocara el frío suelo, Evra se hizo oír con voz calma.

—Los laboratorios llevan décadas en activo, pero la investigación vigente no se empezó a poner en marcha hasta la captura de Astaroth, la mujer de Abraxas, pues fue cuando por fin dispusieron del material que necesitaban. La experimentación dio comienzo con las *anandhas*, cuya sangre podría proporcionarles datos sobre la genética de las encarnaciones de La Magna. No hallaron nada concluyente que pudiera servirles para replicar su poder. Después fueron a por los penitentes, que no hubo necesidad de capturar puesto que Leviathan y Metraton se ofrecieron para el experimento, y, por último, se volcaron con los seráficos. Todo el estudio del material genético se realizó en laboratorios humanos para desviar las sospechas.

»El estudio tenía dos objetivos —prosiguió sin pestañear, cruzando muy despacio lo que quedaba del pasillo—: a través de un estudio exhaustivo de las heridas de acero azul, pretendían hallar la forma de inmunizar a los penitentes al impacto del arma, de manera que Metraton y el resto de los caídos que sirven a La Criatura fueran

invencibles. El segundo propósito era prefabricar una enfermedad letal que acabara con todas las criaturas magnas. Lograrlo solo fue posible mediante la observación y el tratamiento de la sangre y la genética de penitentes y seráficos. Básicamente —resumió—, han creado un antídoto y un veneno letal al mismo tiempo.

»El antídoto se practicó en los seráficos fallecidos, cuya sangre inmune al acero azul les fue extraída hasta secarlos para luego transferirla a los penitentes que forman filas con La Criatura. El veneno letal, una vez terminada la fase experimental, se le suministraría a los engendros o a las armas de los mismos para acabar con los penitentes de forma fulminante con tan solo un roce o un mordisco. Así es como asumo que morirá Renyi —concluyó con un cabeceo indiferente—. Fui apartado del Enclave antes de que el veneno hubiera pasado la última fase de prueba, pero en vista de los últimos acontecimientos… —Se encogió de hombros—. No sería descabellado asumir que ya han finiquitado la tarea.

Dagon alzó la barbilla de golpe y miró a Evra con la boca abierta. Quería decir algo, necesitaba expresarse, pero no tenía la menor idea de cómo verbalizar su inquietud. Planteado de aquella manera parecía un plan tan obvio que se imaginaba a Xaphan torturándose por no haber llegado antes a la conclusión, incluso si era incluso más obvio que era difícil tener los cinco sentidos en una misión cuando al menos cuatro de ellos andaban concentrados en la doctora Vaccari.

Buscó a sus compañeros con la mirada y confirmó que se sentían como él, que se debatían entre el asombro y el pánico, porque aquello no era una amenaza futura; era una realidad.

Si Evra no mentía, podría morir en la guardia de esa misma noche de la misma afección que Renyi.

—Cabe suponer que no existe cura —zanjó Evra antes de que llovieran las preguntas—, pues el antídoto cura las lesiones de acero azul, no los síntomas de la enfermedad. No les ha interesado desarrollarla por razones evidentes: pretenden que este sea el fin de las razas.

A sus palabras siguió un silencio sepulcral que Dagon aprovechó para buscar en el rostro de Qadira un indicio de que estaba consciente, o quizá el consuelo que necesitaba para no sumirse en la desesperación.

«Y aún tienes dudas sobre quién es el bueno y quién es el malo», fue todo cuando dijo La Magna, mirando a Evra con nuevos ojos.

Dagon no habría sabido decir con certeza si lo odiaba o le profesaba una temerosa admiración.

Él le devolvió una mirada gélida.

—No me has causado menos males que el Gran Grimorio, y ella estaría de acuerdo conmigo —apostilló, señalando a la inconsciente

Qadira con un gesto de cabeza—. Ahora, tal vez deberías cumplir tu palabra y dejarla ir.

«No voy a dejarla ir», anunció La Magna, «pero sí voy a permitir que la acompañes en su regreso al Autem. Tengo planes que te incumben, Evrael».

—El nombre que mi madre me puso es Evrani —repuso él sin alzar la voz, sin inmutarse por la decisión que la deidad acababa de tomar, como si no pudiera conllevar el destierro eterno en un rincón de la Suprarrealidad o un empujón al foso del Fatem—. Pronúncialo tal y como es o déjalo en Evra.

Esta vez, la diosa se permitió esbozar una sonrisa calculadoramente perversa y exhalar por la nariz, como si le divirtiera su soberbia. A esas alturas, Dagon debería haberse acostumbrado a las excéntricas reacciones de La Magna, que casi siempre rompían de manera frontal con la imagen que tenía de Ella.

«De acuerdo… Evrani».

La Magna levantó las manos con las palmas apuntando hacia arriba, y sin apartar la vista del pequeño, chasqueó los dedos. Un polvo dorado se desprendió de estos y voló hacia madre e hijo para envolverlos en un remolino brillante que les hizo desmaterializarse en el aire.

Dagon jadeó al verse con las manos vacías, y buscó el rostro de La Magna para suplicar que tuviera piedad con él también.

«La devolveré a La Tierra tal y como la conociste; con sus recuerdos de los últimos tiempos intactos», le aseguró sin mirarlo. «Pero para eso tendrás que esperar a que se dé el momento perfecto. Descenderá con todos los empíreos para cumplir con el deber para el que fue entrenada».

Dagon notó que se le formaba un nudo en la garganta, y no solo porque acabara de comprender que Qadira quedaría lejos de su alcance una vez más, en esta ocasión a un mundo de distancia, sino por lo que significaba que los empíreos como sociedad bajaran a La Tierra. La diosa acababa de decidir que la situación había alcanzado su punto más preocupante, y sospechaba —todo lo que sospechaba se hacía realidad— que la batalla final tendría lugar antes de que estuvieran preparados.

Al menos, Dagon no se sentía preparado.

La diosa alzó la barbilla y echó una mirada alrededor. La posó en cada uno de los presentes. Observó con especial detenimiento al regente Aladiah y al *rex* Valthessar, que fueron los que cuadraron los hombros bajo su intenso escrutinio a la espera de una orden.

«Todos vosotros sabéis lo que tenéis que hacer…», determinó La Magna.

Por último, posó la vista en el gesto solemne de Xaphan, al que se

refirió antes de desaparecer.

«… especialmente tú».

Capítulo XXXIX

Valthessar fue al encuentro de Aladiah en cuanto La Magna se desvaneció en el aire. Había podido observar en los minutos posteriores al relato de Evra que los seráficos acudían a los brazos de buenos amigos de la organización, que Luvart y Reyyan se refugiaban el uno en el otro, que Samael y Citlali se daban la mano como acto reflejo, sin ni siquiera mirarse.

Comprendió justo a tiempo, a punto de llegar hasta el regente, que este no estaría por la labor de sentarse a debatir estrategias mientras la asustadiza Darda'il le necesitara para calmar el ataque de ansiedad.

Y entendía su prioridad, por lo que se batió en retirada justo a tiempo.

Aquel era un momento crítico, y aunque ninguno de los allí presentes se permitía que cundiera el pánico porque, en cierto modo, era lo que llevaban milenios esperando —un enfrentamiento final que equilibrara la balanza de una vez por todas—, seguían albergando un mínimo porcentaje de humanidad en el cuerpo que les hacía susceptibles al miedo. El propio Valthessar estaba preocupado, solo que no podía refugiarse en los brazos de la única persona que podría consolarlo.

Mientras rehacía sus pasos, intercambió una mirada rápida con el regente, indicando que hablarían después, y atravesó el pasillo para salir a tomar aire.

A la entrada del complejo, camuflado con la vegetación de las afueras para evitar la alarma humana, comenzaba un bosque espeso y humedecido por el frío de fin de año. Se resguardó en la serena visión de los árboles mecidos por la brisa helada mientras buscaba la cajetilla de tabaco en los bolsillos de su cazadora.

Un cigarrillo le ayudaría a asentar las ideas y librarse del nudo en el estómago.

Estaba empezando a ver la situación desde una perspectiva optimista cuando un grito le sobresaltó.

—¡¿Ves?! —exclamó Mara, que acababa de empujar las puertas de cristal para plantarse ante él sin aliento y con las mejillas ruborizadas —. ¡Ahora te pueden matar! ¡Ahora *sí* que te pueden matar! ¡No

estaba loca por imaginarme poniendo flores en tu tumba!

Valthessar meneó la cabeza, concentrado en la respiración y en mantener sus sentimientos bajo control.

—A los penitentes nos incineran.

—¿Y qué? ¡Eso no es de lo que estoy hablando! ¿Por qué pareces tan tranquilo? ¿Te acaban de comunicar que nos vamos a la mierda, que el Gran Grimorio nos ha adelantado en la curva, y lo único que te apetece es fumarte un piti? —Hizo una pausa para coger aliento y relajar los hombros—. En fin… A mí también me están empezando a dar ganas, la verdad.

Valthessar no pudo evitar sonreír al ver cómo se apaciguaba a sí misma.

—¿Qué te apetece a ti, Mara? —preguntó con tono pausado, manteniendo el cigarrillo pegado a los labios.

—Pues me apetecía abrazarme a mi hermana como si fuéramos a morir en este preciso instante, pero no me ha parecido bien interrumpir su momento romántico con Samael —bufó, cruzándose de brazos.

—Así que has decidido buscar a tu ex —empezó a enumerar con calma—, a ver si ese sí que te mece entre sus brazos ahora que se está acabando el mundo. Total; si no hay mañana, no hay riesgo de que nos levantemos arrepentidos de habernos dejado llevar, ¿no?

Mara se lo quedó mirando con los labios apretados. De nariz para abajo, su rostro expresaba cuánto le irritaba que se burlara de ella, pero sus ojos no hicieron sino rogarle que se acercara y cumpliera el pedido que no se atrevería a hacer, ni mucho menos ahora que él había puesto palabras a su debilidad.

Valthessar suspiró, rendido.

«Qué cojones», pensó, extendiendo los brazos en una bienvenida silenciosa. Mara se aferró a su espalda como si le fuera la vida en ello, como si el apocalipsis ya hubiera comenzado. Para él, así era. Se había tomado las últimas noticias con tranquilidad porque era poco lo que retenía a Valthessar en el mundo, porque perdió su color y su vida en cuanto Mara se marchó por la puerta. Era consciente de que no debería regocijarse en su luto por respeto a los esfuerzos de Xaphan, sin cuyos poderes le habría costado sobrevivir al revés de la ruptura, y porque él mismo se negaba a desandar el camino recorrido. Pero no pudo evitar abrazar su debilidad por ella a la misma vez que la estrechaba contra su pecho.

Apoyó la mejilla en su coronilla, aquella cabeza loca y testaruda para la que sin embargo ya no tenía más que ternura y admiración.

—Joder, cuánto me alegro de no tener que preocuparme por ti —balbuceó Mara con la boca pegada a su jersey.

Él se separó lo justo para mirarla con una ceja enarcada.

—¿No tienes que preocuparte por mí?

—No, no tengo que hacerlo. Pero lo haré porque siempre nado a contracorriente.

—Por lo visto, solo correré peligro si me muerden —meditó en voz alta—. Procuraré no exponer mi cuello durante las guardias.

—Te compraré un fular de esa seda que tenían las armaduras de los mongoles; ligero, práctico a la hora de proteger y, además, *fashion*.

Valthessar tembló por la risa.

—Que sea azul, así va a juego con mis ojos.

Mara le sostuvo la mirada unos instantes, como si lo necesitara para recordar de qué color eran. Volvió a enterrar el rostro en su pecho, y cuando habló, lo hizo en voz baja.

—Esto es una locura.

—Tarde o temprano llegaríamos a este punto.

—Pero… ¿tan pronto?

—¿Tan pronto? Tú llevas aquí unos meses; yo he pasado milenios luchando contra ese hijo de puta —le recordó, acariciándole la cabeza con la mano ahuecada—. Para mí puede que esto sea una sorpresa desagradable, pero no un final anticipado. De hecho, tal vez no sea una pésima noticia, después de todo. Quiero acabar con esto de una vez.

Mara buscó su mirada con el rostro tenso.

—¿Y si «esto» acaba contigo?

—Pues espero que me llores como es debido, y que esta vez sí te tomes la molestia de esperar unos cinco o diez minutos desde mi entierro antes de acostarte con otro hombre.

—Pensaba que a los penitentes os incineraban —parafraseó con retintín. La recriminación, lejos de instarla a dar un paso atrás, hizo que se aferrara a él aún más—. Hasta que por fin me lanzas un reproche como Dios manda —suspiró, extendiendo las palmas en su espalda y acariciándola arriba y abajo—. Una pena que no tenga ni pies ni cabeza. No sé con quién te crees que he follado estando en una silla de ruedas, pedazo de imbécil.

—A mí se me habría ocurrido algo para tenerte entretenida incluso en esas circunstancias —comentó con desenfado, divertido con el tono refunfuñón con el que se había defendido.

—Y un carajo. Con lo cuadriculado y protector que eres, me habrías rechazado incluso si hubiera aparecido con lencería. De todos modos, y ya que lo mencionas… —Mara bajó las manos hasta los duros glúteos de Valthessar y allí las dejó antes de encontrarse con su mirada—. Ahora me encuentro de maravilla. Y te aseguro que estar en silla de ruedas no me impidió fantasear contigo por las noches.

Valthessar se rio con ligereza y apartó las manos de sus nalgas. Puso distancia entre los dos dando un paso atrás, y viendo que Mara

se quedaba cohibida, abochornada y en parte anonadada porque la hubiera rechazado, aclaró con suavidad:

—No voy a tratarte como a una follamiga, Mara. Nada queda más lejos de mis intereses o mis deseos que conformarme con tu cuerpo.

Mara escrutó su expresión para discernir si era o no sincero.

—Nadie ha dicho que te estuviera ofreciendo solo mi cuerpo —dijo tras unos instantes, y con un hilo de voz, como si no quisiera que nadie fuera testigo de su derrota. Así se sentían para ella los cambios de opinión, como un humillante fracaso.

—No ha cambiado absolutamente nada desde que te largaste —le recordó, acariciando un mechón rubio que se había desprendido de su recogido—. El Séptimo Círculo me sigue necesitando, y mientras sirva a La Magna, no puedo darte la vida aburrida y mortal que quieres.

—Pero lo harías si pudieras, ¿verdad? He oído lo que ha dicho Evra —le confesó, envalentonada—. Por eso he corrido detrás de un hombre por primera vez en mi vida. La Magna te ofreció olvidarme y le tuviste que decir que no, porque no he notado ningún cambio. Eso es porque me quieres, ¿a que sí?

Valthessar estuvo a punto de reírse, a caballo entre la incredulidad porque siquiera lo dudara y la diversión, porque incluso mirándolo con un ansia que la carcomía, se las apañaba para sonar vanidosa.

«Me quieres, ¿a que sí?», «¿A que sí?», «¡Ja! Ya lo sabía».

—¿Cómo iba yo a olvidarte, mujer? —suspiró él—. Si eres lo más interesante que me ha pasado en dos mil años.

—¿Estás seguro de que «interesante» es la palabra? —Enarcó una ceja.

—Engloba todo lo demás.

Mara se cruzó de brazos, siempre en su postura defensiva, pero no pudo evitar que se le notara la tristeza al enfrentarlo.

—¿Y qué es «todo lo demás», puto rácano? No me veas con la economía del lenguaje. ¿Es que no piensas decirme que me quieres?

—Ahora mismo, no. —Valthessar encogió un hombro—. Pero si tan desesperada estás, dímelo tú a mí y vemos qué pasa. Lo mismo te sorprendo con un compasivo «y yo a ti».

Tal y como había imaginado, Mara se ofendió con la sola idea.

—¡Ni de coña! No me pienso declarar si no piensas corresponder mi esfuerzo. No solo corresponderlo, sino superarlo. Si yo te digo que te quiero, tú tienes que decirme que me amas. O, como mínimo, que me quieres mucho más.

Valthessar entrecerró los ojos para mirarla como si valorara su propuesta. Aún llevaba el sencillo minivestido blanco de la ceremonia, algo arrugado. El maquillaje permanecía intacto.

Cuando un hombre quería tanto a una mujer como él a ella, el deseo carnal palidecía en comparación con el amor, que era

incondicional y abrasaba por dentro. Dicho deseo era apenas una de tantas razones que acumulaba para dar un paso en su dirección y tomar sus labios, pero seguía siendo tan poderoso e intolerable que estuvo a punto de ceder.

—Vamos a hacer algo —le propuso, extendiendo una mano en su dirección. Ella la aceptó, reticente, pero se animó a sonreír cuando él la hizo girar sobre sí misma antes de pegarla a su pecho. Se inclinó para hablarle en tono solemne—. Cuando esto acabe, tanto si fracasamos como si no, podré renunciar a mi puesto. Y a El Séptimo Círculo en general. Y entonces podré ir a donde me plazca.

—¿Y qué le placerá al señor?

Ignoró su pregunta y prosiguió.

—Habré cumplido mis obligaciones. Tú también, si decides aceptarlas y colaborar con nosotros, y no tendremos que hacer nada en el mundo excepto lo que queramos.

»Cuando llegue ese día —prosiguió, tomando aire—, te contaré todo lo que te habría hecho para que no tuvieras que soñar conmigo cuando estabas en silla de ruedas, y te confesaré por qué no quiero que te saquen de mi cabeza, y te diré todo lo que quieras oír.

—¿Todo todo? Espero que no. —Arrugó la nariz—. Si te conviertes en un tío fácil, a lo mejor pierdes tu encanto natural.

—Descuida, que sigo teniendo muy mala leche. Fácil no te lo voy a poner nunca.

—Estupendo. —Le guiñó un ojo y le pasó las manos por los hombros para atraerlo hacia ella. Rozó sus labios con los propios, su nariz y su barbilla rasposa, en un reconocimiento dulce pero no inocente que le formó un nudo en la garganta—. Pero ¿y si no sale bien? ¿Por qué quieres esperar cuando me quedaré aquí a ayudar y ya me estoy ofreciendo en bandeja?

—No te vas a quedar a ayudar. Es la primera noticia que planeaba comunicarle al regente. No te necesitamos. Es decir… Puedes seguir ejerciendo tu don de portal, pero para rescatar a las almas perdidas solo necesitamos a Citlali y a Samael. Y no me pongas esa cara de enfadica, que te encanta que te digan que te puedes tomar el resto del día libre.

—Lo que no me gusta es que me llamen inútil.

—Pues lo siento en el alma, cariño, pero tú no vas a formar parte de esto porque eres un punto débil. Ni yo puedo trabajar en condiciones contigo cerca, ni tú puedes trabajar a secas, porque no sabes luchar. Te vas a quedar en un pisito alquilado de Praga, te vas a apuntar a tu clase de escritura creativa, vas a ir al cine con tus amigos a ver la última comedia romántica de Reese Witherspoon, y no vas a pensar en mí hasta que todo esto haya acabado.

Sin retirar las manos de sus hombros, Mara se separó de él para

mirarlo con fingida ofensa.

—Qué fuerte que sigas pensando que puedes darme órdenes.

—Esta la vas a acatar porque sabes que tengo razón. Y tranquila, que no te voy a pedir que me lo digas en voz alta. Con que me hagas caso me doy por satisfecho.

Mara asintió muy despacio.

—¿Y si te matan? —preguntó pasado un rato—. ¿Qué haré yo?

Valthessar tomó aire y lo expulsó despacio.

—Te quedarás en el pisito alquilado de Praga, te apuntarás a tu clase de escritura creativa, seguirás yendo al cine con tus amigos —recitó de nuevo—, solo que no pensarás en mí nunca más.

—Y una mierda.

—Yo no me reencarnaré en otro hombre, pero sobrevivirás —le aseguró, por primera vez orgulloso de la capacidad de Mara para sobreponerse a la adversidad—. De todos modos, no pienses en eso. Como voy a tener una razón de peso para salir de esta vivito y coleando, no habrá motivos para preocuparse.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. Ahora déjame pensando en la estrategia. —Se separó de ella y le dio una palmada graciosa en las nalgas—. Y métete ahí dentro, que hace un frío de cojones… Y menos sonrisitas —la advirtió al ver que se marchaba con el rostro iluminado—, que sigo enfadado contigo.

—¿Cómo no? —fue lo último que dijo, bizqueando, antes de lanzarle un beso y perderse en el interior.

«¿Cómo no?», pensó él, resignado y parcialmente feliz de estarlo. No era un hombre que se conformara con las derrotas, pero a veces rendirse era la opción inteligente. O la única opción. A fin de cuentas, no podría haber ganado mientras se hubiera aferrado a la estrategia de olvidarla. Intentar desenamorarse de ella habría sido como tratar de vaciar un río con sus propias manos.

Capítulo XL

Citlali caminaba de un lado para otro cada vez más nerviosa. El regente Aladiah y Valthessar se habían encerrado a solas en el salón de audiencias para discutir en petit comité el procedimiento más adecuado. Solo habían invitado a pasar a Xaphan, a quien La Magna le había concedido el honor de participar en las operaciones decisivas pese a no ostentar un cargo superior. Luvart estaba satisfecho con que le hubieran dado de lado, Renyi seguía en cama, esta vez bajo la vigilancia de Dagon, y Abraxas comprendía que primero se hubieran sentado frente a frente los dos mandamases, pero Samael y ella no sabían cómo interpretar el secretismo. Lo que era cada vez más obvio era que, a partir de ese momento, tendrían que acatar las normas del *rex* sin rechistar.

En vista de que aún se demorarían un rato más, Citlali decidió alejarse de la escena, que no hacía sino ponerla nerviosa, y tomar asiento en uno de los peldaños de las escaleras que conducían a la cocina.

Tendría que esperar para hablar con su hermana, que había anunciado que se daría una larga ducha y todavía seguía encerrada en el baño, como si bajo el agua el tiempo pudiera congelarse.

Samael tomó asiento a su lado al cabo de los minutos. Apoyó los codos sobre los muslos, aún enfundados en los pantalones elegantes, y se frotó las manos con nerviosismo.

—Creo que la estrategia será la siguiente —empezó él. Ella levantó la mirada con interés—. Primero, Xaphan irá a buscar a Vaccari para convencerla de colaborar con nosotros. Y digo «convencer» porque no creo que esté de acuerdo con someterla a torturas físicas hasta que suelte la sopa. Con un poco de suerte, recordará algo de lo que trajinaron en los laboratorios y podrán darnos pistas para que desarrollemos nuestro propio antídoto, uno que contrarreste el veneno. Xaphan se pondrá manos a la obra para cubrir la parte científica de la misión, y no dudo que lo conseguirá. Lo que me pregunto es si lo hará a tiempo.

Lanzó una mirada vacilante al techo, como si pudiera atravesarlo y llegar hasta la habitación donde Renyi agonizaba.

—¿Y qué más? —lo animó ella—. ¿Cómo nos cargamos ahora a los engendros que tienen sangre seráfica…? Mírame —soltó una risita

floja—, ya hablo como tú. «Nos cargamos».

Samael seguía frotándose las palmas. Estaba tan sumido en sus turbadores pensamientos que no consiguió sonreír, aunque lo intentó.

—Supongo que de eso se encargarán los seráficos, que son los que tienen dagas de acero azul… O, si encontráramos la fórmula del veneno que ellos utilizarán con nosotros, siempre podemos devolvérsela en los mismos términos y así igualar la guerra. Está claro que todavía no han sacado el puto veneno a la luz, o ya la habríamos palmado todos. La emboscada en el concierto fue para hacer la prueba con el primero que se cruzaran por delante… que fue Renyi, pero que podrías haber sido tú —musitó.

—Pero no fui yo. Y Renyi se pondrá bien —le aseguró ella, incluso a pesar de no tenerlas todas consigo.

Samael la miró esta vez con la cabeza ladeada y una pequeña sonrisa despuntando en los labios. Alargó la mano y le acarició la barbilla muy despacio.

—Tú nunca te desanimas, ¿eh? —murmuró con la voz impregnada de afecto—. ¿Sabes? Si me hubieran dado esta noticia el mes pasado, estaría dándome golpes en el pecho, emocionado porque por fin hayamos llegado a un punto muerto que nos garantice un desenlace próximo. Pero ahora… Ahora estás tú en medio.

—Lo que significa que tenemos más probabilidades de ganar —repuso ella, extrañada—. ¿O sigues pensando que, además de fea, soy tonta e inútil?

Samael se ruborizó, abochornado, y se tuvo que cubrir la cara.

—Qué vergüenza, joder. No me recuerdes esa mierda. —Se relajó al oír que Citlali se reía, pero no se atrevió a mirarla más que reojo—. No, yo… Lo que quiero decir es que antes estaba obsesionado con demostrar que soy útil, con hacer la guerra, y ahora, solo de pensarlo, tengo ganas de vomitar.

»Ya han estado a punto de… O sea, el otro día… Puede que a la segunda vez sea… No puedo ni decirlo sin ponerme enfermo.

—¿Te da miedo que me hagan daño? —completó Citlali con paciencia.

Bufando, Samael dejó caer la frente entre las palmas. Una nota de incredulidad se infiltró en su voz al decir:

—¿Qué me has hecho, que ahora vivo acojonado?

—Con respecto a lo de estar asustado, no creo haber hecho nada, pero sí me voy a atribuir el mérito de haberte humanizado un poco. Estabas tan empeñado en disimular que tienes defectos y debilidades que no le habrías dado pie al Enclave a destruirte; lo habrías hecho tú mismo y sin ayuda.

Viendo que él no reaccionaba, apoyó la mejilla en su hombro y esperó con los ojos cerrados a que dijera algo más.

Samael era de naturaleza ansiosa. Se frustraría cada vez que la tuviera cerca y recordara que estaban en peligro. Citlali, en cambio, era positiva, y su proximidad la llenaba de esperanza y ternura.

Tal vez no estuvieran destinados al fracaso, después de todo. Tal vez pudieran complementarse.

—Hay algo que quiero enseñarte —le dijo de pronto.

Citlali se incorporó con curiosidad.

—¿Ah, sí? ¿El qué?

—Es una cosa que… Cuando ayer te quedaste dormida, me levanté para echarle una ojeada a los libros que el regente me prestó. Ya sabes, para hacerme una idea de cómo dirigir mis pensamientos hacia los mundos beta. Tengo dos maneras de trasladarme: una es concentrándome en la persona a la que deseo localizar, y la otra consiste en visualizar una especie de planeta con diferentes niveles, lo que vendrían a ser las capas dimensionales, y escogiendo una de las grietas para transportarme.

»Estuve entretenido yendo de un lado a otro…

—Normal que luego te costara localizar a una simple humana a trescientos kilómetros de aquí —se rio Citlali—. Y anda que me invitas a tus paseos.

—Es ahí adonde quiero llegar. Estuve en quince o veinte sitios distintos, y había uno que pensé que te gustaría —reconoció en voz baja, como si no quisiera que nadie se enterara de que era capaz de ser romántico.

Citlali cayó en la cuenta de que no le abochornaba que lo relacionaran con ella, que su vergüenza no tenía nada que ver con su *anandha*, sino con una estúpida y anticuada idea de masculinidad a la que creía tener que plegarse para merecer su cariño.

Se le escapó una sonrisa exasperada, porque eso era Samael: desesperante como él solo. Pero a lo mejor disfrutarían del suficiente tiempo juntos para poder empezar a cambiar su dañina manera de pensar.

—¿Quieres que te lo muestre? —le sugirió con timidez—. Tal vez no tengamos otra ocasión. Parece que estaremos muy ocupados en el futuro.

Citlali sonrió de oreja a oreja.

—Pues claro que quiero. —Le ofreció su mano—. Llévame a donde te apetezca.

—Bueno, a ver, ahora mismo me apetece llevarte a otro sitio más cercano a nosotros…, pero mejor no me distraigo.

La aferró por la palma y cerró los ojos. Citlali se concentró en él por mera curiosidad. Hasta el momento no se había fijado en su expresión durante los viajes interdimensionales. Ella solía estar ocupada (y también aterrada, aunque eso no lo reconocería) notando

los cambios en su propio cuerpo mientras se sublimaba. Más que reparar en cómo se iban relajando sus facciones masculinas, mirarlo le sirvió para caer en la cuenta de que confiaba en él; de que algo tan peligroso y tan inexplicable como un salto de dimensión debería asustarla, o por lo menos intimidarla, y como lo hacía de su mano no podía encontrarlo más que natural, como el hecho de respirar.

En un abrir y cerrar de ojos, y después de experimentar las sensaciones que ya se le iban haciendo conocidas, Citlali se vio reapareciendo en un lugar misteriosamente bello. Nunca se acostumbraría a pestañear y toparse con que de pronto se hallaba en un sitio diferente, como cuando de niña se dormía en el sofá y amanecía en la cama de su dormitorio porque su padre la había llevado en brazos escalera arriba. Citlali solía despertarse emocionada, sintiéndose querida; a fin de cuentas, su padre se tomaba la molestia de poner en riesgo su espalda maltrecha para que ella pudiera descansar en un colchón cómodo, en una habitación donde el ruido de la televisión no la molestara.

También se sintió querida cuando miró alrededor y comprendió por qué Samael había pensado en ella al aterrizar allí.

—El espacio no es una dimensión como tal —empezó a explicarse Samael, doblando y estirando los dedos con nerviosismo—, y no sé si me podría trasladar hasta la Luna. Lo he estado pensando para ver si te podía… Ya sabes, por si te apetecía ver los cráteres de cerca, pero no es ningún misterio que ahí fuera no hay oxígeno, y preferiría no palmarla a mil años luz de La Tierra. El caso es que esto es lo más parecido que hay a…

—Las estrellas —completó Citlali, admirando, pasmada, lo que parecía un cielo salpicado de brillos plateados—. O lo que habrían sido las estrellas en un universo paralelo. No me puedo creer que La Magna las descartara. Son…

Eran más de las que podría llegar a contemplar en un centro de astronomía de los mejores observatorios internacionales, y la rodeaban por todas partes. Incluso a sus pies, lo que le daba la sensación de estar caminando por las estrellas o buceando en el espacio. La mayoría de los presuntos satélites emitían destellos argentados, pero también los había color escarlata, de un verde esmeralda tan intenso como los ojos de Samael, doradas, y de tonos que no se habían visto la gama cromática tal y como Citlali la conocía.

Viéndose rodeada de tanta belleza, la invadió una calidez inexplicable que la instó a abrazarse. Comprendió que se debía a su cercanía con las estrellas, que, además de ser focos de luz, emitían calor.

—¿Te gusta? —preguntó él, inseguro. Lo hizo en voz baja,

probablemente para no interrumpir su silencio apreciativo.

—Es lo más bonito que he visto en mi vida —murmuró, sobrecogida—. Es como cuando vas a un mirador por la noche y ves a lo lejos las luces de la ciudad… Solo que esta no es luz artificial. Tiene que ser la luz más pura del universo.

—Me alegra haber dado en el clavo una vez antes de que el Gran Grimorio se cierna sobre nosotros —bromeó él, entrelazando los dedos con los de ella. Citlali lo miró sonriendo con sorna, y se fijó en que su expresión se suavizaba—. Yo… Creo que hacemos un buen equipo. Un equipo algo descompensado, de acuerdo, pero mira; por lo menos puedo llevarte de viaje.

Citlali bizqueó y se giró hacia él para hablarle con seriedad.

—Sabes que nadie piensa que seas inútil excepto tú mismo, ¿verdad?

—Bueno, y Luvart.

—De acuerdo, y Luvart —aceptó a regañadientes—. Pero nadie más, y si tan presente tienes la jerarquía de mandos, deberías creerte tu importancia, porque para el mismo *rex*, para Xaphan, para el regente; para los altos cargos eres imprescindible. Y sabes que, aunque a veces tengas un carácter… complicado, tus compañeros te quieren. Se burlan de ti como se burlan también entre ellos. Es una forma de comunicación entre hombres, supongo, una manera de demostrar afecto. Nunca te lo dirán con esas palabras, claro. Nunca te dirán que te quieren. Pero tampoco oirás al *rex* decírselo a Luvart, o a Luvart confesándoselo a Xaphan… lo que no significa que no sientan un afecto basado en la admiración.

»Yo te admiro, Samael —reconoció por fin—. Y no porque hayas desarrollado un don, sino porque eres dulce a tu manera y muy torpe al demostrarlo.

—Que eso sea lo más bonito que podrías decir de mí… —empezó a refunfuñar.

—¡Eh! Es que yo no quería nada diferente, ¿sabes? No quería al tío musculoso, tan seguro de sí mismo que peca de arrogante y que sacó su ideal de masculinidad del medievo.

—¿Ah, no? —inquirió, genuinamente sorprendido.

—¡No! —exclamó—. Ni tampoco al hombre perfecto que siempre sabe qué decir y cómo decirlo para dejarme sin palabras. Aunque… —Alzó la mirada hacia el cielo hasta que recordó que el cielo estaba en todas partes y giró sobre sí misma con los brazos extendidos—. Me has dejado sin palabras igual.

Samael sonrió, no tan orgulloso de su acierto como contagiado por el entusiasmo de Citlali, y la acercó a su costado para apretarla con cariño.

—Ojalá no la hubieras palmado —suspiró él—. Te habría conocido

antes y ahora no tendría la sensación de que me quedan cinco minutos contigo; de que tendré que aprovecharlos no separándome de ti ni un segundo si luego no quiero arrepentirme.

Citlali no le dijo que ella tenía la misma e inquietante sensación de que, más que a un punto de inflexión, más que al final de una etapa, se estaban acercando al borde de un precipicio a cuya caída no sobrevivirían ni siquiera ellos, con sus poderosos dones y su arduo entrenamiento físico.

En su empeño por ser optimista, Citlali se repetía que, por más que el Gran Grimorio les hubiera adelantado aprovechándose de que se entretenían con los obstáculos que les había puesto en el camino, El Séptimo Círculo lograría sobreponerse y vencerlo con una estrategia impecable. Se decía que tenían todas las de ganar, porque el Gran Grimorio bien podía poseer una conciencia todopoderosa y contar con la inestimable ayuda de Metraton, pero La Magna contaba con todos ellos, con las sociedades seráficas y clanes pecadores del planeta. Más que una cuestión de números, pues La Criatura tenía asimismo esbirros en todos los rincones del mundo, era una cuestión de inteligencia: ellos tenían algo más que ofrecer que fuerza bruta.

Incluso tenían algo más que un objetivo estático.

Tenían personas junto a las que deseaban regresar.

Citlali se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla.

—Pues no te separes de mí —resolvió con la sonrisa pegada a su piel—. No te separes de mí, y punto.

Epílogo

Nada. No había ningún Xaphan registrado en Facebook.

Bueno, en realidad, sí: un tipo que había creado un grupo para impartir lecciones magistrales sobre satanismo, pero si bien estaba segura de que el mundo y sus habitantes aún tenían la habilidad para sorprenderla, dudaba bastante que el Xaphan que ella conocía se dedicara a actividades de esa extravagancia.

Oh, él era extravagante, de eso no le cabía la menor duda, pero no en el sentido de llevar a cabo sacrificios humanos como ofrenda al diablo.

Irving se reclinó en el asiento de su despacho, contrariada por los escasos resultados. Pulsando la tablet con el dedo, fue cerrando las ventanas simultáneas: nada en Twitter, nada en Instagram, nada en Google. Era uno de esos extraños milenials —porque no tendría más de veinticinco años— que se rebelaban contra la soberanía de las redes sociales en el mundo contemporáneo negándose a participar en la realidad digital. Irving tampoco era adicta a TikTok, y si la aplicación desapareciera de un día para otro, no le importaría lo más mínimo, pero sí que se entretenía algunas noches enganchando un vídeo de divulgación psiquiátrica con otro de algún desconocido bailando, todo esto por el mero placer de dejar la mente en blanco.

Ahora, era Xaphan quien la ocupaba y le impedía pegar ojo.

En teoría había terminado por el día. Ya se había levantado del asiento, pero en un momento de debilidad, Irving lanzó una mirada pensativa al iPad. A los dos segundos estaba de nuevo acodada sobre la mesa, aporreando el teclado inalámbrico.

Escribió una sencilla frase.

«¿Se puede leer la mente?».

Acto seguido puso los ojos en blanco. Parecía la protagonista de una novela de vampiros dirigida a un público adolescente, pero no pensaba descartar sus sospechas solo porque fueran descabelladas. Irving podía no ser una mujer supersticiosa o proclive a tragarse las historias sobre fantasmas; ahora bien, confiaba a ciegas en su instinto y en los estímulos que sus ojos y su mente podían captar. Y había captado con toda seguridad que aquel hombre había leído sus pensamientos.

Por descabellado que pareciera, necesitaba averiguarlo todo al

respecto. Supondría un inquietante y al mismo tiempo magnífico avance en sus estudios sobre el cerebro humano.

Porque estaba relacionado con la ciencia…, ¿no?

Tal y como sospechaba, los resultados de su búsqueda dejaron bastante que desear. Foros de esoterismo, trucos de psicólogos que aún creían en el psicoanálisis —le tocó bizquear de nuevo—, e incluso un artículo de la BBC y de otros medios de comunicación respetables que, por lo visto, se habían quedado sin ideas un día y decidieron escribir un artículo sobre una obviedad: no se podía leer la mente como tal. Porque sí, desde luego que era una obviedad. Lo había sido para ella hasta apenas veinticuatro horas atrás. O menos. Tal vez doce. Perdía la noción del tiempo cuando le tocaba guardia en el hospital.

Irving sacudió la cabeza, exasperada, y se dirigió a la cocina para sacar un paquete de cereales a punto de caducar.

No iba a renunciar tan rápido a su investigación. Pretendía llegar al fondo de la cuestión. Pero por lo que llevaba de día, ya había leído suficientes idioteces en Internet.

¿Y a qué otra fuente podría recurrir? ¿Encontraría libros al respecto en la biblioteca? ¿Debería contactar a un chamán con buena reputación?

¿Quién diablos leía la mente? Sabía que los vampiros chupaban la sangre, que los licántropos se transformaban en lobos con la luna llena y que las brujas hacían magia. Pero ninguna criatura mitológica conocida poseía el don que a ella le interesaba.

El sonido del timbre la sobresaltó. El reloj de diseño que aún no se había quitado de la muñeca marcaba la una de la madrugada. Echó una ojeada a sus mensajes para comprobar que ninguno de sus hombres se había invitado a pasar la noche, y, como siempre, vio que nadie le había escrito ni por error. Se encogió de hombros bajo el batín de satén gris perla con el que le gustaba pasearse por el salón y fue a abrir.

Le habría sorprendido menos que Abraxas se hubiera dejado caer con un ramo de flores y el pecho descubierto. Parecía que lo hubiera invocado con su creciente obsesión, porque ahí estaba Xaphan, con las manos metidas en los bolsillos del largo abrigo beis, el cabello revuelto por el viento y la nariz colorada debido a la baja temperatura.

Parecía una persona normal.

Pero a ella ya no la engañaba.

Irving ni se percató del frío que entraba desde el rellano a pesar de llevar un sencillo camisón de tirantes bajo la bata.

—A ver si lo adivino —expresó con tono monótono, como si su visita, en lugar de sorprenderla, la hubiera hastiado—. Has averiguado dónde vivo yendo a preguntar a mi zona de trabajo.

En un principio lo había tratado de usted, pero si el tipo se creía en el derecho de leerle la mente, algo significativamente más íntimo, ¿por qué no iba ella a dirigirse a él con informalidad?

Observó que la risa brillaba en los ojos de Xaphan. No había dicho nada divertido, por lo que solo cabía una explicación a su repentina alegría: había deducido sus pensamientos.

—Hackear la base de datos de un hospital no es tan difícil como parece.

Irving levantó las cejas.

—¿Eso es lo que eres? ¿Un hacker al servicio del BIS[2]? —inquirió, mirándolo de arriba abajo.

No lo habría dicho a primera vista, pero ciertamente se parecía al agente Q de sus películas preferidas de 007, las que protagonizaba Daniel Craig. Y nadie sospecharía que un agente secreto tuviera unos magníficos poderes deductivos.

«Por favor», se regañó. «Ni siquiera la persona más inteligente del planeta llegaría a la conclusión de que estabas pensando en una lasaña de espinacas y en el final de una novela de Stephen King. Eso solo lo hace una persona con un don».

—Lo que importa no es lo que soy yo, sino lo que eres tú. ¿Eres de los buenos, o eres de los malos? —le preguntó sin rodeos, mirándola con fijeza.

Antes de que Irving pudiera responder, sacó la mano del bolsillo para mostrarle la pantalla iluminada del móvil. Lo había estado agarrando todo el tiempo.

Mostraba la imagen de un varón asiático entre los veintisiete y los treinta y dos años, o eso calculaba a simple vista. Aparecía inconsciente, sudoroso y con una grave herida de aspecto novedoso en el cuello.

—No parece una quemadura, ni tampoco un sarpullido… Ni es únicamente un moratón —meditó Irving.

—No le busques nombre, porque no lo vas a encontrar. Esto que ves, doctora, es solo uno de los efectos adversos de la misteriosa investigación que llevaste a cabo en los laboratorios. Aquellos que estallaron de forma misteriosa.

Irving se acercó para agrandar la fotografía. Se puso las gafas que le colgaban del cuello para observar la herida con detenimiento.

No recordaba haber visto nada parecido jamás.

—Me temo que esta no es mi especialidad.

—No he venido a verte para pedirte un diagnóstico.

Irving se cruzó de brazos.

—Y supongo que tampoco has venido a besarme.

Se fijó en que su expresión se suavizaba, como si el mero recuerdo le produjera paz.

—Eso no volverá a repetirse —dijo con una voz aterciopelada que ocultaba una firme determinación—. Necesito que me ayudes. Puedes hacerlo contándome qué se estudiaba en los laboratorios y con qué propósito, o puedes proporcionarme los nombres de los trabajadores con los que trabajaste. Yo haré el resto del trabajo localizándolos y entrevistándome con ellos, pero, entre tú y yo, preferiría tu ayuda a la de cualquier otro.

A Irving no la conmovió ni la petición de socorro ni la amenaza velada con llevarse su investigación a otra parte. Si era verdad que leía mentes, sabría que ese no era el camino para convencerla. No obstante, no lo rechazó porque tenía algo que ella quería: tenía un conocimiento único y enigmático, un don maravilloso que deseaba comprender. Incluso le encantaría aprender a hacer lo mismo que él, meterse en las mentes ajenas.

Si para obtener la clave de su secreto tenía que violar un contrato de confidencialidad, que así fuera. Sería más fácil descubrir quién era ese hombre y por qué hacía lo que hacía teniéndolo delante, en carne y hueso, que buscándolo en redes sociales.

Se retiró de la puerta y le hizo un gesto a Xaphan para que entrara.

—Muy bien… Hablemos de negocios.

Glosario de términos

➽ **La Magna**. Primera fuerza y poder omnipotente, omnipresente y omnisciente. Fuente de vida.

➽ **Primer Final.** Primera traición a la Magna, llevada a cabo por el Gran Grimorio.

➽ **Segundo Final**. Segunda traición, llevada a cabo por Mithrael (regente de La Sociedad en tiempos griegos) y Asherah (princesa fenicia con la que engendró a los áureos).

➽ **Gran Grimorio**. Primer traidor de la Magna y mente pensante detrás de la organización enemiga de la diosa y sus creaciones: el Enclave. También llamado «El Traidor», «La Criatura» o «El Que No Puede Ser Vencido».

➽ **Suprarrealidad**. Se divide en el Autem, hogar de la diosa, los empíreos y aquellos que tras su muerte les fue dada una segunda oportunidad, y el Fatem, donde descansan las almas de las criaturas sobrenaturales a las que la inmortalidad les es arrebatada.

➽ **Subrealidad**. Sinónimo de La Tierra.

➽ **Seráficos**. Criaturas creadas por la Magna para proteger a los seres humanos de las fuerzas del Enclave. Se organizan en torno a La Sociedad y se dividen en dos linajes: el de los Albos, primigenios, inmortales, con poder sobre la magia blanca y ciegos, y el de los Áureos, mestizos de albos y humanos, mortales, estrategas y empáticos.

➽ **La Sociedad**. Nombre que recibe el clan de los seráficos en La Tierra, no solo el ubicado en Praga sino a lo largo y ancho del mundo. Su deber es frenar los avances del Enclave.

➽ **El Enclave**. Nombre que recibe el clan de los engendros y esbirros del Gran Grimorio, liderados por su general, Metraton.

➽ **Consejo de los Prefectos**. Máximo órgano de poder divino, fundamentalmente judicial, en La Tierra. Se encuentra en La Sociedad y consta de doce prefectos. Tres pertenecen a los Albos, tres a los Áureos, dos forman parte del Séquito de la Magna en el Autem y bajan para representar la ley divina en calidad de empíreos; dos son humanos con talentos sobrenaturales (generalmente videntes, augures y manipuladores de auras) y los dos últimos son seguidores de la Sehara o practicantes de la magia *albis*: sacerdotes de la Magna.

➽ **La Promesa**. Institución que une a dos seráficos en La Sociedad. Un seráfico con dones se convierte en el alumno de uno de los

prefectos —generalmente, uno que posee su mismo poder— para ayudarlo a desarrollarse y posteriormente ocupar su lugar en la tribuna del Consejo. Es considerado un honor.

➽ **Empíreos**. Humanos que sacrificaron su vida mortal por un individuo que habría de marcar un impasse en la historia del mundo. Fueron reclutados por la Magna para formar parte de su séquito personal y del ejército que habría de bajar a La Tierra para luchar si la situación política requiriese refuerzos; también para misiones terrestres concretas.

➽ **Penitentes**. Empíreos que traicionaron a la diosa y fueron desterrados del Autem para luchar en La Tierra junto a los seráficos. La única manera que tienen de obtener el perdón de la diosa es consiguiendo el amor de la *anandha*.

➽ ***Anandha***. Fragmento del alma de la Magna que se reencarna en cuerpos mortales, masculinos o femeninos, cuyo único cometido es que el penitente la encuentre y se gane su favor. Así es como obtienen el perdón de la diosa y pueden volver al redil.

➽**El Séptimo Círculo**. Nombre que recibe el clan praguense de los siete penitentes. Su deber es el mismo que el de La Sociedad: proteger a la humanidad del Enclave.

➽ **La Triple Maldición**. La reciben los penitentes cuando traicionan a la Magna. Consiste en despojarlos de su nombre, lanzarlos al destierro y añadir un castigo personalizado.

➽ **La Sagrada Crónica**. Recopilatorio de todos los hechos acaecidos en La Tierra y en la Suprarrealidad que se conocen desde que la Magna apareció en el mundo. De ella se encarga Hocus, el escribano inmortal.

➽ **El Libro de la Sehara**. Recopilatorio de todos los trucos y formas de hacer magia blanca que se conocen, todos ellos gracias a la gran hechicera de todos los tiempos: Sehara.

Índice

Prefacio
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Capítulo XIV
Capítulo XV
Capítulo XVI
Capítulo XVII
Capítulo XVIII
Capítulo XIX
Capítulo XX
Capítulo XXI
Capítulo XXII
Capítulo XXIII
Capítulo XXIV
Capítulo XXV
Capítulo XXVI
Capítulo XXVII
Capítulo XXVIII

Capítulo XXIX
Capítulo XXX
Capítulo XXXI
Capítulo XXXII
Capítulo XXXIII
Capítulo XXXIV
Capítulo XXXV
Capítulo XXXVI
Capítulo XXXVII
Capítulo XXXVIII
Capítulo XXXIX
Capítulo XL
Epílogo
Glosario de términos

[1] Supermercado checo.
[2] *Bezpečnostní informační služba* (BIS), servicio de inteligencia que opera en la República Checa. Su misión es proteger a los ciudadanos y el país de una variedad de amenazas, desde el terrorismo hasta el espionaje extranjero.